

WOLFF

UANA

AD AUTÓNOMA DE NUEV  
CEN GENERAL DE BIBLIOTE

MEROUVEL

TODD MENOS  
EL HONOR

PQ2625

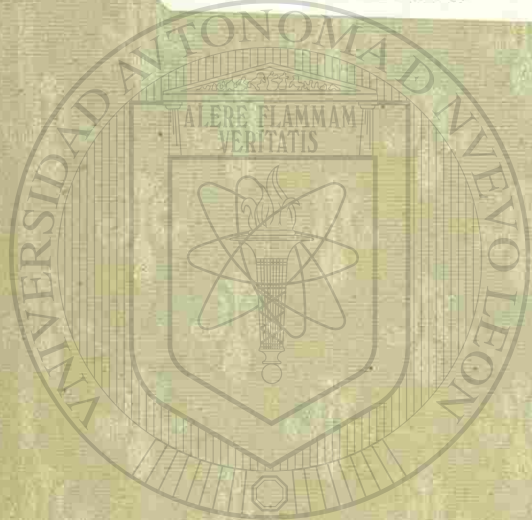
.E53

T68

85634



1020027075



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



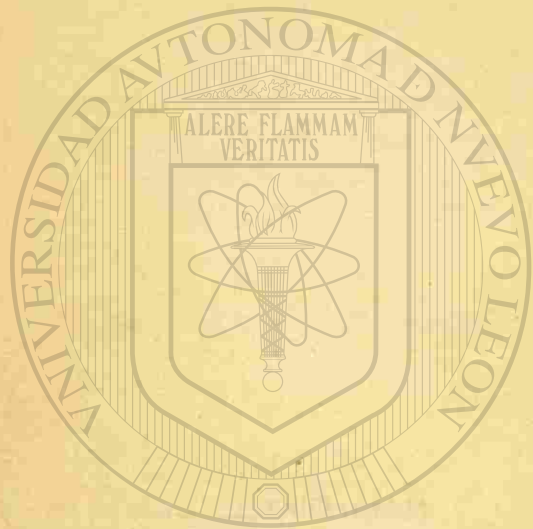
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

Núm. Clas. N  
Núm. Autor M 567t  
Núm. Adq. 30569  
Procedencia 8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 89  
Catalogó \_\_\_\_\_



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

# TODO MENOS EL HONOR

(LA MAITRESSE DE MR. LE MINISTRE)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»



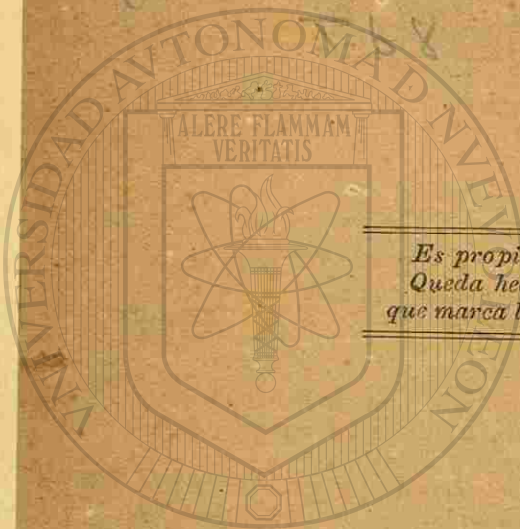
85634  
Todo. 1923. 10/11/23

MADRID  
«EL COSMOS EDITORIAL»

Arco de Santa María, 4, bajo.

30569

843 P. 2625  
M. E. 53



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.— Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

## TODO MENOS EL HONOR

(LA MAITRESSE DE MR. LE MINISTRE.)

I

¿Habeis entrado alguna vez en el monumento de estilo griego que adorna una de las plazas más céntricas de Paris y se llama la Bolsa?

¿No?

Tanto mejor. Habeis estado bien inspirado; el espíritu de la sabiduría os dirige, sois un hombre prudente y hábil.

Allí es donde se agitan y bullen en una espantosa barahunda los condenados de la especulación, traducida del juego si quereis.

Allí se mueven centenares de personas que cualquiera tomaría por locos furiosos, clamando, gesticulando, vociferando, sobre todo los días de inquietud política, ó de trastornos financieros, sudando y desgrefiados, con los ojos inyectados y el rostro congestionado.

Ninguna orquesta del mundo podría reproducir el *crescendo* tumultuoso y el ensordecedor murmullo de la compacta multitud.

En las playas de aquella mar borrascosa, la escena cambia á menudo; cualquiera cree-

ría que se trataba de antiguos colegiales en el patio de un colegio.

Los pastores de Florian no tenían el aire más placentero, ni los pasatiempos tan inocentes. Esto se observa á menudo después de grandes luchas cuando inmensas catástrofes han inspirado á los supervivientes una pasajera reserva, ó durante la estación de los baños de mar y de los recreos agrestes.

Entonces los bolsistas desocupados, pero siempre dedicados al vértigo del movimiento, se abandonan á tranquilos ejercicios en el santuario del moderno becerro de oro.

Estos pontífices del tres por ciento, del cinco y del amortizable, improvisan danzas circulares, se divierten jugando al tejo en las galerías, ó lanzan, como discos, los sombreros de sus colegas.

O si algunos sencillos extranjeros se mezclan entre ellos, inventan chistes agradables, como los de distribuirles tarjetas de recomendación para visitar las tumbas de los síndicos ó asistir al corte del cupón á media noche, en las criptas del monumento.

Calenturientos é inquietos, van y vuelven como ardillas, se estrechan en el vacío, y jugarían de buen grado á la barra ó al paso, si para la mayor parte la espalda no comenzara á carecer de flexibilidad. Siempre jóvenes y alerta el espíritu, á menudo gastados, más que por la edad por las preocupaciones, el abuso de la vida y los ardores malsanos de aquel *pandemonium*.

Francia es la tierra bendita de las con-

tradiciones; deja á Monte-Carloel beneficio de la ruleta, á Baden y Hamburgo las fabulosas ganancias del treinta y cuarenta, á los italianos las emociones de la lotería y las doradas perspectivas de las quinas y cuaternas, bajo pretexto de la inmoralidad de las operaciones aleatorias; abre sin pudor á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los arruinados, esa formidable casa donde las fortunas á grandes rasgos de lapiz, provechosos solamente á los compañeros de juego apalabrados ó libres, aparecen y desaparecen, se elevan ó se sumergen como esas islas volcánicas que una convulsión del mar vomita ó absorbe sin otra ley que su capricho, y sin dejar más rastro que una ola de espuma en la superficie de sus aguas en ebullición.

El 28 de octubre de 187..., la Bolsa fué sacudida por uno de esos huracanes, cuyos recuerdos guardan los anales.

¿Un ministerio iba á caer?

¿Sufriríamos una crisis gubernamental?

Estas son las grandes palabras feas que el parlamentarismo (otra palabra tonta) ha puesto de moda.

No se sabía.

Dentro, mil ruidos alarmantes, habrían circulado por todos los ámbitos. Se hacían comentarios de toda especie para explicar el pánico; pero sobre todo, se susurraba una noticia desagradable para los acreedores del Estado, y los agoreros pretendían saberla por buen conducto.

Aun cuando así fuese, todas las cuerdas, todos los cables de la especulación á la baja, habian sido tendidos á la vez por los traficantes del mercado, resultando de esto una de esas desbandadas furiosas é irresistibles que arrastran á los más valerosos en la turba de fugitivos, y hacen estremecer hasta á los mismos jugadores cuya alma está blindada por veinte años de luchas sobre ese terreno movedizo que abrasa los piés y se hunde cuando menos se piensa.

El tumulto era indescriptible; las vociferaciones llegaban á una intensidad de que el célebre coro de *Hugonotes* no da más que una vaga idea; el hormigueo de los especuladores desatinados, de los agentes inquietos y lívidos, de los comisionistas indiferentes y guasones, formaban una mezcla capaz de aterrorizar á los provincianos errantes bajo las columnatas del piso superior.

La danza macabra más descabellada, las multitudes de las batallas antiguas, no son nada comparadas con aquella confusión desusada y aquel trueno de clamores.

Quien no lo ha visto ni oído, no podría imaginárselo.

Solo los municipales, de plantón, miraban con indiferencia el torbellino que les rodeaba.

Cerca del tercer pilar, á la derecha, conforme se entra, con las manos metidas en los bolsillos de un sobretodo gris claro, un bastón de Verdier bajo el brazo, apoyado en una columna, en una postura negligente, un hombre como de cincuenta años de edad, contem-

plaba con mirada persistente, velada por espesas cejas negras, los movimientos y sobresaltos de aquella onda viviente que se agitaba.

Era alto, bien formado, y tenía el aspecto correcto de un *gentleman* inglés. Los cabellos y la barba, bien cortados, blanqueaban; sus labios delgados se abrían raramente con una sonrisa, dejando ver hermosos dientes.

Su rostro tenía un carácter propio: la im- pasibilidad.

Su nariz, la nariz de los judíos romanos, en menos acentuada que la de sus correligionarios; en suma, el conjunto no carecía ni de energía ni de dignidad.

De tiempo en tiempo era arrancado de su contemplación por la llegada de los Corredores, que le deslizaban al oído rápidas consignas, á las cuales contestaba con órdenes breves, que aquellos corrían á ejecutar apresuradamente.

El cuadrante de la Bolsa marcaba las tres menos veinte, cuando una mujer de una elegancia suprema, esbelta, vestida de negro, el rostro medio cubierto con un velito oscuro, se destacó en las galerías del primer piso, á la derecha del reloj.

En tiempos ordinarios, la aparición de aquella morena soberbia hubiera provocado una de esas manifestaciones irónicas que intimidan á las mujeres bonitas extraviadas en aquella cueva de los leones de la banca.

Pero la ocasión no era propicia para las distracciones, y los bolsistas tenían demasia-



dos perros que fustigar para ocuparse del sexo que continúa turbando las cabezas de los descendientes de Ordaux y perdiendo al género humano.

Una baja enorme, fulminante, ruinosa, había sobrevenido, y acentuaba el desastre comenzado una hora antes.

El desaliento se leía en todas las fisonomías.

Aquellos mismos á quienes había salido bien la cuenta, y eran los menos, á esta conmoción imprevista se sentían atacados de una especie de consternación, preguntándose dónde pararía aquel desastre y si encontrarían jugadores bastante ricos y leales para pagar las diferencias gigantescas, que se agravaban de minuto en minuto.

Nadie pensaba en la presencia de aquella mujer, cuya magnífica belleza hubiera producido una singular emoción en cualquier otro momento.

Tranquila y serena, buscaba entre aquella confusión y sondeaba con la vista aquella multitud inquieta, tratando de distinguir entre ella lo que descubrió después de una corta inspección.

El personaje apoyado en el pilar contestó con un signo de cabeza á su mirada interrogadora.

Para un observador, el movimiento de los labios que acompañó á su saludo significaba: «No os inquietéis: todo va bien, no hay peligro; el negocio está hecho.»

Después de esta respuesta clara y muda, ella inclinóse y desapareció.

A las tres la campana sonó ruidosamente, mezclándose durante un segundo con los gritos de los agentes.

El día terminaba con una explosión de nuevas ofertas.

El judío abandonó su pilar, atravesó rápidamente el peristilo y se lanzó en una berlina negra estacionada en la esquina de la calle Vivienne.

—A casa de Mad. Jeller—dijo al cochero.

El caballo, que estaba sujeto á las varas con impaciencia, trotó hacia el Boulevard, le siguió hasta la *chausée d'Autin*, ganó la trinidad, subió la calle de Clichy y se detuvo á la puerta de un hotel de la calle de Milán.

Este hotel, muy artístico en la forma, tenía de elevación dos pisos sobre el entre suelo.

Era de estilo del Renacimiento, construido con piedras de Caen.

Desde la calle, en la finura de las cortinas, en los postigos acolchados de las ventanas, se adivina la opulencia del decorado interior.

No es una casa, es un nido, nido de pájaro friolero, forrado de satén y de pluma, enlosado de mosaicos, cubierto de tapices de Oriente y tapizado de damasco ó de terciopelo de Génova.

Esto se comprende sin penetrar, de la misma manera que en el aspecto de ciertos rostros se adivinan las cualidades del corazón y del talento de aquellos que las poseen.

El judío apoyó el dedo sobre un timbre de plata bruñida incrustado en la pared.

Abrióse la puerta por sí sola con un ruido seco, y se encontró en un vestíbulo cubierto de riquezas de todas especies.

Una escalera de encina, cuya balaustrada maciza parecida á la que debía adornar el vestíbulo de Marion Delorme en la plaza Real, daba acceso al primer piso. Entre los cuadros suspendidos en los testeros, un soberbio retrato de mujer, varias veces repetido; á caballo, en coche ó en traje de baile, atraía las miradas sumiendo en la oscuridad las demás pinturas que le acompañaban.

Era el retrato de la dama que hemos visto en las galerías de la Bolsa. Los lienzos estaban firmados por Chaplin, Stevens y Cot. La boca fina y espiritual sonreía con una gracia exquisita; sus ojos chispeantes anunciaban tanto talento como una comedia de Meilhac ó de Sardou: los labios rojos, un poco gruesos, lascivos, parecían prontos para los besos de amor, y hermosos cabellos negros de una extremada abundancia rodeaban un rostro de tintas ardientes, donde el tipo de los judíos de raza se hallaba en su más perfecta expresión.

El visitante despidió con un gesto al criado que se presentó para recibirle, arrojó su sobretodo en un divan, pasó ante el retrato sin mirarlo siquiera, y una vez llegado al primer piso, paróse ante una puerta de palisandro, delicadamente esculpida.

Una vez allí dió un golpe discreto.

—Entrad—dijo una voz breve.

## II

El pequeño salón donde Sarah Feller esperaba á Isaac Blownt, es capaz de proporcionar sueños agradables á un amante de curiosidades.

Las paredes cubiertas de molduras de ébano encuadraban preciosas tapicerías cuyas tintas desvanecidas recrean la vista. Todos los muelles son antiguos. Este costurero es el de María Antonieta á lo *petit*, Trianon; aquél *secreter* ha recibido las confidencias de la marquesa de Pompadour. Ni un solo cofrecillo que no tenga un origen auténtico y de la más noble procedencia. Cada sillón tiene su historia. Las telas son originales, el péndulo, que os recomiendo, ha sido fabricado sin duda alguna por algun artífice de la buena época de Luis XVI.

Nada de trivial.

Para completar aquél mobiliario, se ha debido expropiar indemnizándoles largamente, á los Malinet y á otros anticuarios célebres. Todo, en fin, se funde en un conjunto armónico.

Al salir del infierno de la especulación, Blownt, entraba en el paraíso del lujo, y si no temiesemos ofender los castos oídos de nuestras lectoras, añadiríamos de la lujuria, á juzgar por los ojos estrañamente animados y voluptuosos de la dueña de la casa.

Este paraíso, gracias á la presencia de aquella encantadora, rivalizaba con el del

comendador de los creyentes. La cualidad de la persona compensaba la cantidad que faltaba, pero el judío no había ido para apreciar el lado seductor.

No prestó atención alguna á la espléndida belleza de Sarah, en quien cualquiera otro hubiera admirado el perfil de una exquisita pureza de líneas, donde á la sangre israelita se aliaba un no se qué de gracia aristocrática y parisiense.

El talle flexible y delicado de la joven se dibujaba bajo un peinador de crespón de la China de un color indefinible, dominando el rojo, y sus pies calzados con pantuflas comparables por su tamaño á las de Cendrillon, sobresalían por entre los encajes de su falda.

Un vago y delicioso perfume de violeta se había esparcido en la atmósfera embalsamando el salón, donde todo parecía reunido para realzar la belleza de la mujer que lo habitaba.

Sarah tenía ventiocho ó treinta años, pero el observador más hábil no la hubiera hecho más que veintidos ó veintitres.

Negligentemente recostada en una *chaisse-longue*, no cambió de postura á la llegada del visitante que esperaba.

El judío quitóse tranquilamente los guantes, los colocó en una copa de malaquita que Benvenuto hubiera firmado con orgullo, echó un leño en la chimenea y arrellanándose en un sillón, esperó las preguntas de la joven.

Esta guardó silencio durante algunos mi-

nutos, y cuando lo rompió fué con esta corta interrogación:

—¿Y bien?

—Está hecho.

—¿Cuánto?

—Dos millones de á cinco.

—¿Vendidos á?...

—Ciento catorce y algunos céntimos.

—¿Cerrado?

—A ciento nueve.

—Bajará más.

—¿Lo creéis así?

—Así lo creo, pero no esperéis. Esta tarde volved á comprar lo que se venda.

—¿Todo? ¿más todavía?

—¿Supongo que no tendréis miedo?

—De ninguna manera. ¿La orden no tiene límites?

—El doble si queréis uno.

—¿Creéis que subirá?

—Sin duda alguna.

—¿Por qué?

—¿Qué os importa el motivo?

—¿De modo que es una grosera mentira?

—¿Qué palabra empleais!

—¿Cómo queréis que diga? ¿Entonces será desmentida?

—Dentro de dos días.

—¿El treinta? Es peligroso.

Una sonrisa entreabrió los labios purpúreos de Sarah.

—Para los otros, sí.

Blownt se levantó.

—¡Ah! ¡tú tienes un amigo útil y poderoso!

so!—observó.—Puedes lisonjarte de ser una mujer dichosa.

—Así parece.

—¿Ha venido?

—Hace un instante.

—¿No hay más instrucciones?

—No, ninguna más; haced lo que os he dicho.

—Adiós, pues, mi querida hija.

E inclinándose sobre la frente de Sarah, depositó un beso que no llegó á su destino, y se perdió entre los negros cabellos de la judía, la cual inclinóse intencionadamente.

—Siempre sois esquiva conmigo, Sarah,—dijo enderezándose.

La boca de la joven expresó una suprema indiferencia, pero no contestó.

Blownt se puso los guantes dirigiéndose hacia la puerta.

En el mismo instante en que tocaba el botón de plata cincelado, abrióse aquella con gran ruido, y una joven, de unos veinticinco años, entró como un torbellino, faltando poco para derribarle.

—¡Ah! ¿Estais aquí?—dijo al ver al judío.

—¿Cuánto me alegro de veros! Quizá podais explicarme lo que pasa.

Isaac Blownt saludó.

—Tengo prisa,—dijo,—dispensadme.

Y salió.

La recién venida llevaba una *toilette* original de satín azul, de un gusto irreprochable. Era rubia, pero el arte había completado la obra de la naturaleza dando á sus cabellos

el color del de las venecianas que sentaba admirablemente al de su rostro de nivea blancura.

Se llamaba por voluntad propia, Blanca de Chantilly, y en sus armas que jamás d'Hozcer había registrado, se veía una paloma asustada bajo un milano raptor con las alas extendidas y seguido por infinidad de sus semejantes.

—¿Qué es lo que te pasa que te trastorna hasta tal punto, querida mía?—preguntó Sarah una vez sola con su buena amiga.—¿Qué animación! ¡Pareces un gallo furioso: estás horrible!

—Todo lo que tu quieras; pero se cuentan de la Bolsa cosas atroces. Todo el mundo está indignado, no te ocultaré que se censura al ministerio; cada uno tiene su merecido; tú que estás cerca de los astros, dame un poco de luz.

—¿Es tu amante quien te envía en comisión?—preguntó Sarah fijando en la bella rubia su mirada clara y fría.

—Soy sincera: sí.

—¿Está exasperado como los otros?

—Sí.

—¡Ese bueno de Nathan! ¿Habrás perdido entonces?

—Sí.

—¿Mucho?

—Sí.

—No me sorprende; no hay un sér tan limitado como ese; nos deshonra; no tiene ni dos adarmes de cálculo.

—¿Cómo lo has adivinado?

—El no ignora que yo jamás me ocupo en cuestiones de dinero.

—Pues no es eso lo que se asegura,—observó Blanca herida en lo más vivo.

—Nada sé absolutamente: ni más ni menos que tú. Los negocios son mi punto negro.

—Y sin embargo, los tuyos marchan perfectamente.

—¡Oh, pura calumnia! ¿Vas á darme una serenata? Gracias á que estoy provista de una corona de indiferencia que es de una solidez...

—Tu galería de cuadros es de una riqueza asombrosa.

—Asombrosa: esa es la palabra.

—Cada seis meses compras una casa, y siempre en los mejores barrios.

—A nadie puede prohibírsele elegir los buenos sitios; tengo un apoderado muy inteligente, si quieres te daré sus señas.

—¿De qué me servirían? Tu posesión de Houlgate mete bastante ruido.

—Como que el arquitecto tiene un gusto exquisito, y además se recomienda por su economía: tómale.

—¿Te burlas? Tus diamantes son célebres; en el teatro no se ven iguales; eclipsas á las princesas de los barrios más principales.

—Más vale ser envidiada que compadecida.

—Ten cuidado—exclamó Blanca furiosa;—mientras que vosotras apiñais millones sobre

millones, el público pierde su dinero y rábía hasta convertirse en peligroso.

—¿Por qué juega?—contestó negligentemente la judía, volviendo la espalda á su amiga.—Vamos, hija mía, que pierda ó que gane, el juego siempre es una cosa abominable, inmoral, y si nó consulta con nuestros filósofos.

—¿Cuál es tu opinión respecto á él?

—Yo—dijo Sarah—pienso, querida mía, que puesto que la falta es igual, lo más sencillo es ganar.

—Sabre todo á ciencia cierta.—gritó Blanca exasperada.

—¿Y tú, qué piensas?—preguntó Sarah volviéndose.

—Lo que quieras—dijo la otra secamente,—ó sobre poco más ó menos lo que todo el mundo. Buenas tardes.

—La liga de los descontentos—pensó la judía, yendo hácia la ventana;—habrá tantos mañana, que uno más ó menos, lo mismo dá.

Y para distraerse comenzó á tocar una marcha con sus afilados dedos sobre los cristales.

Poco á poco detuvo el compás y cesó gradualmente aquella música que necesita tan cortos estudios.

Acababa de apereibir una pequeña berlina de elegante forma, enganchada á un caballo bayo de pura sangre, que desembocando á la vuelta de la calle de Clichy, se paró en la puerta del hotel.

## III

Arregló con la mano los pliegues de su peinador, colocó artísticamente los cabellos sobre la frente, y echando una rápida mirada al espejo, volvió á ocupar su posición indolente en la *chaise-longue*.

Después esperó.

Al cabo de un minuto la doncella anunció á Mr. de Kerjean.

Un joven de treinta años, condecorado, de elevada estatura y aspecto militar, seguía á la doncella.

Cabellos castaños ondulados, muy abundantes, sombreaban una frente ajada ya por las preocupaciones y las noches del Círculo.

Sus blancos dientes brillaron al sonreír cuando se aproximó á Sarah; un bigote sedoso y fino cubría su labio superior, un poco burlón. Lo demás del rostro estaba cuidadosamente afeitado.

Inútil sería poner un nombre aristocrático á aquellas facciones de raza, graciosas y altivas á la vez.

En los movimientos nerviosos del recién venido, en el estremecimiento de sus dedos, se adivinaba que estaba bajo el imperio de una contrariedad violenta, que en vano se esforzaba en rechazar.

Sarah con un movimiento lánguido, que tantos encantos presta á las mujeres, le tendió la mano; estrechóla él entre las suyas y depositó en ella un largo beso, yendo después

á sentarse en un confidente mullido y bajo á los piés de la judía.

—Teneis el aire preocupado, monseñor,— le dijo ella—¿os ha pasado alguna mala ventura? ¿De dónde venís?

—¿De dónde puede venirse á semejante hora, si no es...? La palabra se detuvo en sus labios.

—¡De un lugar donde no debiais poner los piés!—concluyó la judía.—Si hubieseis seguido mis consejos de hace ocho días, lo sentiriais menos. ¿No teneis bastante con vuestros clubs para arruinaros?

—Ahora ya es tarde. Estoy cogido en el engrane; un brazo queda allí, la cabeza se conserva sana.

—¿Habeis perdido?

—Mucho.

—¡Desgraciado!

—¡Ah! ¿quien gana en esa selva de Bondy— replicó el conde con cólera—sinó es algún bandido? A cada instante aparecen nuevos tramposos de un modo imprevisto. Se ve uno rodeado de pillos, de salteadores de caminos, que á la menor seña registran los bolsillos del público como los rateros del Puente Nuevo en la limosnara de los transeuntes antes de la invención de los faroles. Apenas se da un paso se cae en una emboscada. Desde que la banca ha adquirido cierto aspecto, no sabe uno á que santo encomendarse. Ya no hay brújula para conocer el norte y el viento cambia según el capricho de esos sindicatos que van en bandadas como los malandrines de la Jac-

querie. Sus bocas anuncian las borrascas, y si hacen zozobrar el navío es para pillar los restos. Así es que hoy....

—¿Hoy?

—Como Sansón, el coloso de vuestra Biblia, han sacudido las columnas hundiendo el templo. Muchos han quedado debajo, otros han desaparecido.

—¿Quiénes?

—Los que se designan en alta voz por la calle. Preguntad sus nombres al eco del boulevard y os los proporcionará.

Y abandonando su sitio bruscamente, comenzó á recorrer el salón á grandes pasos.

La judía se levantó tras de él.

Sus movimientos tenían gracia felina. Se aproximó al conde, el cual con la cabeza inclinada, sumido en profunda reflexión, que á creer por la expresión de sus facciones no estaba exenta de amargura. Elevóse sobre la punta de los piés, colocó sus manos sobre los brazos cruzados del jóven, y mirándole fijamente:

—Santiago—le dijo con voz más dulce que la de una prima donna, suspirando quejas de amor y tratando de sondear hasta el fondo de su alma—¿quereis ser sincero conmigo?

—¿No sabeis que no os oculto nada?

—¿Qué fortuna teniais cuando vinistais á París hace cinco años?

—Ochenta mil libras de renta.

—¿En tierras?

—En tierras.

—¿En Bretaña?

—En el Finisterre.

—¿Cuanto os queda?

—Lo ignoro; esta mañana hubiera podido decirlo; ahora ¿quién lo sabe?

—¿Cuánto habeis perdido hasta aquí?

—Cerca de un millón quinientos mil francos.

—¿Y este mes?

—Este mes no me atrevo ni á pensarlo.

—Es decir, que estais arruinado, ó poco menos.

—Me lo temo; pero un capricho de la suerte que me ha quitado todo, puede devolvérmelo.

—No; á menos de un milagro, y Dios los hace rara vez con los jugadores. Es preciso recurrir á un medio extremo.

—¿Cuál?

—Escuchadme; yo no soy más que una mujer que tiene sangre maldita en las venas;—dijo con cólera reconcentrada.—Además se habla mucho de dinero y de números en esta casa, y á fuerza de oír á unos y á otros tratar estos asuntos, he concluido por estar fuerte en la cuestión de negocios. Creedme pues; vended vuestras tierras y colocad religiosamente en sitio seguro lo que os quede. Ya se encontrará alguno, que, (en caso preciso yo os lo buscaría) despues de pagar vuestras deudas, os dé un millón encima. Vuestras posesiones están arrendadas á bajo precio, me lo han dicho; poseeis bosques de un gran valor; tambien me lo han dicho.

—¿Quién?

—Sarah hizo un gesto de compasión. Vosotros los cristianos sois fáciles de pillar, gracias á lo que descuidais vuestros intereses! Ignorais por qué aves de rapiña estais perseguidos! Mirad quién os rodea, y pensad el sitio de donde salís. El dinero es su Dios; habíais de martirizarles con serpientes de fuego, é inclinarian la frente hasta el suelo ante su ídolo. Os han examinado y pesado, y saben perfectamente lo que valeis, lo que teníais y lo que os resta; os siguen como chacales y calculan, con la seguridad de los doctores que toman el pulso á un enfermo, el momento en que herido y extenuado, caeréis sobre el campo donde luchais con armas desiguales.

Seguid mis consejos, haced cuanto os digo y volveréis á ser rico de nuevo, con una condición, de la cual hablaremos más tarde.

—¿Y cuál es esa condición misteriosa, bella Sarah?—preguntó el conde.

—Es mi secreto. Por el pronto solo exijo la promesa de no volver durante este mes (solo quedan dos días) á esa caverna donde perdeis la tranquilidad de vuestros mejores años, y una fortuna ya tan comprometida. Allí no jugareis con adversarios leales; las cartas y los dados son falsos; habíais de ser el hombre más hábil de la tierra y pereceríais un día ú otro. En esos mares peligrosos hay escollos que los más intrépidos pilotos no precaven; las tempestades no vienen de Dios, sino de los hombres, estos eligen la hora y las levantan á su capricho. ¿Qué vais á hacer vos que no sois marino, en esa galera? ¿Qué

vais á hacer vos, un noble, en esos garitos?

Una amarga sonrisa cruzó por los labios de Santiago.

—Ya es tiempo de predicarme esa moral,—dijo.—¿No es aquí donde he contraído esas costumbres, y el primer guía que he seguido en ese laberinto de peligrosas revueltas, no ha sido vuestro mismo padre?

—¿Querreis decir Isaac Blownt, supongo?—replicó la judía cuyo rostro de una palidez mate se coloreó súbitamente.—Os agradeceré mucho que en adelante, no le deis ese título.

El conde sorprendido guardó silencio.

—No podeis comprender el carácter de ese hombre—prosiguió Sarah con viveza;—si hubiera vivido en otro tiempo, por ejemplo en España, hubiera condenado un hereje á la hoguera para vender sus cenizas; en la Calabria, habria esperado á los viajeros al pié de una roca con una escopeta para destrozarnos; en Polonia, seguiría al labrador de un campo aguijoneándole á fin de apresurar su trabajo; en París al abrigo del Código, despoja y desbaliña limpiamente á sus contemporáneos, de lo superfluo y á menudo de lo necesario. Es una especie de vampiro legal, ejerciendo sus rapiñas en vasta escala al abrigo de los rigores de la justicia; adulado por el contrario, tengo miedo de sus triunfos que cuenta como una habilidad, y son únicamente el resultado de su falta de probidad. Aquí habreis visto muchos que se le parecen.

Si me preguntais porqué me explico así á



propósito de una persona que me toca tan de cerca, os contestaré (puesto que hemos llegado al terreno de las confidencias,) que experimento por él, la más profunda indiferencia; que el verdadero padre á quien hubiese reconocido y amado, sería al que me hubiese tratado como á su hija, no al desgraciado (quiero emplear esta frase) que en la miseria común ha renegado de mi madre; que me ha abandonado y ha venido á mí cuando he lisonjeado su vanidad y servido sus intereses. ¿Comprendéis ahora?

—¿Porqué no me habeis dicho estas verdades el día que entré en vuestra casa?

—Entonces erais para mí un extraño y un indiferente.

El conde se aproximó.

—¿Y ahora?—dijo.

Sarah se mordió los labios sin contestarle.

## IV

Kerjeau examinó con curiosidad á la judía mientras esta reflexionaba.

Desde su asiento donde ella le había vuelto á colocar, contemplaba las líneas del rostro de la joven con la fijeza de un amante en éxtasis ante una estatua sin rival.

La barba en la cual se dibujaba un encantador hojuelo, apoyada sobre su mano izquierda, la expresión dolorosa, los ojos húmedos con resplandores de ópalo, víctima de una emoción extraña, Sarah parecía otra mujer.

A la expresión imperiosa y dura de sus facciones, había sucedido una especie de inquietud temerosa. De la mujer de negocios incisiva y neta, sólo quedaba una esclava resignada, en contemplación ante su dueño, ó melancólicamente inclinada bajo el peso de una pena tan intensa como secreta.

El conde había vivido mucho, había entrado victoriosamente en muchos *budoirs*; había ajado muchas mantillas ó improvisado demasiadas serenatas bajo los balcones, para ignorar las caprichosas transformaciones de las mujeres.

La actitud de Sarah fué una revelación para él.

Siempre había acogido sus reiteradas galanterías con una ligereza burlona que le había intimidado á pesar de su audacia.

Cuando sus desdenes llegaban hasta el punto de encolerizar á aquel asiduo cortesano, le retenía demostrándole una especie de afección tierna y desinteresada, pero exclusiva de las libertades necesarias por las cuales él suspirarba.

Si se quejaba de ello:

—El amor pasa pronto—decía—la amistad durará siempre. Si quereis otra cosa, esperad; ¿quién sabe?

Cuando ella se disponía á abrir la boca, él se la tapó con una mano, y con la otra atrayéndola hacia él, la dijo.

—Callaos; quiero explicaros vuestro secreto pensamiento. ¿Habéis comprendido, por fin, que lo que me atrae todos los días á este

propósito de una persona que me toca tan de cerca, os contestaré (puesto que hemos llegado al terreno de las confidencias,) que experimento por él, la más profunda indiferencia; que el verdadero padre á quien hubiese reconocido y amado, sería al que me hubiese tratado como á su hija, no al desgraciado (quiero emplear esta frase) que en la miseria común ha renegado de mi madre; que me ha abandonado y ha venido á mí cuando he lisonjeado su vanidad y servido sus intereses. ¿Comprendéis ahora?

—¿Porqué no me habeis dicho estas verdades el día que entré en vuestra casa?

—Entonces erais para mí un extraño y un indiferente.

El conde se aproximó.

—¿Y ahora?—dijo.

Sarah se mordió los labios sin contestarle.

## IV

Kerjeau examinó con curiosidad á la judía mientras esta reflexionaba.

Desde su asiento donde ella le había vuelto á colocar, contemplaba las líneas del rostro de la joven con la fijeza de un amante en éxtasis ante una estatua sin rival.

La barba en la cual se dibujaba un encantador hojuelo, apoyada sobre su mano izquierda, la expresión dolorosa, los ojos húmedos con resplandores de ópalo, víctima de una emoción extraña, Sarah parecía otra mujer.

A la expresión imperiosa y dura de sus facciones, había sucedido una especie de inquietud temerosa. De la mujer de negocios incisiva y neta, sólo quedaba una esclava resignada, en contemplación ante su dueño, ó melancólicamente inclinada bajo el peso de una pena tan intensa como secreta.

El conde había vivido mucho, había entrado victoriosamente en muchos *budoirs*; había ajado muchas mantillas ó improvisado demasiadas serenatas bajo los balcones, para ignorar las caprichosas transformaciones de las mujeres.

La actitud de Sarah fué una revelación para él.

Siempre había acogido sus reiteradas galanterías con una ligereza burlona que le había intimidado á pesar de su audacia.

Cuando sus desdenes llegaban hasta el punto de encolerizar á aquel asiduo cortesano, le retenía demostrándole una especie de afección tierna y desinteresada, pero exclusiva de las libertades necesarias por las cuales él suspiraba.

Si se quejaba de ello:

—El amor pasa pronto—decía—la amistad durará siempre. Si quereis otra cosa, esperad; ¿quién sabe?

Cuando ella se disponía á abrir la boca, él se la tapó con una mano, y con la otra atrayéndola hacia él, la dijo.

—Callaos; quiero explicaros vuestro secreto pensamiento. ¿Habéis comprendido, por fin, que lo que me atrae todos los días á este

sitio, que lo que me retiene en medio de vuestra corte, porque tenéis una una joya reina de la banca, es el misterioso y profundo sentimiento que me inspiráis! Os amo apasionadamente, no lo ignoráis, desde el día en que nos cruzamos en el bosque y era el 1.º de abril de 1866, ya hace tiempo ¿os acordáis?

—SÍ, FLAMMAN.

—Yo he anotado este encuentro con una piedra blanca. Mirad.

Y abrió una elegante y fina cartera en cuya primera página estaba inscrita dicha fecha en números del tamaño de un centímetro.

—Pues bien—continuó—aquél día llevabais un traje violeta, sombrero del mismo color; violetas en vuestro corpiño, en el coche, en todas partes. ¿No es cierto?

—Sí.

—Continuamente he pensado que entre los dos existía una afinidad secreta, un lazo invisible, pero duradero, que iría estrechándose cada vez más, hasta el punto de unírnos como los anillos de ese brazalete que el platero ha soldado juntos. Yo quería elevarme hacia vos como un globo cautivo, impaciente de la cadena que le retiene sujeto al suelo. Os buscaba por todas partes, pareciéndome vacíos los sitios donde no estabais, por más que estuviesen llenos de gente y tenebrosos, aun cuando les iluminase el resplandor de las arañas y luces de los teatros. He ahí por qué me he acostumbrado á vivir como vuestros íntimos, constituyéndome en

amigo, imitador, y casi en comensal de aquellos que os rodean.

Quería veros, oiros y hablaros. Hé ahí, en fin, por qué en medio de las vaciedades que os dirigía, como otros muchos, habreis notado el involuntario temblor de la voz, que delataba mi emoción; porque cuando trataba de extinguir el fuego de mis miradas, á fin de evitar el ridículo de una pasión cuyos resultados debía sufrir sólo, veíais á menudo brillar la chispa que os revelaba, como diría el original de Riozares:

«El fuego por vuestros ojos encendido en mi corazón.»

Kerjean expresaba estos periodos con gestos fáciles, como un actor de mérito, medio en broma, con una especie de sensibilidad soñadora que impedía á la declaración convertirse en burla, dejándola fluctuar entre las emociones de un amor poderoso y contenido, y los perfiles de un madrigal sin consecuencias.

¿Estaba sincera y verdaderamente enamorado de aquella encantadora mujer, que se mantenía ante él en una posición llena de humildad, y parecía pedir gracia por no sé qué faltas ocultas, con la frente inclinada, cubierta de un rubor que podría muy bien confundirse con el del arrepentimiento, ó para pasar una hora ó dos en agradable distracción, propia de los ociosos, se complacía en reunir algunos cumplimientos para formar un bouquet y depositarle galantemente á los pies de la mujer hermosa, con la cual una intimidad,

ya antigua, le autorizaba á ciertas familiaridades? Era difícil asegurarlo.

En los tiempos actuales es de buen tono el disfrazar el ardor de los sentimientos con un barniz de urbanidad y charlatanería, contentándose en los límites de un escepticismo que entrena los impulsos de la pasión. La moda está á medida de las reservas y de la forma.

Salvo raras excepciones, no nos cuidamos de dejar á los curiosos investigar hasta lo más recóndito de nuestra alma y seguir las peripecias de las impresiones que experimenta. El destino es el alma de aquellos que se creen fuertes, y es cosa rara encontrar un hombre de la generación actual, que diga franca y sencillamente lo que piensa ó lo que quiere hacer.

Sarah se enteró desde luego del sentimiento pasajero que inspiraba, deseo avivado por el aislamiento de la habitación, por las negligencias de su *toilette*, por los olores suaves de la atmósfera tibia y excitante, por el fuego latente de sus ojos y las mil invitaciones del sitio y su belleza.

Las mujeres, en cuestión de amor, tienen una doble vista que las dirige mejor que los más poderosos faros á los marinos perdidos durante la noche á diez kilómetros de las costas.

En ciertas entonaciones volubles, en algunas distracciones de la mirada, en la expresión irónica de la fisonomía, comprendió que Kerjean sólo buscaba una aventura ligera, y no era eso lo que ella deseaba.

Con razón ó sin ella, tomó las palabras del conde por una especie de burla fina que dejaba su sueño á la mitad del camino, deteniendo su vuelo para volverla á la realidad.

A medida que Santiago avanzaba en los detalles de su declaración, la fisonomía de la judía iba adquiriendo su impassibilidad de mármol.

Ahogó en sí misma la confesión pronta á salir de sus labios.

Poco á poco retiró sus manos temblorosas de entre las del joven, que las acariciaba con cariño, y volvióse para ocultar una suprema contracción de su rostro.

Luego, separando su silla, recuperó la posición indolente que afectaba.

—¿Cuántas veces, querido conde—preguntó con voz seca—habéis dicho eso mismo?

Kerjean, interrumpido, se detuvo en lo mejor de un período, con cuyo efecto contaba, y se mordió los labios.

—Jamás con esta convicción—contestó—bien sabéis que os amo.

—Pero no como yo quiero ser amada—dijo ella vivamente.

Luego, reponiéndose:

—Mi querido Santiago—añadió,—he querido meterme á hermana de la caridad, y me castigáis por ello. No lo tengo por costumbre. Os he visto inquieto, sombrío, triste, abrumado por contratiempos que no pretendí conocer; experimento por vos simpatía, mucha simpatía, y os lo he probado dándoos buenos consejos, que no habéis querido seguir.

De un asunto de negocios nos hemos pasado á confidencias de otra especie. ¿En qué pensaba yo? No puedo decirlo. Estaba distraída; ¡tengo tantas ideas en la imaginación que me molestan! He recibido una visita que me ha disgustado, ó tal vez me encontraba en una de mis horas de bondad, bastantes raras, por cierto.

—Os calumniais.

—No, no son frecuentes; se acabó.

Quédemos cada uno en nuestro puesto. El mío, empleando una expresión trivial, pero neta, es la de desplumar los pájaros que pasan; el vuestro, el enriquecer á los otros con vuestra pluma. ¿Por qué trato de deteneros? Vos sois cristiano; yo soy de la raza exécrada; ¿no somos, pues, enemigos desde la cuna?

Sarah dulcificó con una graciosa inclinación la dureza de aquella frase que encerraba cierta dosis de verdad.

Para todo israelita es una obra pia despojar á un cristiano.

Sin duda es una de las causas del encarnizamiento con que persiguen sus millones, con los cuales hacen tan formidables capitales, que dentro de poco sólo quedarán á los otros las migajas caídas de su mesa.

Es también, seamos justos, las represalias de las leyes crueles é ignominiosas que han sufrido y de los inhumanos rigores de una época en que se les relegaba como á rebaños impuros en los barrios más insalubres y cubiertos de infamia.

A este reto de Sarah contestó el conde con un gesto de enérgica negativa.

—¿Enemigos nosotros?—dijo—¿Vos y yo? ¡Sarah Feller y Santiago de Kerjean! Vos o sois el polo, yo la aguja imantada que le usca.

—Querido mío—replicó Sarah—teneis demasiado talento para ser sincero. El amor verdadero se expresa con más sencillez.

—¿Lo creéis así?

—El oído de una mujer no se equivoca en estas cuestiones, y estais juzgado.

—Sois bien severa con el más celoso de vuestros adoradores; pero que querais ó no, no lograreis destruir la atracción poderosa que me arrastra hacia vos.

—Puesto que estais seguro, la paciencia os basta; armaos de ella y esperad.

—Es lo que hago—dijo el conde.

## V

Se arrodilló á los piés de la judía.

—¿Habeis visto, mi bella Sarah, en la primavera, las mariposas blancas atraídas por la brisa, en un jardín que comienza á florecer?—la interrogó.

—Sin duda.

—¿Qué hacen?

—Explicádmelo, os lo ruego.

—Mi alma no tiene bastante poesía para tan ingeniosas comparaciones.

»Venidas de los puntos más opuestos, desde que se ven se buscan en el espacio, se

separan, se alejan como esos papeles de seda impulsados por el abanico de una japonesa de Yeddo; se tropiezan para separarse otra vez y concluyen por confundirse en un beso.

—La comparación es atrevida; pero solo se trata de una semejanza sin consecuencias.

—Vos no tenéis fé; yo la tengo, y sois más fácil de transportar que una montaña.

—Continuad.

—La historia de esas mariposas es la de las almas gemelas. Las nuestras son lo mismo. Cuando por la noche entro en mi claustro de la calle de Saint-Guillaume y me quedo á solas con mis pensamientos, libre de las preocupaciones de ese vil metal que se pierde con tanta facilidad, y persigo en el infinito un sueño ideal viénte que me atrae, siempre os hallo en alguna de las estrellas, á donde mi fantasía me conduce.

—No sois del siglo, mi querido conde,—dijo la judía.—Hablais como un bachiller, ó mejor dicho, mentís como un poeta, fingiéndoos frescuras de imaginación que ya no sentís. Eso es propio de colegiales novicios, y no estais en ese caso—añadió con un tinte de melancolía que la sentaba como lo negro á una viuda rucía.—Ni yo tampoco; no tratemos de engañarnos, amigo mio; que yo os guste, es posible; puedo afirmároslo con orgullo que sois el imitador de otros muchos; ese gusto frívolo y sin constancia, ¿cuál es la mujer tan desgraciada que no le inspire? Nosotras valemos siempre lo que un caballo de

raza ó un dogo de precio, y vosotros nos considerais lo mismo. Convenid en ello.

—Escuchad, Sarah,—repuso Kerjean impresionado, á pesar suyo, por el acento conmovido de las últimas palabras de la joven—voy á hablaros seriamente.

—¿Acaso os ocurre eso alguna vez?

—Sí, alguna vez.

—¿Cuándo habeis perdido dinero?

—¡Sea! En ese caso hoy mismo.

—Continuad; pero por el Dios de Israel, tratad de no extenderos sobre la virginidad é impresiones de vuestro corazón; no os perdais en las nubes de la metafísica sentimental; no me describais emociones que ignorais, acordaos del pacto que firmamos en otro tiempo, conforme lo he hecho con todos los que franquean los umbrales de este humilde retiro. Habeis solicitado mi amistad y os la he concedido con tanto más gusto, porque yo también experimento gran placer con la vuestra; esto es cuanto os debo y nada más concederé.

—¿A nadie?—preguntó el conde moviendo la cabeza con aire de duda.—¿Es verdad eso?

Sarah enrojeció como una copa de cristal en la cual se vierte Cambertín; pero la llamada rosa se evaporó en un segundo.

—Sois indiscreto—dijo.—Yo soy libre, y puesto que solo me queda este privilegio, quiero conservarlo.

—¿Que no esté yo colocado bastante alto para disputárosle!—contestó amargamente Santiago.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que os pareceis mucho á esos paganos que adoran al sol.

—¿Quién sabe? Esos idólatras quizá tengan razón.

—¿Por qué?

—No es el sol quien hace madurar las mieses?

Kerjean se levantó.

La conversación cambiaba tomando un giro distinto del que deseaba.

—Estais enigmática y tenebrosa esta noche, Sarah—dijo.—Haceis que ahogue mis ternezas en el corazón con vuestra sequedad. Vengo con la cabeza llena de languideces, pronto á suspiraros toda clase de romances caballerescos, como un menestral, ó de barcarolas, como un gondolero de las lagunas; iba á quemar mis naves y haceros confesiones sorprendentes, y me sumergís en mi cáscara como á un caracol cuyos cuernos se tropiezan; me empujais con el pie en las ondas amargas donde me ahogo, y me volveis á la realidad de mis pesares, que olvidaba á vuestro lado. Ah, Sarah! Vuestro capricho es cruel, y empleais una ferocidad maudita. Voy á abandonaros, ¡oh tigre! A cerrar mis ojos á los murmullos de vuestras seducciones y á ponerme al abrigo de vuestras rosadas garras, que besaría si no fuesen tan agudas. Buenas tardes, y...

—Sí, buenas tardes—dijo Sarah dándole la mano.—Marchaos. Estais lúgubre é irónico. Hasta mañana.

Kerjean vaciló en tomar la mano que se le tendía, y retrocedió como si tuviese miedo.

—Me habeis sido fatal—suspiró;—pero no tengo valor ni fuerza para guardaros rencor. Vos sois quien á vuestro antojo me habeis arrastrado hacia los escollos del *Turco* y del *Ejinto*; me habeis hecho naufragar en los Cariblis de la *Hungría* y las Sicilias del *mo-civiro* español; aquí he respirado la embriaguez malsana de los *florines* del Italiano. Los del *Johannisberg* y del *Tokay* son más sanos y cuestan menos. Se ahogaría uno en un océano de Malvasía por el precio de una liquidación parecida á la que me espera. Me habeis ofrecido una manzana envenenada cuya seducción consistía en pasar por la mano de quien me la presentaba; se me ha indigestado atrocemente; pero, no obstante, os perdono. Vuestros encantos me tornan misericordioso. Las mujeres han sido creadas para atraernos á los abismos; en nosotros está la defensa. Adiós, pues, ¡oh peligrosa Armida! Que vuestros sueños lleguen por la puerta de marfil; los míos pasarán por la poterna de bronce. Adiós.

Y se inclinó sobre la mano de Sarah, tocándola con los labios.

Ella movió la cabeza indolentemente, enseñando con malicia dos hileras de dientes deslumbradores de blancura.

—Confesad—dijo—que teneis furiosas ganas de morder, y que experimentaríais placer en destrozar la mano que besais. En este momento me detestais mucho, ¿no es cierto?

—Es verdad. Casi os odio, ó por mejor decir, experimento un sentimiento indefinible. A veces me parece que sufro la fascinación (dispensadme si no soy tan cortés como quisiera) del pájaro atraído por la serpiente que espera inmóvil segura del poder de su mirada. No veo claro en mi alma; hay momentos en que la más inefable de las felicidades sería la de morir á vuestros piés, y otros en que creo que os mataría sin piedad. Vais á reiros de mí, pero me he jurado cien veces no poner la cabeza de mi caballo en dirección de vuestro hotel.

—Y estais aquí. Conozco los juramentos de esa especie. Apuesto cualquier cosa á que no habreis andado cien metros cuando sintais grandes deseos de volver. Los hombres se parecen; quien conoce uno conoce á todos.

—Es una ventaja que teneis sobre nosotros, querida mía, —replicó Santiago.— Quien ha estudiado veinte mujeres no conoce á ninguna.

—Es posible: decís adios sin convicción de ello, y una hora más tarde volveis al mismo sitio donde habiais jurado no volver á poner los piés. Hasta la vista, ó por mejor decir hasta pronto. Volveréis mañana.

—¿Recibís esta noche?—preguntó Santiago.

—Bien veis hasta qué punto sois debil; no, no recibo esta noche. Quiero salvaros de la tentación.

—¿Entonces recibireis á otros?

—Lo ignoro.

—¡Ah, Sarah!—suspiró.— ¡Cómo turbais mi espíritu y cuán cobarde me siento á vuestro lado!

Y abrió la puerta.

La judía le llamó.

—¿Qué hay?

—¿Quién es esa joven que os acompañaba el martes en los Franceses?

—¿El martes? No sé.

—Sí... una joven rubia y delgada...

—¡Ah! No es una joven, es una niña.

—Bueno; ¿y quién es?

—Magdalena de Guersaint, una pensionista.

—¿La hija de vuestro tío?

—Sí; la hija del marqués de Guersaint, mi tío, y en otro tiempo venerable tutor; el muy respetable, muy devoto, muy rico y muy excelente hermano de mi pobre madre.

—Es muy bonita vuestra prima.

—Os confieso que ni siquiera me lo he notado de ello.

—¿Qué edad tiene?

—Diez y ocho años; á menos que no sean quince ó diez y seis... no, diez y ocho en efecto. Nació en el mismo año en que perdí á mi padre, y hace de esto diez y ocho años. Es una fecha que jamás olvidaré.

Se alejó de nuevo.

—¿Y es eso todo lo que deseais saber?—dijo retirándose.

—Todo.

Pero ella repuso.



- ¿De qué país es vuestra prima?  
 —¿Os interesa esa niña?  
 —Si y nó; como todo lo que os concierne,  
 —continuó Sarah con malicia.— Contes-  
 tadme.

## VI

Una sombra de disgusto cruzó por la frente de Kerjean. Le repugnaba, sin saber por qué, tratar de una joven de su familia en un lugar al cual, según él, debía ser extraña. Sin embargo, repuso con viveza:

—Bretona, naturalmente, como yo, hemos respirado el mismo aire, nos hemos criado á los mismos pechos.

—¿Se cerró el interrogatorio?

—Poco queda. ¿Desde cuándo está en París?

—Estaba en el convento, lo cual no es París, y salió de él.

—¿Y dónde mora esa paloma?

—En la calle de Saint-Guillaume, hotel de Guersaint. Un vasto caserón que respira fastidio. ¿Se acabó?

—Del todo.

—¿Sois su vecino?

—Sí, el marqués me aloja gratis en un pabellón cerca de él, bien lo sabéis.

—¿Les veis á menudo?

—Rara vez; ¿supongo que estareis satisfecha?

—Seguramente: ¿os gusta vuestra prima?

—Jamás he pensado en ello; la he visto desde pequeña con los dedos llenos de tinta, de uniforme negro y con los cabellos cortados. No desecha uno tan fácilmente estas impresiones. Había de tener vuestras manos de nieve, y en lugar de besarlas, sentiría deseos de tomar unas disciplinas para darle con ellas. Además es una inocente, y yo prefiero las señoritas más... instruidas.

—Sois un depravado.

—¿Conoceis algún parisiense que no lo sea?

—Y próximamente un arruinado; comprendedlo.

—¡Ay! Buenas tardes.

Por esta vez el conde había salido, y ya colocaba un pie en el primer escalón, cuando le llamó Sarah.

Volvió.

—Santiago—dijole,—me inspirais lástima, amigo mío. Olvidaba daros un aviso que os probará hasta qué punto me intereso por vos. No os garantizo, sin embargo, su resultado. En los pasos peligrosos los mejores pilotos se engañan.

—¿Qué sabéis?

—Una noticia que tiene su precio.

—¡Ah!—exclamó Kerjean—¡habeis recibido un rayo de sol! Hé ahí por qué no podría agregarle á vos.

Y lanzó un suspiro capaz de conmover á una roca.

—¿Qué os importa?—dijo la judía.—¿Habeis comprado mucho estos días?

—Enormemente, por desgracia.

30569

—Pues bien; vended más todavía; pero pronto, no hay tiempo que perder.

—No bromeéis; es grave.

—Miradme frente á frente. ¿Soy yo mujer capaz de engañaros á ciencia cierta?

Santiago se aproximó á ella estremeciéndose de placer.

Los ojos de Sarah expresaban inefable bondad.

—¡Ah, si quisiérais—murmuró Santiago,—cuán dichoso me haríais!

—Sí; pero como no quiero, al menos por ahora...—replicó ella con voz tan melodiosa, que aquella negativa parecía más bien una promesa.

—¿Y más tarde?

—Veremos: el porvenir es largo; vos sois joven, y yo...

—Vos sois adorable. Hasta la vista.

—Enhorabuena; eso ya no es decir adiós.

El conde salió de espaldas, enviándole con las dos manos una serie de besos, ante los cuales ella volvía la cabeza.

Cuando escuchó el ruido de la berlina al alejarse, salió de su inmovilidad y contemplando atentamente una fotografía que tomó de entre otras que había en una copa de jaspé; dentro de dos días, pensó, estará arruinado, deshonorado tal vez, y entonces creo que nadie me lo disputará.

## VII

Pondría las manos en el fuego á que no

pasais ni una sola vez al año por la calle de Saint Guillaume. Es de una venerable soledad; una vía de ciudad triste cuya tranquilidad solo se ve turbada por raros transeuntes.

Y aun aquellos que se deslizan por ella, se comunican cierto aire piadoso y reservado. No hacen sonar sus tacones sobre las losas y se esquivan rozando las paredes como sombras.

En esta calle soñolienta y solemne, experimenta uno una emoción religiosa, parecida á la que se siente al entrar en la habitación de un moribundo, ó bajo las bóvedas húmedas y verdosas de un claustro. Parece que van á salir de las casas algunas procesiones de monjes envueltos en capuchas blancas y hábitos negros, ó fúnebres comitivas de jóvenes muertas, dormidas en sus ataúdes y cubiertas de flores.

Si preferís el ruido y las agitaciones de la vida, no busqueis domicilio por ese sitio en el que invenciblemente se siente uno inclinado á la meditación y á las ideas tristes.

Sin embargo, allí existen algunos hoteles notables. Colocados en otra parte, causarían fuertes tentaciones á los amantes del espacio y de lo grandioso, á aquéllos que prefieren las habitaciones de los grandes señores del tiempo pasado á las reducidas y mezquinas del presente, tan buscadas por los advenedizos.

El hotel de Guersaint eclipsa sin contradicción las construcciones vecinas.

Es un edificio considerable, construido con piedras talladas y ladrillos, cuya época se re-

monta al reinado de Enrique II. A decir verdad, produce el asombro que nos causa un elefante de desgraciada apariencia, imponente por su masa.

Dos fachadas formando ángulo en la calle, flanquean el cuerpo principal, tras el cual se extiende un inmenso jardín lleno de sombra y de verdor, provechoso á las casas vecinas, cuyo ambiente purifica.

Este jardín plantado en París en una época en que apenas costaba la propiedad, no se economizó el terreno florido y apropiado para paseos campestres. Los precios han variado mucho desde entonces, pero no obstante y á pesar de las ventajosas proposiciones hechas á sus dueños, estos no quisieron reducirlo; quedó tal como sus abuelos lo dibujaron y plantaron.

Una puerta cochera monumental daba á la calle; estaba coronada por un blason medio borrado por el tiempo, y en el cual se veían grabadas las armas de los dueños de la finca; estos no han cambiado de nombre desde la construcción de aquel asilo hereditario.

Con un poco de atención aun puede descifrarse su divisa: Alto y derecho.

Los Guersaint son bretones y creyentes, fieles á su Dios y á su rey.

No se les puede acusar por semejante constancia.

Lejos de eso.

Tal perseverancia les honra. Sin duda es un lema para ellos, de carácter y fuerza; han dado tantas pruebas de bravura en todo

tiempo y en tantos campos de batalla, desde el combate de los Treinta, en el que figuraba Tinteniac, de quien descendian, hasta nuevas últimas guerras; recibido tantos golpes por su país; sembrado tantos brazos y piernas al abrigo de la bandera blanca ó tricolor, gracias á lo cual podían marchar con la cabeza alta y mirar al pasado frente á frente, complaciéndose en ello, sondeando con mirada triste é inquieta lo que llamaban la degeneración del presente.

Los Guersaint poseen una gran fortuna, que emplean de la manera más noble.

Sus tierras patrimoniales en el Morbidan y el Finisterre son inmensas, y las alianzas sucesivas de las familias les han aportado numerosos dominios en todas partes de Francia. Cómodamente podrían evaluarse sus rentas en cuatrocientos mil francos en tierras arrendadas á bajo precio; pero es probable que sea el último de los Guersaint quien las posea hoy.

Ha perdido una esposa joven y angelical que recorrió el camino de la vida como una sombra, sin detenerse en él.

Desde esta pérdida se observa en el rostro de su marido una tinta indeleble de melancolía. Viéndole se le tomaría por una de esas estatuas pálidas y dolorosas cuyas facciones se distinguen á través de un velo.

Esta tristeza resignada no desaparecerá.

El marqués de Guersaint es un buen cristiano; sin la fé no hubiera sobrevivido á aquella que fué su única pasión.

Los hombres de su temple son valientes; la muerte no les asusta. Uno de sus amigos, el más íntimo, nos ha asegurado que había estado á punto de suicidarse; el dolor que experimentaba era de aquellos que no se soportan, aun cuando uno esté dotado de bastante valor.

Creyente y católico, si hubiese quedado solo en la vida, hubiera dicho adiós al mundo, encerrándose en un claustro, frente al punzante y dulce recuerdo que vivía en él; pero de ese gran naufragio de felicidad, un resto se había salvado, y él se adhirió con pasión á aquél vestigio que Dios le dejaba de sus perdidos amores.

Magdalena de Guersaint, muerta á los veinticuatro años, en la flor de su hermosura, al dar á luz su primer hijo, dejaba una niña, que el padre educó con celoso afán, conservándola el nombre del ángel cuya viva imágen le recordaba.

Desde entonces el marqués de Guersaint concentró todo su amor en aquél ser débil y adorado que reasumía sus afecciones presentes y pasadas.

Iba raramente á París, encerrándose la mayor parte del año en su castillo favorito, situado á algunas leguas de Vannes, en una villa escabrosa que dominaba el Océano.

Allí se consagró todo entero á la educación de su hija.

Magdalena creció en medio de una naturaleza, salvaje, poderosa y magnífica, respirando las saladas y vivificantes brisas de las

algas, sin miedo al mar ni á la soledad, corriendo sobre un poney peludo como un oso, á través de las landas incultas y tales como las legiones romanas las contemplaron en las épocas de su invasión; digna hija en fin de sus esforzados antecesores, que sostuvieron en toda ocasión el renombre de la fiera bretona y que debían ser de otra materia distinta á la de nuestra generación anémica y calenturienta.

## VIII

A los quince años era el gallito del país. Los colonos sólo juraban por ella; cuando se pronunciaba el nombre de la pequeña Magdalena, todo estaba dicho: era como un talisman; parecía que Dios había pasado por allí.

Si las mieses estaban buenas, los trigos dorados, los centenos que hacen tan mala cosecha bien provistos y abundantes, si cubrían completamente los surcos con sus rojizos penachos, la señorita estaba contenta porque se había trabajado bien la tierra.

Magdalena amaba á todas aquellas gentes por quienes era tan respetada y querida.

¿Y no eran en verdad, una grande y próspera familia, aquellos viejos bretones unidos desde tiempo inmemorial á Guersaint cuyos dominios no hubieran abandonado por todo el oro del mundo? ¿No era una madre fecunda y benigna aquella tierra que les había criado y nutrido libremente sin perjuicio y bajo la salvaguardia, y no bajo la tiranía de

un señor paternal al cual tributaban una renta mínima, que cualquier otro propietario hubiera triplicado tomando posesión de sus bienes?

En la época á que nos referimos, Magdalena de Guersaint, tenía diez y nueve años. ¿Era lo que se suele llamar una mujer bonita?

No nos atreveríamos á afirmarlo, pero sí, que era seguramente muy linda.

No podía uno sustraerse á cierta simpatía atractiva, frente á aquella fisonomía de angelical suavidad, realzada por su aire travieso y malicioso: rubios, de ese color ligeramente oscuro de que los novelistas hablan pocas veces, porque prefieren las tintas más desvanecidas, á fin de buscar comparaciones tradicionales, sus cabellos eran de una gran finura y abundancia. Sus magníficos dientes, que se veían á través de dos labios rojos anunciando una salud vigorosa, en su boca, un poco grande tal vez, pero ¿quien piensa en quejarse de las bocas grandes cuando se abren para dar paso á una carcajada alegre y comunicativa? Sus ojos azules, profundos y limpidos tenían una expresión atrevida y cándida al mismo tiempo que animaba á los más melancólicos.

De elevada estatura, esbelta sin exageración, con el pecho amplio, admirablemente formado, de blanco y fino cutis; con el rostro constantemente iluminado por esa claridad reflejo de un alma pura é indulgente, poseía ciertamente ventajas con las cuales una mu-

jer es bastante aceptable y goza de lo que suele llamarse la belleza del diablo, es decir de ese atractivo irresistible por el cuál daríamostratándose de las seducciones que hablan á los sentidos, todos los mármoles fríos y clásicos de la Grecia y de Roma.

En una palabra, que la describirá mejor que todo; tenía la sangre de raza y con esta cualidad, que contiene los gérmenes de todas, una mujer gustará siempre mejor á los delicados y difíciles, que la más soberbia de las matronas de Andalucía.

Numerosas peticiones, que probaban que se la apreciaba en su justo valor, (es verdad que sus millones formaban un pedestal conveniente), habían sido hechas á su padre; pero después de haberla consultado, respondía invariablemente que era demasiado joven y no pensaba en el matrimonio.

La verdad es que ella no quería oír hablar de semejante asunto.

¿Por qué?

El marqués se guardó bien de insistir, porque en el fondo estaba encantado de una resolución que le conservaba su hija.

Veía con terror acercarse el momento inevitable de la separación. No se atrevía á afrontar el plazo temible ó fatal en el cual perdería su último recurso la suprema alegría de su casa.

Todo lo que no se relacionaba con aquella eventualidad, era bien acogido.

## IX

Eran las ocho de la mañana.

Un gran fuego brillaba en el saloncito del hotel de Guersaint.

Magdalena, con los cabellos en trenzas formidables, envuelta en un traje de lana gris, que ponía de relieve las gracias de su juventud (las costureras del tiempo actual son verdaderos artistas), estaba sentada al piano, un magnífico Erard, y tocaba con precipitación á título de estudio matinal para aligerar los dedos, el célebre movimiento continuo de Weber, cuando la puerta se abrió y entró el marqués con un libro en la mano.

M. de Guersaint tenía solamente cuarenta y cinco años. Sus cabellos blancos como si estuvieran empolvados, prestaban un encanto infinito á aquellas facciones jóvenes y frescas, selladas por una tristeza resignada pero incurable.

Su rostro lleno y redondo estaba cuidadosamente afeitado. El bigote gris, y de un color más oscuro que los cabellos, se levantaba dejando ver sus labios de una gran perfección de líneas.

Su traje, á pesar de su sencillez, no estaba exento de esa elegante coquetería que distingue á las personas del verdadero *gran mundo*.

A la vista de su hija, ilumináronse sus

facciones y pasó por su rostro como uno de esos rayos de sol que aparecen por intervalos los días de otoño entre dos nubes.

Magdalena se detuvo precisamente en medio de un compás, y corriendo hácia el marqués, le abrazó y besó repetidas veces.

—Buenos días, padre—le dijo.—¿Volveis de misa?

El marqués se inclinó sin contestar.

Los ojos de la joven fijáronse en los suyos, arrancándole una lágrima cotidiana y silenciosa que era como el tributo de un dolor antiguo y el consuelo para un día.

—Aproximáos al fuego—dijo Magdalena conduciéndole hácia la chimenea;—las mañanas están frescas; además,—añadió quitándole el sombrero—tengo que hablaros.

—¿Sériamente?

—Sí.

—Me pones en cuidado; ¿y de qué se trata. ¡Oh! ¡querida misteriosa!

—Escuchadme con paciencia, y lo sabreis.

—Ya escucho.

—Se trata de cuentas.

—¿De dinero?

—De dinero.

—Esto se pone grave.

—Decidme, padre—repuso Magdalena que se sentó en un taburete á los piés del marqués, con los brazos apoyados sobre sus rodillas—¿no es cierto que yo soy rica?

—Según;—replicó M. de Guersaint, cuya frente se oscureció.—Eso depende de lo que

tú entiendas por riqueza y del punto de comparación que quieras establecer.

—Quiero decir rica, para una señorita de mi condición.

—Vamos, hija mía, basta de broma; dime á propósito de qué viene esa pregunta, y veré si debo contestarte.

—Cambiemos los papeles, papá, — insinuó la joven con adorable zalamería; — decidme primero lo que deseo saber, y en seguida os juro explicar el motivo de mi pregunta.

—Sea, — dijo el marqués; — posees por parte de tu madre ciento cincuenta mil libras de renta.

—¿Nada más que eso? — exclamó la traviesa niña con un mohín desdefioso.

—Sí, y las economías, que deben ser considerables, porque se van acumulando hace diez y ocho años. No recuerdo la cifra; pregunta á tu notario y él te contestará; solamente él está encargado de la administración de tus intereses. Es un hombre probo y al cual debes mucho reconocimiento; no he querido que cuestión de dinero se mezclase en nuestros asuntos de corazón. M. Blondeau se constituyó tu administrador por amistad á nosotros.

Otra nube sombreó la frente del marqués; sufría visiblemente con aquella conversación. Magdalena continuó sin embargo.

—¿Y á cuanto podrán elevarse esas economías?

—No lo sé.

—Entonces voy á escribir á mi notario,

conforme decís, querido padre, á fin de enterarme mejor. ¿Me permitís que la invite á comer?

—¿Te corre mucha prisa?

—Sí.

—Como quieras — dijo el marqués.

La joven escribió rápidamente dos líneas, y metiéndolas en un sobre satinado escribió: «A M. Blondeau, notario, calle Turnon.» Tiró del cordón de la campanilla.

—Ivona — dijo á la doncella que se presentó; — disponed que esta carta llegue á su destino y que se espere la contestación.

La doncella desapareció, y Magdalena volvió á sentarse á los pies del marqués.

—Entonces repuso ella, cualquiera que sea la cifra de mis economías, ¿soy una heredera conveniente?

—Sí.

—Aun cuando me casase con un hombre sin fortuna (es una simple suposición), ¿podríamos vivir cómodamente sin alterar nuestro rango?

—Sin duda — dijo el padre, inquieto. — ¿Es que habeis pensado en casaros, señorita?

—¿Yo? Ni por soñación.

—¿De veras?

Magdalena apoyó inmediatamente sus labios en la mano de su padre y alzando sus límpidos ojos:

—Bien sabes, papá, — le dijo para disipar sus temores — que nada te oculto. Te lo juro.

—Entonces ¿á qué viene este interrogatorio?

—No es más que una idea que se me ha ocurrido. Quería saber, que si por casualidad algún día un aspirante más favorecido por los dones del nacimiento ó de la inteligencia, que de la fortuna, se presentase solicitando mi mano, podría satisfacer una inclinación que ahora no siento (¡oh! nó) y no mezclar las preocupaciones del dinero con las del corazón; esto es todo, querido padre.

—¿No me engañas?—dijo el marqués, abrazándola.

Una nube rosada coloreó la piel transparente de Magdalena, que inclinó la cabeza.

—No—murmuró con timidez.

—¡Ay, señorita, sois una hipócrita, y eso está mal hecho! Me ocultais un secreto, á mí, á vuestro padre, á vuestro amigo.

—¿Pero qué suponeis?—exclamó la joven.

—Os he dicho la verdad.

—Sí, hija mía; tú has creído decírmela, porque no eres capaz de una mentira á sabiendas; pero te engañas tú misma: no ves claro en tu corazón; yo leo en él como en un libro abierto.

—¿Y qué habeis leído, papá?—preguntó Magdalena, recuperando su serenidad bajo la paternal mirada que la envolvía.

El marqués vaciló; pero animado por la sonrisa de su hija, que dulcificaba la rudeza de sus preguntas por la afección apasionada que le demostraba en sus menores gestos, y que podría muy bien llamarse los encantos de su voz, la hizo sentar cerca de él, permaneciendo silencioso durante un minuto.

## X

—Mi querida hija—repuso por fin,—escucha y reflexiona. Ya eres mayor y prudente; tu razón se ha madurado más pronto por una gracia especial del cielo, que ha querido suplir la presencia de tu madre. Puedo, pues, decirte todo, y no te costará trabajo el comprenderme.

—¡Oh, padre, me asustais!... Estais grave.

—Responde con sinceridad. ¿Me habré equivocado suponiendo que tu primo no te es indiferente?

—¡Indiferente el pobre Santiago! ¿Cómo quereis que lo sea para nosotros?

—Estás prevenida en su favor, y sin embargo hay que juzgarle tal cual es.

—¡Santiago nos demuestra tanta afección, padre! ¿Cómo no pagarle de igual manera? ¿No nos hemos criado juntos? ¿No es el hijo de vuestra hermana? ¿No habeis reemplazado á sus padres?

—Sí; pero Santiago se ha alejado de nosotros—repuso con una mezcla de impaciencia y de severidad el marqués;—Santiago ha abandonado el camino que le indiqué; Santiago se ha convertido en un hijo del siglo.

—Es preciso dirigirle, padre. Se extravía, pero ya os escuchará. Imitad al pastor vigilante, y volvedle al rebaño. Además, que el redil es bueno—añadió con una alegre carcajada,—el pesebre está bastante bien pro-



visto de forraje, y la cama de paja fresca y abundante....

—Sois una loquilla... ¿No he tratado de hacer cuanto habeis dicho?... Frente á Santiago, la cuerda de mi autoridad se afloja: mis flechas no dan en el blanco, y hay que tomar una resolución: es un faisán educado en una jaula; se ha abierto la puerta, ha tomado vuelo y se nos escapa.

—Pero papá, ¡ya no es un niño.... Quiere volar con sus propias alas y recorrer el mundo. ¿Cuántas veces os he oído repetir que es preciso que la juventud se divierta?...

—Seguramente; pero existen límites que el hombre honrado no debe traspasar.

Magdalena palideció.

—Santiago jamás los ha franqueado, estoy segura—exclamó—¿no es verdad, padre?

—Todavía no—dijo friamente el marqués, —al menos así lo creo; pero está en una pendiente y temo por el porvenir.

Después asió las manos de su hija, cuya turbación disimulaba con trabajo, y depositando un beso en su frente:

—Magdalena—dijo con voz conmovida, vas á comprender lo que no quiero añadir; confío en la rectitud de mi hija: Santiago está perdido para nosotros; es preciso olvidarle y compadecerle.

—¡Olvidarle!... ¡Cuán severo sois para él, vos, tan bueno!

—Es cosa bien fácil—replicó el marqués,—puesto que apenas le vemos.

—¡Ay! es verdad. El pabellón está vacío,

las persianas están cerradas constantemente y hace tiempo que no se le ve por aquí.

—Si no se le ve en su cuarto, ¿cómo ha de venir al nuestro?

Magdalena quedó un momento pensativa, con las manos entre las de su padre.

Luego, levantando sus límpidos ojos hacia el marqués, esperaba con ansiedad su respuesta.

—Está bien, padre—dijo con voz firme: os obedeceré.

Y con un movimiento febril echó sus brazos al cuello de M. de Guersaint, abrazándole silenciosamente.

En seguida salió enjugándose dos lágrimas que brillaban en sus pestañas oscuras, casi negras, una de las bellezas de las rubias, y sin volver la cabeza subió á su habitación.

—Ya era tiempo de romper el encanto,—pensó el marqués.—¡Pobre Magdalena! Le hubiera amado. Esto que yo deseaba en otro tiempo, lo temo hoy.

Un criado entró y dijo algunas palabras en voz baja á M. de Guersaint, que se levantó vivamente yendo á abrir la puerta al visitante anunciado por el criado.

## XI

El recién venido era un hombrecillo bastante mal cubierto con un paletot color castaña, deslucido por largo uso y gastado por los codos; un pantalón demasiado corto, de

color indeciso, tirando al gris azulado, y un chaleco verdoso.

La corbata blanca y retorcida como un cordel, apretaba su delgado cuello, coronado por una cabeza huesuda, mal configurada y de color terroso.

Su frente abombada y dos ojos rojos brillaban como luciérnagas bajo sus erizadas cejas.

Labios delgados, plegados en los ángulos, nariz de pico de cuervo, pómulos salientes de color de ladrillo mal cocido, cabellos desgredados y blancos por el transcurso de sesenta inviernos, completaban el conjunto del sujeto cuyas manos se ocultaban en unos guantes de estambre negro.

Aquel personaje no era bello seguramente.

No obstante, á pesar de su desgraciado aspecto y rústica forma, su tipo era agradable. Un alma noble habitaba aquella mansión grosera. Desde el principio, la bondadosa expresión de su mirada os dominaba y hacía simpático aquel rostro que la naturaleza se había olvidado de perfeccionar.

El marqués se regocijó.

—¿M. Leguidec en París? —exclamó estrechando afectuosamente los guantes de estambre del notario breton. —¿Cómo os habeis decidido á abandonar vuestra quinta y vuestro bufete? ¿Cómo marcha Guersaint?

—Muy bien, señor marqués.

—Entonces ¿qué negocios os traen por aquí? Porque es preciso una grave circunstancia para alejaros de vuestra familia;

¿vuestra esposa y vuestros hijos siguen bien?

—Perfectamente, señor marqués.

—¿Y los negocios?

—¡Oh! los más importantes son mis patatas y mis centenos.

—Pero ¿y los clientes?

—Raros, muy raros, señor marqués. Un contrato de tiempo en tiempo cuando una joven se casa, por algunos trozos de tierra y un misero mobiliario; un testamento por aquí ó por allá, un pleito cada diez años, una venta cuando un disipador se decide á abandonar un campo: y eso es todo.

—Sí —replicó el marqués sonriendo,— pero Dios ha colmado de sabiduría á M. Leguidec. Sois un dichoso mortal sin ambición, en medio de vuestras recolecciones que prosperan entre vuestra esposa que os ama y vuestros hijos que crecen y se fortifican en el bien.

—Verdaderamente, señor marqués, no puedo quejarme de mi situación; notario y labrador, mitad ciudadano, mitad campesino, vivo en paz y en la abundancia gracias á la clientela de vuestra familia que me aporta un año con otro mil doscientas libras; repito que no me quejo. ¡Pluguera al cielo que las cosas pasaran lo mismo en vuestra casa!

—¿En mi casa? ¡Me asustais mi querido Leguidec!

—Entonces el señor marqués, ¿no supone lo que me trae aquí?

—Ni en lo más mínimo; no veo nada de particular en torno mío. ¿Hay fuego en Guersaint?

—No, señor marqués; Guersaint está en buen estado; las alquerías bien atendidas; no falta ni una teja en los tejados, ni una piedra en las paredes; mas por el lado de Kerjean sobrevienen graves complicaciones, y he ahí por qué me veis en París.

—Mi sobrino habrá cometido alguna tontería...

—¡Enorme, señor marqués! ¡Deudas, grandes deudas! Kerjean, ese hermoso y magnífico dominio que M. Santiago ha recibido limpio de toda carga, neto de toda obligación, está hipotecado.

—¿Ya?

—Es una vergüenza, que las tierras de vuestra familia no han sufrido en muchos siglos. Hoy es otra cosa.

—Pero entonces Kerjean está arruinado; ha devorado las economías acumuladas durante su menor edad.

—Arruinado, todavía no, señor marqués; he sabido por casualidad que los pagarés no se elevan más que á un millón. Ya supondreis no he intervenido en esos préstamos, imposibles además en un país donde se dispone de tan pocos fondos como en nuestro Morbihan.

—¡Un millón!—exclamó M. de Guersaint levantando las brazos al cielo;—pero Kerjean no vale más que el doble.

M. Leguidec movió la cabeza con un gesto de convicción.

—Perdone el señor marqués, pero se equivoca acerca del valor de esa posesión, afortu-

nadamente. Kerjean vale lo menos tres millones. Las alquerías están arrendadas por nada, conforme ocurre con las de Guersaint, sin que se haya aumentado ni un solo céntimo hace medio siglo. Hay magníficos bosques que nadie ha podado desde tiempo inmemorial. Compensará el pasivo con el valor del vellón del ganado, dejándole bien vivo, sin amputarle ningún miembro. Esta es la causa de mi viaje; he querido que sepais lo que ocurre, é indicaros el remedio.

El marqués estrechó silenciosamente la callosa mano del bretón.

Después tocó un timbre.

—Juan—dijo al criado, que se presentó en seguida,—ved si mi sobrino está en su cuarto, y decidle que tengo que hablarle al instante.

Al salir el criado le faltó poco para tropezar con su joven señora, que entraba como un huracán, precipitándose al cuello del notario campesino, que retrocedió con religioso respecto.

—¡Ah! señorita Magdalena—exclamó;—me dispensais demasiado honor; eso estaba bien cuando érais una niña; pero ahora que sois una mujer, jamás me atrevería...

—Pues atreveos—dijo la joven.—¿Acaso no besan en Bretaña las urnas de los santos? Pues á mí aún no me han canonizado; además, que yo casi soy vuestra hija, puesto que me habeis educado entre todos.

El criado entró.

—El señor conde viene al instante,—dijo.

—Entonces, mi querido Leguidec, dispensadme el favor de dejarme á solas un momento con mi sobrino—manifestó el marqués;—voy á interrogarle.

—Venid, amigo mío; puesto que mi padre nos hecha, nos refugiaremos en mi habitación, y así me dareis noticias de nuestro querido país.

Y la traviesa niña condujo al notario por la escalera, y cuando estuvieron instalados cómodamente en mullidos sillones junto á un excelente juego:

—Bien sé—le dijo—por qué habéis abandonado vuestra casa, vuestros hijos y á aquella excelente Mme. Leguidec, á quien amo como á una madre; existen graves motivos.

—En efecto—suspiró el notario.

—Es que Santiago ha hecho mil locuras—repuso la joven—lo he adivinado.

Mr. Leguidec movió la cabeza afirmativamente.

—Pues bien—continuó Magdalena bajando la voz;—no quiero que digais á mi padre que os hablo de esto, pero vais á contarme lo que ocurre ¿no es cierto?

Y con acento decidido añadió:

—Tengo mis razones para obrar así.

## XII

Cerca del hotel de Guersaint, en un rincón del jardín se levanta un pabellón construido en la misma época con ladrillos rojos y negros, dibujando rombos en los ángulos de

granito tallados en forma de diamantes, aduinándose en las veletas blasonadas que se elevan sobre tejados puntiagudos que amenazan al cielo, y en las ventanas guarnecidas de vidrios de colores sujetos con plomos, el nido del verdadero noble de raza.

Las caballerizas y las cocheras del mismo estilo, están adosadas á los muros del parque, y se comunican ambos hoteles por un pórtico abierto y libre, cuyas esculturas desaparecen bajo una avalancha de clemátidas y parras.

Es la morada del conde de Kerjean, su residencia oficial; su refugio de familia.

Su tutor, en tiempos que ejercía como tal, le había cedido aquel pabellón, pero el joven apenas le habitaba.

Aquella mañana por escepción se encontraba en él.

Abrumado por mil presentimientos, cansado por la incertidumbre de sus negocios, que se embrollaban como una tésis de filosofía alemana, irritado por los caprichos de la fortuna que se obstinaba en maltratarle, comprometido en una partida suprema en la cual había puesto su último puñado de oro, había ido á refugiarse en la soledad de su casa pidiendo consejos á la noche que suele darlos á aquellos que la escuchan.

Siguiendo la breve instrucción de la judía y á pesar de la confianza que le inspiraba, se hallaba bajo el peso de una gran ansiedad esperando el resultado de la batalla que iba librarse.

El criado le encontró de codos en el balcón, con la cabeza apoyada en las manos contemplando con mirada triste y soñadora el jardín florido, fresco y umbroso que se extendía ante él.

Entró en su cuarto, tomó el sombrero, y siguió al criado á la habitación de su tío.

—¿Qué diablos me querrá?—pensaba.—Ya hace tiempo que no le he visto. Quejas, sin duda. ¡Pobre marqués! El campo es vasto y puede despacharse á su gusto.

M. de Guersaint, que esperaba á su sobrino, no había abandonado el sillón.

—¿Me habeis mandado llamar, tío mío?—dijo Santiago humildemente.

—Me ha sido preciso, puesto que no hay otro medio de veros—replicó el marqués;—nos abandonáis mucho hace algún tiempo.

—Jamás me censurareis tanto como merezco, tío—replicó Santiago tristemente.—Aprovechaos de este momento en que me teneis bajo vuestra férula... paternal.

—Hacedme la justicia, Santiago—dijo el marqués enternecido súbitamente por la sumisión graciosa y seductora de su sobrino,—de que mi férula no os ha sido pesada; creo que no he abusado de ella. Siempre conté con vuestros buenos sentimientos, con la nobleza de vuestro carácter, más que con mis reprobaciones. Acaso hice mal. ¿Qué os parece?

—Que habeis sido el mejor de los padres.

—Bien sé—prosiguió M. de Guersaint,—que existen á vuestra edad tentaciones que se resisten difícilmente. Además, habeis ex-

perimentado una gran desgracia, cual es la de perder á vuestros padre tan pronto: sus consejos os han faltado, y puede tenga que acusarme de no haberlos reemplazado conforme debiera: estaba bajo el imperio de graves disgustos, y hay que excusarme si me han apartado de mis obligaciones con vos.

De acusador, el marqués se convertía humildemente en acusado: toda su afección por Santiago se despertó con la noticia de su ruina. Las almas nobles tienen de particular que si nos abandonan en las prosperidades, la adversidad nos las devuelve. Hablaba con una emoción contenida, que llegó al corazón de su sobrino.

—Siempre habeis sido excelente para mí, tío,—le dijo—sé cuánto os debo, y no lo olvidaré en mi vida.

—Y ahora, Santiago,—repuso el marqués, levantándose y apoyándose en la chimenea; pasemos á lo que importa y sed franco. Quizá de esta conversación depende vuestro porvenir. ¿En qué estado se hallan vuestros negocios?

—Os juro por mi honor, tío, que no lo sé.—Vivimos en un siglo positivo. Hay que contar; no estamos ya en los tiempos en que era de buen tono para los hijos de familia ponerse en manos de los usureros ó encomendarse á un administrador ladrón y tunante.

Dudo que semejante desorden haya sido jamás como se supone del último galán. Hoy es bueno mirar de cerca y cuando se posee

una buena fortuna el defenderla. ¿Cuánto debéis?

—Mucho.

—¿La cifra?

—Lo ignoro.

—¿Un millón?

—Más.

—¿Sobre hipoteca?

—Únicamente.

—¿Quién es tu acreedor?

—El nombre me es desconocido. Un banquero judío, según creo.

—¿No tienes más deudas ó pagarés perentorios de tus proveedores?

—Ningunas.

—¿Y dónde han sido suscritas esas obligaciones?

—En el estudio de M. Jacob, notario de París?

—¿Todas?

—Sin excepción.

El marqués se detuvo un momento; pareció reflexionar y luego repuso con tono más severo:

—Y ahora, Santiago, perdonad que os haga una pregunta necesaria. ¿Cómo habeis disipado tan gran parte de vuestro patrimonio?

—¡Ay! tío mío, es bien sencillo: el Círculo, el juego y...

Santiago vaciló un momento.

—¿Las mujeres ligeras, sobre todo?—preguntó el marqués.

Kerjean sonrió.

—No las acuseis, mi querido tío, no soy de

esos atolondrados vanidosos que forman un pedestal de oro y diamantes (de los que son muy golosas las póbrecillas) á un ídolo que á menudo es indigno de sus adoraciones. Jamás he regalado más que *bouquet*: de cincuenta francos y algunos lises á las bailarinas y cantantes de operetas; no he amueblado suntuosamente con dispendiosas facturas de las casas Duval ó Kueger á modistas sin trabajo; no he comprado aderezos para las gimnastas, ni construido hoteles á las mujeres, como, con seguridad, supondreis.

—¿Pero entonces?...

—He obrado peor. Uno de mis amigos del Jockey cuyo nombre no os es desconocido, Pedro Courcelles...

—¿El hijo del gran banquero?

—Sí; un muchacho de talento á quien abren sus puertas todas las clases de la sociedad, me condujo á casa de una mujer encantadora que poseé más de cuanto yo hubiese podido darla.

—¿Y de dónde proviene esa fortuna?

—¿Quién lo sabe, ni qué importa? Escepto en nuestro solemne barrio, ¿se conoce en París el origen de los millones y la genealogía de las personas que se encuentran á cada paso en el club, en el teatro y en los salones de los indígenas, ó de los extranjeros? ¿Es posible investigar el estado civil de los *gentlemen* que vienen de los cuatro puntos cardinales y caen aquí como aereolitos dándonos un nombre sonoro y deslumbrándonos con un lujo cuyo origen no se pregunta? No me he ocupado de ello.

—Habeis hecho mal.

—Mal de que otros participan, tío mio. Aun cuando así sea, después de la primer entrevista, ignoro que atracción misteriosa me ha conducido de nuevo. Sin darme cuenta del filtro que emplea, sin saber si ha dado un paso ó hecho un gesto para llamarme, he ido cien veces á su casa.

—¿Dónde vive?

—En un barrio que conocéis poco: calle de Milán.

—¿Y se llama?

—Sarah Feller.

—Creo, en efecto, que pertenece á la religión del rey Salomón.

—¡Y es allí donde un Kerjean, el hijo de mi hermana, una Guersaint va á buscar sus inspiraciones?

—Si la conocieseis, tío mio, no me aprobariais sin duda, pero hallariais una excusa, una circunstancia atenuante á mis faltas.

—Son inútiles esos elogios, no me convencereis; en una palabra, ¿la amais?

—¡He ahí el punto culminante! ¡Pues bien! No, mi querido tío; no la amo; al menos así lo creo, aunque no estoy seguro. A decir verdad, os confieso que nuestras relaciones se han limitado á conversaciones afectuosas, á una amistad parecida á la que una á dos camaradas íntimos; y hay más: para seros franco hasta el fin y poner mis sentimientos de manifiesto, tal y como son, he aquí el estado de mi corazón—palabra ridícula en la forma—respecto á ella; la estimo demasiado

para una intimidad de algunas horas, para una unión pasajera; y como sé que no es libre, me estimo demasiado para soportar la participación de sus favores con un desconocido.

—¿Tiene un amante, ó varios?

—Jamás los he visto.

—En fin—dijo el marqués con impaciencia;—¿se trata de una mujer entretenida? No hablemos más. Volvamos á vuestras deudas. ¿De qué provienen?

—En su salón, donde se reunía una multitud de hacendistas, algunos de los cuales llevan nombres ruidosos, he oído hablar mucho de negocios. Para tener el derecho de volver, porque ella sola me atraía á un centro antipático y odioso para bretones de raza como vos y yo, me he lanzado en la corriente donde esa gente se agita. He imitado tontamente lo que veía hacer á los demás, como un mono ignorante que en el taller de un escultor se creyera bastante hábil para tallar una estatua en el mármol de su maestro. Sin pasión, como sin confianza, entré en el camino que me indicaban y que me conduce á mi probable ruína, á menos que un azar de la suerte no me devuelva lo que me ha quitado; y esto quizá no es imposible.

El rostro de Santiago se iluminó. El consejo de Sarah, que había seguido, le hacía concebir la esperanza de una ganancia enorme. Veía en perspectiva los fajos de billetes en su cartera, y se prometía ser más prudente en el porvenir.

— De modo, que habeis jugado á la Bolsa?

— Dad á mi locura el nombre que os plazca; no me quejaré; me acuso y me confieso. Me habeis pedido la verdad; os la digo, y os aseguro que no la disfrazo.

— Está bien. ¿Quereis concederme un favor?

— ¿A vos, tío mío?

— Sin duda; á mí, á vuestro tío.

— ¿Cuál?

— El no volver á esa casa funesta, donde no debíais haber puesto los piés.

— ¿A casa de Sarah Feller?

— No; no me ocupo de esa mujer. A la Bolsa.

— ¡Oh! Os lo juro. El mes termina mañana. Por la tarde os afirmo que sereis obedecido; ¡solamente que sabe Dios si el mal tendrá remedio!

El marqués tendió los brazos á su sobrino.

— Abrázame, Santiago—dijo;— el honor está intacto, que es lo principal; pero ten cuidado en lo sucesivo.

Abrióse la puerta y la señorita de Guer-saint entró.

### XIII

Kerjean se levantó y dió algunos pasos ante su prima.

— ¡Cómo habeis cambiado, señorita!—dijo.

— Según parece, crecemos y nos ponemos bella como un astro.

Y con una profunda reverencia añadió alegremente:

— ¿Me será permitido presentar mis homenajes á vuestra gracia?

— Presentadlos, caballero—replicó amablemente la joven,—presentadlos. Y hasta se os permite besarme como en otro tiempo, cuando era una colegiala.

Y presentó su frente al conde, que depositó en ella un amistoso beso.

— Deberíamos guardaros rencor mi padre y yo,—repuso Magdalena,—porque nos abandonais; convenid en ello. Ya no se os vé, pero en fin gracias á que somos misericordiosos y buenos cristianos. No queremos la muerte del pecador sino que viva y se convierta. ¿Quereis convertirlos, Santiago?—preguntó interrumpiéndose bruscamente.

— Ciertamente que sí, si para ello sólo se necesita oír vuestros sermones, señorita; no encontrareis en mí un pecador recalcitrante.

El marqués, habiendo visto á M. Legu-dec que se paseaba sólo en el jardín fué á renmirse con su huésped después de asegurarse del giro que tomaba la entrevista de los dos jóvenes.

Quando se encontraron solos, Magdalena cambió de pronto el tono de la conversación y obligando á su primo á sentarse frente á ella al otro lado de una mesita de labor sobre la cual se apoyó resueltamente.

— Santiago,—dijo,—tú no eres dichoso, sobre todo desde hace algunas semanas.



— De modo, que habeis jugado á la Bolsa?

— Dad á mi locura el nombre que os plazca; no me quejaré; me acuso y me confieso. Me habeis pedido la verdad; os la digo, y os aseguro que no la disfrazo.

— Está bien. ¿Quereis concederme un favor?

— ¿A vos, tío mío?

— Sin duda; á mí, á vuestro tío.

— ¿Cuál?

— El no volver á esa casa funesta, donde no debíais haber puesto los piés.

— ¿A casa de Sarah Feller?

— No; no me ocupo de esa mujer. A la Bolsa.

— ¡Oh! Os lo juro. El mes termina mañana. Por la tarde os afirmo que sereis obedecido; ¡solamente que sabe Dios si el mal tendrá remedio!

El marqués tendió los brazos á su sobrino.

— Abrázame, Santiago—dijo;— el honor está intacto, que es lo principal; pero ten cuidado en lo sucesivo.

Abrióse la puerta y la señorita de Guer-saint entró.

### XIII

Kerjean se levantó y dió algunos pasos ante su prima.

— ¡Cómo habeis cambiado, señorita!—dijo.

— Según parece, crecemos y nos ponemos bella como un astro.

Y con una profunda reverencia añadió alegremente:

— ¿Me será permitido presentar mis homenajes á vuestra gracia?

— Presentadlos, caballero—replicó amablemente la joven,—presentadlos. Y hasta se os permite besarme como en otro tiempo, cuando era una colegiala.

Y presentó su frente al conde, que depositó en ella un amistoso beso.

— Deberíamos guardaros rencor mi padre y yo,—repuso Magdalena,—porque nos abandonais; convenid en ello. Ya no se os vé, pero en fin gracias á que somos misericordiosos y buenos cristianos. No queremos la muerte del pecador sino que viva y se convierta. ¿Quereis convertirlos, Santiago?—preguntó interrumpiéndose bruscamente.

— Ciertamente que sí, si para ello sólo se necesita oír vuestros sermones, señorita; no encontrareis en mí un pecador recalcitrante.

El marqués, habiendo visto á M. Legu-dec que se paseaba sólo en el jardín fué á renmirse con su huésped después de asegurarse del giro que tomaba la entrevista de los dos jóvenes.

Quando se encontraron solos, Magdalena cambió de pronto el tono de la conversación y obligando á su primo á sentarse frente á ella al otro lado de una mesita de labor sobre la cual se apoyó resueltamente.

— Santiago,—dijo,—tú no eres dichoso, sobre todo desde hace algunas semanas.

El, trató de sonreír para desmentir aquella afirmación.

—¿De dónde has sacado esa consecuencia?— preguntó;— ¿y en qué te fundas ¡oh! sagáz criatura?

—Hablemos poco y bien—repuso Magdalena con una que vibraba extrañamente— ¿qué es de ti?

Se aproximó á Santiago y colocó su delicada mano sobre la del conde, extendida en la mesa.

Sus grandes ojos llenos de fuego interrogaban á su primo, que guardó silencio durante un minuto, cohibido ante la mirada investigadora de la joven.

—Nada me dices—prosiguió ella—y voy á responder por ti; en primer lugar tu te arruinas.

—¡Oh, si, vamos á hablar de dinero!—dijo el conde levantando los hombros.

—¿Por qué no?

—Porque no es asunto para tratado con niñas.

—Te equivocas—añadió vivamente Magdalena.

Santiago saludó.

—Te arruinas—prosiguió—¿y quieres saber mi opinión? Es tonta. Cuando se posee una fortuna y un nombre como los tuyos, hay que conservarlos intactos. Un noble sin dinero se ve más vejado que cualquier obrero ó burgués, porque hay oficios que le están prohibidos sino quiere decaer, y en su miseria no puede asirse á todas las ramas.

A un gesto de sorpresa del conde:

—¿Te asombras—continuó—que hable tan claramente de asuntos que por lo regular no se nos confían?

—Es verdad—afirmó él.

—¿No sabes que no he conocido á mi madre?—replicó con voz que oprimió el corazón del conde.

—¿No estoy obligada á estudiar por mí misma y aprender sola el camino de la vida? Tal vez he penetrado más pronto que otras dirigidas distintamente que yo. Mi padre, por tierno y reservado que sea, es un hombre, y en nuestras conversaciones hay muchos misterios que él sospecha solamente y que yo he adivinado. ¿En qué estado se halla tu fortuna?

—Pero...—replicó Santiago—tocante á ese punto, creo tus temores muy exagerados; tu indiscreta policía te ha informado mal. Tengo algunas deudas que bien pronto pagaré; al menos, así lo espero. En todo caso, esta tarde ó mañana á lo más, sabré á que atenerme: ¿Estais contenta, señorita?

—¿Entonces esperas reponer tus fondos?

—Sobre poco más ó menos.

—Dime, Santiago—preguntó la señorita de Guersaint, mostrándose más cariñosa,— ¿esas deudas de que hablas, cómo las has contraído?

—Es bien sencillo, te lo aseguro. Gastando más de mi renta.

—Vamos, entonces serías un pozo sin fondo.

M. Leguidec te envía cada año ochenta mil francos por lo menos; es una bonita suma.

—En Bretaña, sin duda; pero en París, eso no es nada, querida mía.

Magdalena se estrechó más contra la mesa. Se hubiera dicho que trataba de reducir el pequeño espacio que la separaba de su primo.

—Escucha — dijo; — me han asegurado que...

Y vaciló un segundo, como un caballo lanzado á la carrera, al borde de un precipicio; ella, sin embargo, precipitose valientemente en el abismo.

—Me han afirmado que juegas.

—¿A la lotería?—preguntó sonriendo el conde.

—No, caballero; á la Bolsa; entendedlo bien; á la Bolsa, con judios, griegos, gente de toda clase, una mezcla de todas las naciones y de todas las indignidades donde se comprometen fácilmente, cuando no se arruinan; ¿es verdad eso?

Kerjean enrojeció.

—No lo niegues—prosiguió dulcemente, moviendo la cabeza;—bien veo que no me han engañado, y aun aseguran—y su voz se alteró hasta el punto de delatarla, si el pensamiento de Santiago no hubiese estado en otra parte—que si nos abandonas es porque has adquirido nuevas intimidades que usurpan nuestro puesto. Me han indicado cuál es la mujer que te atrae y roba tus instantes. Anoche la vi en la Opera.

—¡Ah!—dijo distraidamente el conde.

—Sí; es muy bella; la he observado bien; pero no la creo buena. Sus facciones son duras, y su expresión violenta; además, que no te ama, puesto que te deja hacer locuras, á las que ella misma te conduce.

Kerjean sacó su reloj.

—Las once—dijo levantándose precipitadamente.—Adiós monina contigo los minutos corren y tu voz argentina me hace des-cuidar mis negocios. Volveré.

—¿Pronto?

—Sí; eres muy buena y no olvidaré tus consejos.

—¿No te quedas á almorzar con nosotros?

—Imposible. Adiós, Magdalena.

A aquél nombre que la recordaba su infancia, sus juegos y su amistad fraternal, la señorita de Guersaint estremeciose de placer. Presentó la frente á su primo sin abandonar su sitio, y una lágrima brilló en sus ojos inclinados.

El conde rozó lijera-mente con sus labios los cabellos de la joven y salió precipitadamente.

## XV

Eran las once.

Kerjean dió orden á su cochero de ir pronto á casa de Durand.

En su berlina sacó del bolsillo una cartera de piel de Rusia con sus armas y se abando-

nó á cálculos que le absorbieron durante los minutos que duró la carrera.

La víspera había seguido el consejo de Sarah.

En la Bolsa, por la tarde, triplicó la cifra de sus malhadados negocios emprendidos por él durante el mes.

De comprador se había convertido en vendedor con la esperanza de una agravación de la baja, agravación que la judía había hecho brillar ante sus ojos, como un golpe de fortuna y que debía conducirle (funesto error) al fondo del precipicio destinado á tragarle.

No tenemos la pretensión de iniciar á nuestros lectores en las combinaciones variadas, gracias á las cuales la ruina es segura; bástenos decir que liquidando las acciones en las cuales perdía una suma importante, á consecuencia de los acontecimientos de la víspera, el conde se encontró vendedor de una suma enorme de rentas, que Sarah había rescatado aquella misma tarde, mientras que después de su advertencia Santiago daba á sus corredores la orden de ofrecerlas.

El corazón oprimido por la emoción natural de aquella gran partida en que se iba á decidir su suerte en el término de una ó dos horas, Kerjean, después de haberse dado cuenta con ayuda de algunos números de la extensión de la ganancia que esperaba, y con la que contaba para llenar el déficit de sus deudas, quedó sumido en esa postración que causa á las naturalezas más vigorosas la ansiedad de un acontecimiento capital, cuyo

tamor no podía desechar frente á un peligro oculto bajo las esperanzas de aquella insensata especulación.

Mecido por el movimiento suave de la berlina sobre el empedrado de la calle Royal, asistía al desfile de las casas como un fumador de opio á las fantásticas visiones de su sueño, entregándose á una somnolencia vaga, cuando de pronto el carruaje se detuvo.

El conde volvió en sí, estirándose como un durmiente que se despierta, aseguró su sombrero en la cabeza y entró en el restaurant.

—Dichosa casualidad—dijo una voz muy conocida cuando, desembarazado de su sobretodo por uno de los criados discretos y silenciosos, se sentaba en la mesa, en el ángulo de uno de los salones del entresuelo.—Buenos días, amigo mío.

Santiago se volvió é iluminóse su rostro.

—¡Courcelles!—dijo.

—El mismo en cuerpo y alma. He abandonado el yugo paternal: esto es muy alegre; la gente pasa ante el plato de uno; me fastidiaba la avenue Montaigne. He querido beber vino común y comer las patatas de todo el mundo.

—¿Y Valentina?

—¡Encantadora, querido mío! Es una perla para engastar en oro.

—Pues bien; no debe quejarse, después de todo.

—Poco á poco; ahora yo debía estar á sus pies. y para almorzar aquí he necesitado emplear toda mi fuerza de voluntad. Tú sabes

que respecto á fidelidad soy un perro, desde que conozco á esa adorable criatura.

—¿Y qué razones tienes para...?

—Una muy poderosa: mi curiosidad.

—¡Bah!

—Tu sabes, querido amigo, que aunque agregado á la alta banca por el autor de mis días, el ilustre, dichoso, próspero y excelente Pedro Sebastian Courcelles, yo no me mezclo en manera alguna y no pienso en ese metal, que acarrea tantos envidiosos, más que para prodigarle; sin embargo, hoy, á las doce y media en punto, quiero estar bajo las columnatas, poco limpias, de la Bolsa.

—No se te vé por allí.

—Ese es mi mejor elogio; pero van á ocurrir grandes acontecimientos, y es una diversión estudiar las fisonomías.

—¿Es á allí donde vés á instruirte?

—Sí, como los espartanos miraban á los esclavos lacedemonios... Para escarmantar.

—Entonces, ¿prevees complicaciones?

—Graves.

—¿Y te interesas en ellas?

—Cierto: ¡eso que la historia imparcial llamará más tarde el golpe de la conversión, me preocupa!

—¿Se hará?

—Se anunciaba anteayer; hoy tal vez se desmienta.

—¿Eso crees?

—¿Y qué te importa? ¡Ah! es muy justo; me olvidaba de que tú también juegas, infeliz,

¡un conde bretón; un noble de la antigua ar-  
mórica!

Un sudor frío inundó la frente de Kerjean. El acento con que Courcelles pronunció aquella simple frase, el desprecio visible que expresó con una mueca de sus lábios, eran la condenación del desastre de que había sido víctima.

—Bien ves—prosiguió Courcelles—que no es prudente embarcarse en ese mar borrascoso, y particularmente los que no son marinos. No hay seguridad más que para los navegantes de oficio y ciertos seres anfibios del género cocodrilo. ¿Acaso lo eres tú?

Kerjean encogióse de hombros.

—¿No?—repuso Courcelles—entonces, ¿por qué vas á aventurarte en esas aguas encenagadas donde serás infaliblemente pasto de los monstruos?

El conde recuperó la máscara de indiferencia, bajo la cual las gentes de la buena sociedad ocultan sus emociones más violentas.

—Bien hablas—replicó.

—Y obró mejor. La prudencia no es nuestro flaco, á pesar de no obligarnos á entrar en la pelea como tantos pobres patates, para quienes la vida está llena de obstáculos y que se destrozan los pies en las espinas del camino. El nuestro está enarenado y puede pasearse por él en pantuflas. Felicitemonos y dejemos los pisos puntiagudos á los otros, caritativamente.

—¿Qué es lo que comes?—preguntó Kerjean, indiferente á la elección de su *menú* y

deseoso de cambiar el curso de la conversación.

—Una perdiz fría, con bastante salsa, rellena de trufas; añádele Laffitte, que es muy cómodo para estos animalitos, sin contar con que mi pasión exige la conversación.

—Valentina es, en efecto, una hermosa criatura.

—Sí—dijo Courcelles;—más de lo que uno puede figurarse.

Luego, volviendo á su tema:

—¿Sabes tú cómo mi ilustre padre me curó de mi afición al juego y á las especulaciones? Porque yo también me he visto picado por esa tarántula.

—¿De veras?

—¡Tan de veras!

—¡Me sorprendes!

—Pues no hay por qué. Es una enfermedad universal. ¿Conoces muchos que resistan á esa deplorable pasión? Hasta el último de los provincianos, cuyos bienes no estén en cupones reglamentarios, juega: es un vicio especial de nuestra época.

—Indícame el remedio.

—Sólo era bueno para tu servidor. Este vino es excelente; permíteme que te lo ofrezca.

—Con mucho gusto.

Y la mitad de mi perdiz.

Mil gracias.

—Una mañana almorzaba con mi antecesor, muy amable, como tú sabes, á pesar de su aritmética. Yo había hecho conocimiento con una intrigante rusa que tenía más nece-

sidades que encantos: manifesté al gran Courcelles el deseo de mezclarme en una operación productiva; y humildemente, con aire sumiso y con las lisonjas propias de los necesitados, insinué á mi padre que con un nombre como el mío se podía esperar algo bueno: él sonrió.

—Eres libre de tomar algunas consignas en los bufetes—me dijo.

Después del café, fui á reunirme con un diablo de alsaciano que gozaba de la confianza de mi padre.

—¿Qué haceis en este momento?—le pregunté.

—Se compra mucho para la casa, señorito Pedro—me dijo.

Y ya iba á preguntarle; pero yo tenía mi idea, y la juzgaba suficiente. Corro á la Bolsa; hago como la casa, como la infalible casa; compro cuanto me quisieron vender entre dos toques de campana, y salgo del templo sereno y triunfante. Entrego á la susodicha señora cuanto se dignó apetecer: esmeraldas, una *riviere* de casa Bassot, que había fijado su atención. Descuento mis beneficios—siempre hago lo mismo— y la hubiera ofrecido la columna de Julio, si tuviera donde colocarla.

Tres días después se verificaba la liquidación.

—¿Y ganarías una bonita suma?

—¡Ay! ¡amigo mío, qué decepción! ¡qué terrible chasco! Yo había comprado sobre ciento dos; se liquidaba á noventa y nueve. No había medio de disimular; hice mis con-

fesiones con la frente en el polvo; la suma era redonda, y, naturalmente, hubo que pagar las diferencias, las esmeraldas, la *riviere* y el resto; pero, por mi parte, pasé un terrible cuarto de hora; desde entonces me juré no volver á jugar.

—¿Y no ha habido reincidencias?

—Jamás; pero lo que es más curioso, es que mi padre me dió una lección que no le costó un cuarto.

—¡Bah!

—Era él quien me había vendido todo cuanto compré; había puesto á la alza en el mismo momento que los cócodrilos realizaban. Además, querido mío, así pasan siempre las cosas.

Y observando que su amigo no comía:

—¿Hoy no tienes apetito?

—Ninguno.

El conde se preocupaba cada vez más; á medida que se acercaba la hora, redoblaba su ansiedad; su confianza en los consejos de Sarah se desvanecían; no la creía capaz de engañarle á sabiendas; pero muy bien podía equivocarse, y él jugaba los últimos restos de su fortuna á la suerte que ella le había indicado.

—¿Hace mucho que no ves á tu bella?— preguntó Courcelles.

—Ayer.

—Es una buena sanguijuela; si consintiese en hacerte partícipe de sus operaciones, buen negocio: hé ahí una que no se aventura sin brújula.

—Así se dice,—dijo Kerjean reanimado.

—Adquiere sus noticias por los mejores conductos, como Rebeca, su compatriota, cogía el agua de la fuente á cántaro lleno; así es que su fortuna aumenta como la bola de nieve. ¡Y qué mujer más práctica! Solo compra valores de primer orden, tales como casas construidas, monumentos y muebles cuyo valor aumenta á medida que pasa el tiempo. ¿Acaso amas á Sarah?

—No lo sé; pero aun cuando así fuese, la inclinación que experimento por ella no adelanta mis asuntos. Apenas si he estrechado la punta de sus dedos: se queja de que apenas se te vé por su casa.

—No me gusta la gente que concurre allí, y además Valentina me retiene. ¿Tienes ahí tu coche?

—Sí.

—¿Me llevas?

—Sin duda. ¿Qué crees que van á hacer?

—Lo ignoro. Probablemente tratarán de ganar el terreno perdido durante estos últimos días; tras de la lluvia el buen tiempo.

—Pero entonces...—dijo Kerjean, cuyo pecho se oprimía cada vez más,—las noticias que circulan, ¿serán desmentidas?

—Creo que solo se han propalado para eso—dijo negligentemente Courcelles, encendiendo un cigarro.—Pero esto es una simple suposición por mi parte, puesto que no sé ni la menor palabra de cuanto va á ocurrir.

—¡Las doce!—dijo el conde, poniéndose pálido;—apresurémonos.

—¡Oh, fiebre del juego!—exclamó alegremente Courcelles—no volverás á agitar los nervios del hijo de mi padre.

La berlina rodó rápidamente por los boulevares, tomó la calle del Quatre-Septembre y dejó á los dos amigos en los umbrales de la Bolsa.

Los dos entraron cogidos del brazo.

Allí reinaba una extremada animación y á pesar de que la campana no había dado todavía la señal de apertura, los gritos de los agentes y comisionistas se elevaban á un ensordecedor diapasón.

—¿Estás muy comprometido?—preguntó Courcelles.

—Enormemente.

—Entonces, mucha calma, y como en la *Dame Blanche*, observemos y esperemos.

Courcelles vió á uno de los corredores de su padre que corría hacia él con apresuramiento.

—Que noticias hay—preguntó.

—Nada bueno; el pánico continúa haciendo progresos; está muy bajo.

Kerjean respiró.

El pronóstico de la judía, se realizaba.

## XV

En el número 47 de la calle de la Ferme, ante una casa de triste aspecto, á la misma hora se detenía una berlina negra y sin escode enganchada á un solo caballo.

Una joven descendió ligeramente la pri-

mera, y esperó á un caballero de edad madura que la acompañaba, entrando ambos en la casa.

La joven llamó en el entresuelo.

Una vieja sirvienta abrió la puerta y con tono de afectuosa cordialidad, la dijo:

—Buenos días, señorita Luisa.

La joven colocó un dedo sobre sus labios.

—Callad, mi buena Marta; mi padre está ahí.

El caballero de edad madura, pasó ante la vieja sirvienta dirigiéndola una fría inclinación de cabeza, y después de atravesar un salón sencillamente amueblado, abrió un despacho que á juzgar por la confortable seguridad de su instalación, debía ser la pieza principal de la casa.

Un vasto *bureau* de estilo del Imperio, ocupaba todo un lado y recibía la luz por dos ventanas que daban á la calle; en el centro se advertía un busto de bronce firmado por Falguiere y de un parecido asombroso con el personaje que acababa de sentarse ante él. Era su misma frente, ancha pero deprimida, su cráneo desprovisto en la parte superior, y coronado de escasos cabellos aplastados sobre las sienas, el mismo rostro surcado de arrugas por la ambición, los ojos que parecían grises, punzantes como barrenas, y á pesar de su fijeza metálica, inquietos y movibles; las mejillas pálidas, pómulos salientes que simulaban una falsa sonrisa nunca de convicción con la cual despedía á los solicitantes asiduos; y por fin, sus labios delgados, esta-



ban contraídos por un esfuerzo de voluntad perseverante. Completa ausencia de bigote, dos patillas cortas y mezquinas; figura de magistrado, amarilla, seca y grave.

El bronce vivía.

La naturaleza había sido reproducida. Pygmalion animó la estatua; pero la forma no era bella, y por perfecta que fuese la obra, el escultor, en caso de haber sido mujer, no hubiera podido enamorarse.

En suma, el tipo estaba lejos de ser simpático; tenía mezcla á la vez de procurador y de criado.

Entre los hombres que nuevamente han llegado al poder de nuestros días, existen tipos de una personalidad más elevada, y á no ser por la profunda astucia de una especie de falsa finura, que era el carácter dominante de aquella fisonomía, hubiera pasado por una vulgaridad, lo que constituye el mayor defecto de una figura.

Bien distinta era la de la joven.

Sus cabellos castaños, formando espesas trenzas, se arrollaban sobre la cabeza de una gracia infinita. Negras cejas velaban dos grandes ojos sombríos de melancólica expresión: la nariz un poco corta, pero de bonita forma. La boca, pequeña; los dientes, bellos; el rostro, aterciopelado, brillante de juventud y de salud, respiraba bondad, honor y rectitud. Atraía, en fin, con sus encantos.

¿Qué edad podría tener? Imposible decirlo; evidentemente no tenía diez y ocho años; pero ser encantadora, tener veinticinco, co-

nocimiento del mundo, y lo que se llama en los idilios del *Devin du village*, la flor de su inocencia, es una superioridad para una mujer bonita.

Colocóse ante el *bureau*:

—¿Su excelencia no necesita secretario?— preguntó con voz melodiosa.

El padre movió la cabeza.

—Entonces, ¿me permitís que vaya ocuparme de mis trapos?

Él se inclinó.

La joven hizo una graciosa reverencia y desapareció.

Una vez solo, sacó de una cartera de bolsillo una fotografía y un billete, miró la una y abrió el otro.

## XVI

Aquel billete era de una mujer.

Se conocía á simple vista.

El papel azulado, el perfume de Ilang-Ilang, la letra alargada, todo demostraba su origen.

En el ángulo izquierdo ostentaba, encima de una flecha, esta divisa enigmática en letras de oro sobre fondo rojo: «Hasta mi fin».

El personaje misterioso lo leyó repetidas veces.

Y sin embargo, era breve y requería poco estudio:

»Mi querido señor: Venid esta tarde; necesito hablaros.»

Esto era todo.

ban contraídos por un esfuerzo de voluntad perseverante. Completa ausencia de bigote, dos patillas cortas y mezquinas; figura de magistrado, amarilla, seca y grave.

El bronce vivía.

La naturaleza había sido reproducida. Pygmalion animó la estatua; pero la forma no era bella, y por perfecta que fuese la obra, el escultor, en caso de haber sido mujer, no hubiera podido enamorarse.

En suma, el tipo estaba lejos de ser simpático; tenía mezcla á la vez de procurador y de criado.

Entre los hombres que nuevamente han llegado al poder de nuestros días, existen tipos de una personalidad más elevada, y á no ser por la profunda astucia de una especie de falsa finura, que era el carácter dominante de aquella fisonomía, hubiera pasado por una vulgaridad, lo que constituye el mayor defecto de una figura.

Bien distinta era la de la joven.

Sus cabellos castaños, formando espesas trenzas, se arrollaban sobre la cabeza de una gracia infinita. Negras cejas velaban dos grandes ojos sombríos de melancólica expresión: la nariz un poco corta, pero de bonita forma. La boca, pequeña; los dientes, bellos; el rostro, aterciopelado, brillante de juventud y de salud, respiraba bondad, honor y rectitud. Atraía, en fin, con sus encantos.

¿Qué edad podría tener? Imposible decirlo; evidentemente no tenía diez y ocho años; pero ser encantadora, tener veinticinco, co-

nocimiento del mundo, y lo que se llama en los idilios del *Devin du village*, la flor de su inocencia, es una superioridad para una mujer bonita.

Colocóse ante el *bureau*:

—¿Su excelencia no necesita secretario?— preguntó con voz melodiosa.

El padre movió la cabeza.

—Entonces, ¿me permitís que vaya ocuparme de mis trapos?

Él se inclinó.

La joven hizo una graciosa reverencia y desapareció.

Una vez solo, sacó de una cartera de bolsillo una fotografía y un billete, miró la una y abrió el otro.

## XVI

Aquel billete era de una mujer.

Se conocía á simple vista.

El papel azulado, el perfume de Ilang-Ilang, la letra alargada, todo demostraba su origen.

En el ángulo izquierdo ostentaba, encima de una flecha, esta divisa enigmática en letras de oro sobre fondo rojo: «Hasta mi fin».

El personaje misterioso lo leyó repetidas veces.

Y sin embargo, era breve y requería poco estudio:

»Mi querido señor: Venid esta tarde; necesito hablaros.»

Esto era todo.

—¿Qué querrá decirme?— se preguntó.—  
¿Por qué escribirme cuando acabamos de separarnos?

Aquella escritura, larga y fina, le atraía invenciblemente; parecía que era una amante despótica a quien no podía resistirse: aquellas dos líneas le fascinaban, haciéndole reflexionar al propio tiempo.

—Este billete encierra una desgracia.... Hace algunos días que Sarah se muestra dura, violenta y caprichosa; sin embargo, no puedo separarme de ella. Desde el momento en que se atravesó en mi camino, he conocido la vida.

Llamaron rudamente á la puerta, y antes que pudiera responder, absorbo como estaba en sus pensamientos, un hombre de unos cuarenta y cinco años, moreno y barbudo, inculto y jovial, asomó su erizada cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Se puede entrar?— dijo.—¿Sí?... Pues me aprovecho.

Y adelantándose hacia el *bureau*, tendió la mano á nuestro personaje, que la estrechó cordialmente.

—¿Estás bueno?— preguntó.

—Bien; ¿y tu excelencia?

—Perfectamente; pero te ruego que suprimas el tratamiento de otro tiempo. Basta de excelencias.

—¡Bah! el nombre ha partido, la cosa resta. ¿Continúais siendo un puritano?

—Y tu... ¿siempre alegre? ¡Feliz carácter.

—No me quejo. Yo, José Balussan, pintor

de moda, especialidad en retratos de muchachas bonitas, me acuerdo del tiempo en que, hijo de unos pobres, pero honrados, jugábamos á la pelota en nuestra aldea con zapatos sin suelas y calzones bastante deteriorados. Me parece que nuestras ambiciones han rebasado veinte codos. Yo tengo un buen estómago, un pecho sonoro, una cabeza inaccesible á las jaquecas; sólidas piernas, todos los dientes; un vasto y cómodo taller, un cordón azul escelente, y con todo esto me doy por satisfecho.

Añade una gran indiferencia por la política, cualidad tan extraordinaria como preciosa, y confiesa que soy un ser privilegiado.

—Sin duda, y por eso te envidio.

—¿Celoso tú de un miserable artista?

—De un artista ilustre, amigo mío; descuidado, peinado regularmente, pero ilustre.

—Es un contrasentido absurdo; tú, Rodolfo de Lignerés, descendiente de un segundón, convertido por necesidad en hombre de ley, en una villa de quinto orden, educado por favor en un seminario, después estudiante en París, donde compartíamos la misma guardilla (bien desagradable por cierto), viviendo de las lecciones que dabas á gente de poca fortuna, mientras que yo vendía mis esbozos á los coleccionistas de mamarrachos, y á los que hubiera besado la mano por quince francos que me daban de limosna; más tarde, sustituto, gracias á la desinteresada protección de un juez tan íntegro como necesitado, con cuya hija te casaste, una san-

ta mujer muerta demasiado pronto; después procurador impaciente por tu medianía; hombre político, por fin, de lo cual no te felicito-diputado, gracias al número; orador filantropo; pico, pero atendido, y ministro... un tirano, un déspota, un señor de cartera, árbitro de los destinos de un ejército de funcionarios, temblorosos ante tu omnipotencia, ministro! Nada tienes que envidiar á nadie. Tu reputación de austeridad, conquistada por un libro (que no he tragado) «sobre la decadencia de las costumbres y la corrupción por el poder», esparce un perfume de virtud recomendable en todos sentidos. Posées influencia, un nombre que será grabado en la historia; se te cree en camino de enriquecerte, lo que ignoro y no quiero saber; eres, pues, un hombre mimado por la fortuna y los honores, como yo soy un advenedizo de la bohemia y la paleta. La Sibila que nos hubiera anunciado semejante porvenir cuando comíamos moras en las alamedas, con un trozo de camisa fuera de las bragas, nos hubiera sorprendido y encontrado probablemente bastante incrédulos. Qué, ¿no dices nada?

—No, puesto que lo dices tú todo.

—No es ese el motivo, sino que tú frente está cargada de preocupaciones, Júpiter.

—No lo niego.

—¿El peso de los negocios?

—Sólo es pesado para aquellos que los desempeñan.

—¿Entonces?

—Una contrariedad que ya te contaré.

—¿Tiembblas por tu cartera?

Rodolfo hizo un gesto desdeñoso.

—Lo más natural es perderla—repuso Balussan.—Los ministros son como los muertos de la balada; pasan pronto. Tu longevidad me sorprende; ¡diez y ocho meses! prodigio asombroso; eres un fenómeno bueno para enseñar en las ferias, entre los terneros de dos cabezas y los carneros de seis patas.

—¿Te burlas? ¿Pero qué dirías si te afirmase que mi caída me dejaría frío como el hielo?

—Que no te creería.

—Harías mal.

—Tu ambición era de buena talla.

—Convengo en ello. Ha vivido, pero ya ha muerto.

Balussan, que se paseaba por el despacho, se detuvo bruscamente ante su amigo.

—¿Y desde cuándo?—preguntó.

Rodolfo apoyó la barba en las manos, y mirando fijamente al pintor:

—Desde que se ve ahogada por otra pasión más violenta y que, parecida á los grandes bosques, no soporta nada á su sombra; contestó con voz que silbaba á través de sus labios.

—Me asustas, querido amigo—dijo Balussan.—Tú, de ordinario tan tranquilo, tan dueño de ti mismo, te extravías como el galán joven del Gimnasio en la escena de amor del tercer acto.

—En efecto, se trata de amor.

Balussan hizo un gesto de compasión

—Es extraño—dijo—querido amigo; pero en fin es posible. Cuéntame tu historia; haré con ella una sierra de taller. ¿Rodolfo de Lignéres enamorado? ¿Rodolfo el devoto, el quáker, el puritano, el magistrado serio y almidonado! ¿El ministro solemne y grave, ardiendo como un volcán! No es ciertamente un fenómeno despreciable y menos curioso que el primero. Vamos, buen hombre, las puertas están cerradas; tu hija no escucha en la cerradura; empieza tu confesión, que yo soy discreto como un sepulcro.

—No bromees más.

—¿Es cosa seria?

—Mas de lo que yo quisiera.

—Ya te escucho.

—Acabas de recordar, José, nuestras miserias pasadas, lejanas ya; pero en aquel tiempo teníamos nuestras aspiraciones hacia un ideal que no era el mismo. Para tí las elevadas esferas del arte; siempre fuiste como actualmente, despreocupado, satisfecho de todo; en una palabra, un buen chico. Yo bajo las rígidas apariencias de un sabio, de un trabajador, ocultaba los deseos más insensatos, los más censurables, tal vez, que por orgullo rechazaba, sabiendo que no podía satisfacerlos. Cuando me casé, la mujer, buena y sencilla, que debía ser la compañera de mi vida, me enseñó que la felicidad no existía donde yo había creído hasta entonces, en las visiones de un cerebro acalorado sinó en una existencia tranquila y honrada.

—Cuando murió; dejándome esa encanta-

dora hija que tiene su mismo carácter, el demonio que ella había arrojado de mi casa, entró de nuevo en ella como dueño y señor. Mi cabeza convirtiéndose en un horno de ardientes deseos, de apetitos y goces que no puedes imaginarte.

Los trastornos sucesivos del país, me han permitido elevarme á la superficie como (bien se lo que valgo), la espuma de una caldera hirviendo encima del agua que la impele.

—Protesto; dijo Balussan, tu te calumnias; yo no te estimo indefinidamente, pero vales más de lo que dices. Como todos nosotros, tienes buenas cualidades y algunos defectos: no somos perfectos, amigo mío.

—Puede ser; pero el hombre rígido que era antes juzga severamente al ser débil y malvado en que me he convertido. Fui elegido diputado y abandoné mi provincia para venir á París; mientras permanecí en mi mediana, confinado en una modesta casa á la que me complazco en volver porque medito horas enteras en mi pasado, he resistido bien que mal á las tentaciones de ese veneno, de ese tífus que se encuentra en todas partes: en el pan que se come, en el aire que respiramos y que concluye la desmoralización de esa sociedad en decadencia que desciende al precipicio final; pero cuando el poder me ha caído en suerte, y Dios sabe que lo deseaba con toda mi alma, he echado de ver que he condenado sin indulgencia á aquellos que han tenido la desgracia de sufrir las mismas tentaciones.

La embriaguez del orgullo, no sé qué vértigo del mal, las obsesiones de todas las voluptuosidades le persiguen á uno, le asen por la garganta y os estrangulan. El más prudente y el más fuerte se vé dominado.

—Apenas si he conocido el bienestar.

Poseía dos ó tres tierras mezquinas que apenas me rentaban y los emolumentos de un cargo. Rodeado de ricos, de banqueros acostumbrados á sembrar millones, y á quienes su opulencia dan una superioridad insolente sobre los pobres diablos como nosotros, aunque seamos ministros y procónsules.

Balussan sonrió burlonamente.

—¿Tú también?—dijo.

—Qué quieres, querido mio,—repuso Rodolfo.—Hemos derribado todas las majestades conocidas...

—¡Oh! menos yo,—contestó Balussan—yo nada he derribado.

—En nuestro afan de demoler, hemos destrozado, haciendo pedazos las estatuas veneradas de nuestros padres, á menos que no hayan caído por sí mismas hechas polvo; y en su lugar, como los hebreos que danzaban en torno del becerro de oro y se prosternaban ante él, hemos elevado una majestad que adoramos inclinándonos hasta el suelo; la del dinero.

—¿Por qué no te has hecho carmelita ó dominico?—insinuó Balussan. Hubieras obtenido grandes triunfos predicando por la Cuaresma en Saint-Roch, ó en otra parte.

—Ya he pensado en ello—prosiguió Rodolfo.—Soy un religioso falto de vocación.

—Mejor es eso que ser un monje secularizado. Continúa, ¡oh, venerable hermano!

—Pensaba, víctima de un disgusto profundo, que has debido notar á menudo si eres fisonomista, retirarme de un mundo demasiado brillante para mí, y enterrarme en mi posesión de Normandía, cerca de los restos de mis antecesores, cuyo recuerdo era una lección, cuando una noche en el teatro Francés en un palco vecino al mio, ví á una mujer: representaba la señorita de la Seigliere y habia llevado á mi hija.

—Me lo esperaba—contestó Balussan.

—Ella me miraba con atencíon; parecióme que me lanzaba miradas provocativas y sonrisas lisonjeras. ¿A quién se dirigian? Hé ahí lo que me preguntaba. ¿Al hombre, ó al ministro?

—Al ministro, indudablemente; no eres tan tonto para no comprenderlo así.

—Creí lo que tú: era admirablemente bella.

—Es natural; una mujer que se atreve á fijar la atención de un excelencia, no tiene derecho á ser fea, porque la haría detener por alguaciles.

## XVII

Rodolfo continuó.

—Aquella mujer cuyo nombre y cualidades ignoraba, estaba ataviada con rara elegancia. El vestido, de satin blanco, muy

descotado, dejaba descubierta el más admirable pecho sobre el cual se hayan posado las miradas de un hombre. Sus brazos, de admirable forma, estaban completamente desnudos. Su piel mate formaba tal contraste con sus negros cabellos y llamaba de tal modo mi atención, que me era imposible separar mis ojos de los suyos, que hallaba constantemente fijos en los míos, persiguiéndome como los de esos retratos que se obstinan en mirarnos en cualquiera de los sitios en que nos encontramos.

—No pierdas tiempo en describírmelo, porque la conozco de memoria.

—Jamás te he hablado de ella.

—Y yo te he imitado por discreción; pero la vida de un gran hombre pertenece á todo el mundo. ¿Quieres que te diga su nombre?

—Me sorprendería.

—Sarah Feller. ¿No es cierto?

—Perfectamente.

—¿Su nacionalidad? Universal, puesto que es judía. ¿La forma de sus manos y las dimensiones de su pie? Las conozco muy bien, é iba á cometer una tontería, añadiendo, mejor que tú.

—¿Cómo así?

—Es una cliente.

—¿Has hecho su retrato?

—Muy á menudo, y lo rehago; tiene la feliz manía de ofrecerle á todos sus amigos, que deben ser numerosos.

Los ojos de Rodolfo relumbraron.

—¿De qué lo sabes?

—*Vox populi.* ¡Extingue el fuego de tus pupilas, celoso! ¡Qué juventud de pasión, por no decir qué pasión de juventud! La primera vez que la he fotopintado, era en una época en que tú ni siquiera la conocías: entonces no eras ministro, sino simple procurador de una villa más que modesta; las Sarah Feller no te cortejaban para penetrar los secretos de Estado, como ratas en un queso de Holanda. La veo frecuentemente. La gusta ir á mi taller á charlar un rato y criticar mis modelos, sobre todo cuando son amigas tuyas. Vamos, niño grande, continúa y abrevia; estoy al corriente de tu historia. ¿Quieres que la termine á grandes rasgos? Tú te has enamorado estúpidamente, como un colegial ridículo, de esa mujer, porque realiza para tí, sencillito provinciano, porque eres un provinciano, á pesar de tu elevación, el ideal de esas criaturas encantadoras, vaporosas y bien cuidadas, de la cabeza á los pies; mujeres infernales ó divinas, no lo sé, desconocidas en nuestra infancia, flexibles, elegantes hasta en su modo de andar, en el lujo de que se rodean y hasta en las voluptuosidades de que son objeto. Estás bajo su imperio, te ves vencido, ya no te perteneces. Lo he notado en tú abatimiento y en tus distracciones. Cuando está ausente, tu pensamiento la persigue: no hay animación en tus ojos, sino cuando la ves ó la hablas. Y, es más, esa mujer ejerce sobre tí tal influencia, que si te ordenase á tí, el austero, el virtuoso, cometer un crimen, ó lo que es peor, una cobardía, lo harías por complacerla.

Este es tu estado; y si me equivoco, tienes derecho á desmentirme. Mi antigua amistad no se resentirá por ello, pero continuaré creyendo lo que me plazca.

Rodolfo, con la cabeza apoyada en las manos, escuchaba á Balussan con atención. La indiferencia resignada que se leía en su rostro, expresaba al mismo tiempo que una afirmación á las palabras de su amigo, la confesión de su dependencia y sobre todo la satisfacción que experimentaba oyendo hablar del objeto de su pasión.

—¿No es cierto que es verdaderamente hermosa?—dijo cuando el pintor terminó de hablar.

—Etajeras. Lo que la distingue sobre todo es la inteligencia; pero su rostro no está iluminado por la sola llama de ese rayo del cielo que los diviniza. Respecto á tí, todo es cálculo; efectos estudiados. Y en fin, ¿quieres que te haga una observación?

—Habla.

—Pues bien; que no te ama.

El ministro vaciló como si hubiera recibido una bala en pleno pecho.

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó.

—¡Dios mio, qué inocentes son los grandes hombres! ¿Por qué ha de amarte? Ya no eres joven; tienes cincuenta años cumplidos; tus escasos cabellos blanquean; no tienes ni pizca de elegancia; tu aspecto no tiene nada de agradable, como el mio por supuesto. Esa muchacha hace su negocio, y eso es todo.

—¿Como entiendes eso?

—Que te explota.

Rodolfo se encogió de hombros.

—La mina no es de bastante riqueza para tentarla—afirmó.

—¡Oh! ya lo sé—repuso Balussan.—Has conservado sin saberlo la tacañería de un rústico, pero hay otros recursos para esa mujer lista é insinuante, mejores que los presentes que la haces. Existe al lado de las contribuciones indirectas; ¡qué opulencia para ella, y qué beneficios prevé! Compra dominios, casas, títulos franceses ó extranjeros, y todo de lo mejor. Y á propósito, escucha: ya es tiempo de despertar, porque se murmura. No es prudente, tratándose de un personaje de tu carácter, dar lugar á epigramas con los cuales no ganas nada. Esa mujer se ha apoderado de lo mejor de tu talento. Abusa de tí, te anula y concluirá por comprometer; conque he dicho. Y ahora pasemos al asunto que me trae, porque te juro que estaba lejos de pensar en esa Sarah Feller al poner los piés en este retiro, donde se respira cierto perfume del pasado; el recuerdo de nuestras buenas conversaciones de otro tiempo.

¿Quieres casar á tu hija?

—¿Tan pronto?

—Bien se conoce que no te preocupa. ¿Qué edad tiene?

—Veintitres años.

—Y seis meses. Pues bien, se trata de un joven de excelente familia, bien acomodado; treinta años.

—¿Sus opiniones?



—¡Oh, siglo de la política! ¡Verse reducido á semejante inquisición! ¿Cuales quieres que sean?

—Pues las mias, moderadas, conciliadoras.

—Es un funcionario del diez y seis de mayo.

—¿Destituido?

—Naturalmente; por tí ó por tus colegas.

—Entonces el matrimonio es imposible.

—Tiene cuarenta mil libras de renta y buenas esperanzas.

—Es imposible.

—Es persona muy distinguida.

—Es imposible.

—En fin; existe una causa que te determinará, y es que según creo, tu hija le ama.

—Es imposible, repito.

—¡Pero entonces eres un tirano íntimo ó un Caracalla doméstico!

—Propónme un yerno conveniente y lo aceptaré de tu parte á ojos cerrados, sé el interés que te inspira Luisa.

—Es mi ahijada y la amo como si fuera mi hija. Mi protegido se llama...

—Déjame en paz.

—De Faverolles. Y hasta creo que es barón ó cosa así.

—¿Barón? En efecto.

—¿Te lisonjea? Vamos, confiesalo.

—Yo no digo...

—Bien se vé; todos sois iguales. Pronunciáis discursos democráticos y sois como Luis XIV. Varias veces has encontrado en sociedad á mi protegido; es rubio, espiritual, muy alegre á pesar de su destitución y dis-

puesto á agradarte con tal de que le aceptes, como se merece, y como Luisa desea: así, calladito, sin que te des cuenta de ello.

—Es imposible—repitió por última vez Rodolfo con impaciencia.

—¿Y por qué, si te dignas contestar?

—¿Qué diría de mí la prensa y la opinión pública si después de haber destituido á un *sous-prefet*, le diese mi hija? ¡Qué de burlas! ¡Qué de sarcasmos! Antes lo has dicho; harto se ceba la crítica en nosotros sin que demos pábulo á sus murmuraciones. No hablemos más de este proyecto al cual no puedo prestar mi apoyo. Luisa es un excelente partido.

—¿Desde cuándo?—dijo brutalmente el pintor.

De Lignéres se hizo el desentendido y prosiguió:

—Vale mucho por sí misma, sin contar que yo no soy un suegro despreciable, y encontrará fácilmente un marido que reemplace á ese Faverolles.

—¿Y por tan fútiles motivos labrarás la desgracia de tu hija? ¿Sin consultarla? Eso no es justo; porque en fin, ella es la parte más interesada en este asunto, y debes concederle voto en el consejo; también es mayor de edad.

—¿Pero quieres que sea la irrisión de mis colegas? ¡Haber destituido á un funcionario y tomarle por yerno! Sería el colmo del ridículo, el desquite de las hecatombes de reaccionarios que sacrificamos! ¡Ah! si no fuese ministro...

—Eso ya es otra cosa. Si es el único obstáculo que te detiene, ya desaparecerá sin que esperemos mucho tiempo. Entonces, mi pretendiente ¿puede hacerla la corte? ¿Me autorizas para anunciarle tan buena noticia con esa salvedad?

—Al contrario, te lo prohíbo. Más tarde veremos.

De pronto abrióse la puerta y Luisa se arrojó al cuello de Balussau.

—Buenos días, padrino, —dijo.

Y dirigiéndose á su padre:

—M. Blownt, desea hablarte.

—Que éntre.

Luisa salió con Balussau suspendida de su brazo, en el mismo momento que entraba el judío; éste saludó profundamente á Rodolfo.

—Tomad asiento —dijo el ministro— y hablemos. ¿Qué tal marchan nuestros asuntos?

—El negocio está hecho, excelencia.

—¿Se ha conseguido?

—Completamente, excelencia.

—¿Qué beneficio?

—¿Quinientos sesenta mil francos y una fracción, excelencia.

—Sois un hombre precioso. ¿En qué emplearemos esa suma?

—Se venden, conforme sabéis, unas selvas señoriales en la Borgoña. La renta es buena: el cinco por ciento y aun más.

—¿Estais seguro?

—Perfectamente; un perito las ha tasado en su justo valor.

—¿Cuándo se verificará la adjudicación?

—Pasado mañana, excelencia.

—Comprad por mi cuenta las seiscientas hectáreas de Savignac que lindan con mi posesión de la Ronce; si hay alguna diferencia la satisfaré.

—Está bien, excelencia. He depositado las rentas á vuestro crédito en los Depósitos y Cuentas corrientes. Los inquilinos pagan puntualmente. Es un inmueble excelente y muy buena adquisición; además, está en un barrio alejado y poco transitado. ¿Vuestra excelencia no tiene más instrucciones que darme?

—No. Estoy contento de vuestros servicios, mi querido Blownt, pero se habla mucho de nosotros á pesar de la obscuridad en que nos ocultamos; es necesario sofocar esas quejas.

—¡Bah! excelencia, dejad que hablen: son los envidiosos que graznan como cuervos. Si estuvieran en el poder se harían declarar la guerra por la Europa entera, á fin de vender las rentas aunque el país zozobrara, con tal de enriquecerse á su costa.

—Estoy convencido de ello, pero no obstante, procurad desmentir esos murmullos desagradables.

—Trataré de hacerlo, excelencia.

Y como el judío quedase indeciso ante el ministro, dando vuelta á los pulgares con lentitud.

—¿Teneis algo que pedirme? —preguntó Rodolfo.

—Ciertamente, excelencia.

—Hablad. ¿Qué puedo rehusaros?

Animado por la bondadosa mirada que acompañó á aquella frase, Blownt balbució algunas palabras casi ininteligibles. El ministro las comprendió perfectamente.

Será un escándalo, —pensó.

Pero reflexionó:

El otro era el padre de Sarah.

—Os interesa mucho, mi querido Blownt?

—Mucho, —replicó el judío recuperando su serenidad. —He llegado á la riqueza y eso será el colmo de mis deseos; el final de mi carrera.

—Sea, —dijo Rodolfo; —¿pero cómo explicar esa gracia?

Blownt encontró una palabra espiritual.

—Podeis poner: por servicios especiales, excelencia.

En el salón, Luisa decía á su padrino.

—¿Le habeis visto?

—Sí.

—¿Me ama siempre?

—Con locura.

—Aseguradle que jamás me uniré á otro y que me conmueve su constante amistad, que debía retirarnos.

Cuando Blownt salió del despacho:

—Es el apoderado de mi padre, —dijo. —No puedo soportarle.

—¿Por qué?

—Por instinto.

—Haces mal Luisilla, —dijo Balussan solemnemente; —saluda, hija mía, que pasa tu

fortuna! Rodolfo solo, sería demasiado honrado para crearte una posición.

## XVIII

Kerjean creyó poder respirar un momento tranquilizado por las apariencias del mercado fatales, para los compradores de rentas.

Dió una vuelta bajo las columnatas exteriores oyendo los gritos desesperados de los corredores, ofreciendo en baja y sin encontrar compradores de aquellos fondos desgraciados pendientes de las casualidades de la conversión.

—¿Ves? —dijo de pronto á Courcelles; —de lo que depende el destino de un hombre! si al entrar en este detestable garito hubiese hallado la diferencia de cinco á veinte más bajo, esta noche me hubiera visto en la precisión de levantarme la tapa de los sesos y decir adiós á la vida. Gracias á este pequeño cambio, ahora me parece más brillante y dorada.

—Pero ¿has llegado á ese extremo, desdichado? —preguntó el capitalista soltando el brazo de su amigo y mirándole compasivamente.

—Por desgracia, —suspiró el conde.

—Pero estás loco; loco de remate; ¿quién te obliga á lanzarte en este infierno? ¿Quién te fuerza á remar en esta terrible galera? Y si te hubiese conducido la miseria ó la necesidad, se comprendería; pero tú que has na-

—Ciertamente, excelencia.

—Hablad. ¿Qué puedo rehusaros?

Animado por la bondadosa mirada que acompañó á aquella frase, Blownt balbució algunas palabras casi ininteligibles. El ministro las comprendió perfectamente.

Será un escándalo, —pensó.

Pero reflexionó:

El otro era el padre de Sarah.

—Os interesa mucho, mi querido Blownt?

—Mucho, —replicó el judío recuperando su serenidad. —He llegado á la riqueza y eso será el colmo de mis deseos; el final de mi carrera.

—Sea, —dijo Rodolfo; —¿pero cómo explicar esa gracia?

Blownt encontró una palabra espiritual.

—Podeis poner: por servicios especiales, excelencia.

En el salón, Luisa decía á su padrino.

—¿Le habeis visto?

—Sí.

—¿Me ama siempre?

—Con locura.

—Aseguradle que jamás me uniré á otro y que me conmueve su constante amistad, que debía retirarnos.

Cuando Blownt salió del despacho:

—Es el apoderado de mi padre, —dijo. —No puedo soportarle.

—¿Por qué?

—Por instinto.

—Haces mal Luisilla, —dijo Balussan solemnemente; —saluda, hija mía, que pasa tu

fortuna! Rodolfo solo, sería demasiado honrado para crearte una posición.

## XVIII

Kerjean creyó poder respirar un momento tranquilizado por las apariencias del mercado fatales, para los compradores de rentas.

Dió una vuelta bajo las columnatas exteriores oyendo los gritos desesperados de los corredores, ofreciendo en baja y sin encontrar compradores de aquellos fondos desgraciados pendientes de las casualidades de la conversión.

—¿Ves? —dijo de pronto á Courcelles; —de lo que depende el destino de un hombre! si al entrar en este detestable garito hubiese hallado la diferencia de cinco á veinte más bajo, esta noche me hubiera visto en la precisión de levantarme la tapa de los sesos y decir adiós á la vida. Gracias á este pequeño cambio, ahora me parece más brillante y dorada.

—Pero ¿has llegado á ese extremo, desdichado? —preguntó el capitalista soltando el brazo de su amigo y mirándole compasivamente.

—Por desgracia, —suspiró el conde.

—Pero estás loco; loco de remate; ¿quién te obliga á lanzarte en este infierno? ¿Quién te fuerza á remar en esta terrible galera? Y si te hubiese conducido la miseria ó la necesidad, se comprendería; pero tú que has na-

cido bajo la influencia de un astro bienhechor, no tienes ni aun esa disculpa.

—¿Qué quieres, Pedro—replicó Kerjean,—existen fatalidades! Se empieza por poner un Luis á la roja ó á la negra, animado por los jugadores; se continúa por pasar el tiempo; se tiente de nuevo á la fortuna; se experimenta cierto placer en este juego, inofensivo al principio; luego trata uno de rehacer lo perdido, obstinándose en luchar contra la suerte; en lugar de resignarse con la derrota, se mete uno de lleno en esa lucha, y como el nadador sorprendido por una corriente tan rápida como invisible y que partiendo de la ribera para pasear un instante se ahoga en plena mar, sin volver á la playa que abandonó momentos antes.

—Un consejo, querido amigo. Puesto que el estado actual te conviene, debes liquidar todo, valga lo que valga. Entremos, y no pierdas un minuto, porque aquí el tiempo es oro.

Un empleado de una casa de banca pasaba corriendo cerca de ellos; Courcelles le llamó.

—¿Qué hay?—dijole.

El comisionista le tendió una tarjeta, en la cual estaban inscritas las variaciones de cada instante.

—¡Oh!—dijo—subimos. Ciento nueve, diez, cuarenta, setenta, ciento once! Algo ocurre de nuevo.

—No hay conversión—gritó el empleado, que continuó de nuevo su carrera.—El ministro la ha hecho desmentir.

Courcelles se puso en su persecución, y le detuvo, cogiéndole por el faldón de la levita.

—Basta de broma—dijo;—¿es oficial la noticia?

—Nada más cierto. Ya está anunciado.

Los comisionistas, despavoridos, corrían en todas direcciones cuando Kerjean, pálido y convulso, entró en la Bolsa.

—Ciento once cincuenta—dijo un agente que le conocía.

—Setenta y cinco—aulló otro.

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó Courcelles consternado.

—Ven conmigo y lo sabrás.

Dirigióse hacia el pilar, donde la antevíspera estaba el judío que vimos en casa de Sarah Feller siguiendo el curso de los acontecimientos.

Impasible y en la misma actitud, se hallaba en el mismo sitio.

Al ver el aspecto del conde sonrió friamente moviendo la cabeza.

—Bien veis—dijo—que no se puede prever todo.

—M. Blownt, ¿quereis hacerme un favor?—le dijo Kerjean.

—Ciertamente, si es posible.

El conde le tendió una pequeña cartera, en la cual estaban anotadas todas sus operaciones.

—Hacedme el favor de liquidar la situación.

—¿Cómo?

—Rescatando cuanto he vendido.

—No hay otro recurso—contestó Blownt;—y lo haré lo más pronto posible; pero bien mal, sin duda alguna.

—Estoy resignado—prosiguió Kerjean;—obrad como mejor os parezca.

El judío saludó con una inclinación de cabeza y llamó á un corredor, á fin de darle órdenes.

—Ahora—dijo Kerjean á Courcelles—abandono este maldito lugar, donde juro no volver. ¿Y tú te quedas?

—No, á fe mía—replicó Pedro;—el vértigo se apodera de mí, y prefiero respirar la neblina de fuera al aire corrompido de esta caverna. Salgamos.

Los dos amigos atravesaron el vestíbulo en medio de un concierto de maldiciones, con que los jugadores furiosos agobiaban al ministerio, con razón sin duda. Los periódicos de la época pueden darnos una idea. La conversión de la renta, supuesta y desmentida en el término de dos días, la víspera de la liquidación causó pérdidas incalculables.

En la esquina de la calle de la Bolsa se detuvo Courcelles.

—¿Cuánto pierdes en esa gazapera?—preguntó á su amigo.

—Más de lo que tengo, probablemente; ya te lo diré mañana si te veo, amigo Pedro. ¡Ah! tu padre ha estado bien inspirado haciéndote prudente. Yo no he tenido esa suerte.

—Tú has sido libre demasiado joven—observó sentenciosamente el banquero.—Es la

mayor desgracia que puede sobrevenir á un hijo de familia. Pero desechemos estas ideas lúgubres; ven á casa de Bignon á tomar un vaso de Jerez, y consuélate: la lлага de dinero no es mortal.

—Bien se ve que tú no las conoces—respondió Kerjean.

—Vamos, basta de filosofías; no te abandono y te llevo á comer. En la adversidad se prueba á un amigo. No hay perro de ciego que me iguale respecto á abnegación. Concédeme el honor de creer en la solidez de la mía.

Kerjean le estrechó silenciosamente la mano. Estaba aterrado.

Por la noche, ya tarde, entró en su habitación de la calle de Saint-Guillaume, bajo la vigilancia de su amigo.

Kerjean recibió un billete de Sarah, en que le expresaba su disgusto por haberle inducido á un error, y le rogaba se pasase por su casa.

Courcelles reconoció la letra.

—He ahí una comadreja que no se meterá en un mal paso—dijo.

El conde no contestó: apenas si le oía; las voces llegaban á sus oídos como un murmullo confuso. Tenía la cabeza como si hubiese recibido en la frente un violento golpe de maza.

El banquero inspeccionó la habitación, recorriéndola y viéndola sobre la chimenea una magnífica pistola de Devisme, una obra maestra de elegancia, perfectamente cincela-

da, la deslizó en su bolsillo; después se aproximó al conde, que yacía anonadado en un sillón.

—Me vas á hacer el favor de meterte en la cama y de dormir: mañana te levantarás más tranquilo y dispuesto para pensar en tus asuntos. No quiero ofenderte ofreciéndote mi bolsillo: ya sabes que está á tu disposición; pero vas á prometerme no cometer ninguna tontería.

Kerjean comprendió é hizo un signo negativo con la cabeza.

—¿Entonces, puedo abandonarte sin cuidado?

—Sí—contestó muy bajo.

Courcelles se dirigió hacia la puerta.

—Gracias—dijo Kerjean, acompañándole. —Sin tí no respondo de lo que hubiera hecho.

En el vestíbulo, Courcelles llamó al criado.

—Velad por vuestro amo—le dijo,—y no os alejéis. Tiene un gran disgusto y puede necesitaros. ¿Habeis comprendido?

—Sí, señor—contestó el criado.—¿Puedo anunciar á la señorita de Guersaint la noticia que me da el señor?

—Sin duda—contestó Courcelles, indeciso.

—¿La señorita Magdalena, según parece, se interesa por su primo?

—Puedo decírselo al señor, porque sé la estrecha amistad que le une con mi amo; la señorita se interesa mucho por todo lo que concierne al señor conde; además, que es muy natural.

—Amable criatura—dijo Courcelles.—Es encantadora la señorita Magdalena, y, después de todo, he debido figurármelo. ¡Pero qué suerte tiene ese animal!

Y pensó interiormente:

—Eso será la salvación del naufrago.

Buenas noches, Juan—dijo al criado.—Sí, amigo mío, podeis confiar todo á la señorita de Guersaint, y cuanto más pronto, mejor.

Y se marchó.

Santiago, una vez solo, miróse en un espejo. Estaba desconocido. Las emociones que acababa de sufrir le habían desfigurado. Sus facciones estaban trastornadas. El brillante conde Bretón se había metamorfoseado en un fantasma lívido y encorvado como un viejo.

Se había despertado rico, libre de conservar el rango en que había vivido y para el cual había nacido; iba á dormirse pobre, con aquella indigencia insoportable para aquellos que no han firmado un pacto con ella, doblemente cruel para el hombre que ha conocido la opulencia y sus privilegios.

No solamente nada le quedaba; su fortuna iba á ser devorada, dejándole el remordimiento de haberla arrojado al viento de un capricho imbécil. Pero el porvenir vacío de esperanzas, estaba cargado de deudas que le acosarian hasta su última hora.

Instintivamente volvióse desesperado hacia el sitio en que Courcelles vió el arma, que prudentemente se había llevado.

Comprendió el pensamiento de su amigo y la lección que le daba.

Luego sus ojos, errantes en el espacio, encontráronse con los de su madre, cuyo retrato pendía á la cabecera de su lecho.

Entonces cesó la tensión de sus nervios, y un mar de lágrimas inundó sus áridas pupilas.

La pobre muerta parecía que le miraba tiernamente como si estuviese allí para protegerle contra los arrebatos de la desesperación.

Arrodillóse ante ella, lloró abundantemente, y confortado en aquella fuente de puro amor, se levantó más tranquilo y sereno.

Sentóse ante su secrétaire y escribió una carta al general de Montigny, que mandaba un cuerpo de ejército y había sido uno de los más antiguos y mejores amigos de su padre y de su familia.

Estaba concebida en estos términos:

«Mi general:

»Soy un gran culpable. He disipado locamente la gran fortuna que me legó mi padre y que he debido conservar como un depósito sagrado.

»Pensaba suicidarme, pero esa idea es indigna de un hombre de corazón y de un cristiano. La rechazo. Cuando se comete una falta es necesario expiarla. Así, pues, recorro á vos. Tomadme y aceptaré las condiciones que me impongáis. Si he sido un noble estúpido, trataré de ser un buen soldado. Estoy pronto.

»Confía en vuestro corazón y antigua amistad, vuestro hijo de adopción,

»KERJEAN.»

Cerró la carta, puso la dirección y llamó á su criado.

—Llevad esta carta al correo en seguida, —le dijo.

Un cuarto de hora después caía en esa postración que sigue á las grandes emociones.

## XIX

Al abandonar el pabellón de la calle de Saint Guillaume, Courcelles dió á su cochero la dirección de Sarah.

Las ventanas del hotel de la calle de Milán resplandecían.

Una docena de berlinas formaban fila á lo largo de la calle.

Courcelles entró.

Sarah, deslumbradora de belleza, estaba fresca como una rosa de mayo, con su traje color crema, que hacía resaltar el color de su piel, tan suave como la tela que la cubría; muy descotada, el pecho de gran perfección de líneas se adivinaba velado por un fichú de punto de Inglaterra.

Adelantóse hácia él.

—¡Qué suerte! —le dijo.—No es poca fortuna el veros; ya hacía algún tiempo que no teníamos ese gusto. Y vuestra adorada, ¿está buena?

—Muy bien, gracias. Yo nó pregunto por vuestra salud, siempre floreciente. La dicha os sonríe. Os veo muy cortejada esta noche.



Toda la colonia judía se encuentra aquí. ¿Qué fiesta bíblica se celebra?

—La del becerro de oro, sin duda. ¿Qué otro ídolo adoramos nosotros?

—Iba á decíroslo.

—Y yo como he adivinado ese sarcasmo, me anticipo á vuestro pensamiento.

—La conversión, ¿os ha sido clemente? Supongo que la tribu no habrá sufrido con ella.

—No.

—¡Vamos, tanto mejor! ¡Buenas pascuas para Israel! No pereceremos mañana.

—Así lo espero— contestó Sarah.—Estais de vena esta noche.

Courcelles hizo como que no la oía y prosiguió:

—Cierta cristiano de vuestra intimidad no ha sido tan dichoso. Se ha visto maltratado duramente por esa ruleta; á causa de ella se encuentra consternado.

—¿De quién hablais?

—Vamos, querida mia, no os hagais la inocente; nos entendemos, ¿no es eso?

Sarah hizo un movimiento con la cabeza que significaba:

—Perfectamente.

—Tomad mi brazo—dijo Courcelles—y visitemos vuestro museo. Alejémonos por un momento de esos tipos orientales y hablemos.

La bella judía, que no deseaba otra cosa, se suspendió con el abandono de esas criaturas nacidas para el amor, al brazo que la ofrecía el joven, y se dirigió con él hacia una

galería de cuadros abierta á un lado del salón y el otro á una estufa llena de flores raras.

—Os felicito, querida mia;—prosiguió.—Teneis esta noche reunido lo más escogido de la alta banca, y hasta la flor del notariado —añadió al ver á un señor joven, pálido y empolvado, cuya cabeza salía de un cuello resplandeciente de blancura, como un ramo de rosas de un cucurucho de papel.

—Sí, M. Jacob, el más joven y el más interesante de las guardas netas. Es mi notario. Cada uno debe proteger á los suyos, y mi clientela tiene su valor; además, que no es casado, ya comprendéis.

Courcelles se inclinó.

—Cuando haya pasado por la alcaldía con una joven burguesa bien dotada, no me concederá el honor de ninguna visita, á menos que no haya algun contrato por medio.

—Tiene demasiado gusto para semejante deserción.

—No me aduleis. ¿Creeis que no comprendo el caso que se hace de nosotras? Así es que fiel á mi divisa, persigo un fin, y me contento con él.

—Y que segun parece, adorable Sarah, ¡no es tan malo! Solo se habla de vuestra suntuosidad; de vuestras adquisiciones. Estais clasificada entre las millonarias de primera, gracias á desagradables, pero poderosas amistades.

—Dejemos eso; contestó con tono seco y breve. ¿Habeis visto al conde?

—Acabo de abandonarle ¡ay!

—¿Pues que le ocurre?

—¡Ay!

—¿Esta arruinado?

—Me lo temo.

—¿Qué tiene eso de sorprendente? Había de suceder.

—Sois fatalista.

—No tanto como vos; pero ese pichon no es capaz de defenderse contra esta nube de milanos. ¿Porqué se ha metido entre ellos?

—Pero, querida mía, según tengo entendido, por amor.

—¿Y por quién, gran Dios?

Habían llegado á la estufa; estaba desierta; los convidados de Sarah hablaban en grupos en los huecos de las ventanas del salón, ó cerca de la chimenea, donde ardía un fuego suave y aromático. Otros, silenciosos y graves, jugaban al *whist*, bajo la luz blanquecina de las lámparas, velada por pantallas de encaje.

Courcelles se sentó al lado de la judía en un canapé de junco dorado, de esos que causan tan maravilloso efecto entre las camelias, las flores, las azaleas blancas y rosa, las begonias y las plantas de exótico ramaje que llenaban aquél rincón convirtiéndole en un paraíso terrestre.

—¿Pero sois vos la que me pregunta seriamente y con ese aspecto de paloma asustada, que os sienta admirablemente, porque se ha arruinado Santiago? ¿Que mujer ha producido una impresión profunda en esa materia inflamable, sino es la morena Sarah Feller,

la estrella que todo el mundo admira, y por quien cualquiera de nosotros se arrojaría al fuego al menor signo de su boca imperiosa y encantadora?

—¡Me asombráis!

—Vamos, basta de fingimiento. Estamos solos, y no merece la pena. Convenid en que estais al corriente de esa estraña pasión y que habeis empleado todos los medios para exaltarla.

—Pues bien; si, no hay porqué ocultaroslo. Sois fino como el ámbar, y vuestros ojos despiden rayos como los de un basilisco. Si; ese Breton me gusta; si, he querido incendiar el corazón de ese muchacho sencillo y cándido como un adolescente, y tímido como una niña. ¡Sí! he puesto en juego todos mis recursos para atraerle para seducirle; las sonrisas que provocan, las promesas que animan, las miradas ardientes que inflaman esa pólvora seca y fulminante de que está hecha la imaginación de los hombres. Nada he descuidado para conquistarle y agradarle. Ignoro si lo he conseguido.

Y sin embargo, mirad qué contradicción: jamás me hubiera atrevido á profanar el sentimiento que me inspira. No le amo como á los otros; y además, mi corazón hasta aquí ha permanecido vírgen, puesto que no se lo he dado á nadie. Os lo confieso: es mi primera y será mi única pasión. ¡Es tan diferente de cuantos he conocido!... Hay en él una rectitud que me subyuga; una encarnación de honor que me domina, á mí, que pertenezco

á una sociedad en que ese término no tiene más que un sentido vago y tan extenso que todas las infamias pueden vegetar á su sombra y confundirse con él.

— Sed sincera. ¿Ha sido vuestro amante?

— El lo hubiera deseado, sin duda. Yo he rehusado serlo. He conservado intacto en mi corazón (también nosotras lo tenemos) el sentimiento que me inspiraba. He querido evitarle la mancha de una intimidad pasajera parecida á las que sufrimos.

— Pero entonces, bella Sarah, eso es pura fantasía, un viaje por las regiones etéreas, una excursión al país de lo sublime... Solamente que si le amábais con un amor tan etéreo, ¿por qué le habeis arruinado primeramente?

La judía se mordió los labios; un imperceptible rubor cubrió su frente bajo la mirada inquisitorial de Courcelles.

— Estais insoportable con vuestras preguntas—dijo, levantándose.—Dejadme cumplir con mis deberes de ama de casa... os lo ruego. Más tarde reanudaremos esta conversación.

— ¡Bah!—dijo el joven, obligándola á sentarse de nuevo.—Esos idólatras no os echan de menos. Con tal de calcular las variaciones del cinco, el alza de los valores y renegar del moviliario español, son felices y se burlan de vos y de mí, como de la Sinagoga y desus rabinos.

Creo adivinaros: sois una criatura maquiavélica.

Hé aquí vuestro cálculo. Os habeis dicho: Yo soy rica, muy rica; ya es tiempo de colocarme; bastante me he sacrificado á los caprichos de los demás; ahora voy á satisfacer los míos. Amo al conde Santiago de Kerjean; me agrada por su presencia, su nombre sonoro, su origen auténtico, su blasón de buena ley, y...

— Me casaré con él; eso es lo que queríais decir—terminó Sarah, jugando con su abanico.

Courcelles prosiguió imperturbablemente:

— Me casaré con él; pero como su fortuna puede ser un obstáculo, la suprimo.

Y la habeis suprimido.

— Decid que la he robado.

— Por medios ocultos; y como su honor podría ser otro obstáculo, le suprimo tambien poniéndole á él, á un Kerjean, en la imposibilidad de hacer frente á sus compromisos.

Sarah quiso negar.

— No os defendais, querida amiga. Es una maquinación divinamente imaginada. Lo habeis conseguido punto por punto. Kerjean está arruinado completamente, hasta el extremo de que mañana no podrá saldar sus cuentas de liquidación. ¿Cuánto pierde?

— Un millón cien mil francos.

— Ya veis como estais al corriente y como os delatais á pesar de vuestra suprema habilidad. Cuando menos se piensa, la verdad, esa mujer fea y desnuda sale de su pozo, como un diablo rojo de una caja de resortes.

Y como es una suma que no se encuentra entre las losas del boulevard, Kerjean os per-

tenece, una vez que está atado de pies y manos, y sereis dichosa puesto que le adorais...

Los ojos de Sarah relumbraron.

—Y además, condesa, según vuestro capricho, á menos que...

—¿A menos qué?—preguntó la judía.

—A menos que algun incidente imprevisto, la piedra casi invisible que hace descarrilar un exprés lanzado á todo vapor, el grano de arena que vuelca la silla de posta, no venga á interponerse y desbarate vuestros planes. Y francamente sería una lástima.

Luego condujo á la judía al salón, devolviéndola á sus invitados.

Schumann, el antiguo bohemio, el afortunado especulador diez veces millonario, salió á su encuentro tendiéndole la mano que Courcelles apenas tropezó.

—Buenas noches, querido—dijo—¿quién venderá esta noche las contraseñas? Quién vá á gritar; ¡dos absintos al as! O ¡tres bocks al diez!

—Embustero—dijo Schumann.

—Los malos días han pasado—repuso el joven;—tanto mejor, querido amigo. Roguemos al Dios de Abraham que no vuelvan.

—Este Courcelles siempre con tan felices ocurrencias.

Al pasar cerca de Hitz, que después de haber tenido una tiendecilla portátil en el Temple había hecho una fortuna colosal prestando cantidades sobre el porvenir de los hijos de familia:

—Buenas noches—dijo.—¿Cómo se encuentra vuestra hija, amable banquero?

—¿La duquesa Olga? Muy bien.

—Ayer la he visto en el Bois, en un magnífico carruaje de ocho resortes. Buen aspecto. Caballos irreprochables; escudos de buen tamaño. ¡No es poca fortuna el ser hija de un padre tan industrial y tan tunante!

Hitz sonrió estúpidamente.

Empleaba todo su talento en cuestiones de interés, no dejando nada para las demás ocasiones.

El príncipe Castellaro, célebre por su despreocupación en todas materias, hablaba ruidosamente, divirtiendo á los concurrentes de la galería con sus chistes napolitanos.

—Me felicito por encontraros tan alegre, querido príncipe—le dijo Courcelles.

—¿Por qué no he de estarlo, querido amigo? ¡Corpo di Bacco!

—Me han asegurado que habiais sufrido todos estos días con los sobresaltos de la renta.

—En efecto, en efecto. No sé de dónde sacar lo que necesito para pagar mis diferencias.

—¿Son grandes?

—Inmensas. Es posible que no pueda satisfacerlas.

—¿Sabeis que es grave?

—¿Por qué? ¿Soy yo quien inventa todas esas noticias? Primero que hay conversión; luego que no la hay. ¿De quién es la culpa?

—¿No volveréis á la Bolsa?

—Más tarde. ¿Es que no hay en París más sitios donde acudir?

El príncipe conservaba una impasibilidad tan perfecta, que todo el mundo aplaudió.

—Qué gentes más particulares—dijo Courcelles á Sarah.

El vizconde de Vallon tomó el brazo del joven.

—Venid—le dijo—que os vais á reir. ¿Conoceis al duque de Casaglionnes?

—¿Uno rubio, alto, hombre de talento y de buen aspecto? ¿El abonado del palco número 17 en la Opera?

—Justamente. Pues ha hecho perder cuatrocientos mil francos á Danglade, al agente con quien compartía dicho palco.

—No es extraño.

—Para Danglade, no; pero para quien lo es mucho es para Casaglionnes, que acaba de escribir á su agente: «Ya comprendereis que después de lo ocurrido no podeis compartir mi palco; tened la bondad de no volver. Dispongo de él en favor de un tercero.» De modo que de una vez Danglade pierde su dinero y su palco.

—¡Qué aplomo! ¡Qué pícaro mundo! En fin, de todas maneras la historia es buena; voy á repetirla por ahí. Gracias.

Y ya se alejaba cuando el vizconde le retuvo de nuevo.

—En cambio de mi noticia, dadme un consejo. Decidme, vos que estais tan al corriente, ¿qué es lo que se dice de las minas del Oural?

—¿Para qué?

—Para vender ó comprar. Y de la Fonciere Roumaine?

—¿Qué os importa?

—¿Y de las obligaciones de Maroc?

—No sé.

—Creo que puede hacerse una buena especulación.

—Pues bien—dijo Courcelles;—tírad á cara ó cruz y comprad ó vended á la casualidad. Eso os saldrá siempre mejor que los razonamientos. Bien sabeis que se os ha bautizado con el nombre de San Vicente de Paul de los malos valores. Los reunís amorosamente, sin contar, querido vizconde, con que sois demasiado crédulo. Si viene cualquiera y os dice al oído que una conflagración es inminente, lo creéis si fuera el Evangelio.

Creedme: guardad vuestras fincas y no especuleis; imitadme y divertíos viendo como los demás se enlodan. Adios, querido amigo, y buena suerte.

De Vallon se alejó con las orejas gachas.

—Que siempre ha de tener razón ese muchacho—pensaba.

—Andad, malvado,—dijo Sarah á su satírico visitante;—mucho os aprecio, pero me echais á perder á mis huéspedes.

—¡Bah!—contestó Courcelles—ellos mismos se divierten con sus defectos; se vanaglorian con sus *débts*, y aquí para entre nosotros, creo que tienen razón. Se necesita mas equilibrio para escalar una montaña que para

descansar en la cima. Para mi prójimo conserve un fondo inagotable de indulgencia; gracias á este medio tengo amigos en todas partes.

Vos, por ejemplo, sois bastante viciosa para haber arruinado á mi pobre amigo Ker-jean; y sin embargo, no puedo guardaros rencor. Si yo hubiese tenido la desgracia de ser mujer, sería cien veces peor que vos, y hasta hubiera inventado mil medios para vengarme de la crueldad y tiranía de los hombres. Buenas noches, querida.

Inclinóse y depositó un beso en su cuello de cisne.

Luego partió.

Poco á poco los salones quedaron desiertos.

El elegante notario quedó el último.

Apoyóse en el respaldo del sillón de Sarah y al despedirse preguntó á su cliente:

—¿Cuándo satisfareis mis honorarios?

—Cuanto antes mejor; enviadme la minuta y pagaré.

—¿Cómo?

—Con dinero, como todo el mundo.

—¡Oh, cruel!—exclamó;—¡cuán desdichado me hacen vuestros rigores!

—Buenas noches—repuso ella tendiéndole la mano.—Es todo cuanto puedo concederos.

Una vez sola, quedóse pensativa mirando á la chimenea, cuyos carbones rojos comenzaban á blanquear entre la ceniza; luego, levantóse indolentemente y se dirigió á su habitación.

## XX

Aquella habitación era un prodigio de elegante suntuosidad.

El lecho de madera dorada, bajo y ancho, estaba cubierto con un tapiz de seda brochada, color oro viejo, y sobre fondo verde. Las colgaduras se levantaban por medio de gruesos cordones, á manera de las que se contemplan en los cuadros de los antiguos pintores. A la cabecera del lecho se ostentaba el nombre de Sarah, formado con diamantes.

La doncella había preparado el lecho.

En la semi-oscuridad que reinaba en la habitación, iluminada únicamente por una lamparilla, cuya claridad atenuaba un globo de cristal rosado, se distinguía una multitud de sillas tapizadas de seda, muebles de marquetería y estatuillas de bronce reflejadas por cinco ó seis espejos.

Sarah entró tarareando con una voz bastante falsa y, sin embargo, no exenta de encanto, la romanza de *Mignon*:

Connais-tu le pays où fleurit l'oranger? (1)

Y con un gesto despedió á la doncella que la acompañaba.

Ante la chimenea extendió los brazos levantándolos sobre su cabeza.

—¡Cuánto me fastidia esa gente!—dijo.

(1) ¿Conoces el país donde florece el naranjo?

descansar en la cima. Para mi prójimo consero un fondo inagotable de indulgencia; gracias á este medio tengo amigos en todas partes.

Vos, por ejemplo, sois bastante viciosa para haber arruinado á mi pobre amigo Kerjean; y sin embargo, no puedo guardaros rencor. Si yo hubiese tenido la desgracia de ser mujer, sería cien veces peor que vos, y hasta hubiera inventado mil medios para vengarme de la crueldad y tiranía de los hombres. Buenas noches, querida.

Inclinóse y depositó un beso en su cuello de cisne.

Luego partió.

Poco á poco los salones quedaron desiertos.

El elegante notario quedó el último.

Apoyóse en el respaldo del sillón de Sarah y al despedirse preguntó á su cliente:

—¿Cuándo satisfareis mis honorarios?

—Cuanto antes mejor; enviadme la minuta y pagaré.

—¿Cómo?

—Con dinero, como todo el mundo.

—¡Oh, cruel!—exclamó;—¡cuán desdichado me hacen vuestros rigores!

—Buenas noches—repuso ella tendiéndole la mano.—Es todo cuanto puedo concederos.

Una vez sola, quedóse pensativa mirando á la chimenea, cuyos carbones rojos comenzaban á blanquear entre la ceniza; luego, levantóse indolentemente y se dirigió á su habitación.

## XX

Aquella habitación era un prodigio de elegante suntuosidad.

El lecho de madera dorada, bajo y ancho, estaba cubierto con un tapiz de seda brochada, color oro viejo, y sobre fondo verde. Las colgaduras se levantaban por medio de gruesos cordones, á manera de las que se contemplan en los cuadros de los antiguos pintores. A la cabecera del lecho se ostentaba el nombre de Sarah, formado con diamantes.

La doncella había preparado el lecho.

En la semi-oscuridad que reinaba en la habitación, iluminada únicamente por una lamparilla, cuya claridad atenuaba un globo de cristal rosado, se distinguía una multitud de sillas tapizadas de seda, muebles de marquetería y estatuillas de bronce reflejadas por cinco ó seis espejos.

Sarah entró tarareando con una voz bastante falsa y, sin embargo, no exenta de encanto, la romanza de *Mignon*:

Connais-tu le pays où fleurit l'oranger? (1)

Y con un gesto despedió á la doncella que la acompañaba.

Ante la chimenea extendió los brazos levantándolos sobre su cabeza.

—¡Cuánto me fastidia esa gente!—dijo.

(1) ¿Conoces el país donde florece el naranjo?

Un suspiro la contestó.  
Volvióse y vió á un personaje, tendido en una *chaise-longue* á su izquierda.

A la vista de aquel huésped nocturno, que habia olvidado:

—¡Ah!... ¿Conque estábais ahí?—preguntó. Es muy tarde. Si teneis algo que decirme, hablad pronto, porque memuero de sueño.

—Si os molesto, mi querida Sarah, vuestra es la culpa... ¿No me habeis escrito que vi-niese?... Pues he venido.

—¡Ah!... sí, el billete de antes. Ya no me acordaba. Se trataba de que entráseis en el salón. ¿Quién os lo ha impedido?

—No lo ignorais.

—Sin duda; esa timidez natural que no abandonais nunca. Pues bien, amigo mio; si os parece, dejaremos esta conversación para mañana. Sería un poco larga. Esta noche hacédme el favor de marcharos.

—Es que...—observó dulcemente Rodolfo—he despedido mi coche.

—¡Mi coche!—contestó ella.—Hé ahí unas palabras que no significaban nada cuando érais un simple procurador de provincia. ¿No es cierto que esa palabra es dulce?... Y esos criados, mejor vestidos que nosotros mismos, y que os esperan á la puerta, ¿los habeis despedido también?

—En efecto.

—Habeis hecho mal. ¿En qué pensabais?... Vuestra excelencia tomará un *fiacre*, ó yo llevaré la complacencia hasta el extremo de mandarlo á buscar.

Una profunda indiferencia expresaba el acento de Sarah. Comenzó su *toilette* de noche con la misma libertad que si hubiese estado sola; es decir, lentamente y con orden.

Sarah era adorable. Sus largos cabellos, suaves y brillantes, cubrian su espalda y sus hombros, de admirables contornos. Su pecho se levantaba á impulsos de la respiración, bajo la batista de la camisa, tan fina que parecia tejida por las hadas.

La tibia atmósfera de la habitación estaba impregnada de ese perfume suave de jazmin, ó de lirio en flor que revela la presencia de una mujer joven y hermosa.

El ministro estaba estasiado ante aquel cuadro; un sentimiento de orgullo le decía que aquella célebre belleza era suya, que gozaba de los derechos del dueño, sobre aquella criatura deslumbradora, tan diferente á las demás mujeres que habia conocido hasta entónces.

Sus ojos dilatados, no se separaban de la judía.

Esta tomó un espejillo de mano colocado sobre un costurero cerca de él, que hizo un movimiento para asirla.

Ella se esquivó.

—Tened cuidado—le dijo;—vais á destruirme la batista.

Después, terminado su exámen, sentóse en la estremidad de la *chaise-longue*, y arrojó sus zapatitos de raso azul léjos de ella.

—Ahora—repuso,—mi querido gran hombre, hacédme el favor de dejarme sola. Des-



pues de las emociones de la gran partida que acabo de jugar, necesito reposo y me declaro incapaz de nada. ¿Comprendéis?

—Vamos—dijo Rodolfo;—estais de broma. Supongo que no tendreis valor para despedirme á semejante hora. Sería una ferocidad á la que no me teneis acostumbrado.

—Pues es necesario acostumbrarse—replicó Sarah friamente;—os habeis figurado que nuestra intimidad iba á ser eterna, y toca á su fin.

—¿Estais caprichosa esta noche!—observó el ministro.

—¡Ah! espero no me proporcionéis una escena desagradable.

—Pero ya que me hablais tan duramente, decidme al menos la causa.

—No os hablo duramente; no quiero que permanezcáis aquí, y os despido; es natural. Acaso ¿no podeis prescindir de mí?

—No.

—Pues será necesario.

—¿Por qué?

Tal angustia revelaba el acento de Rodolfo, que la judía retrocedió ante una explicación más clara.

—Porque un día ú otro tiene que suceder—continuó Sarah dulcemente.—Por ejemplo, cuando me parezca retirarme del mundo. La vida que llevo no es un fin, es un medio. ¡Yo no he deseado los honores! Pero he deseado ardientemente la fortuna, el oro, todos los bienes de que estaba privada, para reconquistar mi independencía, para dispo-

ner de mí misma á mi gusto y tomarme la revancha de la miseria que me ha torturado al principio de mi vida. Ahora nada tengo que envidiar á nadie. ¿Quereis que continúe sometida al ascendiente y exigencias que me humillan? Bastante tiempo he sido víctima de los demás; ahora quiero ser dueña de mí misma. ¿Me comprendéis?

Sarah hablaba lentamente, con calma, arrugando entre sus dedos un fichú de encaje.

El corazón de Rodolfo se oprimió ante aquella resolución inesperada, cuya extensión comprendía. Su felicidad se desvanecía, porque la pasión que le había inspirado la judía era tanto más profunda, cuanto que ella significaba para él, cuya juventud ruda y pobre había transcurrido en una especie de reclusión claustral, la primera que le había anunciado en los goces más embriagadores de la vida.

Se levantó y asió humildemente las dos manos de Sarah.

—Me engañas—dijo;—tú no puedes abandonarme. Desde que te conozco ocupas todos mis pensamientos, ó por mejor decir, eres mi único pensamiento. Mi ambición no ha sido la de obtener honores pasajeros, sino tu amor, que creía tan duradero como mi vida. Dime que te burlas, que sólo es una prueba, que tus promesas no eran falsas y que me pertenecerás siempre.

—No, Excelencia, no haré juramentos que no cumpliría.

—¿Y los pasados?

—¡Oh!—contestó Sarah sonriendo;—¿acaso eran serios? Ni siquiera me acuerdo de ellos.

E hizo un movimiento de cabeza que significaba: ¡Tantos se lleva el viento!

Y añadió:

—Soltadme, os lo ruego: me haceis daño.

Inclinóse el ministro y enlazó el talle flexible de la joven con su tembloroso brazo.

—Piensa—la dijo—que he puesto en tí todas mis esperanzas! ¡Que todo te lo he sacrificado y, según me temo, hasta mi consideración.

Un irónico gesto se dibujó en los labios de la judía.

—Creo que te aproximas á lo cierto, Rodolfo:—contestó;—vamos, te pones en razón.

Ella sólo le daba este nombre en sus raros accesos de alegría.

Después repuso:

—Si hubieses oído el concierto de injurias que el populacho os dirige á todos, te hubieses asustado. Vas á caer, me lo temo. Eres hombre al agua.

—¿Te habrán mezclado en esa reprobación?

—¿Qué me importa? La estimación que me tienen, no disminuirá. ¿Qué soy yo? Una simple cortesana; una mujerzuela, menos que una mujer: una muchacha. Con esta palabra se dice todo. El mundo no se ocupa de lo que hacemos: es poco exigente respecto á nuestra moralidad, palabra ridícula y vacía de

sentido. Con tal de que lleve magníficas *toilettes*, trajes de Worth ó de Laferriere, sombreros de Fanny Claude, botinas de Ferry, que mis diamantes no sean falsos, que tenga salud y buen humor, que sonría convenientemente mostrando dos hoyitos en las mejillas á mis conocimientos de la orquesta en los Franceses ó á la Renaissance, no se me exige nada más. ¿Se informan las gentes de dónde proviene la luz de las estrellas? Se las mira, y eso es todo.

Respecto á vosotros, es muy diferente. Sois personajes en boga; elegidos y discutidos por los órganos de setenta y cinco opiniones diferentes, que se tropiezan en las calles de París como caballos en una carga de coraceros; sois batidos en brecha por los cañones de la oposición, puesto que estais en el poder. Se busca vuestro sitio vulnerable y no podriais dar un paso sin que se averigüe la causa. Yo, con tal de no tener ni viruelas ni otra enfermedad que me desfigura, siempre tendré adoradores; vosotros siempre tendreis adversarios y detractores; hé ahí las diferencias que existen entre nosotros. Yo puedo hacer lo que me plazca; vos debéis hacer lo que plazca á los demás, y habeis disgustado, querido señor, á cuantos me rodean.

Rodolfo la envolvió en una humilde y cariñosa mirada.

—Con tal de complacerte á tí—murmuró, —¿qué me importa la opinión de los demás?

Ella movió los hombros con una especie de desden protector.

—Todavía—dijo;—¡también vos, el hombre de las indignaciones virtuosas! ¡Me inspirais lástima con ser tan tonto como sois! Querido mío, creedme: más energía, más dignidad, y las mujeres os amarán mejor.

—Me cuido poco de las demás—contestó;—bien sabes que para mí solo existe una.

Sarah tiró del cordón de la campanilla con violencia.

—Celestina—dijo á la doncella cuando esta apareció,—preparad la habitación azul para su excelencia.

—Ya veis cuán buena soy—añadió cuando se halló á solas con Ligneres.—Os concedo hospitalidad por esta noche.

Este quedó inmóvil y nervioso, víctima de un malestar desconocido.

—¿Os sorprende?—repuso ella.

—Existe un secreto en todo esto, que quiero conocer. ¿Por qué turbar nuestra felicidad? ¡Hace dos años que éramos tan felices!

—Eso lo direis por vos, querido mío,—replicó secamente la judía.

Una lágrima de rabia abrasó los ojos del ministro.

Sarah colocó sus largas trenzas en torno del cuello y apoyó coquetamente la cabeza en la mano derecha.

—Queréis saberlo todo y haceis mal. De-seaba evitaros un disgusto, porque en suma experimento por vos una gran amistad; pero ya que os empeñais, consiento en deciroslo todo. Amo á otro.

A pesar de la oscuridad de la habitación, le vió palidecer densamente.

El guardó silencio durante un instante, incapaz de proferir una palabra.

Por fin se repuso:

—¡Oh! ¿con qué amais á otro?—balbució.

—Y aquél á quien preferís ¿os corresponde?

—No lo sé todavía.

Rodolfó respiró.

—Pero—añadió ella—lo sabré bien pronto.

—¿Cuándo?

—El día en que consienta en casarse conmigo.

—Y esa persona de quien hablais ¿es hombre de buena sociedad?

—De la mejor.

—¿Noble?

—Un blasón auténtico.

—¿Rico?

—Ayer lo era.

—¿Y hoy?

—Creo que nos hemos apoderado de su dinero, con el de otros muchos.

—¿Qué relaciones os unen á él.

—Solamente la amistad, al menos por su parte.

—¿Y su carácter?

—De lo más honrado. Ahora dejadme dormir porque me muero de sueño.

Inclinóse Rodolfó sobre la cabeza de su amante y la besó apasionadamente.

—Vais á reiros de mí—la dijo,—porque os obedezco; pero yo me tomaré el desquite y reanudaremos la conversación empezada.

Había una especie de burla en el tono con que pronunció estas últimas palabras; pero Sarah había cerrado los ojos y apenas las entendió.

La doncella apareció:

—Si el señor quiere seguirme,—dijo.

Obedeció el ministro.

—Vamos—pensó—no debo perder la esperanza.

## XXI

El ayuda de cámara del conde Kerjean no tardó en poner en práctica las instrucciones de Courcelles.

Se fué á buscar lo que los escoceses de Pesth ó de Edimbourg llaman *little girl*, amiga suya, y que era la camarista de la señorita de Guersaint, dándole parte de los acontecimientos del pabellón.

El señor conde debía haber sufrido grandes pérdidas, ó tal vez se trataba de un duelo para el día siguiente, ó bien era víctima de la desesperación ocasionada por grandes penas; en fin, que ocurría algo grave.

Después de esta confidencia que, debía llegar en breve plazo por el conducto de la señorita Ivona, una hermosa bretona, rubia y colorada con más rapidez que el telégrafo á oídos de su ama, en dos saltos llegó al pabellón gracias á sus confortables tibias.

Ningún ruido alarmante se oía dentro.

Las luces del cuarto del conde estaban apagadas.

La crisis había pasado.

Juan, el celoso servidor, pegó su oído á la cerradura, no natando más rumor que el producido por la respiración del conde, que le tranquilizó hasta el punto de subir á su dormitorio, y no pensar más que en los mechones rubios que se rizaban en la nuca de la robusta Ivona.

Al día siguiente apareció el sol un poco tarde, como un burgués indolente que, tras una mala noche, conserva en su rostro las huellas de las fatigas de la víspera.

Era una de esas nebulosas y húmedas mañanas de noviembre, que á los paisajistas les gusta tanto reproducir.

Las madreselvas mezclaban la púrpura de sus hojas con el oro pálido de los plátanos y los sauces.

Las dalias y los crisantemos se ostentaban con toda su lozanía. El rocío de las ramas caía sembrando perlas sobre la mojada arena.

A eso de las ocho, la hora habitual en que el marqués, con su libro de misa bajo el brazo, salía en dirección á Santo Tomás de Aquino, Magdalena, con un sencillo traje color malva, arreglada con cierta coquetería, luciendo una corbata de muselina, y con los hermosos cabellos, de color indeciso, recogidos en lo alto de la cabeza, fué á situarse en un bosquecillo que daba acceso al jardín del hotel del terreno otorgado á su primo.

Las ventanas de la habitación del conde estaban abiertas: un humo blanquecino salía por la chimenea.

¿Habrá ya salido?

Probablemente no, porque en la cochera, uno de los palafreneros, limpiaba la berlina, y los caballos pafaban en la cuadra.

La señorita de Guersaint, desde su punto de observación, dudaba, no obstante, cuando una silueta, que reconoció desde luego, se dibujó en la ventana.

Ocultóse la joven detrás de un macizo.

Se dilataron sus narices como las de un caballo de batalla al olor de la pólvora.

—Vamos á tener una explicación—pensó.

Pero ¿cómo atraer al culpable al jardín?

Lanzó su pañuelo diestramente en las primeras ramas de un haya cuyas hojas color de sangre no había aun dispersado el viento de otoño.

La batista quedó prendida en las asperezas, flotando á cuatro pies sobre su cabeza. Luego corrió hacia el pabellón y llamó.

—Santiago,—dijo;—quieres hacerme un favor.

El conde mostróse inmediatamente en batin de franela.

Su rostro no conservaba huellas de disgusto.

—¡Levantada ya querida mia, al primer canto del gallo!—exclamó:

—Bajad caballero,—dijo;—y venid á reuniros conmigo.

No tuvo necesidad de reiterar la orden.

—Obediencia pasiva,—contestó.—Me precipito por la escalera.

Y una vez en el jardín.

—¿En qué puedo serviros, señorita?

—Devolviendome mi pañuelo, que está ahí.

—¿Esa bandera agitada por los céfiros?

—Sí.

—¿Y como ha ascendido á tan elevado puesto?

—Figurate que un buho se había posado en esa rama.

—¿Un buho? ¡El pájaro de los hechiceros! ¿y de dónde venia ese noctámbulo?

—No lo sé; pero los detesto. Para ahuyentarle, le arrojé mi pañuelo.

—Y lo reservas para esos volátiles!—dijo Santiago mirándola alegremente. ¡Inocente! ¿Y ha huido?

—En seguida

—Como tiene horror á la bandera blanca. Es un buho de Belleville ó de Charonne.

El conde tomó una vara larga, y retiró diestramente el objeto reclamado.

—¿No me necesitas más?—preguntó devolviendoselo á su prima.

—Para nada más.

El hizo como que se alejaba.

—Qué frio es el aire de esta mañana! ¿No te parece?—repuso ella. —¿Quieres calentarte un instante? En el salón hay un hermoso fuego.

—Gracias: también tengo fuego en mi cuarto.

—¿Te vas ya? ¿Tienes prisa?

—No, pero tengo que salir dentro de un momento.

—¿Y dónde vas tan de mañana? Con segu-

ridad que somos los únicos que estamos levantados en París, á excepción de las gentes piadosas como mi padre, que asisten á la primera misa.

—¡Ah! ¿Mi tío ha salido?—preguntó Santiago ofreciendo el brazo á su prima.

—Sí, ya sabes que lo tiene por costumbre.

—En efecto. Y probablemente ayudará á misa como un monaguillo.

—No te burles, te lo ruego.

—Pero es ridículo...

—Es respetable, señor ateo. Además, ¿te contraría?

—De ninguna manera.

—Pues cualquiera pensaría lo contrario.

—Vamos, no nos incomodemos, monina.

Ya sabes que todo lo que hace mi tío, lo encuentro bien...

—Estaría bueno que te permitieses censurarlo.

—No, porque yo no soy libre pensador,—continuó el conde.

—Así lo espero. ¡No faltaba más! ¡Un Kerjean! Gracias á Dios, ya teneis bastantes defectos.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, la fama de un... ¿cómo diré yo?

—De callejero.

—Perfectamente.

—Pura maledicencia.

—Bueno.

—Quiero decir que es una vil calumnia.

—No estoy muy segura de ello. Hace al-

gunas semanas que se os ve melancólico; efecto, sin duda, de alguna pena del corazón.

El conde se echó á reír tan francamente, que Magdalena comprendió que iba por mal camino.

Una alegría infinita reflejóse en su rostro de angelical pureza.

—Pasemos—dijo;—no me conviene insistir sobre ese punto.

—¡Ah! tanto mejor—prosiguió el conde con un suspiro de satisfacción.

—¿Y el juego?—preguntó de pronto la señorita de Guersaint con aspecto severo.—¿Negareis tambien ese feo vicio? Aun sabemos de otros peores.

Kerjean bajó la cabeza, enrojeció bajo la mirada límpida de su prima y no contestó una palabra.

—Acusado—dijo solemnemente Magdalena,—vuestro silencio es una confesión. ¿A qué altura nos encontramos?

El conde continuó silencioso.

La señorita de Guersaint cambió de tono súbitamente.

—¿Conque es verdad? ¿Todo lo has perdido?—dijo.

Una lágrima osciló en las negras pestañas de Santiago.

—Y probablemente te quedarán deudas—añadió Magdalena, mirándole tiernamente.

Kerjean se mordió los labios.

—¿Sabes—exclamó la joven—que para llegar á semejante posición has tenido que asegurarte?

Esta observación le tranquilizó.

—Tienes razón—dijo;—pero ¿qué quieres?, estaba loco.

—¿Al menos te habrás curado?—preguntó Magdalena, apoyándose con una presión involuntaria en el brazo de su primo.

—Demasiado tarde.

—Nunca es tarde para corregirse. ¿Supongo que no te apurarás por haber perdido un poco de dinero?

—Hija mía—dijo Kerjean—vivimos en un tiempo positivo. Los fabricantes de coches, los sastres y los cocineros no se contentan con palabras, sino con buenas rentas. Cuando ya no se tienen es necesario privarse de lo superfluo, y desgraciadamente lo superfluo para nosotros es lo necesario.

—¿Pero tú debes mucho dinero?

—Mucho, en efecto.

—¿A quién?

—A personas que apenas conozco, ó por mejor decir que no conozco nada, pero mi sacrificio está hecho. Venderé á Kerjean.

—¿Vender Kerjean! ¿Has llegado hasta ese extremo?—exclamó con asombro.

—¡Ay!

—¡Tu pobre madre que amaba tanto esa posesión! ¿Si levantara la cabeza qué pensaría?

—Que murió demasiado pronto para darme buenos consejos.

—¡Pero no es posible que eso suceda!

—Y sin embargo sucederá. He sido un insensato.

—¡Conviene en ello! vamos, no es poco mérito.

—He visto el abismo demasiado tarde, y me he hundido hasta el cuello. Adiós.

Por un movimiento irresistible Magdalena se arrojó á su cuello y le abrazó como una hermana, más tiernamente quizá.

Santiago no opuso la menor resistencia.

—Vamos, no te apures Santiago—le dijo—veremos, buscaremos, y encontraremos un remedio á todo esto.

Había tanto afecto; tanta bondad en la voz de la señorita de Guersaint, que la emoción se apoderó del conde.

Para disimularla rechazó dulcemente á la joven.

—Ni una palabra de todo esto á mi tío, querida mía—prosiguió.—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Tan malas noticias le causarían demasiada pena....

—En efecto.

—Silencio, pues.

—Gracias, Santiago mio, por ese buen sentimiento, y hasta muy pronto.

Y huyó precipitadamente.

Entró en su habitación y llamó á su doncella.

—Que enganchen los caballos en la berlina inmediatamente, para mí.

—La institutriz, que bordaba cerca de la ventana, viendo á su alumna ponerse el sombrero precipitadamente, dejó las agujas y aventuró una pregunta:

—¿Vais á salir, señorita?  
Magdalena se contempló ante el espejo.

—Sí—dijo, sin volver la cabeza.

—¿Sola?

—No, ciertamente; con vos.

—¿Para qué?

—Para algunos negocios.

—¿Teneis negocios, señorita Magdalena?

—¿Acaso me está prohibido?

—Sin duda se trata de alguna buena obra.

—Ciertamente, señorita Teresa; de una obra muy buena—prosiguió Magdalena, poniéndose una pelerina.

—¿Se trata de una limosna?

—Justamente.

—¿Una miseria... urgente de socorro?

La señorita Teresa era una buena solterona de cuarenta años, muy devota.

Magdalena se puso los guantes.

No pudo contener una alegre carcajada.

—¿Cómo adivináis las cosas!—la dijo.

Ivona anunció:

El coche de la señorita está pronto.

La institutriz siguió con paso desigual á su alumna, que descendió la escalera rápidamente.

Ambas se instalaron en la berlina.

El lacayo cerró la portezuela y la señorita de Guersaint le dió esta dirección, con gran asombro de la institutriz:

—A casa de M. Blondeau.

## XXII

M. Blondeau es notario, de la vieja escuela de su tiempo, (porque es maduro), desde la revolución de mil ochocientos treinta.

Cuenta setenta y seis años, que soporta valientemente.

M. Blondeau es una venerable reliquia digna de conservarse.

Nuestros contemporáneos están acostumbrados á otras costumbres.

El notario de la presente generación es de ordinario muy joven. Se retira pronto de los negocios, rico, bien emparentado, sobre todo por parte de su mujer, cuya dote satisface el censo, que para él significa tener mujer.

Nada le distingue del *sportman*.

Se parece á M. Jacob en lo petulante, coqueton y bien vestido. Su redingot sale de los talleres D'Alfre; la corbata deslumbra de blancura; sus cabellos, cuando los tiene, se dividen cuidadosamente por el centro; su aspecto iguala al del vizconde más correcto.

El notario célibe, es un mito. No existe. En general no se les puede negar cierto talento y una especie de conocimiento del mundo, cuyas confesiones reciben.

M. Blondeau forma una escepción, no nos atreveríamos á decir honrosa porque el notariado de París, se encuentra tan limpio como una edición salida de las prensas de la dinastía de los Didot. Pero entre los leales é



integros, miembros de esa imponente clase, si se hubiera elegido un modelo, se le hubiera proclamado por unanimidad el más virtuoso de los notarios.

Y la opinión no se hubiera equivocado.

Su despacho, de una sencillez primitiva situado en el primer piso de una casa de la calle de Tournon, propiedad de su familia, se parece á todos los gabinetes de trabajo de los antiguos notariados de provincia.

Allí se vé la antigua biblioteca jurídica de caoba; los sillones verdes, de cuero, gastados por el roce de los clientes: el gran *bureau* cilíndrico, cubierto de respaldos colocados en orden, el péndulo de marmol negro cuyo remate es el busto del rey martir, el pavimento frío y lustroso y las cortinas de terciopelo ajado, forman un cuadro á esos austeros trabajadores rodeados de la confianza pública.

M. Blondeau estaba en su puesto: no lo abandona nunca hasta la hora de comer, por la noche.

Un escribiente inclinóse á su oído y le dijo algunas palabras.

El anciano se quitó vivamente su birrete de terciopelo negro, abandonó con paso agíl su sillón y corrió á la puerta llegando en el mismo instante en que su joven cliente la franqueaba.

—¿Vos aquí, hija mía?—la dijo con sonrisa paternal.

—Sí, yo misma en persona, querido monsieur Blondeau; debía veros esta noche cuan-

do viniéseis á comer; pero los acontecimientos se precipitan.

—¡Acontecimientos! ¡Gran Dios!—contestó repitiendo sílaba por sílaba.—¡Me asustais, querida mía! ¿Qué ocurre?

La joven se sentó cerca del *bureau*, donde el notario recuperó su sitio mirándola con el mayor cariño. Era su pupila. El marqués le había confiado el cuidado de su fortuna, poniéndola en buenas manos.

—Vamos, hija mía, contadme todas esas cosas graves. ¿Vuestro señor padre goza de buena salud?

—Perfecta.

—¡Dios sea loado! Lo demás no debe de ser tan importante.

—Sí; se trata de Santiago.

—Me lo figuraba; ¿ha cometido alguna tontería?

—Habeis puesto el dedo...

—En la llaga—continuó el notario.

—Esa es la palabra.

—¿Qué pasa?

—Está perdido...

—Sí; ¿perdido de deudas?

—¡Ay!

—No me sorprende.

—¿Sabiais?...

—Me han dicho algo. Vuestro pobre primo se ha mezclado con mala gente.

—¿No es verdad?

—Sí, los círculos se convierten en garitos, centros de perdición y cavernas...

—¿De ladrones?

M. Blondeau sonrió.

—No, hija mía; pero se juega mucho y se comprometen á sumas excesivas.

—No es eso todo; Santiago se ha arriesgado en otra parte.

—¿En dónde?

—En sitios peores; en la Bolsa.

—¡Desgraciado!

—Se trata de salvarle, y cuento con vos.

—¿Y qué hacer?

—Lo ignoro; pero confío en vos á fin de hallar los medios.

—¿El señor marqués está al corriente de la situación?

—Todavía no; pero ¿tenemos necesidad de enterarle?

—Sin duda. Sois menor, incapaz de vender, comprar, prestar y de comprometeros, en una palabra, sin la asistencia de vuestro tutor. Artículo...

—Es un fastidio; pero obtendré ese consentimiento. ¿A cuánto ascienden nuestras economías, ó mejor dicho las vuestras, mi querido amigo?

—El rostro del anciano se iluminó.

Por medio de adquisiciones y negociaciones habia triplicado la fortuna que le habia sido confiada. Era la obra maestra de su probidad. La recompensa consistía en la satisfacción de su conciencia.

—Son muy respetables, respondió. ¿A qué cifra se elevan las pérdidas de vuestro primo?

—Lo ignoro, pero segun creo es todo cuanto posee.

—¿Tiene su tierra de Kerjean?

—Habla de venderla.

—Si os gusta la compraremos.

—Pensaba en ello.

—Pero si no tiene más que eso, qué vá á ser de él?

—¡Ah!—dijo Magdalena—esa es la cuestión.

Y con un gran suspiro añadió:

—¡Pobre Santiago! Es bien digno de compasión.

M. Blandeau hizo un gesto negativo. Le parecía que desde el momento en que su pupila demostraba tanto interés por el conde, éste no debía considerarse tan desgraciado.

—Después de todo—dijo,—él se lo ha buscado; generalmente la recompensa es segun las obras. ¿Y quienes son sus acreedores?

—No lo sé.

—Pues estamos poco adelantados. En fin, querida mía, puesto que nos encontramos á flote, y lo deseais, trataremos de recojer á bordo á ese náufrago.

—¡Oh! sí, os lo ruego.

—Esta noche os llevaré algunas noticias, porque inmediatamente voy á ocuparme del asunto.

—¡Ah, que bueno sois!—esclamó Magdalena levantándose.—No podeis imaginaros cuanto os amo.

Escelente corazón, se decía el anciano viendo alejarse. Es una perla; y pensar que tal vez algún día pase á manos de algún tunante.

Después tomó el sombrero y salió.

## XXIV

Sarah estaba en su tocador sola cuando la doncella le anunció al conde de Kerjean.

Arregló cuidadosamente su peinador de satin, colocó sus cabellos artísticamente, echó una mirada de satisfacción ante el espejo y pasó al salón.

Eran las diez.

—Querida mía,—dijo Kerjean al verla—dispensadme si vengo tan temprano, pero necesidades...

—Os esperaba, ¿qué ocurre? Hablad pronto.

—Estoy arruinado.

—Así se dice.

—Pero completamente arruinado.

—¿No os queda nada?

—Absolutamente.

—Me lo han dicho.

—¿Quién?

—Todo el mundo. Blowart que os ha liquidado; las personas que he recibido ayer; además, lo presumía por si habíais seguido mi consejo; ¿cuales son vuestras intenciones?

—En primer término, pagar.

—No está mal dicho, pero ¿cómo?

—Ahora es cuando os necesito. ¿Habeis hecho que me presten un millón, y debo más. Kerjean vale el doble; buscadme lo que me falta.

—Imposible, amigo mio.

—Kerjean se puso lívido y cayó sobre un diván.

—Entonces no tengo más remedio que saltarme la tapa de los sesos.

—No—dijo Sarah.—Ayer he visto á monsieur Jacob. Habia previsto vuestra visita y hasta la esperaba como una prueba de amistad.

Ha hecho objeciones exageradas. Duda del valor de vuestras tierras. En una palabra, solo quiere dar ochocientos mil francos.

—¡Estoy deshonrado! A cualquier precio es preciso salir de esta situación. ¡Sarah, sed buena; haced un esfuerzo! Vos lo podeis todo con vuestros amigos: además de que no corren ningun riesgo; consiento en las condiciones que quieran imponerme; me resigno, después ya procurareis arreglar mis asuntos conforme pueda, pero en primer lugar salvadme.

—He hecho cuanto he podido; os lo aseguro. Os equivocais en lo relativo á mi influencia.

—Kerjean vale más de lo que me presten; que le vendan si quieren, pero hay que pagar.

—Escuchad, Santiago, me inspirais lástima. Involuntariamente os he arrojado en el abismo: voy á sacaros de él.

—Hacedlo y soy vuestro.

—¿Os acordareis de esa promesa?

—Os doy mi palabra.

—Exija lo que exija.

Kerjean sonrió.

—Con tal de que no sea un crimen—dijo. Sarah abrió un mueblecillo de madera de rosa que había pertenecido á la condesa Du

Barry y llevaba su nombre y sus armas. Sacó un espeso fajo de billetes de banco.

—Soy buena—dijo—todo lo he previsto; sabía que recurriríais á mi, vuestra mejor amiga. Ahí hay cuatrocientos mil francos. Son todas mis economías disponibles.

Kerjean vacilaba; por fin rechazó los billetes.

—¡Tomar dinero prestado de una mujer!—murmuró—¡es tan delicado! ¿Y si no pudiera devolveroslo?

La judía adivinó su pensamiento.

—No os inquieteis por mí—contestó.—No perderé nada; sentaos y escribid:

«He recibido de la señorita Sarah Feller la suma de cuatrocientos mil francos que me comprometo á devolver á la primera requisitoria, con un interés de cinco por ciento anual.

París 2 de Noviembre de 187...

SANTIAGO DE KERJEAN.»

—Ahora—dijo Sarah—corred á casa de Mr. Jacob, que os dará un en bono sobre el Banco los fondos de su obligación, y pagad. El acto termina pronto; el honor queda á salvo, señor noble.

En el momento de salir, Kerjean se detuvo.

—¿Por qué sois tan generosa conmigo—la preguntó—¿vos tan severa de costumbre?

—Es mi secreto—contestó ella.

—Creo comprenderlo.

—Con eso me evitaréis la molestia de deciroslo.

Su mirada estaba llena de caricias.

—¿Cuándo nos veremos?—preguntó Kerjean electrizado.

—Tenemos tiempo. ¿No somos jóvenes?

—No—dijo el conde;—ayer lo era, pero he envejecido veinte años en una noche.

—Esa vejez se parece al invierno—replicó la judía.—La primavera renacerá mañana.

—Es que,—prosiguió el conde indeciso—como no tengo carrera, me ocupo en procurarme una, y dentro de poco abandonaré París.

—¿Cómo?

—He escrito al general de Montigny, antiguo amigo de mi familia. He sido su ayudante de campo durante la guerra. Quizá con su proteccion seré admitido en uno de sus regimientos.

—¿Como oficial?

—Imposible. Como simple soldado, y aun así será bien difícil.

—¿Estais decidido?

—Absolutamente. Primero tuve intención de suicidarme. Courcelles, que adivinó mi propósito me condujo á mi casa y se llevó mis pistolas en el bolsillo, por precaución; sin ellas no podía matarme; sólo me quedaban panoplias ridiculas, tales como puñales malayos, yataganes, sables de gran tamaño y algunas flechas. Ha pasado la noche y con ella mi resolución.

— Con qué indiferencia decís todo eso.

— Lo mismo lo hubiera hecho.

— No sabéis cuánto os admiro, Santiago; descendéis sin ruido, sin estrépito. Sin gritos á la vanidad herida, al rango á que pertenecéis. Perdecís á lo gran señor, regimiento. Tengo que hablaros. Arreglad primero vuestros asuntos y volved.

— ¿Cuándo?

— Esta noche á las diez.

— ¿Estareis sola?

— Sí.

— Se me pasan buenas ganas de dirigiros una pregunta—dijo aproximándose á ella.

— Hacedla.

— Pero si os enfadáis...

— Yo, necesito indulgencia; la tendré para los demás.

Santiago cogió su cabeza sin que ella hiciese el menor esfuerzo para retirarla.

— ¡Que orejas tan lindas teneis!—dijo.

— ¿La pregunta?

— ¿Y él?

— ¿Quién es él?

— Su excelencia.

El rostro de la judía se oscureció de pronto.

— Me disgustais con ese recuerdo,—dijo.

— Respondedme claramente, os lo ruego.

— Pues bien; niño grande; si tu lo quieres no volverá.

Levantóla él como una pluma á la altura de sus labios y los de ambos se confundieron en un beso apasionado.

Luego, muy bajo:

— Escucha,—añadió Santiago—una palabra que me abrasa los labios desde que te conozco; ¡te amo!

## XXV

Balussan acababa de arrancarse de los brazos del ciudadano Morfeo, segun su expresion. Abrió la ventana y miró hacia fuera.

La calle de Courcelles se perdía entre ese vapor espeso y nebuloso que exhala en otoño el macadam de París.

¡Que aire más impuro!—exclamó.— ¡Oh Babilonia, tu infiecionas!

Entre aquella bruma tenebrosa, descubrió una sombra que avanzaba á grandes pasos desembocando del boulevard Haussmann.

Como era corto de vista, aplicose los lentes sobre su encorbada nariz y reconoció en el paseante matinal á su protegido, el enamorado de Luisa.

Balussan sonrió, cerró la ventana y entró en su taller.

— Los enamorados no duermen—dijo.

Una gran estufa de barro negro colocada en un ángulo, esparcía su agradable calor.

El pavimento se veía cubierto por un inmenso tapiz de Oriente que los almacenes de novedades han vulgarizado tanto.

Por todas partes se veían estatuas, cuadros regalados al artista por sus camaradas, estudios, ensayos, muebles antiguos, armas curiosas, telas raras, y en el centro, bajo plena

luz, el esbozo de un magnífico retrato de mujer en traje de baile.

Contemplóle con placer.

—Está bien, Carolus,—dijo frotándose las manos.

Balussan es un pintor afortunado.

No sale ningún lienzo de su taller que no se vea cubierto de oro. Entiende el arte perfecto, con el cual reproduce las nacaradas carnes de sus modelos.

Sabe además favorecerlas sin faltar á la verdad, y suprimir sus defectos sin perjudicar al parecido.

Tiene horror á lo feo, y rehusaría pintar á ningún precio una mujer cuyo rostro fuese deforme ó de talle contrahecho.

Ese Rodolfo tiene la cuerda del ahorcado—repuso.—¡Esta morena es excesivamente airosa! Si todavía es ministro, se lo debe á ella. ¡Tiene un talento sorprendente y una suavidad...

El tapiz que cubría la puerta del taller se levantó.

—¿Se puede entrar?—preguntó Faverolles.

—Adelante—dijo Balussan con su voz ruda—á esta hora las damas se hallan recogidas en sus alcobas; ¿qué tal vamos muchacho?

—Mal, querido maestro—dijo Faverolles;—he pasado una noche terrible.

—Pues voy á daros una noticia que os reanimará.

—¿La habeis visto?

—Si.

—No me hagais esperar. ¿Qué os ha dicho?

—Muy buenas cosas.

—¿Cuáles?

—Que no se casará con nadie, si no puede ser vuestra esposa.

—Pero eso no es suficiente, querido maestro. Es preciso que sea mía, ¿lo oís?

—¡Toma, toma, así tan de repente! ¿Queréis hacer estallar muy pronto el volcán! Todo llega cuando se tiene paciencia para esperar. Gracias á nuestra conspiración, se arreglarán las cosas; el suegro se ablandará y ya le convenceremos, si es posible.

Faverolles movió la cabeza con aire de duda.

—Será difícil—dijo;—figuráos que ayer intenté verle con un pretexto, pero los alguaciles tienen mis señas. Forman cadena para conducirme á la puerta y me tratan como á un pestífero. Se ha establecido un cordón sanitario alrededor del despacho.

—No importa, ya llegaremos.

—Dios os oiga.

—En primer lugar... estoy ejerciendo un mal oficio; pero, en fin, á eso de las tres podéis daros una vuelta por aquí; entrareis como un conquistador, como esta mañana, y alguien os esperará en la habitación de al lado.

—¡Ella!—dijo el joven.—¡Ah, querido amigo, qué dicha!

—Y para distraeros entretanto, tomad este papelito y aprendeósle de memoria.

—¡Gracias mil veces!—exclamó Pablo cubriendo de besos el billete.

¡Cuánto la amo!

— Así lo espero, vuestra felicidad me interesa, y sin embargo, cosa más rara, me mataría antes que casarme por mi cuenta.

— Es que no hay dos Luisas. ¿Habeis observado la limpidez de sus ojos, la dulzura de su mirada, lo melodioso de su voz y la gracia y la modestia de su aspecto? Vos que sois gran pintor, querido maestro, ¿podreis reproducir todo lo que hay de celestial en esa adorable criatura?

— ¡Y patatín, patatán! Los enamorados todos son iguales, — refunfuñó Balussan, sentándose con la paleta en la mano, ante su cuadro; — las mujeres son conforme se las hace. Es materia ductil, tierra húmeda que el marido labra según su talento. Solamente que, acordaos de esto, joven funcionario; una vez dada la forma y seca la pasta, no hay que pensar en transformarla. Mi Luisa posee las cualidades necesarias para ser una mujer honrada, una buena esposa y una excelente madre de familia. Es de buena pasta; pero, como las demás, puede descomponerse y fermentar. Hé dicho, y ahora idos á soñar á los Campos Elíseos y á esperarme. Ya volveréis luego.

El antiguo *sous préfet* era un joven de veintiocho años, esbelto, ni rubio ni moreno, ni guapo ni feo, con aspecto de un oficial de caballería, simpático y distinguido.

Huérfano desde muy niño, del mismo país que Balussan y de Liguères, le unía una estrecha amistad con el pintor, que experimentaba por él una afección sincera.

Uno de los primeros actos del ministerio, del cual Rodolfo formaba parte, fué la destitución de Faverolles, pedida con insistencia por uno de los abogados sin clientela, cuyos votos fueron aprobados por unanimidad en la Cámara.

Faverolles subió por toda la calle de Courcelles y entró en el parque Monceaux, que estaba poco menos que desierto.

Allí leyó y relejó veinte veces la carta de Luisa.

«Mi querido Pablo:

¿Por qué no confesaros que me inspirais pura y profunda amistad? No me casaré con nadie más que con vos, ó me encerraré en un convento. Preferiría mejor que nos uniésemos; pero el gran respeto que tengo á mi padre me impediría desobedecerle. En el fondo es bueno y cariñoso, y deseará nuestra dicha. ¡Esperanza y paciencia! Mi alma está con vos.

»LUIA.»

Hacia la misma hora, Rodolfo, que conservaba sus costumbres laboriosas, estaba sentado en su sillón ministerial, donde imperaba con cierta dignidad.

Oía distraídamente á un solicitante que reclamaba su ascenso afirmando su ciega fe en las nuevas instituciones.

El pensamiento del ministro estaba en otra parte.

Pensaba en Sarah.

El amor que le había inspirado, era una de esas pasiones arraigadas que, parecidas á la simiente que se deposita en una tierra virgen y fuerte, producen cosechas inesperadas y abundantes. Se apoderaba de él como despótico señor; á la sola idea de perder aquella magnífica criatura, que realizaba los sueños de una juventud austera (como las tentaciones de San Antonio, cuando se le aparecían en su celda bajo la forma de los mayores goces de la tierra) y cuyas perfecciones estaban grabadas en su memoria con caracteres de fuego, un estremecimiento de fiebre le atravesaba las carnes como un hierro candente.

El portero de servicio entró.

Una carta colocada en una bandejita de plata, que llevaba en la mano, llamó la atención de Rodolfo.

Era de Sarah, que la había escrito en el mismo momento en que Kerjean abandonaba el hotel de la calle de Milán.

¿Qué le diría en ella?

—¿El señor ministro se dignará concederme su poderosa protección?—decía el solicitante.

—Sin duda, sin duda.

—Entonces, ¿puedo contar con la credencial?

—No digo eso; ya pensaré en ello—contestó maquinalmente de Lignerés, que deseaba quedarse solo.

—Os agradezco vuestra promesa, y tened la seguridad de que os estaré reconocido toda la vida.

¿He hecho alguna promesa?—se preguntó Rodolfo.

Y añadió en voz alta:

—Está bien.

Era una despedida.

El del ascenso lo comprendió así, y salió haciendo reverencias.

Si hubiese sospechado que su excelencia ni siquiera había anotado su nombre, no hubiera tenido tanta esperanza ni molestado su espalda con tanta reverencia; pero durante algunas horas alimentaría la ilusión.

Cuando el ministro quedó solo, abrió febrilmente el billete.

Durante su lectura se puso lívido; su rostro se descompuso. Llamó á un portero, anunció que terminaba la audiencia y pidió su coche.

El carro del Estado no marchaba mal; pero algunos funcionarios de viejo cuño, cuya destitución era inminente, debieron sorprenderse de una prórroga cuya causa les era desconocida.

Hé aquí lo que de Lignerés había leído:

«Mi querido ministro:

»Las grandezas, que consuelan de todo, os harán menos dolorosa la pérdida insignificante que vais á sufrir.

»La Sarah que habeis conocido, ha muerto.

»En su lugar solo queda una mujer, joven, bre y... medita esta palabra: honrada, para porvenir.

»Esto quiere decir, que renuncia á volveros



á ver, conservando, no obstante, el mejor recuerdo de los días que os ha consagrado.

»Adiós.

SARAH.»

XXVI

Un momento después descendía á la puerta del hotel de la calle de Milán.

El portero le dijo que la señora había salido.

Insistió.

Daban las once. Era inverosímil que Sarah no estuviese á aquella hora en su casa.

Esperó.

El portero, por deferencia al rango de Rodolfo, le dejó subir, no atreviéndose á cumplir su consigna.

En el primer piso, la señorita Celestina quiso cerrarle la puerta; pero la rechazó con tal violencia, que le faltó muy poco para derribarla.

Penetró victoriosamente en la habitación de su amante.

No viéndola allí, continuó buscándola.

Sarah, que no se había dado cuenta de nada, se hallaba en su tocador.

—¡Cómo! ¿sois vos?—exclamó, muy irritada, al verle.

—Sí, yo—balbució, víctima de una emoción extraña.

—¡Dios mio! ¿qué mal educados son los ministros de hoy en día! ¿Habeis forzado mi consigna?

—Quiero una explicación.

—¡Ah! perderéis el tiempo: guardad vuestros discursos para las Cámaras. ¿Sabeis leer? Mi carta era bastante clara.

El no encontró nada que responder, y permaneció apoyado en la chimenea del gabinete, fijos los ojos, abismado, en la contemplación de la judía.

Por fin murmuró:

—¡Quereis abandonarme, Sarah!

—Ciertamente.

—¿Por qué razón?

—¿Os debo alguna?

—¡Sarah!—repuso con un grito de angustia—¡os amo perdidamente! ¿Teneis queja de mí?

—Querido mio,—prosiguió tranquilamente Sarah, dulcificando su acento ante aquella queja del alma—vuestra educación es muy incompleta; habeis pasado vuestra juventud y parte de vuestra, edad madura con la nariz en los libros más fastidiosos y más indigestos. No es en esos donde hay que estudiar la sociedad, sino mirando en torno de uno mismo. Solo conoceis los primeros elementos, aun cuando seais un ministro. Yo he empezado por civilizaros, yo, ¡una mujer! Os he recibido hecho un grosero; estais casi educado. Además he hecho vuestra fortuna, porque vosotros los cristianos ignorais el arte de manejar los millones. Existia entre nosotros una asociación tácita cuyo provecho habeis alcanzado sin mezclaros en nuestros asuntos; pero no estaba escrito que dicha

sociedad fuese eterna. ¿Os habeis fijado cuántos brazos atraen y seducen? Los griegos lo decían en una palabra.

Sarah tenía los brazos más hermosos del mundo.

Sus torneados piés salían á medias de sus pantufllos turcos.

—Miradme, excelencia—dijo á de Lignerres, tocándole en la espalda.

Estremeciéndose como si hubiese recibido una conmoción eléctrica y levantó sus ojos enrojecidos por la cólera sobre Sarah.

—Sin duda pensais—repuso ésta—que he experimentado por vos lo que se llama amor; sería una aberración extraña tratándose de un talento como el vuestro, superior, puesto que os ha conducido á cimas inaccesibles á lo vulgar. Os he aceptado á la fuerza, porque sentía furiosas ganas de aumentar mi fortuna comenzada por otros. Está hecha. La vida tiene un término, y lo que poseo me basta. De modo que hoy puedo decir que respiro con libertad, que me pertenezco y que puedo disponer de mí á mi antojo.

Rodolfo se ahogaba: un dolor agudo le oprimía la garganta; sentía fuertes tentaciones de asir á su amante y extrangularla; se hallaba bajo el imperio de unos celos feroces.

Perderla no era nada; pero verla pasar á manos de otro, era un suplicio que le agujoneaba cruelmente.

Todo lo había excitado en él, todo lo había satisfecho; su orgullo, su sensualidad y hasta

la concupiscencia latente que se oculta en el fondo de las almas más desinteresadas.

Y brutalmente, de un soplo, derrumbaba un edificio de felicidad que él había creído tan sólido.

Ella comprendió sus impresiones.

—Me acusas de ingratitud—le dijo;—en este momento me odias tanto como me amas, ó mejor dicho, no sabes si me quieres ó me odias. ¿Estás ciego? Me has visto cortejada por nobles de corazón altivo, por hijos de familia jóvenes y elegantes, ¿cómo has podido creer que al entregarme á tí cedía á una preferencia inexplicable? Yo no soy mujer capaz de dejarme deslumbrar por falsas y pasajeras apariencias: he comprendido que sentías deseo de placeres, del refinamiento de un lujo al cual no estabas acostumbrado. Podías servirme; he representado mi papel, como hacemos todas. No puedes quejarte. ¿La ilusión no ha sido completa? ¿No te he guardado bastantes respetos? ¿Mi sumisión de esclava oriental, se ha desmentido alguna vez? La comedia cesa. La última palabra, está dicha. Entra en tu casa como se hace despues de un espectáculo cuando las arañas están apagadas. Mañana se cambia el cartel y no vuelves á acordarte.

Rodolfo se arrojó á sus piés.

—El esclavo soy yo—murmuró.—¿Te he ordenado jamás? ¿Qué te he hecho para que me trates así?

Sarah tuvo una explosión de cólera indignada ante aquella bajeza.

—Me avergüenzas con tus debilidades— exclamó — véte con la cabeza alta. ¡Cuán cobardes son los hombres! ¿Acaso es una desgracia irreparable perder una querida, cuando puede uno consolarse en brazos de otra? Encontrarás mil por una, aunque tengas que elegirla entre las mujeres de los ambiciosos que se arrojan á tus plantas.

Rodolfo se levantó vacilante.

—Nada he amado en el mundo como á vos — dijo con cierta dignidad. — Rompeis nuestro lazo; parto para no volveros á ver. Habéis sido mi primero y sereis mi último amor.

Tomó el sombrero y se dirigió hacia la puerta del *boudoir*.

— ¡Rodolfo! — dijo Sarah. — Ven y escúchame.

Indicóle una silla baja, haciéndole sentar cerca de ella.

— Quédate un minuto más. Me inspiras compasión. Voy á desengañarte. Si me amas, haces mal, porque no valgo una de las lágrimas que puedo costarte. Hasta el presente, por lo menos, no he sabido lo que es amor. He tenido otros cuidados; antes que amar, hay que vivir. Cuando has venido á mi, te he engañado hábilmente; no era difícil. Los hombres de tu edad, más ávidos de placeres tardíos que de sentimientos poéticos, equivocan fácilmente la sombra del amor por su realidad.

Tú, nacido en baja esfera, menos baja, sin embargo, que la mía, pues yo he nacido en el arroyo, después de haber manejado el látigo

de la sátira y haber lacerado las espaldas de aquellos cuyos puestos envidiabas inconscientemente tal vez, has aprendido que no se puede impunemente subir al poder sin acarrearle la fiebre maligna de la corrupción, meter las manos en los cofres mágicos llenos de ese oro maldito y envidiado, con el cual se forja la llave de todos los paraísos terrestres: has sentido el vértigo del vacío, y has caído tan bajo como los otros. La túnica de Nessus que te has apropiado, te roerá la carne y los huesos si no lo evitas.

Sin embargo, no debes abandonarte á la desesperación por una caída imprescindible y fatal. Si yo te faltó, todo no está perdido. Eres rico, tienes un nombre. Apenas dejes de ser ministro, se acordarán de que lo has sido, y de que puedes volver á serlo. Tu eres alguien y tienes el derecho de marchar con la frente alta entre aquellos que te critiquen y te envidien. Eres más dichoso que yo. En vano trato de alejar la roca de Sisyphus de la influencia que me agobia. Lo procuro no obstante; ¿quién sabe si sucumbiré en la lucha?

Creeme; renuncia á ardores que no son ni de tu edad ni de tu carácter, y que en lugar de elevarte, te envilecen. Si mi pérdida te causa pena, ten suficiente valor para romper una costumbre degenerada en pasión servil. Vive como un hombre elegante y escéptico: es el sello principal en los tiempos actuales, de los espíritus fuertes, que obtienen cuanto quieren. Si tu depravación sigue floreciente, no faltan mujeres en los boulevares, para sa-

tisfacerte. Ellas apagarán sin ruido esa llama ridícula, parecida á erupcion de un volcan tanto más violenta cuanto más tiempo ha estado retenida.

Te hablo como una verdadera amiga. Tu debilidad me interesa ¡es preciso que yo, una mujer, te anime y te sostenga!

Si nos encontramos en sociedad, te saludaré como á un amigo simpático que vuelve de un viaje, y que se cruza en la calle con nosotros; me darás noticias tuyas.

Si necesitas de mi, vendrás á verme; y si me quedó libre, te recibiré con placer.

—Rehusó esa oferta—exclamó Rodolfo—te he amado demasiado, y te amo todavía para renunciar á tí. ¿No acabas de confesar que amas á otro?

Ella le miro con sus grandes y profundos ojos.

—Sí,—dijo.

—¿Al conde de Kerjean?

—Al mismo.

—Se habla mucho de sus pérdidas.

—Nada le queda.

Después repuso:

—¡Ah! sí; deudas, muchas deudas.

—¿Y qué vas á hacer con él?

—Voy á decírtelo: casarme.

—¿Consiente?

—No le he consultado.

—Hubiera sido lo más prudente.

Sarah palideció. Fijó su mirada dura como el acero en la de Rodolfo.

—¿Y por qué—prosiguió Sarah—había de

rechazar la buena fortuna que le ofrezco?

—Kerjean pertenece á una raza cuyos principios son rígidos en ciertos actos.

—Pero es pobre y yo soy rica, inmensamente rica.

—Es Bretón.

—¿Y no puede amarme lo suficiente para sacrificarme consideraciones estúpidas?

—Es Bretón.

—Veamos—prosiguió ella, aproximándose al ministro;—si yo te lo exigiese, ¿no hollarías con los pies la opinión del mundo, no te suscribirías á todas mis condiciones, no cometerías toda clase de bajezas para llegar hasta mí?

—Es Bretón te digo, y no me avergüenzo de confesar que es de otro temple que nosotros. Si quieres ser condesa, debías haber fijado tus miras en otra parte. Entre todos los nobles que frecuentan tu salón has elegido el único quizá que pueda desairarte.

—¿Y si le prefiero por eso?—dijo Sarah.

Quedaron silenciosos el uno frente al otro.

¡Entonces también ella sufría!

Courcelles, con su socarronería, y Rodolfo con su celosa pasión, la habían predicho lo mismo. Desconfiaba de su triunfo: ya no tenía fé. Una duda punzante la atravesaba el corazón.

—¿Es que seré tan estúpida que ame de veras?—se preguntó.

No se atrevió á pensarlo.

Y como se callase:

—¡Ensayad! Más tarde, cuando necesitéis

un amigo, mi querida Sarah—dijo Rodolfo tomándola una mano que besó largamente— volveré.

Ni una sola palabra salió de la boca de la judía.

Quedóse inmóvil meditando la frase amenazadora de su amante:

—Es Bretón.

De pronto se levantó.

—Pues bien: véremos—exclamó.

En torno de ella, el sol que había rasgado las nubes grises, pasando á través de los encajes de los transparentes, se reflejaba en la seda de los tapices; un suave calor la envolvía. Se sentía feliz como los pájaros en su nido.

Los diamantes, sembrados acá y allá en las copas de jaspe ó de bronce, brillaban como estrellas en una noche de invierno; las cadenas de oro, los zafiros, las esmeraldas de las sortijas y collares, proyectaban una alegre claridad sobre el tapete del velador. Los espejos de marco de plata cincelada, los cepillos con los mangos granate se confundían; los frascos de cristal dorado esparcían sus discretos perfumes de violeta ó heliotropo.

Había en aquel pequeño *boudoir* donde se enriquecía á diez familias.

Sarah levantó la cabeza.

—La miseria no es buena—se dijo—¡lo sé por mí! El honor del pobre lucha poco con las tentaciones de la fortuna.

Luego colocóse ante un espejo que la reprodujo toda entera.

—Además, ha dicho que me ama—p  
Le había citado para la noche; tenía tiempo todavía.

Sacudió sus preocupaciones como una alfombra que una criada sacude por la ventana.

—La lucha para luego. Ese celoso se engaña. ¿Qué no daría él por permanecer á mis piés! ¿Renegaría de su Dios si se lo pidiese! Y sin embargo, es bien escrupuloso y devoto.

Tras un frugal almuerzo, subió á su habitación, vistióse como para un baile, echó sobre su traje un espléndido abrigo de pieles y subió á su carruaje.

—A casa del pintor—dijo al cochero.

Cinco minutos después la berlina se detenia á la puerta del hotelito de Balussan.

## XXVII

Cuando Sarah se colocó ante el pintor, estaba pensativa.

Hacia dos años que la fortuna la sonreía. Todo la salía bien. Paris estaba á su piés: sus coches estaban elegidos en los mejores talleres. En el bosque su victoria de ocho muéllas enganchada á dos caballos negros, que había pagado en casa de Martial á veinte mil francos el tronco, producía sensación. Sus diamantes eran célebres; su casa se hallaba cubierta de alhajas y obras maestras de toda especie. Poseía admirables inmuebles en los mejores barrios. Había agotado en ese vasto crisol donde se funden tantas fortunas, el oro en fusión, como una lugareña saca

un amigo, mi querida Sarah—dijo Rodolfo tomándola una mano que besó largamente— volveré.

Ni una sola palabra salió de la boca de la judía.

Quedóse inmóvil meditando la frase amenazadora de su amante:

—Es Bretón.

De pronto se levantó.

—Pues bien: véremos—exclamó.

En torno de ella, el sol que había rasgado las nubes grises, pasando á través de los encajes de los transparentes, se reflejaba en la seda de los tapices; un suave calor la envolvía. Se sentía feliz como los pájaros en su nido.

Los diamantes, sembrados acá y allá en las copas de jaspe ó de bronce, brillaban como estrellas en una noche de invierno; las cadenas de oro, los zafiros, las esmeraldas de las sortijas y collares, proyectaban una alegre claridad sobre el tapete del velador. Los espejos de marco de plata cincelada, los cepillos con los mangos granate se confundían; los frascos de cristal dorado esparcían sus discretos perfumes de violeta ó heliotropo.

Había en aquel pequeño *boudoir* donde se enriquecía á diez familias.

Sarah levantó la cabeza.

—La miseria no es buena—se dijo—¡lo sé por mí! El honor del pobre lucha poco con las tentaciones de la fortuna.

Luego colocóse ante un espejo que la reprodujo toda entera.

—Además, ha dicho que me ama—p  
Le había citado para la noche; tenía t  
po todavía.

Sacudió sus preocupaciones como una alfombra que una criada sacude por la ventana.

—La lucha para luego. Ese celoso se engaña. ¡Qué no daría él por permanecer á mis piés! ¡Renegaría de su Dios si se lo pidiese! Y sin embargo, es bien escrupuloso y devoto.

Tras un frugal almuerzo, subió á su habitación, vistióse como para un baile, echó sobre su traje un espléndido abrigo de pieles y subió á su carruaje.

—A casa del pintor—dijo al cochero.

Cinco minutos después la berlina se detenía á la puerta del hotelito de Balussan.

## XXVII

Cuando Sarah se colocó ante el pintor, estaba pensativa.

Hacia dos años que la fortuna la sonreía. Todo la salía bien. Paris estaba á su piés: sus coches estaban elegidos en los mejores talleres. En el bosque su victoria de ocho muéllas enganchada á dos caballos negros, que había pagado en casa de Martial á veinte mil francos el tronco, producía sensación. Sus diamantes eran célebres; su casa se hallaba cubierta de alhajas y obras maestras de toda especie. Poseía admirables inmuebles en los mejores barrios. Había agotado en ese vasto crisol donde se funden tantas fortunas, el oro en fusión, como una lugareña saca

agua del río; y para colmo de privilegios era joven, bella y adorada.

—Pero la dicha rara vez es perfecta, y había un pliegue en sus hojas color de rosa.

—Señora—dijo Balussan—sonreid, os lo ruego. No tenéis vuestra expresión ordinaria.

Ella trató de obedecer.

—Anoche en la Opera habéis obtenido un ruidoso triunfo. No había gemelos más que para vos.

—¿Estábais vos? En efecto, ahora recuerdo haberos visto.

—No faltó nunca. Allí encuentro mi inspiración mirando á las bailarinas: las luces estaban demás, porque vuestros ojos iluminaban la sala. Inclina un poco la cabeza si gustais.

—¡Ah! que fastidioso es colocarse.

—Nada de eso, querida señora. Me comprometo á hacer vuestro retrato doce veces, si lo exigís. Además que esto me proporciona las frecuentes visitas de un importante personaje. Viene á ponerse de rodillas ante mi obra en éxtasis amoroso.

—¡Ah! sí. ¡M. de Lignéres!—contestó distraídamente la judía.

—Como ese poderoso es amigo mío—prosiguió Balussan—no me disgusta esa circunstancia que nos aproxima.

—Tiene un buen nombre—dijo Sarah;—¿de dónde proviene?

—Jamás ha podido saberse; se pierde en los registros de la sacristía. Tal vez sus abuelos fueron á las cruzadas, pero los historia-

dores nada dicen de los antepasados de esa familia. Pondremos un poco de púrpura en esos labios encantadores.

Se levantó el portier.

—¿Puedo entrar, querido maestro?—preguntó Faverolles.

—Sí; adelante. ¿Lo permitís, señora?

—¿Quién es ese joven?—preguntó la judía.

—¿Es un discípulo vuestro?

—¡No, hermosa señora! Pertenece á una categoría más numerosa que la nuestra. Permittedme que os presente á mi amigo Pablo de Faverolles *sous-prefet.*, destituido.

—Eso no me sorprende. Es muy agradable vuestro protegido. ¿Quién le ha destituido?

—Quiero ser indulgente con el delincuente. No os le nombraré.

—Si me lo hubiéseis advertido, hubiera detenido el rayo.

—Yo he pensado en ello, querida señora—dijo Balussan,—pero como no era cosa mía, no tenía gran interés; además los empleos son tan precarios en los tiempos actuales! ¡Y como Faverolles tiene rentas!

—¡Os felicito, caballero! Si puedo seros útil en alguna cosa, apresuraos, porque nuestro prestigio disminuye; quiero decir, el de un personaje algo amigo mío.

—¿Disminuye? Tanto mejor—dijo Balussan.

—Sí; se habla de sordas quejas, en las Cámaras; ataca á las costumbres de sus colegas. Hay que tener conciencia: jamás se ha visto

ningún ministro que se apodere con tanto ahínco de su cartera: eso no es delicado.

—¡Quisieran los dioses arrancársela prontamente y precipítarle desde la roca Tarpeya! Bien pensado, querida señora, puesto que estais predispuesta á la bondad, podríais hacernos un favor eminentísimo: ¡No os movais, os lo ruego!... ¡Hé aquí una nariz tan perfecta como la original, me atrevo á decirlo!

—¿En qué puedo serviros, Van-Dyck?

—¡Me confundís! Puen bien, este joven, funcionario sin plaza, ama á la hija de Rodolfo.

—¿Leo es conoceis, señora?—preguntó vivamente Faverolles?

—Le he visto en sociedad muy á menudo. Desgraciadamente, ahora se han enfriado algo nuestras relaciones.

—¿A causa de vuestras opiniones políticas?

—No; no tengo ninguna. Es demasiado molesto, sin contar con que no sabría cuáles adoptar.

Balussan continuó imperturbablemente su trabajo: armado con su paleta, retrocedía y consideraba el efecto de un toque, ó colocaba con seguridad de mano sin rival los colores en los sitios precisos.

—¡Esto marcha!—dijo.—Un poco de paciencia, señora... Dentro de un instante podreis abandonar esa posición.

En efecto, aquello marchaba.

Las carnes aterciopeladas, palpitaban bajo el pincel del artista; los ojos vivían, lanzando

suaves reflejos; los labios sonreían con adorable franqueza; y en cuanto á los cabellos, sentíanse grandes deseos de acariciarlos; el satinado del traje y de los hombros rivalizaban en frescura y propiedad.

Era una obra maestra de parecido, con menos dureza en el conjunto, de sequedad en la expresión.

Sarah aparecía tal y conforme era en los raros momentos que olvidaba sus cálculos y sus intrigas.

En la vida de esas mujeres nacidas en el fango existen horas serenas, iluminadas por un rayo divino.

El pintor habia reproducido en las facciones de la judía aquel reflejo fugitivo que la transfiguraba.

Sarah, á una invitación muda de Balussan, echó una mirada sobre el lienzo.

—Sois digno del mayor elogio, por vuestras obras; sois sencillamente un gran hombre; y vos, caballero,—añadió volviéndose hácia Faveroll—podeis consideraros dichoso de poseer semejante amigo. ¿Conque deseais casaros con la señorita de Lignerés?

—La señora, aunque diga lo contrario, ejerce una poderosa influencia sobre tu ministro.

—Entonces—exclamó el *sous-prefet* destituido, con el fervor de los enamorados—obtenednos su consentimiento y tendreis derecho á un reconocimiento eterno.

—Se os pondrán cirios como á una Madona—prosiguió Balussan.



—Pero ¿por qué rehusa su excelencia?— preguntó Sarah.

—Por la diferencia de sus convicciones— observó el pintor.

—Pero ¿acaso las tiene él?—dijo la judía.

—El quiere ser ministro, eso es todo.

—¿No es cierto que es absurdo, señora?— exclamó Faverolles.

—Ciertamente. ¿Y los jóvenes están de acuerdo?—preguntó á Balussan.

—Mirad—dijo el pintor.

Oyóse el ruido de un carruaje que se detuvo á la puerta.

Una joven descendió ligera como una gacela asustada, y penetró en el vestibulo. Faverolles corrió á su encuentro.

—¿Vos aquí?—exclamó ella.—¿De modo que es una traición?

Y añadió después:

—Traición que me hace muy dichosa.

Faverolles la condujo á un saloncito cerca del taller, con el que comunicaba por medio de un espeso portier.

—Dejadme abrazar á mi padrino—dijo la joven.

—Ahora no, que está ocupado.

—¿Quién está ahí?

—Una señora cuyo retrato termina.

Toda mujer es curiosa; las inocentes lo son más.

Luisa se aproximó al tapiz y levantándole miró por la imperceptible abertura.

Sarah, en plena luz, frente á ella, miraba al pintor, que había vuelto á su trabajo.

—¡Dios mío, que bella es!—murmuró Luisa.—¿La conocéis?

—Nó. Es una amiga de vuestro padre. Balussan la ha puesto al corriente de nuestros proyectos, por los cuales demuestra el mayor interés.

—Entonces es buena. Quiero darla las gracias.

Faverolles la detuvo.

—Más tarde. No los molesteis.

Sarah le asustaba. Instintivamente adivinaba á la cortesana bajo aquella magnífica y voluptuosa belleza.

No quería que la pureza de su novia se contaminase con el contacto de aquella vergüenza brillante y dorada.

—Hablemos de nosotros—dijo,—y aprovechemos estos instantes que nos deja nuestro buen amigo. Os amo mucho, Luisa, y os amaré siempre. No tengo gran mérito por esta fidelidad; me siento incapaz de amar á nadie más que á vos. Voy á vos naturalmente como el agua al mar.

Desde que os ví, comprendí que la felicidad de mi vida pendía de vuestros labios y que dependía mi suerte de la palabra que ellos pronunciasen. Aquella noche (era en el salón ministerial) comprendí en vuestras sonrisas, en vuestras tímidas miradas, que nuestros corazones se comprendían y que un imán poderoso los atraería; me dormí soñando que seríamos dichosos, porque llevaba conmigo una promesa vaga en la cual cifré, no obstante, mi felicidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA GENERAL DE LA UNAM  
"ALFONSO MARRAS"  
CALLE MONTENEGRO, MEXICO

—Pero al día siguiente, qué despertar!  
Mi criado me entregó una carta á mi regreso de Melun, el país de las anguilas.

Era mi destitución.

—¿Y qué firma, gran Dios!

—Me hizo el efecto de un rayo.

—¡Si al menos la mano que me cerraba las puertas de la administración me abriese las de su casa!

Corrí al ministerio.

Transportado por fuerza sobrenatural, á pesar de los porteros y de guardias y sus alabardas, penetré hasta el poderoso personaje árbitro de nuestros destinos.

Yo, que de ordinario no soy muy arriesgado, aquel día me animó vuestro recuerdo. Vuestra imagen me acompañaba como una bandera desplegada, ¡la mía! Me atrevo á asegurar que no conozco otra, y menos ahora, tan exasperado como estoy, gracias á esas malhadadas divisiones.

Al verme el ministro, experimentó la estupefacción del verdugo (perdonad la frase) ante la víctima decapitada el día anterior.

Anticipóse á mi petición, por lo menos así lo creía él.

—Estoy desolado, caballero—me dijo con ese tono glacial que le caracteriza (porque es glacial como ministro, no lo negueis)—de la inutilidad de vuestras pretensiones. He cedido á vivas instancias y á consideraciones de orden superior.

—Os equivocáis, señor ministro. No es ese el motivo que me trae á vuestra presencia.

Me detuvo.

—Ya comprendo que no formareis parte del concierto de maldiciones que me persigue; hay necesidades que se imponen; ¿qué quereis? hablad pronto. Mis instantes están contados. Bien entendido, yo me dirijo al funcionario, no al hombre de buena sociedad, al compatriota.—añadió con una graciosa sonrisa.

—Me tranquilicé. Tu padre cuando quiere, es amabilísimo (no como ministro sino como particular) (pero esto le sucede tan raras veces!

—Es que—le contesté—en esta ocasión no se trata del ministro, sino...

—¿De quién?

—Del padre de familia.

Inclinóse y esperó.

—Caballero—repuse—estoy solo en el mundo, por cuyo motivo me veo en la precisión de arreglar mis asuntos por mí mismo. El ministro se dignó sonreír.

—Soy de familia honrada.

—Lo sé.

—Poseo cuarenta mil libras de renta.

—En buenas tierras; también lo sé.

—No debo un cuarto á nadie.

—Os felicito.

—Inútil es el añadir que no tengo ningún cajero judicial.

—Lleguemos al término.

—Há aquí. Tengo el honor de pedir os la mano de vuestra señora hija.

—Si la mesa, la cartera y el *bureau* se hu-

bieran puesto á danzar con los sillones y el péndulo, no hubiera quedado más estupefacto.

—Señor de Faverolles—me dijo—sin duda olvidais que os he destituido ayer.

Yo le interrumpí con un movimiento digno:

—El barón de Faverolles no se acuerda de las injurias inferidas al *sous-prefet* de Coulommiers.

—Sois de lo más generoso, —replicó con cierta ironía velada.

—Además, señor ministro, me habeis dispensado un verdadero favor; si no me hubiéseis destituido, yo os hubiera enviado mi dimisión.

—¿Quereis darme á entender que el orden de las cosas establecido, no es de vuestra conveniencia?

—Mucho me temo que dentro de algún tiempo no os convengan ni á vos mismo.

Guardó silencio un momento.

Luego empleó una de esas frases que solo tienen un sentido vago y elástico.

—¡Caballero! —me dijo—; hay que consagrarse á su país sin obedecer á vanas aspiraciones! Mi conducta ha tenido por único móvil mi patriotismo; ¿qué se ha hecho de vuestro?

Comprendí que era urgente utilizar los recursos de mi elocuencia.

—No mezclemos, os lo suplico —comencé— las cuestiones enojosas de la política, con las del sentimiento. Amo ciegamente á la se-

ñorita Luisa. Espero que ella aceptará mis ruegos. No veais en mí más que al hijo sumiso y amante que se ofrece á vos; os lo ruego; no soy ambicioso; mi felicidad sería la de vivir en una soledad que embelleceríamos en medio de hermosos campos, y rodeados del perfume de las flores y el concierto de los pájaros.

Estuve bucólico pero perfectamente ridículo.

Hablé de las aguas murmuradoras, del parque de Faverolles, del eco lejano del mundo al que cerraríamos nuestros oídos, contándonos felices con nuestro mútuo cariño.

Me esperaba un excelente efecto.

Estaba enternecido.

Creí que vuestro padre también lo estaba. Se levantó.

—Caballero —me dijo— vuestra petición me honra; pero no podeis casaros con mi hija.

—¿Me la negais? —exclamé con acento desgarrador, que hubiera enternecido á un jaguar.

—Absolutamente.

—¿Por qué razón?

—Hela aquí, en dos palabras; si os la concediese, sería inconsecuente y sospechoso.

Comprendí.

¡Un Gúelfo no podía casarse con una Gibelina!

Hasta aquí llegamos.

—Señor ministro —le dije despidiéndome— espero que cambiareis de opinión: en cuan-

to á mi, jamás renunciaré á un proyecto del que depende la felicidad de mi vida.

Sali.

—Gracias á la amistad de mi padrino, nos hemos podido ver.—Dijo la joven mirando tiernamente al elegido de su corazón.

—Si; la policia está tan mal constituida como el ministro, que ignora lo que pasa en su familia. ¡Cuan feliz me considero, mi bella Luisa, porque espero me devolváis un poco del amor que experimento por vos! ¿No es verdad?

Ella dejó caer su mano en la de Pablo con esta sola palabra:

Sí.

La puerta del taller se abrió y entró de Lignerés.

¿Vos aquí?—dijo á Sarah.—¡Que felicidad el encontraros!

Y en voz baja.

—Por más que lo intentéis, no lograreis que nos separemos. La casualidad nos reunirá siempre.

Ella movió la cabeza con aire de duda.

—¿No renunciáis á vuestros proyectos?—repuso el ministro.

—Menos que nunca.

—Sois desapiadada!

—Ten cuidado—dijo Balussan.—Luisa está ahí.

—¿Dónde?

Ahí—dijo el pintor señalando el saloncito, cuyo tapiz se agitaba.

—A propósito mi querido ministro,—dijo

la judía en voz alta;—el Rafael presente me ha confiado un secreto. ¡No os creia tan feroz!

—¿De que se trata?

—¡Como un joven encantador, rico, noble os pide vuestra hija; á ella le gusta y aprueba su petición, y os negais á hacer la felicidad de esas criaturas! ¡Es una pura barbarie! Una tiranía doméstica.

—Rodolfo es de aquellos que solo piensan en sus pasiones—dijo Balussan.—Tiene dos la primera es su cartera.

El ministro miró á la judía con ojos que significaban:

—Se engaña; la primera sois vos.

Balussan continuó.

—Es un pobre diablo, pero por esa maldita cartera sería capaz de cometer mil cobardías. En otro tiempo veía claro; al presente vé turbio ó rojo, según el color de su cartera. Ni aun aprecia el sentimiento de su fuerza, y tiembla ante el menor gacetillero que armado de pluma le acecha en un periódico de á cuarto. Sacrificaría padre, madre, hijos, á su hija que adora, su alma de la que duda, si un periodista se lo pidiese. ¡A ese extremo llegan los grandes hombres!

—Balussan lo exajera todo—repuso el ministro.

—No altero nada. Mira este lienzo: ¿acaso he exajerado la amplitud del traje, las dimensiones de la nariz, de los ojos ó de los hombros? Estoy obligado á ver con exactitud, ó de lo contrario no ganaría ni un cuar-y nadie me confiaria su cabeza.

—Hay que casar á esos chicos—dijo Sarah con tono imperioso.

—No me preocupo de ese asunto—contestó Balussan;—ya se efectuará.

—¡Qué excelente persona!—dijo Pablo al oído de Luisa.—¡Qué bien se expresa!

—¿Quién será?—preguntó ésta.

—Una dama de la alta banca—contestó Faverolles indeciso.

La sesión había terminado.

Sarah Feller abandonó su sillón con un suspiro de satisfacción.

Tendió la mano á Rodolfo.

—Es necesario casar á esos chicos—repitió.—¿Me oís?

—Permitidme ir á veros—dijo él en voz baja—y hablaremos.

Ella encogióse de hombros con indiferencia, y salió.

Rodolfo entró en el salóncito.

Luisa estaba sola.

—¿Qué haceis aquí?—la preguntó.

Fastidiarme.

No era verdad. Faverolles la había dejado felicidad para quince días.

El pintor se reunió á ellos.

Luisa saltó á su cuello y puso en sus besos todo el reconocimiento de su corazón.

—¿No te parece que es muy fácil de enganar el gran hombre?—preguntó Balussan á su oído.

—Me veo obligado á asistir á la Cámara—dijo el ministro—¿quieres acompañar á mi hija esta tarde?

—Ya lo creo—contestó el pintor con júbilo.—Además tengo un proyecto, voy á fotopintarla para presentar el retrato en la Exposición. Empezaremos, ¿consientes?

—Con la condición de que me darás una obra maestra.

—Adorable;—añadió Balussan.

Cuando el ministro hubo salido:

—Con este pretexto—dijo—tu novio podrá venir á verte.

—¡Qué bueno sois!—contestó Luisa con lágrimas de alegría.

## XXIX

Aquella misma noche en el hotel de Guer-saint, cuando M. Blondeau, con la corbata blanca y su viejo traje entró solemnemente en el salón, Magdalena corrió á su encuentro.

—¿Y bien?—le preguntó.

—Mi querida niña,—dijo el notario—he recorrido todo. El conde ha perdido una suma enorme.

—¿Cuánto?

—Más de un millon.

—¿Le habeis visto?

—No ha sido necesario.

—¿Por qué?

—Porque ya no debe nada.

—¿Cómo es eso?

—Durante la mañana todo ha sido saldado.

—¿Con qué?

—Con dinero, naturalmente.

—¿De dónde procedía ese dinero?

—Lo ignoro.

—Hay que averiguarlo—dijo la joven con decisión.

—Lo sabremos. Silencio—y puso un dedo en sus labios.

El marqués se aproximaba.

Magdalena quedó pensativa. Bajo aquel pago verificado con tanta prontitud, adivinaba una intriga y tal vez la mano de una mujer.

—Se trata de una lucha—dijo á M. Blondeau, un instante después, cuando entraba cogida á su brazo en el comedor—pero una lucha contra un enemigo oculto. Es preciso que seamos los más fuertes.

Una extraña animación enrojecía sus facciones vivas y graciosas.

El notario la envolvió en una mirada; comprendió la causa de las tempestades que agitaban aquella alma joven.

—Lo seremos, hija mia—contestó simplemente.

### XXX

En el hotel de la calle de Milán se habían presentado algunos visitantes. Ninguno había sido recibido.

Blownt solo había entrado y salido. Más bien era el intendente que el padre de la judía.

Se había puesto al corriente de lo ocurrido.

El dinero había sido entregado á Kerjean

aquella misma mañana contra una buena y valedera hipoteca firmada á un tal Abraham Levi que no era otro que la misma Sarah.

El conde se había desquitado inmediatamente con sus agentes, gracias á la suma que le había remitido de mano á mano Sarah, cuya aparente generosidad le conmovía profundamente.

Quando estuvo al corriente de todos estos detalles, la joven procedió á una *toilette* minuciosa. Quería aparecer irresistible bajo todos conceptos.

La batalla que iba á librarse era decisiva; para ella significaba ser ó no ser.

Hacia dos años que había tendido sus redes y preparado hábilmente el terreno.

Entre sus innumerables adoradores, porque las mujeres hermosas y verdaderamente deseables son más raras de lo que se cree comunmente, ella se había fijado en Kerjean, distinguiéndole entre todos.

Realizaba su ideal.

Se había propuesto su conquista. Las demás siluetas se borraban ante aquella; la deseaba.

Todo lo que había intentado, sus intrigas, sus especulaciones, la fortuna adquirida, no era más que el medio; él era el fin. A él había que llegar salvando todos los obstáculos.

Ciertamente ella se daba cuenta de la dificultad.

Su inteligencia era demasiado elevada, su olfato demasiado fino para necesitar la advertencia que Rodolfo la había lanzado en sus

últimas palabras, como la flecha de un Parto.

—¡Kerjean es bretón!

Lo que quería decir:

—¡Tened cuidado! Nosotros estamos enervados, no tenemos vigor; nuestras almas han llegado á tal punto de debilidad que no distinguen el bien del mal, y carecen de fuerza para sobreponerse á sus pasiones. El oro y los placeres que procura son los únicos objetos de nuestra ambición; pero en esta era de decadencia, existen razas antiguas que conservan las tradiciones del honor caballeresco, y nuestro fango no salpicará jamás el armiño de sus escudos bretones.

Sarah pensaba en esto á menudo.

Pero si Santiago se hubiese parecido á los demás contertulios de su salón, ¿le hubiera amado ella tan apasionadamente?

El amor se complace en los contrastes.

Además, Sarah no tenía un alma vulgar.

Sus vicios pertenecían más bien á aquellos que formaban el centro en que vivían que á ella misma. Nacida en otra condición, con sus instintos, que tenían alas para lanzarse en las esferas de lo bello y de lo bueno, hubiera sido capaz de virtudes cuya existencia era para ella fabulosa y quimérica.

Hija de la prostitución, se había preservado de la vergüenza abyecta de sus iguales.

¡Cuántas mujeres que pasan por modelos y por las cuales el mundo tiene tantas consideraciones y humillantes saludos, hubieran rodado al fondo de los pantanos de que ella había sabido separarse!

Sus faltas no eran públicas; las había disimulado á través de ese velo transparente que se las adivina más bien que se las conoce, ocultando el descaro que subleva las conciencias, tan anchas, sin embargo, en los tiempos presentes.

La fortuna reciente de Blown cubría el origen de la suya, y con un poco de complacencia podía atribuirse tanto á la casualidad que favorece á los jugadores audaces, como á los beneficios de una galantería misteriosa y sin publicidad.

No obstante, era vulnerable, y daba pábulo á los ataques de la maledicencia; pero también podía rebelarse y defenderse con aires de reina ofendida contra ciertos ultrajes.

En una palabra, pertenecía á esa categoría cuya brillante posición se presta á conjeturas, más que á la tribu de las visiblemente comprometidas, y que ninguna mujer de buena sociedad consentiría en tropezar ni con el guante.

Ceñida en un peinador de seda rojo, guardado de *Vulciennes*, los cabellos en gruesas y lustrosas trenzas caían sobre su cuello, y dos admirables solitarios en las orejas, se había arrellanado en un gran sillón cerca de la chimenea, espiando los menores ruidos de la calle.

Dieron las nueve y media.

Su habitación se hallaba iluminada por la luz de dos lámparas cuyos globos de cristal raspado estaban cubiertos con encaje de rosa.

Sobre un *bonheur du jour*, un magnífico vaso de Clodion la hacía frente, y en la sombra, en el fondo de una soberbia tapicería, se destacaba un retrato de Sarah de cuerpo entero, firmado por Carolus, obra maestra, sin duda, de aquel pintor.

Sarah esperaba ansiosa, cuando el ruido de un carruaje la hizo estremecer.

Dejó caer de la mano la cartera que oprimía, en la cual estaba inscripto el inventario exacto de su fortuna.

Era efectivamente á su puerta donde se detuvo el carruaje, y dos minutos después el conde de Kerjean, introducido por la doncella, la besaba la mano.

## XXXI

El conde estaba pálido, pero tranquilo.

La hora de la fiebre había pasado; la del abatimiento debía seguirla; pero Kerjean tenía algo del paladín y del soldado. Se había comprometido en una gran partida y la había perdido; sufriría las consecuencias.

—Me dijistéis que volviese, mi querida Sarah, y héme aquí.

Ella le designó un asiento, rogándole le aproximase al suyo.

Obedeció el conde.

—Amigo mío, tengo que hablare seriamente; comencemos. Sois pobre como Job; ¿qué partido vais á tomar?

—No lo sé todavía. He escrito conforme

sabeis al general de Montigny rogándole que me ayude, espero su contestación.

—¡Vos soldado! ¿Persistis en ello?

—Preferís que abra una tienda en el boulevard? ¿Qué sea bodegonero, dentista ó sastre? Mi educación ha sido muy descuidada: soy incapaz de ganarme la vida en palacio; hubiera estado bastante bien en la diputación siendo de naturaleza inapta (conforme soy) para desempeñar ningún destino práctico; por desgracia no existe ninguna plaza electoral vacante, y á decir verdad no siento ninguna inclinación por los negocios ni por las funciones públicas.

Solo me queda el ejército, pero con las leyes actuales no sé si me permitirán entrar en él y hacerme matar por mi país, que bien pensado tiene más soldados que enemigos.

Bien veis lo indeciso que me hallo.

Sarah fijó en él sus hermosos ojos.

Sus miradas, cargadas de electricidad, trataban de penetrar hasta el fondo del corazón de Santiago, como para arrancarle todos sus secretos; queria conocerlos ántes de descubrir el suyo.

El conde inclinó la cabeza para sustraerse á aquel fluido magnético que le invadía.

Después repuso:

—Mi querida Sarah, cuando se echa el vino, es necesario apurarle. He cambiado de condición; mi título y mi nombre solo me sirven de cargas insoportables. ¿Qué significa un noble sin dinero? ¿Mis deudas podrán satisfacerse? No me atrevo á pensarlo. De cual-



Sobre un *bonheur du jour*, un magnífico vaso de Clodion la hacía frente, y en la sombra, en el fondo de una soberbia tapicería, se destacaba un retrato de Sarah de cuerpo entero, firmado por Carolus, obra maestra, sin duda, de aquel pintor.

Sarah esperaba ansiosa, cuando el ruido de un carruaje la hizo estremecer.

Dejó caer de la mano la cartera que oprimía, en la cual estaba inscripto el inventario exacto de su fortuna.

Era efectivamente á su puerta donde se detuvo el carruaje, y dos minutos después el conde de Kerjean, introducido por la doncella, la besaba la mano.

## XXXI

El conde estaba pálido, pero tranquilo.

La hora de la fiebre había pasado; la del abatimiento debía seguirla; pero Kerjean tenía algo del paladín y del soldado. Se había comprometido en una gran partida y la había perdido; sufriría las consecuencias.

—Me dijistéis que volviese, mi querida Sarah, y héme aquí.

Ella le designó un asiento, rogándole le aproximase al suyo.

Obedeció el conde.

—Amigo mío, tengo que hablare seriamente; comencemos. Sois pobre como Job; ¿qué partido vais á tomar?

—No lo sé todavía. He escrito conforme

sabeis al general de Montigny rogándole que me ayude, espero su contestación.

—¿Vos soldado! ¿Persistis en ello?

—Preferís que abra una tienda en el boulevard? ¿Qué sea bodegonero, dentista ó sastre? Mi educación ha sido muy descuidada: soy incapaz de ganarme la vida en palacio; hubiera estado bastante bien en la diputación siendo de naturaleza inapta (conforme soy) para desempeñar ningún destino práctico; por desgracia no existe ninguna plaza electoral vacante, y á decir verdad no siento ninguna inclinación por los negocios ni por las funciones públicas.

Solo me queda el ejército, pero con las leyes actuales no sé si me permitirán entrar en él y hacerme matar por mi país, que bien pensado tiene más soldados que enemigos.

Bien veis lo indeciso que me hallo.

Sarah fijó en él sus hermosos ojos.

Sus miradas, cargadas de electricidad, trataban de penetrar hasta el fondo del corazón de Santiago, como para arrancarle todos sus secretos; queria conocerlos ántes de descubrir el suyo.

El conde inclinó la cabeza para sustraerse á aquel fluido magnético que le invadía.

Después repuso:

—Mi querida Sarah, cuando se echa el vino, es necesario apurarle. He cambiado de condición; mi título y mi nombre solo me sirven de cargas insoportables. ¿Qué significa un noble sin dinero? ¿Mis deudas podrán satisfacerse? No me atrevo á pensarlo. De cual-

quier modo, jamás podré pagar la deuda de reconocimiento que he contraído con vos.

He querido repetiroslo ántes de alejarme:

—¿Cómo! ¿partís?—dijo Sarah palideciendo súbitamente.

—Es preciso: no podría soportar las censuras de mi tío, justamente irritado contra mí, su indigno sobrino. ¿Qué le contestaré? Mi resolución está tomada; dejaré un poder á uno de mis amigos, á Courcelles, para liquidar mis asuntos, y desapareceré de una sociedad en la cual he perdido mi sitio. ¿No os parece lo más razonable? ¿Acaso conoceis alguna solución mejor?

Inclinóse ella, apoyándose en el brazo del sillón.

El conde abrió los ojos desmesuradamente.

—Santiago—repuso ella con voz conmovida,—¿no habeis adivinado que una mujer os amaba lo suficiente para desearos pobre, á fin de enriqueceros; triste, á fin de consoláros, abandonado por todos para acudir á vos y arrancaros de vuestro aislamiento?

El la escuchaba con atención. Las facciones de la joven estaban trastornadas: una ansiedad tan viva se reflejaba en su rostro, que comprendió que esperaba su respuesta como una sentencia.

Un rayo de luz cruzó por su espíritu.

Todo el misterio de la conducta de la judía le fué explicado en un momento.

Como se callase, Sarah, anhelante, prosiguió:

—Si una mujer envidiada de todos, de des-

lumbradora belleza, hubiera acariciado como el sueño más querido de su vida la esperanza de agradaros: si su único deseo hubiese sido el de perteneceros; si sus acciones hubiesen tenido por único móvil el elevarse lo suficiente para llegar á vuestra altura, apilar mucho oro para restituiros más de lo que hubiéseis perdido; si ella os dijese: «¡Heme aquí!» ¡Yo soy la buena hada que transforma tu sombra en luz; que te levanta de tu caída, colocando en tu dedo el anillo que habías arrojado al mar! Si esa mujer hubiese adivinado que te sentías arrastrado hacia ella como ella hacia tí, y que un lazo invisible os unía, que vuestras almas se buscaban; si se sintiese próxima á la esclavitud del amor con tal de que tú fueses el dueño de su destino; si se ofreciese á tí para que dispusieses de ella, de su corazón, de sus bienes, de todo, en fin, dichosa de pertenecerte para siempre, ¿qué la responderías?

Santiago se sentía violentamente conmovido. Todas las fibras de su alma vibraban bajo los dedos de aquella encantadora.

Sentía tentaciones furiosas de arrojarle á sus pies y rodearla con sus brazos. Su corazón amenazaba saltar del pecho: hubieran podido contarse las pulsaciones.

Sin embargo, vacilaba.

—¿Por qué me hablas así?—murmuró.

—Porque te amo—replicó ella aproximándose, tan cerca de él, que su aliento le acariciaba la frente;—porque eres pobre; y como tu orgullo te impide el acercarte á mí, yo

soy quien debe dar el primer paso; porque, si quieres, podemos unir nuestras existencias en un lazo de flores y cantar nuestras miserias en una felicidad capaz de dar envidia á los ángeles del cielo si nos contemplan; ¿consientes?

—Bien quisiera—contestó Kerjean,—y es un martirio para mí el escucharos, Sarah; ¿no comprendéis que esas confesiones, que me hubieran colmado de dicha hace quince días; ahora no debo oírlas?

—¿Por qué?

—El honor me lo prohíbe.

—¡El honor!—exclamó ella levantándose; ¡el honor! ¡siempre esa palabra!

—Sarah—repuso el conde tomándola una mano y atrayéndola hacia sí,—no te irrites; yo también te he amado apasionadamente. Si he guardado silencio durante tanto tiempo, es porque te quería para mí solo; esperaba el momento propicio que nos reuniese, y me rebelaba ante la suerte que me impelía hacia ti cuando pertenecías á otro. Hoy, ¿qué se diría de mí si arruinado, sin recursos, me rebajase hasta el punto de vivir á expensas de mi querida? Por amada que sea la mujer; por enamorado que se esté de su belleza, de su talento y de sus encantos, hay situaciones por las cuales no debe atravesarse para llegar hasta ella. Cuanto mayor es su fortuna, más vil es aquel que acepta la participación. Un hombre galante puede enriquecer á su querida; pero se degrada recibiendo un sólo óbolo de ella. Yo, Kerjean, me moriría de

vergüenza antes que resolverme á esa bajeza. Rico, podía amaros; pobre, he perdido ese derecho. ¿Me comprendéis, Sarah?

—No. Tu razones en lugar de ceder á tu amor. Luego, no me amas. Vosotros, las gentes de mundo, creais un honor particular que yo desprecio. Quisiera ver á esos orgullosos que nos abruman con sus dificultades escrupulosas, víctimas de la miseria y de la negra adversidad, mala consejera! Bien pronto vacilarían cediendo desde los primeros obstáculos, dándonos ejemplo de todas las debilidades y de todas las cobardías.

Tú mismo, rígido en tus principios, ¿inflexible ¿cómo conciliarás tu conducta con tus máximas? ¿Estás bien seguro de que ese honor que te detiene no ha zozobrado en el naufragio de tu fortuna?

El conde frunció las cejas.

—Explicaos—dijo.

—Tú has pagado tus deudas del juego. Sea. Pero siguiendo las leyes de que hablas ¿debías haber aceptado los favores de una mujer? La deuda contraída con ella ¿estás seguro de satisfacerla? ¿No es una censura, Santiago, es un ejemplo! Me considero dichosa por el servicio que te he prestado; si necesitases mi sangre, te la daría. Deja, pues, á un lado escrúpulos inútiles, y consulta solamente con tu corazón y tus aspiraciones. No me contestes con razones de una sociedad que detesto, si no con la tuya, convencido de que siempre estará de acuerdo con el verdadero honor, el nuestro, que los felices mortales no

han alterado según su capricho. En una palabra; si me amas, acéptame; si me desprecias, recházame.

Kerjean estaba nervioso.

Apenas si había oído la conmovedora declaración de aquella adorable mujer.

El amor y el dinero son dos términos que no se puede conciliar; el [segundo mata al primero.

El conde se sintió herido por la suposición de Sarah sobre la incertidumbre de su reembolso. No se perdonaba su falta de reflexión aceptando un ofrecimiento que le había parecido tan generoso al principio.

Su primer idea había sido escapar á la necesidad urgente de saldar la deuda del juego, suspendida sobre su cabeza como la espada de Damocles.

— ¡Cállate! — la dijo con cólera. — Me confundes; escuchándote no distingo el bien del mal. He colocado los piés en un pantano y siento que el suelo se hunde bajo mi peso. Yo vivía en un ether luminoso y estoy sumido en las tinieblas. Jamás he comprendido tan claramente la extensión de mi falta, ni la he deplorado tan amargamente!

— Porque solo vives para el orgullo. Te cuidas demasiado de la opinión del mundo. ¿Y sabes cómo te lo paga? Destrozándote con los dientes. Te pareces al ciervo cazado por una jauría y que se vé derribado ante ella. Dentro de algunos días no existirás para él. Serás como el pasajero muerto durante la travesía, y lanzado por las escotillas con una

bala á los piés: alterada por un momento la calma del mar, volverá á recuperarla quedando la superficie tranquila para los supervivientes, y todo habrá concluido.

El conde encogióse de hombros y no contestó.

Sarah permaneció un momento silenciosa, inquieta y mortificada por la vacilación del conde.

Un perfume delicioso de Hlang, se esparcía de sus negros cabellos.

Por la abertura de su peinador, donde una rosa the se ostentaba, contrastando con la blancura mate de la piel, se distinguían las formas marmóreas de su pecho. Sus grandes y profundos ojos se clavaban en el rostro preocupado de Kerjean.

— Con un movimiento brusco le asió la mano.

— Escucha — dijo — la última palabra; he creído que me amabas, ¿me habré equivocado?

— No.

— Entonces, ¿de qué te quejas? ¿De la suerte? ¿Acaso su obra es irreparable? ¿Que eres pobre? Tanto mejor. Yo soy inmensamente rica. ¿Para qué he perseguido tan encarnizadamente la fortuna? ¿Crees que por los brillantes que hacen palidecer de envidia á las demás mujeres, por el lujo de un hotel sin igual, por las obras de los maestros que le decoran, ó por los objetos de arte que están acumulados dentro de él? No; era para elevarme hasta el hombre que se me apareció un día, altivo entre los demás que con aspec-

to de criados me rodeaban; bello, no como un elegante afectado, ó un ridículo gomo-so, sino con la hermosura varonil del noble de raza; leal entre los vividores, bueno en medio de los chacales y las aves de rapiña atraídos por esa inmensa carnicería de París donde hay tanto incauto que devorar. En mi degradación he soñado yo que no tenía noches suficientes para consagrarlas á la embriaguez de los sueños. Le he visto clemente y tierno, inclmándose hacia mí y levantándose como el sacerdote al penitente que abuelve del pasado. De ese pasado le debo cuenta.

Cuando nací, dos caminos se abrían ante mí: el uno conducía á la infamia, el otro al suicidio.

Que vuestros moralistas me afirmen que había otro!

Que me lo demuestren y les contestaré.

Me dirán si en esa última vía, la del trabajo continuo y sin retribución, arrojarían á sus hijas.

Además, á través del taller, de ese infierno donde el cuerpo de las criaturas se marchita, mientras que el alma se envilece y degrada; esa prisión sin aire y sin otra luz que la del petróleo envenenado, en esa cloaca donde todos los vicios se mezclan, se llega todavía más pronto que en la calle, á ese término fatal: la prostitución; pero entonces el sacrificio se consume sobre el cieno.

Otras hubieran zozobrado, desde luego, en los arrecifes, perdiéndose en el abismo.

Yo he sido más dichosa.

Desde la muerte de mi madre, una heroína del amormaternal, que los demás ultrajarán y cuya memoria venero yo piadosamente, un hombre me ha amado con locura. No es joven ni hermoso; no tiene talento superior: en la actualidad no son necesarios tantos méritos para llegar al puesto que él ocupa. ¿Tendré necesidad de afirmaros que jamás he experimentado amor hacia él?

Sin embargo, le agradezco el que él me demuestra; no estaba acostumbrada á ello; á nosotras se nos desea, no se nos ama.

Mi unión con él ha terminado.

Os juro que jamás he amado á nadie. Sois el primero por quien ha latido mi corazón. Hasta ahora ignoraba que tuviese uno parecido al de los demás. Aceptadme, si quereis, mi suerte se decide en este momento.

Si mi instinto no me engaña, si participáis del sentimiento que me inspiráis, podemos ser dichosos. Tras un pasado odioso, seguiremos los senderos floridos, unidas las manos, sinó, marcharé á la casualidad, sola, triste, porque una vez que hayáis partido, me será imposible unirme á nadie.

Estas confesiones, mezcla de impudor y de delicadeza; de descaro y de pasión, de cólera y de súplica, entorpecían la voluntad del conde.

Compadecía á Sarah, que no comprendía la infamia que cubre la posesión de unos bienes cuyo origen es escandaloso; pero su cólera estaba desarmada; se sentía rechazada.

y retenido; rechazado por la indignidad de aquella mujer, que le suponía de un carácter bastante bajo para comprometer el honor secular de un nombre sin mancha, en una alianza semejante; y retenido, por el encanto de aquella deliciosa criatura víctima de un amor á que un hombre de corazón no puede ser insensible.

Un sudor frío inundaba su rostro ante la idea de la afrenta que su contestación iba á causar á aquella desgraciada, cuya voz le impresionaba.

Indeciso, no sabiendo qué partido tomar, callaba, mordiéndose los labios y meditando qué frase emplearía que salvase la situación sin herir á Sarah ni á su dignidad personal.

Ella comprendió su vacilación, é irritándose:

—¿No me contestas?—dijo.—¿Acaso me habré equivocado? ¿Por ventura no me amas?... Entonces, ¿por qué me lo decías? ¿A qué has venido aquí? ¿Por qué durante dos años me has abrumado con tus visitas? ¿Por qué me confiabas tus disgustos, tus asuntos, tus deseos? ¿Con qué fin has alimentado ilusiones que adivinabas? ¿De dónde proviene esa crueldad encarnizada de destruir la poca tranquilidad que le resta á una pobre mujer como yo? ¿Por qué te has hecho amar hasta el punto de que, á tu menor indicación, todo cuanto poseo... ¡lo oyes?, lo hubiera arrojado al mar sin el menor sentimiento?... ¡Lo comprendo! Has buscado una distracción, como los demás, ¿no es eso? ¡No

querías nada más! Pero si has creído que nosotras no tenemos alma ni corazón, te has equivocado. Nuestras sensaciones son más vehementes, porque una imperiosa necesidad nos excita y nos tiene en acecho, como esos enfermos calenturientos á quienes una nada agita y conmueve. Has hecho mal en hacerte amar para reírte de mi decepción; y tu obraes peor que la del verdugo que mata.

Levantóse el conde, y Sarah experimentó un gran júbilo. Creyó entrever en sus ojos, enrojecidos por la emoción, como un reflejo de la llama extinguida.

Pero él se alejó de ella lentamente, é irguiéndose, apoyóse en la chimenea, dando vueltas á los guantes entre sus manos calenturientas.

Entonces la cólera apoderóse de ella.

—¡Pero, habla!—exclamó.—Dime lo que quieras; que me desprecias demasiado para aceptar nada mio; que estás indignado de mi audacia; que sería profanar tu nombre el dárselo á una mujer que ha vivido de la prostitución; que soy una miserable; y que tú, el conde de Kerjean, un bretón de la antigua raza (me lo habían dicho con sangrienta ironía, que no comprendí), lo prefieres todo, la miseria, el hambre y la muerte, al deshonor de tenerme entre tus brazos; no aquí, á la sombra de estas paredes, sino en pleno día, en la calle, ante tus amigos. ¡Yo soy de aquellas de quienes no se acepta nada sin pagárselo! Hubieras consentido en comprarme

como cualquier otro; no puedes ponerme precio: está dicho.

Y esperaba una respuesta que no obtuvo. — Oh, Dios! — murmuró cayendo en un sillón, y ocultando su rostro entre las manos. ¡No haber amado más que á él, y verme abrumada por semejante desprecio!

El hizo un movimiento y extendió el brazo hacia su sombrero, colocado sobre una mesa.

Ella comprendió que todo estaba perdido, é intentó el último esfuerzo.

Colocóse entre él y el portier que aquél iba á levantar.

— Quédate un instante — exclamó, — te lo ruego. — Es imposible que yo sea víctima de un error tan grosero. Tus miradas eran tan tiernas, tus palabras tan temblorosas, y tus manos buscaban con tanto anhelo las mías... Y además, que bien lo veo, sufres tanto como yo.

El tuvo piedad.

— Es cierto — dijo.

— ¿Te asusta la sociedad? Qué temes de élla?

¿Acaso no podemos desafiarla? ¡Siempre perdona á todos aquellos que desdeñan sus juicios! Esas grandes fortunas que deslumbran ¿conoces tú el origen? La mayor parte han sido robadas ó mal adquiridas, amontonadas por criminales maniobras. ¡El uno ha despojado en Oriente; el otro en Occidente! ¡Aquél ha vendido á sus soberanos; este despoja á los pobres y menores de edad, de sus economías reunidas céntimo á céntimo por medio de rudos trabajos!

Se habla de ello durante ocho días; después se saluda hasta el suelo al oro y al esplendor de esos infames. Se asiste á sus fiestas, se solicitan sus invitaciones con una obra de caridad vanidosa, se borran diez años de oprobio y de fraude!

Una sonrisa amarga crispó los labios finos y desdeñosos del conde.

Aquella sonrisa significaba:

— No es suya la culpa: ¿ella qué sabe!

— Si no puedes sobreponerte á la opinión de ese mundo estúpido y malvado, huyamos de él. ¿Quién nos lo impide? ¿No existen cerca de los lagos de Suiza, en Italia ó en el Tirolo, mil retiros que podemos embellecer, y donde nadie se ocupará de nosotros? ¡Ah! Santiago, vivir juntos á orillas del Mediterráneo, ó del Adriático, en un jardín lleno de rosas, ¿no sería una felicidad sin rival? El universo es nuestro. Aislarnos los dos en un edén encantado, ¿qué hermoso sueño!

¿Por qué no realizarlo?

Sarah se arrodilló.

— Mira — dijo. — Yo había imaginado locamente un porvenir irrealizable; lo comprendo; creí que me encontrarías bastante bella y altiva para tomarme por esposa; que me tenderías la mano elevándome hasta tí. ¡Tú no sabes con qué tesoros de ternura hubiera pagado esa abnegación!

No existe príncipe indio servido por sus esclavos más fielmente que tú lo hubieras estado por mí! ¡Hubiera hecho de tí mi dueño, mi señor, mi Dios! Hablas de honor, no sé lo

que es eso, tienes razón: no obstante, creo que el de tu hogar hubiera sido guardado y respetado fielmente. Me parece que al elevarme á tí me hubieras colocado en la frente esa aureola que me falta; que cogida de tu brazo, hasta las mujeres que esquivan mi presencia me hubieran envidiado y saludado, que viéndonos jóvenes, orgullosos y sonrientes, apoyados el uno en el otro, rodeados de todas las magnificencias; nos hubieran lanzado miradas de envidia.

¡Oh, Santiago, estoy segura de que exajeraras esa sensibilidad, esa delicadeza del juicio de los hombres! Pero, en fin, quiero creer que tienes razón. Rechaza la mano que te tiendo suplicante; déjame caer en esas miserias, de las que soy impotente para salir. Adiós. Algún día tal vez pienses en la abnegación y el amor de este corazón que desprecias.

Sarah hablaba con voz desgarradora. Su seno se levantaba con tanta violencia, que Kerjean notaba todos sus estremecimientos. Comprendía el dolor que la torturaba, sacudiéndola como son sacudidas las hojas del álamo por el huracán.

Ella lo había sacrificado todo á esa idea única, y rechazado multitud de adoradores que se agitaban á su alrededor, como los amantes de una obra maestra, disputada con encarnizamiento.

Comprendía que su objeto se alejaba de ella á medida que se acercaba á él, á manera de esas catedrales construídas en una inmensa llanura y que parece que retroceden cuan-

do el viajero fatigado camina á la ciudad que ellas dominan.

El conde, conmovido por aquellas quejas desesperadas, embriagado por los perfumes que se escapaban de entre los pligues del satin y los encajes, que se mezclaban idealizando aquellas formas flexibles y adorables; víctima del vértigo, rodeó á la judía con sus brazos y la atrajo hacia sí:

—Vamos,—dijo—sé razonable. Yo también te amo. Eres bella hasta el punto de volverme loco, y lo sería si permaneciese un momento más á tu lado. Tu belleza no es solamente lo que me atrae.

Está realzada por esa divina superioridad de la inteligencia tan rara y tan preciosa. ¡Dichoso el privilegiado que pase su vida al lado tuyo! Las horas tendrán alas y le proporcionarán toda clase de goces, porque parece que el amor se ha posado en tus labios para atraer los besos. Cualquiera que sea la esfera que hayas elegido, brillarás en ella con resplandor sin igual.

Pero existen leyes inflexibles á las cuales tengo que someterme forzosamente. Se libra en mí un combate cuya violencia no puedes ignorar. No es tu indignidad lo que me aleja, porque te juro que soy más indulgente para los estravios de los demás, de esa zociedad de que hablas, más, sin duda de lo que élla lo sería respecto á mí. ¡Habías de ser una duquesa y no aceptarías nada tuyo! El hombre se deshonorra recibiendo los beneficios de un ser más débil que él. En cuanto á mi, pre-



feriría mejor labrar la tierra como un negro bajo el latigo de un vigilante; ser soldado sumiso bajo las órdenes de un sargento idiota, y desempeñar las más tristes funciones, ó hacerme saltar la tapa de los sesos, antes que afrontar la opinión de mis iguales tras una cobardía semejante. ¡Ayer podía desafiar el sentimiento público; despues del escándalo de mi desastre, me veo obligado á obedecerle!

Otro, pensaría de distinta manera tal vez; yo, esclavo de mi honor, ó de una preocupación, si tu quieres, inflexible, no me apartaré ni un punto de ella, aunque mi corazón se desgarré mortalmente á la idea de lo que pierdo.

Tenia á Sarah estrechamente abrazada.

Un sudor frio inundaba las sienes de la judía.

Desprendióse de sus brazos y replegose sobre sí misma como una leona herida.

—Entonces; se trata de un adios eterno— dijo:

El no contestó.

—¡Pues bien, parte!—esclamó furiosa.— ¡No somos de la misma sangre! ¡Bien me lo haces oír! Mi ceguedad estúpida terminó. Hubiera debido comprender lo que me explicas. No lo olvidaré nunca. ¿Donde habia yo adquirido estas ideas de bondad y de grandeza de alma? ¿Por qué me he humillado ante tí? No me doy cuenta de ello.

Y golpeó el suelo con el pié en un acceso de cólera, faltando poco para romper un vaso

de Sevres que fué á arrojar sobre el pavimento.

Detuvose de pronto, contenida por la mirada triste y severa del conde.

—Es un cruel desengaño—repuso ella.

Y mirándose en un espejo inclinado de cuerpo entero, enjugó su rostro lleno de lágrimas.

—¡Esto pasará!—prosiguió.—No es la primera decepción que experimento! A los quince años me acerqué en la calle á unos soldados embriagados, que me contestaron á golpes. ¡Aquella noche mi madre estaba enferma y se moria de hambre! ¡Yo salia del colegio! Pues bien; ya he olvidado esa escena y olvidaré lo demás; me aturdiré con un lujo que he adquirido gracias á la estupidez de muchos; tendré, magníficas galerías de cuadros; carruajes como las duquesas, hoteles y castillos, como cualquiera de esos banqueros ladrones y advenedizos.

Y ahora, vete. No comprometas tu honor permaneciendo aquí más tiempo. Reflexiona y teme de todo lo que es capaz una mujer ofendida. Me has echado en cara con tus preocupaciones de noble la vergüenza de mi pasado: ten cuidado con las espinas de tu presente.

¡Adios!

Eras mi unica pasión, pero soy más fuerte de lo que piensas; la arrancaré de un corazón cerrado desde ahora para todos.

Se detuvo sofocada. Sus labios blanquecinos, su frente hundida por un profundo plie-

gue, sus cejas fruncidas, sus ojos que lanzaban lívidos relámpagos, anunciaban la tempestad que rugía en su alma.

Kerjean se puso los guantes. Inclínose ante ella silenciosamente, y salió.

—¡Oh!—dijo Sarah cuando la puerta se cerró tras él. Es mi felicidad la que se marcha.

Y ocultando el rostro entre las manos se deshizo en lágrimas.

También él, una vez en su berlina que trotaba hacia la calle de San Guillaume, pensaba:

—Es prodigiosamente bella.—¡Qué sirena!

La había adorado; pero aquella escena había matado su amor.

—¡Prostituir mi nombre por esa mujer!—se decía.—¿Por quien me había tomado?

La imagen de su santa madre, la fisonomía serena del marqués de Guersaint, la rubia cabeza de Magdalena, se le aparecieron como otros tantos talismanes destinados á defenderle contra aquella tentación.

A la vuelta de la calle de Clichy notó una sombra que huía disimuladamente deslizándose por la calle que acababa de abandonar.

Era más de media noche.

Raros transeuntes circulaban por las calles. Las luces del skating estaban apagadas.

En aquella sombra el conde creyó reconocer la silueta de Lignerés.

## XXXII

En efecto: era el ministro.

Hacia una hora que el desgraciado, más enamorado que nunca de Sarah, sufría todas las torturas de unos celos atroces. La judía, al romper sus relaciones con él, había exasperado su pasión. Volvía dispuesto á todo para conquistarla, cuando á la puerta reconoció la berlina del conde.

Con la cabeza extraviada, el corazón oprimido, sin cuidarse de su dignidad, erró por la calle de Milán como un alma en pena. Algunas gotas de agua habían caído; refugióse bajo una puerta cochera frente al hotel de Sarah. La habitación de ésta estaba iluminada: las otras ventanas estaban sumidas en la oscuridad.

Largo tiempo permaneció inmóvil, ocultando su rostro, cuando un transeunte transeunador, ó un guardia municipal, le codeaba en la cabidad donde se había refugiado.

Espiaba la partida del conde: partida que no podía dilatarse, puesto que esperaba el carruaje.

Una imperiosa ansiedad le atormentaba: suplicio más doloroso mil veces que los de la Edad Media. La rueda y la cuña tenían, al menos, la ventaja de matar, mientras que los celos feroces de los enamorados, testigos del triunfo de sus rivales preferidos á ellos, causan solamente terribles angustias, de las cuales no se muere.

gue, sus cejas fruncidas, sus ojos que lanzaban lívidos relámpagos, anunciaban la tempestad que rugía en su alma.

Kerjean se puso los guantes. Inclínose ante ella silenciosamente, y salió.

—¡Oh!—dijo Sarah cuando la puerta se cerró tras él. Es mi felicidad la que se marcha.

Y ocultando el rostro entre las manos se deshizo en lágrimas.

También él, una vez en su berlina que trotaba hacia la calle de San Guillaume, pensaba:

—Es prodigiosamente bella.—¡Qué sirena!

La había adorado; pero aquella escena había matado su amor.

—¡Prostituir mi nombre por esa mujer!— se decía.—¿Por quien me había tomado?

La imagen de su santa madre, la fisonomía serena del marqués de Guersaint, la rubia cabeza de Magdalena, se le aparecieron como otros tantos talismanes destinados á defenderle contra aquella tentación.

A la vuelta de la calle de Clichy notó una sombra que huía disimuladamente deslizándose por la calle que acababa de abandonar.

Era más de media noche.

Raros transeuntes circulaban por las calles. Las luces del skating estaban apagadas.

En aquella sombra el conde creyó reconocer la silueta de Lignerés.

## XXXII

En efecto: era el ministro.

Hacia una hora que el desgraciado, más enamorado que nunca de Sarah, sufría todas las torturas de unos celos atroces. La judía, al romper sus relaciones con él, había exasperado su pasión. Volvía dispuesto á todo para conquistarla, cuando á la puerta reconoció la berlina del conde.

Con la cabeza extraviada, el corazón oprimido, sin cuidarse de su dignidad, erró por la calle de Milán como un alma en pena. Algunas gotas de agua habían caído; refugióse bajo una puerta cochera frente al hotel de Sarah. La habitación de ésta estaba iluminada: las otras ventanas estaban sumidas en la oscuridad.

Largo tiempo permaneció inmóvil, ocultando su rostro, cuando un transeunte transeunador, ó un guardia municipal, le codeaba en la cabidad donde se había refugiado.

Espiaba la partida del conde: partida que no podía dilatarse, puesto que esperaba el carruaje.

Una imperiosa ansiedad le atormentaba: suplicio más doloroso mil veces que los de la Edad Media. La rueda y la cuña tenían, al menos, la ventaja de matar, mientras que los celos feroces de los enamorados, testigos del triunfo de sus rivales preferidos á ellos, causan solamente terribles angustias, de las cuales no se muere.

Trataba de adivinar la escena que no podía ver, estudiando las formas que durante un instante se dibujaron en las cortinas como sombras chinescas.

Veinte veces estuvo á punto de llamar, pero retrocedió ante el escándalo de una violencia, que repugnaba además, á su carácter débil y pacífico.

Por fin la puerta se abrió con un ruido seco, y la berlina se alejó.

Respiró Rodolfo.

Arrimóse al ángulo de la calle de Clichy, ocultándose lo mejor posible.

Luego, cuando el carruaje desapareció hacia la *chaussé d'Antin*, subió al hotel de Sarah y, tembloroso, apoyó el dedo en el botón del timbre.

Sarah, que aquella misma mañana había arrojado á Rodolfo de su casa como á un lacayo, lanzó un suspiro de consuelo cuando su doncella fué á anunciarle por la noche.

Por una contradicción ordinaria en la especie humana, se sentía satisfecha de hallar á media noche al confidente rechazado por el día.

Estaba moribunda, exasperada.

Había comprendido en la actitud del conde, en sus menores gestos, en la sonrisa glacial de sus desdeñosos labios, una especie de desprecio natural y feroz el de los aristócratas, ante los cuales todas las puertas se abren de par en par, desde las del jockey hasta las del salón íntimo de las viudas del noble barrió para las gentes viciosas, cualquiera

que sea el origen de sus faltas ó la causa de su exclusión.

Una cólera sorda se había apoderado de ella.

Su altiva naturaleza sufría horriblemente con la derrota.

Se había ofrecido á él, ella, que veía á los hombres de todas las esferas artodillarse á sus pies, y había sido rechazada. Había tendido las manos, se las habían tropezado con la punta de los dedos por piedad, demostrándole la distancia que subsistía, y que ella había querido colmar con oro, como los sitiadores de las plazas fuertes llenan los fosos con cascotes ó restos de las murallas.

Le había amado apasionadamente: la parecía que le odiaba con furor.

Si el conde hubiera estado presente ante ella, en el primer momento, después de lo pasado, se hubiera abandonado á involuntarios excesos; tan sobreexcitados estaban sus nervios.

La hija del arroyo resucitaba.

Se adivinaba en ella el desbordamiento de una cólera que necesitaba expansionarse.

Así es que acogió á Rodolfo como á un salvador.

Iba á encontrar un corazón que torturar, á vengarse de los hombres en uno de ellos, y devolverle las humillaciones que había recibido.

De Lignerres entró con timidez, como un colegial retrasado que se desliza en su banco para esquivar la reprimenda de su profesor.

Colocó el sombrero sobre un mueble, como de costumbre, quitóse los guantes sin decir una palabra y aproximóse á la chimenea, sin atreverse á levantar los ojos ante su amante.

Esperaba la explosión de sus censuras y colocaba la espalda para recibirlas; pero se encontraba allí, lo cual era una inmensa felicidad para él. Sus pulmones se dilataban ampliamente en aquel *boudoir* donde todos los perfumes le eran familiares. Respiraba el mismo aire que Sarah, y la sentía cerca de él. ¿Qué le importaba su cólera?

Ella, durante su silencio, le contemplaba curiosamente.

Se asombraba de haberse entregado á aquel hombre entre dos edades, sin distinción, de vulgar aspecto y tan diferente á Santiago.

— ¡Oh! llegais oportunamente, querido mío — exclamó con rudeza. — Tengo muchas cosas que contaros.

Sorprendido de aquel *debut*, y del tono ronco de su voz, tan melodiosa habitualmente, osó levantar los ojos ante la judía.

Quedó estupefacto al ver su aspecto.

Sus facciones estaban trastornadas por la cólera; sus ojos inyectados en sangre; sus dientes rechinaban como si en una noche de invierno se hubiese extraviado entre la nieve; su pecho se agitaba violentamente, y las venas de su cuello, aquellas venas azules, estaban hinchadas como un torrente después de la tormenta.

Aproximóse á ella mostrándose complaciente y conciliador.

— ¿Qué teneis, querida amiga? — le preguntó.

— ¿Qué es lo que tengo?... Debíais suponerlo. ¡En verdad que sois torpe!

— ¿Ha venido?

— Sí — dijo ella enjugándose la frente; — me ha dispensado ese honor; pero es bretón; le habíais juzgado bien. Esas gentes tienen otra sangre distinta que la nuestra; se creen superiores.

— Habéis experimentado una decepción.

— Es cierto.

— Me lo esperaba.

— ¡Oh! vos, querido mío, poseéis una rara perspicacia; podeis vanagloriaros de ello. Además, que vuestra fortuna lo demuestra perfectamente. No se llega á vuestro puesto sin uno de esos méritos trascendentales, con los cuales se adivina todo. No os habeis equivocado; ese bretón, como decís, me ha hecho comprender que he nacido una mujer cualquiera; que así he vivido y así moriré; pero me vengaré, os lo juro; me vengaré.

— ¡Ah! — esos señores y esas damas — exclamó con expresión de reconcentrada rabia — que han nacido entre seda y terciopelo, guardados cuidadosamente por sus nodrizas é institutrices, fieles y bien pagadas; que han crecido bajo el ala de sus madres en hermosos parques plantados de árboles y llenos de agua; que han estado rodeados de cuidados, de preceptores, y, sumidos en todas las abun-

dancias de la vida, se juzgan más grandes de corazón y de alma que nosotros! ¡Nos echan en cara su probidad sin mérito y sus fáciles virtudes; veremos, cuando la miseria les agobie, la cara que ponen ante esa sociedad, de la cual son humildes criados!

Llamó.

Apareció la señorita Celestina.

Sarah escribió algunas líneas con rapidez y puso una dirección.

—Haced que lleven este billete en seguida para M. Blownt.

La señorita Celestina objetó que todos los criados estaban en sus habitaciones.

—Llévadle vos misma si no puede ir nadie dijo Sarah con tono breve.

Y sin ocuparse más tiempo de la vacilación de la doncella:

—¡Ah!...—repuso—¿quieren guerra?.. Pues bien, ¡la tendremos! Las hostilidades no se harán esperar. Ese hermoso dominio de Kerjean veremos en lo que se convertirá en manos indignas. ¡Hermoso noble! Santiago sin dominios... Muéstrate orgulloso de tu nombre, y guárdalo.

Y viendo á Celestina aún allí;

—¿Aun estais ahí? Salid... y dejadme—la dijo.

Y cayó desfallecida sobre un sillón.

Cuando volvió en sí, Rodolfo estaba de pie devorándola con la mirada.

—¿Acaso vas á permanecer ahí?—le dijo.

—¿No has comprendido que todo ha terminado entre nosotros?

—¡Ingrata!—murmuró el ministro.—¡Cómo desconoces á tus amigos!

—¡Oh, sí, es cierto!—repuso amargamente.—Olvidaba que estás loco por mí... Soy tu pasión, como ese imbécil era la mía, y te devuelvo el mal que me causa. Cierto, mi pobre Rodolfo; tentada estoy de compadecerte, porque si sufres tanto como yo, no serás dichoso.

Y por un arrebato súbito estalló en sollozos.

Rodolfo se arrodilló á sus pies.

—¿Por qué lloras?—la dijo.—¿No tienes felicidad suficiente, por otra parte? Hay que creer en las compensaciones.

—Y ¿qué es eso?—contestó ella.

—Los filósofos pretenden que la parte que cada uno tenemos de alegría y pesares, es igual para todos.

—¡Idiotas!—exclamó ella con cólera.—¿Vas á explicarme ahora un curso de metafísica? Amaba á Kerjean ardientemente, con rabia. Nada más veo. Me rechaza. Me vengaré con salvaje alegría. ¡Ah! soy una pobre mujer, una criatura indigna! ¡Sea! Hasta ahí he guardado cierta reserva, es verdad que me he prostituido, vendido con misterio. Nada tengo que replicar. Ya verá el caso que hago de sus injurias y de las opiniones de su sociedad. Yo le salpicaré con mi riqueza: yo me burlaré de él.

Te he recibido tímidamente, con precaución, como si cometiese un crimen y no fuese libre de entregarme á quien me agrada. Te

has deslizado furtivamente durante la noche en mi casa; si quieres ser mi amante, tienes que serlo haciendo frente á París entero. No te amaré más por ello, pues bien comprendes que no se trata de un atractivo inútil, y que solamente la cólera me entrega á ti. Pero ¿qué te importa? Tú no eres sentimental; no es el alma ni el corazón lo que buscas ¿no es eso?

Además, que es muy probable que no encontraras en mí ni lo uno ni lo otro, según la opinión del señor conde de Kerjean; de ese bretón noble y altivo, de doctrinas rígidas, que juega su fortuna en la Bolsa y se expone á no pagar sus deudas, no sabiendo con certeza si perderá ni más ni menos que cualquier otro.

¿En qué se funda el honor tan decantado de un noble? Si la renta hubiera bajado treinta céntimos más, se hubiera visto obligado á pegarse un tiro, ó á vivir deshonrado ese conde sin miedo, sin temor y sin reproches.

Después pasó bruscamente á su tocador.

Rodolfo estaba inmóvil, no sabiendo como apagar aquella cólera.

Oía el ruido de los brazaletes arrojados sobre el mármol, y del agua en la palangana donde bañaba su cabeza y los barzos tratando de calmar la rabia que la ahogaba.

Luego apareció blanca como un fantasma, y sin preocuparse de su amante, estalló en sollozos.

Rodolfo se aproximó hablándola dulcemente.

Ella hizo como que no oía.

Entonces él formuló ardientes súplicas. La hizo presente que era su vida y que estaría orgulloso de demostrárselo así al mundo entero, que nada le detendría: que su sueño era el vivir en un lugar aislado, en un desierto, donde ella quisiera, con tal de poseerla; que era la más adorable de las mujeres; que la daría su nombre si ella lo deseaba, pronto á todo por complacerla, considerándose feliz si consentía en asociar su destino al suyo.

Cubrió sus manos de besos, y como le mirase casi con ternura, se imaginó que iba á ceder, cuando de pronto se encolerizó de nuevo.

—¿Acaso te figuras que es la misma cosa?

—esclamó.—Tú no te conoces. Porque eres ministro te crees dotado de todas las cualidades y de todos los méritos. Kerjean es el día, tú eres la noche. El es magnífico, tú eres grotesco. El es joven, es decir, el esplendor y la fuerza; tú eres viejo y significas la decrepitud y la impotencia.

Oyóse una queja, un suspiro ahogado de Rodolfo.

Le atrajo vivamente hacia ella.

—No me hagas caso—le dijo—estoy nerviosa, enferma, no conservo ni la razón. Quédate á mi lado, siempre has sido bueno y deberías amarme. Hago mal. Déjame dormir. Mañana todo habrá concluido y te juro ser tuya. Haré cuanto quieras; pero esta noche he sufrido mucho. Era una humillación y había perdido la costumbre de ser humilde. En

otro tiempo ni siquiera lo hubiera notado, porque estaba habituada. La fortuna me ha perdido al deslumbrarme.

Sarah pronunció estas últimas palabras con voz apenas perceptibles. Rodolfo la vió palidecer.

—¡Aire!—dijo ella—¡Me ahogo!...

### XXXIII

Cuando salió el sol al día siguiente, un habitante de Niza no lo hubiera conocido. Se asemejaba á un deudor que no se atreve á salir por miedo de verse acosado por sus acreedores, ó de un marido celoso que se disfraza con una capa color ladrillo para sorprender á su infiel consorte.

Era un verdadero sol de noviembre, brumoso y bueno para causar *spleen*.

Santiago no tenía necesidad de su influencia para carecer de iniciativa.

La escena de la víspera había agotado el poco valor que le quedaba.

Entraba en el periodo de laxitud y disgusto que sigue á las grandes derrotas.

El general de Montigny no le había contestado. Esperaba su decisión con impaciencia. Era su último recurso.

Otros se hubieran dicho que con un nombre como el suyo, y disimulando diestramente su ruina, aun le quedaba la esperanza de encontrar una heredera burguesa, presurosa por dorar el blasón que colocaría en sus pañuelos de bolsillo, en las portezuelas del co-

che y en el papel de cartas; pero su corazón era demasiado recto para consentir vivir á expensas de una mujer.

Pensaba en la avalancha de papel sellado que iba á caer sobre él, cuando un jinete entró presuroso en el patio de su pabellón por la puerta cochera, abierta de par en par, y al verle en la ventana, le saludó con el látigo.

Era Courcelles.

Entregó la brida de su caballo á un palafrenero, que se apresuró á servirle, y subió la pequeña escalera de encina que conducía al primer piso.

—No quiero tener nada tuyo—dijo entrando,—y por consiguiente, te devuelvo un objeto que te he quitado.

Era la pistola que metió en su bolsillo la noche del desastre de Kerjean.

El conde le dió las gracias con amarga sonrisa.

—Tuviste una buena inspiración—le dijo porque entonces hubiese sido capaz de cometer una tontería.

—¡Enorme! ¿Acaso no hay mil medios para que un hombre repare sus pérdidas? No se renuncia á montar á caballo por una caída en un foso.

Y sin preámbulos, añadió:

—¿Quieres casarte?

—¿Quién me había de querer? ¿Dónde está la desgraciada de treinta años, abandonada de los hombres, para aceptar á un arruinado como yo?

—¿Qué importa el motivo? Si no es ni fea,



ni contrahecha, ni vieja, ni tonta y se sacrifica, ¿consientes?

Santiago encogióse de hombros.

—Sé franco— prosiguió Courcelles; — ya has recibido proposiciones.

—¿Cuándo?

—Ayer noche.

—¿Dónde?

—En la calle de Milán.

—¿Cómo lo sabes?

—Por mi policía.

—Pues va por mal camino.

—No niegues rotundamente: es exacto. La bella Sarah no es despreciable, tiene buenos millones; la cosecha ha sido buena para ella; la conversión, las primas, las bancas; todo, en fin, ha dado producto y me figuro ver tu dinerillo dormido en el fondo de su hucha.

¿Por qué no cedes? Con eso, de un golpe adquirirés de nuevo tu dinero y el suyo, y además la ganancia de una muchacha bonita y de gran experiencia. ¡No será ella quien se arruine, ni tú con ella! ¡Morirás como un nabab!

—Eres un burlon consumado— dijo Kerjean.

—Y tú demasiado descontentadiza— repuso Courcelles.—Si la novia tiene algunos girones en su traje de inocencia, el agua de Pactole borra mejor las manchas que la química del mejor tintorero del mundo. En fin, ¿no consientes?

—Ciertamente que no.

—Y sin embargo, ha debido estar seducto-

ra. ¡Qué magia en las miradas! ¡Qué elocuencia tan irresistible y soberbia! ¡Oh! es una mujer divina; hace tiempo que yo había previsto sus proyectos. No me precio de brujo; pero he observado que te rondaba cautelosamente, como el milano que se cierne sobre su presa. Pero es tu salvación y debes pensarlo detenidamente.

—No me fastidies.

—Es singular; eres estravagante en extremo. Si se hubiera ofrecido á alguno de nuestros amigos (dispensa, quiero decir á alguno de nuestros conocimientos) se precipitarían en su bolsillo, como los náufragos en una chalupa. En fin, no hablemos más de ello. Esa barca de salvación se te escapa ó tú te escapas de ella. Como gustes; pero existen otras.

—No encuentro ninguna.

—Acaso estás ciego?

—¿Dónde están?

—Cerca de aquí.

Santiago comprendió: un suspiro se escapó de su pecho.

—Es demasiado tarde,— dijo.

En el mismo momento, un personaje vestido de negro, con corbata blanca, de rostro fresco y colorado, bullicioso y vivo, penetró en el patio.

—¿El señor conde de Kerjean está en casa?— preguntó á un criado que salió á su encuentro.

—Lo ignoro.

—¿Quereis pasarle mi tarjeta?

—Con mucho gusto.

Courcelles, que la recibió, dió él mismo la orden de introducirle.

—Es el heraldo de armas de Mad. Sarah Feller—dijo—viene á anunciarte...

—Una declaración de guerra?

—No, un mandamiento, á fin de liquidar con ella, y con todos los usureros, aves de rapiña é hijos de Judea. Es un alguacil; lee.

La tarjeta llevaba, en efecto, estas señas:

*Robinet, alguacil. Rue Montmartre, 92.*

A pesar de su fuerza de voluntad, Santiago experimentó un estremecimiento nervioso.

Aquella invasión de los agentes de la ley en aquel territorio, virgen durante tantos siglos de semejante insulto, le desconcertaba.

Los cristianos arrojados en los circos para ser pasto de las fieras, debieron experimentar igual sensación. Iba á ser presa de una banda de roedores.

Hasta entonces solo había previsto su ejecución, pero al presente iba á asistir á las operaciones de sus rapaces enemigos, como un cultivador de la Mitidja que vé las langostas invadir sus cosechas.

El fiel Juan anunció:

—El señor Robinet.

—¿El señor conde de Kerjean?...—preguntó el alguacil con amable sonrisa.

—Soy yo, caballero.

—Tienes suerte—dijo Courcelles á media

voz á su amigo.—Este alguacil es muy fino. Desconfía.

—Tengo el honor, señor conde—repuso M. Robinet cada vez mas amable—de significaros que traigo un mandamiento de pago, en virtud de una obligación suscrita en el estudio de M. Jacob el 15 de agosto de 1877, ejecutoria, la suma de un millón de francos, mas nueve meses de interés vencidos, sin perjuicio de otra suma de ochocientos mil francos de una segunda obligación vencida hace dos días solamente, y por la cual mis clientes me han recomendado la más absoluta reserva.

—Once y ocho, diez y nueve—dijo Courcelles.

M. Robinet se inclinó.

—Perfectamente, caballero.

—Ya comprendéis—dijo Courcelles—que mi amigo no tiene aquí los mil novecientos billetes de mil francos en su cajón. ¿Qué pensáis hacer?

—Obrar con la mayor premura.

—¿De modo que vais á embargar este pabellón?

—No; nosotros empleamos otros procedimientos. Mi cliente, el honorable M. Baltasar Abraham Levy, muy conocido en la banca, por la facilidad con que presta sobre buenos y garantizados bienes, se contentará con la hipoteca que se le ha autorizado sobre el dominio de Kerjean, que hará vender simplemente.

No quiere de ninguna manera turbar la

tranquilidad del señor conde, su deudor, y por mi parte, yo no me prestaré á ningun procedimiento inútil y vejatorio.

—No se puede ser más cortés—dijo Courcelles.

—Si el señor conde quiere consentir la venta simple á los postores en la cámara de los notarios, se evitará muchos gastos y papelotes tan inútiles como costosos.

—Con toda mi alma, caballero—dijo Kerjean.—Desde el momento en que esa ejecución es necesaria, no debo retrasarla oponiendo ningun obstáculo. Estoy pronto á firmaros todas las autorizaciones oportunas.

—Con la condición—añadió Courcelles—de que se nos evitarán todos los demás gastos, papel sellado y demás, y que será prorrogado todo procedimiento ulterior hasta el fin de la venta. No nos embrollemos. ¿Teneis poder de vuestros clientes?

—Absoluto.

—Entonces os ruego prepareis el acta que voy á firmaros.—añad,ó Kerjean.

—Aquí está—dijo el alguacil sacando de su cartera un papel deteriorado.

Courcelles lanzó una mirada oblicua á su amigo.

—Es un golpe preparado de antemano—dijo en voz baja.

Y al alguacil.

—¿Qué es lo que contiene ese acta?

—La autorización para vender el dominio de Kerjean á los postores en la cámara de los notarios de Paris, por mediación de mon-

sieur Jacob, sin procedimiento, á los quince días de su anuncio.

—Es bien breve—observó Courcelles.

—Concluyamos—dijo el conde.

Una hora después, M. Robinet era introducido en el salon de Sarah.

—¿Y bien?—preguntó.

—Está hecho. El conde es un cordero; presenta el cuello con la mayor facilidad del mundo. Podeis ahogarle. ¿Y es buena esa posesión?

—Excelente.

—¿Vale el dinero?

—Sobre poco más ó menos.

—Entonces, ¿no os habeis metido en un mal negocio?

—Regular.

—¡Que el dios de los judíos sea loado! He aquí otra pluma que vuela del ala de los cristianos. ¿Ya no necesitais mis servicios?

—No; lo demás le incumbe á M. Jacob.

Al día siguiente las esquinas de Paris se veian cubiertas de carteles de todos colores anunciando la venta del dominio de Kerjean, incluso los departamentos del Morbihan y del Finisterre bajo el tipo de un millon quinientos mil francos.

M. Jacob apresuraba el asunto.

La noticia cayó como un rayo en el hotel de Guersaint.

Los amigos de la casa se aglomeraban en torno del marqués con los rostros compungidos: los comentarios iban en aumento.

Las viudas nobles clamaban contra seme-

jante escándalo y no dejaban de criticar las costumbres del tiempo, que consienten vender á los villanos las tierras señoriales de aquella importancia.

Se cuchicheaba á media voz por los rincones y bajo los abanicos.

—¿Dónde habrá perdido el conde todo ese dinero? En tan poco tiempo, querida mía, ¿qué pensais?

—En el círculo.

—O en Monte-Carlo á la ruleta.

—O á la Bolsa.

—París es un inmenso garito: esos clubs no son más que cavernas.

—Y luego que hay también ciertas señoras...

—Mujerzuelas, querreis decir, que...

—¿Acaso son tan ruinosas? Yo creí que se las tomaba á sueldo.

—¡Ah! pero aun cuando así sea, cuesta muy caro, á causa del precio de las *toilettes* kamativas que se ponen!

—Así parece: en fin, es una lástima.

—¡Bah! es un guapo chico que encontrará dónde establecerse.

—Un Kerjean no puede quedarse en medio de la calle.

—Y que, después de todo, el honor está intacto.

—Nose sabe—insinuó una vieja solterona y acartonada.—La cifra de las deudas es increíble.

—¿Pero tan grande es?

—Mucho más de lo que podais suponer.

¡Millones! Lo sé por buen conducto. ¡Un dinerál!

—Pagará el marqués. ¡Cómo es tan rico!

—Pero está muy irritado contra su sobrino y no quiere oír hablar de él.

En medio de toda aquella gente, Magdalena conservaba su jovialidad. Iba de un lado á otro alegre y maliciosa, defendiendo á Santiago con gestos desdenosos cuando sus buenas amigas trataban de hacerla comprender la extensión del desastre.

Courcelles se aproximó un instante á hablarla en voz baja en un ángulo del salón. Su rostro resplandecía.

Hacia las nueve, un criado llevó una carta al marqués.

Era del general de Montigny.

Magdalena la leyó por cima del hombro de su padre.

«Mi viejo amigo.

«¿Qué desgracia os ocurre? Santiago me pide mi protección para alistarse en cazadores. Con la reciente organización, eso ya no es posible, pero tal vez encontremos otro remedio á su situación. Os lo advierto á fin de que dictéis mi contestación. Hacedme la menor indicación y parto.

Abrazad en mi nombre á mi pequeña Magdalena y á vos os estrecho la mano con la antigua amistad que bien pronto cumplirá cincuenta años. La respuesta á vuelta de correo.

EL GENERAL DE MONTIGNY.»

—Bien ves, padre—dijo Magdalena—que Santiago conserva siempre el mismo corazón.

## XXXIV

A partir del día en que se fijaron los carteles de la subasta de Kerjean en las esquinas de París, una nueva era de felicidad comenzó para el ministro.

Le parecía que Sarah se había convertido en otra mujer.

Ella, de carácter altanero é imperioso, pero al mismo tiempo frío y calculador, y de una igualdad perfecta, se había metamorfoseado en nerviosa é irritable.

Experimentaba accesos de cólera repentinos, y dulzuras inesperadas.

Pero á pesar de esto, Rodolfo era completamente dichoso.

Sarah, no podía prescindir de él.

Se le veía en el ministerio, en el cual hacía cortas visitas, el tiempo preciso para leer apenas los pliegos que ponían á su firma.

Despachaba los negocios y á los solicitantes con gran presteza; pero las cosas no marchaban mal por eso.

A menudo la casualidad tiene más talento que en la mayor parte de las secretarías, donde son generalmente los funcionarios de una torpeza lenta y majestuosa.

Por otra parte, él, que era, bajo todos conceptos, adusto y rígido; él, que había conservado de su país y de su medianía primera, cierto arte para vestirse mal, asemejándose á

esos comisionistas domingueros, adquirió aptitudes de elegancia y cortesía, de las que nadie le hubiera creído capaz.

Todos sus esfuerzos se cifraban en merecer los favores de Sarah que, bien pensado, no fijaba su atención en él, ni más ni menos, que en el *King Charles* que hubiera paseado libremente por su hotel.

Se le veía por todas partes con ella: en el bosque, en el teatro, en los comercios.

Ella tan casera, y que tan rara vez salía en otros tiempos, deseaba ardientemente distraerse y aturdirse con el movimiento y cambio incesante de aspecto y de sitio.

En cuanto á Rodolfo, era mucho mejor: generoso, cortés y amable con todos aquellos que le trataban.

Se hubiera dicho que quería hacerse perdonar su calaverada. Pero no había que hablarle de otra cosa que de Sarah.

—Estás des conocido—le decía Balussan.

—Te rejuveneces, palabra de honor. No eres tan glotón ni puritano como en otro tiempo. Ahora no escribirías aquello de «¡La disolución por el poder!» Mejor te quiero así. ¡Subamos al Capitolio y demos gracias á los dioses!

El retrato de la judía, completamente terminado, reposaba sobre un caballete del pintor.

—He ahí la hada cuya varita me ha transformado—dijo Rodolfo.

—Se dice que no os separais. ¡Ten cuidado que no te embruje!

—Eso deseo.

—Pero das pábulo á la publicidad.

—Estoy orgulloso de ello. ¡Es tan encantadora!

—Pues entonces—dijo Balussan.—La Valliere, la Montespan, la Pompadour, que nunca han tenido fama de feas, son la excusa de sus amantes. ¿Por qué las denigras tanto en tus escritos, ramplón? Hoy te lo devuelven con creces.

Y le tendió un periódico reaccionario.

En él de Lignerés era tratado duramente.

Se le censuraba por los pasajes de su libro.

Un hombre de estado no debe escribir nunca tratados de moral, que se vuelven contra él un día ú otro. Se le llamaba sátrapa, y las alusiones á su querida eran tan visibles, que nadie podía dudar.

Rodolfo se echó á reir.

—Todas esas bromas me son indiferentes

—dijo á Balussan;—ahora estoy acorazado contra lo que pueda sobrevenir, á excepción de una sola desgracia.

—¿Cuál?

—La de perderla.

Además, Sarah le trataba como á un negro. Jamás súbdito alguno rindió más vasallaje. Disponía de los destinos según su antojo.

—Tu poder vacila, querido mío—le decía; hay que aprovecharse. Los demás hacían lo mismo: imitémosles.

Y distribuía credenciales particulares ó generales y prefecturas—porque de todo dis-

ponía—de la misma manera que se le dan á un ciego de la calle cinco centimos.

Durante cinco ó seis semanas cambió la administración, y para colocar á sus favoritos llevó á cabo infinidad de cesantías que mataban—como ella decía—cierto número de mandarines.

En aquella época fué cuando una media docena de hebreos ascendieron á puestos eminentes; Sarah tenía amor á su pueblo.

Pero la parcialidad evidente del ministro concluyó por empeorar su situación, ya comprometida por desagradables murmuraciones. Se ocupaba demasiado de su querida y no tanto de los soberanos, cuyo voto debía precipitar su caída.

Es verdad que después de dos ó tres días de difíciles complacencias le recompensaba con fugitivos instantes de una felicidad tan perfecta, que se hubiera arrojado al fuego á la menor indicación de aquella encantadora cabeza para obtener de nuevo sus favores.

Pero Sarah sufría.

Cuando estaba sola, su doncella, la señorita Celestina, la encontraba víctima de crisis nerviosas; sin causa aparente, lloraba ó reía con esa risa desoladora que tanto impresiona en los manicomios.

Su amor por Santiago se había exasperado con su silencio. Había esperado que la escribiera ó que procurase verla. En sus salidas se dirigía con preferencia á los sitios que él frecuentaba de ordinario, pero no le encontraba en ninguna parte.

Veía constantemente el rostro triste y digno del conde, al abandonarla sin volverse, sin censuras como sin consuelo, sublevado á la sola idea de dar su nombre á una mujer perdida.

Otras veces se entregaba á repentinos furros, pensando en la infamia de que estaba cubierta y en el ostracismo á que el mundo la condenaba.

Courcelles, que seguía con la paciencia de los desocupados aquel drama íntimo, cuyos detalles conocía, se encontraba una noche en su salón.

Blownt y de Lignerés entraron.

Se habló de las noticias que circulaban, y particularmente de una guerra cotidiana que un gran periódico hacía al ministro, atacándole perfectamente en los puntos más vulnerables.

—¡Bah!—dijo Blownt, que sólo admiraba el dinero sin preocuparse de nada más.—Deja que digan, y goza de tu fortuna; ella te consolará.

—¡La fortuna!—exclamó Sarah con violencia.—No sabéis pronunciar más que esa palabra... ¡qué vergüenza!... ¡Y pensar que estoy condenada á vivir con semejantes seres, y oír su lenguaje abyecto?... ¡No recibir más que á gentes cuyo único orgullo consiste en apilar escudo sobre escudo!... ¡Con miserables que un hombre honrado ni siquiera saludaría en la calle!...

Blownt trató inútilmente de calmarla.

—Ya que tanto amas al dinero—dijo—hé aquí un medio de procurártelo.

Tomó un cofrecillo lleno de alhajas, perlas y diamantes.

—Tómale—dijo.—¿Quieres brillantes, perlas, esmeraldas y títulos de renta? Puesto que nada es imposible á quien posee esta riqueza, de la que tanto caso haces, traéme aquí una mujer honrada, y te lo arrojó todo al rostro.

Y como Blownt y Rodolfo se callasen:

—¿Rehusais? Bien veis que eso es superior al poder de vuestro oro y á la autoridad de un ministro! ya lo sabia yo, conque así, mirad el caso que hago de vuestros millones.

Y asió un puñado de alhajas y de diamantes que lanzó por las ventanas abiertas.

Luego, sacudida por un espasmo convulso cayó sobre el pavimento.

Blownt, que no perdía la cabeza, asustado por el escándalo de que sus enemigos y los del ministro no dejarían de sacar partido, salió prontamente para recoger lo tirado, dejando á su hija confiada á los cuidados de Rodolfo y de Courcelles.

Rodolfo se echó á sus piés, dándole los nombres más cariñosos para apaciguarla.

—Dejadme en paz—le decía.—Marchaos. Quiero estar sola. Me cansais: vos tenéis la culpa de todo.

Ante aquellos mandatos no había más que ceder.

Obedeció, tratando de llevarse á Courcelles.

—Quedaos, os lo ruego—dijo Sarah al joven.—Os necesito.

Quería hablarle de Kerjean.

El adivinó su pensamiento.

Cuando estuvieron solos:

—¿Habéis visto al conde? ¿Qué es de él?

—Nada más que lo que sabéis.

—¿Se acuerda de mí?

Rara vez.

—Me odia demasiado para pronunciar mi nombre—exclamó.

—No—dijo Courcelles.—El pobre Santiago os amaba de veras; tal vez piensa todavía en vos; pero no le comprendéis. Haced mal en detestarlo.

—¿Yo?—esclamó ella con los ojos enrojecidos por el deseo—¿yo detestarlo? Me conocéis mal; le amo hasta morir, á pesar de que comprendo que para él soy un objeto repulsivo.

Y quiso referirle la escena.

Courcelles la detuvo.

—Lo sé todo—dijo.

—¿Por él?

—No: lo he adivinado. Es demasiado reservado para confiar ni aun á su mejor amigo un secreto que no es solo suyo. Yo me paseaba como un filósofo y he observado.

—¿No es cierto—prosiguió ella con pasión—que es generoso y bueno?

—Es solamente un gran señor. Cualidad tan rara como preciosa: la raza no se compra.

—¿Tanto como yo le amaba!

—Tanto, que no habeis querido entregaros á él. ¡Qué caprichosa sois, y qué difícil de conocer!

—No era por falta de corazón, os lo aseguro. Puedo confiaros todo á vos que sois mi amigo.

—Yo siempre soy el amigo de las mujeres bonitas, pero amigo platónico y desinteresado, sin duda por eso me son fieles; nada las pido.

—Pero las dais siempre.

—Me cuesta tan poco. La caja del gran Courcelles, no tiene secretos para su hijo.

—Sois dichoso.

—No me quejo. Limitando uno sus deseos...

—Eso os es fácil... ¿Y Santiago?

—Sí, volvamos á ese buen Santiago.

—¿Qué vá á ser de él?

—Todavía pensais...

—Siempre, lo confieso: es mi pesadilla.

—¿De qué singular amalgama estais compuesta! ¡Excelentes bondades y vicios diabólicos! A veces me pareceis odiosa, y á veces siento tentaciones de arrojarme á vuestros piés: ¡sois siempre deseable! Me recordais los únicos versos que he hecho en mi vida. Se los dirigí á no sé quién, á vos probablemente, un día que tuve esa ocurrencia.

La mujer apareció un instante.

—¿Qué no direis?—replicó—¿Os cuesta tan poco!

—Justamente; pero temo embrollarme. Cuando se ha bebido agua en un vaso de esa calidad no se puede decir ¡fuente!

—¿Y esos versos?

—Empecé por un madrigal y concluí por una sátira atroz. Imaginaba que compare-



ciais ante el Juez Supremo (¡en qué estado!) y terminaba con un apóstrofe enérgico.

Sarah permaneció silenciosa durante un minuto.

—Venid á dar una vuelta—repuso Courcelles.—Tengo ahí mi berlina y vos necesitáis distraeros.

Sarah aceptó.

Cuando pasaban por el boulevard Haussmann, vió en grandes carteles:

«VENTA DEL DOMINIO DE KERJEAN.»

—¡Es mañana!—dijo ella palideciendo.—

Dadme un consejo.

—Hablad.

—Yo soy la única acreedora del conde. Yo soy quien, á cubierto de otras firmas, le he prestado cuanto debe. Me dan ideas de romper sus recibos.

—Guardáos de hacerlo. ¡Jamás aceptaríais!

Ella no desplegó más los labios.

### XXXV

Aquella tarde Balussan fué al ministerio. De Lignerres había salido. Luisa, sola y sentada en el *bureau* de su padre, escribía.

Tan absorta estaba en la carta, que no le oyó.

Avanzó de puntillas á paso de lobo y leyó lo siguiente:

«Mi querido Pablo:

»Hace mucho tiempo que me encuentro constantemente sola, y, sin embargo, las horas se me hacen cortas. Leo vuestras cartas cien veces y cada vez admiro en ellas nuevas delicadezas.

»¡Cuán dulce es amarse!

»Mi padre me abandona, é ignoro lo que se prepara; pero preveo un gran acontecimiento.

»Creo que se aproxima el momento de que abandonaremos este hotel, donde permanecemos interinamente.

»Los porteros no nos guardan las mismas consideraciones.

»Se percibe cierto olor á desgracia.

»El subsecretario demuestra arrogancia en sus maneras, sin tomarse la molestia de disimularlas. Hay pretensiones á nuestra sucesión.

»Todo esto me divierte y regocija.

»¡Si pudiesen adivinar los deseos que tengo de ver desaparecer esa odiosa cartera, que es un obstáculo para nosotros! ¡De ir á respirar en un rincón de verdor que nos pertenezca, lejos de París, que detesto, y con cuyos tristes honores no sabemos que hacer!»

En este momento Balussan tosió violentamente y Luisa dejó caer la pluma de miedo.

—Hé aquí el cartero,—dijo el pintor en voz baja, depositando sobre el *bureau* un bi-

lete, del cual se apoderó la joven rápidamente.

Luego saltó al cuello de Balussan.

—Me olvidaba de abrazarte—dijo.

—Sí, sí, abrázame mucho por él y por mí y procura no ahogarme. ¿Por dónde anda el bueno de tu padre?

Luisa hizo un mohín de tristeza.

—No lo sé. ¿Verdad que en otro tiempo éramos más dichosos?

—Tranquilízate, Luisa mía, que ya lo volveremos á ser—contestó.

Su predicción debía realizarse más pronto de lo que pensaba.

## XXXVI

«Luisa de Lignéres á Pablo de Faverolles.

»Mi querido Pablo:

»El cartero os llevará esta carta. He recibido la vuestra y voy á dormir con ella. En los *Français*, el correo me la ha entregado en propias manos. ¡Qué bueno es mi padrino y cuánto reconocimiento le debemos!

»¡Oh! ¡me acordaré siempre de esa noche de los *Français*!

»Se representaba no sé qué. ¿Podríais recordármelo? Me haríais un gran favor. Una actriz delgada desempeñaba su papel en los *Alexandrins* de un modo enfático. Me pareció que el argumento era griego; pero no pnedo asegurar que no fuera romano ó español. Yo nada oía ni veía nada más que cierta

cabeza que aparecía de tiempo en tiempo en la penumbra de una platea.

»¡Cómo brillaban vuestros ojos, amigo mío! ¡Tenían la claridad de la estrella polar en un cielo de invierno cuando hiela!

»¿Por qué os ocultábais en las tinieblas de vuestro palco cada vez que desde el suyo ministerial mi padre dirigía sus gemelos hacia vuestro sitio?

»¡Os aseguro que era bien inútil ocultarse á sus miradas! no pensaba en vos, y en mi mucho menos!

»Estaba demasiado ocupado en otra parte; pero no podíais notardesde vuestro sitio de lo que llamaba únicamente su atención.

»Enfrente de nosotros, en el proscenio de la izquierda, había una mujer soberbia, resplandeciente de brillantes. Es difícil concebir una cabeza más bonita.

»En su perfil de una gran distinción, calculé que era judía: su color mate, sus ojos negros como el azabache y sus cabellos eran admirables.

»No puedo describiros su *toilette*; era un poema. Figuraos todas las gradaciones del rojo, fundiéndose en un conjunto armonioso.

»Recomiendo dicha obra maestra á mi padrino que vino á pasar una hora á nuestro lado.

»Le he hecho varias preguntas acerca de aquella dama.

»¡No puede permanecer serio ni un minuto

»Me contestó en voz alta ante tres caballeros.

» Luisa saluda á tu madrastra.

» Mi padre sonrió con aire contrariado.

» Al principio no comprendí; y á una señal suya.

» — A fé mía — replicó Balussan — la noticia es bastante pública.

» No se porqué vamos á hacer un misterio de ella, á tu hija.

» Mi padre palideció, enrojeció y se puso color violeta.

» Todos los colores del arco iris pasaron por su rostro.

» — No sabes lo que te dices — contestó con aire vejado volviéndose á otra parte.

« Balussan sonrió enigmáticamente.

» Por mi parte no estaba segura de si bromeaba como en su taller ó si hablaba formalmente.

» Me llamó la atención la insistencia con que mi padre miraba hacia el palco de la dama, que yo titulaba la duquesa de enfrente, á causa de su maravillosa *toilette*.

» De pronto Balussan, que parecía reflexionar, sacó un periódico de su bolsillo y se lo tendió á mi padre.

» — Lee, — dijo — pero te prevengo que es venenoso.

» He aquí sobre poco más ó menos lo que contenía:

« Se anuncia el matrimonio próximo de uno de los ministros más en boga, con la señora S. F., una de nuestras mujeres mundanas cuyo fausto es célebre. Esa bella israelita se encuentra al frente de varios millones

realizados recientemente, de diversas maneras.

» El origen de esa opulencia, concuerda con la entrada de su futuro en el poder.

» Se insinúa también que existía entre ambos una sociedad sobre la cual la tribuna no podría permanecer muda sin causar un escándalo financiero.

» Esa nueva asociación no hará más que regularizar la antigua, sin llevar á los cónyuges, otras ventajas que cierta legitimidad de una unión ya efectuada y chanchullos de Bolsa ha tiempo verificados.

» Es la novedad del día, y vale la pena seguramente de analizarla bien sin aceptar la responsabilidad de ella y bajo toda reserva.»

» — Espero — dijo Balussan — que tirarás de las orejas á ese gacetillero.

» — ¿Por qué? — replicó mi padre.

» — ¿Y te quedas tan tranquilo ante semejante infamia?

» — ¿En qué me concierne?

» Balussan se inclinó al oído de mi padre:

» — Entónces — dijole — ¿no hay ni un solo átomo de verdad en esa repugnante noticia?

» — Silencio, — replicó mi padre colocando un dedo sobre sus labios, y lanzándome una mirada; — mañana hablaremos de eso.

» Y sin más explicaciones dirigióse al palco de la duquesa que estaba enfrente.

» — Balussan me estrechó la mano, y con un acento que no olvidaré en mi vida, me dijo:

» — Dentro de ocho días tu padre habrá per-

dido su cartera. No caerá del poder, sino que será precipitado.

»De pronto mi memoria se iluminó.

»Me acordé que había visto el retrato de aquella dama en el taller de mi padrino; que había tomado nuestra defensa é insistido con cierta autoridad á fin de que mi padre nos concediese el deseado consentimiento: entonces me pareció más encantadora que al principio.

»Sin embargo, sus miradas y su rostro expresaban evidente desagrado, sobre todo desde que mi padre se presentó en su palco.

»Fingía hablarle, pero no le escuchaba sino distraidamente, fijando con insistencia sus gemelos en el palco vecino al nuestro.

»Me incliné y vi una adorable figura de joven, cuyo rostro, guarnecido de cabellos un poco más rubios que los míos, realzaban su hermosura.

»En veinte veces distintas, la judía dirigió sus miradas hacia aquella cabeza rubia sobre la cual se inclinaba un joven, indicándola los personajes que llenaban el teatro.

»Mr. Desvaux, el secretario de mi padre, ese moreno alto, delgado y largo como un día sin pan, y que me hace la corte asiduamente (no tengais celos, mi querido Pablo) me nombró al que conversaba en el palco próximo.

»Era Pedro de Courcelles, el hijo único del gran banquero, reía con la joven rubia y se conocía que se burlaban de aquellas que llamaban su atención y sobre todo de la bella judía y de mi padre.

»En aquel momento no conocía yo aun el artículo que os he copiado: más tarde Batusan me lo comunicó.

»—No es posible,—exclamó una vez enterada de aquella infamia.

»—¡Quién sabe—dijo mi padrino.

»Y con una amargura que desbordaba, añadió:

»—¡Todo se puede temer de esos renegados! ¡Quisieran agobiarle bajo su *in-octavo* «de la corrupción del poder!»

»Me acordé de mi santa madre, volviendo al pasado, y me pareció que ella nos protegería contra toda desgracia.

»Y con la esperanza de nuestra unión y las felicidades que nos esperan, mi querido Pablo, no he vuelto á pensar en las palabras de mi padrino: «Tu padre será precipitado del poder.»

»¿No es ese el único obstáculo que existe para nuestra felicidad?

»Amo á mi padre, y me veo en la necesidad de recordároslo. ¡Ha sido tan bueno y tan tierno para mí!

»Si ahora se aleja de nosotros, él volverá.

»Ignoro lo que tanto llamó la atención de mi vecina hácia el final del espectáculo; pero reía de tan buena gana, que su alegría se me comunicó.

»Olvidé las preocupaciones del principio, y el porvenir me pareció de color de rosa; después le porfié tanto á mi padrino, que le devolví su ordinaria alegría.

»—Hago mal en alarmarme—me contestó,

— porque ese párrafo ha debido ponerle algún miserable. Rodolfo no puede abrigar semejantes ideas.

»No ha llegado á ese extremo. No es ningún águila, seguramente, aunque haya subido tan alto, pero tampoco es ave alguna de sorral.

»Mi padre volvió á nuestro lado tras una larga estancia en el palco de la judía. Esa señora pertenece á la alta banca, según se me asegura; pero de la más comprometida.

»En cuanto á mi padre, tenía el aire preocupado; no obstante, no hizo ninguna alusión al artículo del periódico.

»A la salida nos encontramos con mi alegre vecina de palco; daba el brazo á un distinguido personaje, que debía ser su padre, joven todavía, á pesar de sus blancos cabellos.

»Una berlina enganchada á dos soberbios caballos les esperaba.

»Son personas que pertenecen á lo más escogido de la sociedad; eso se adivina al primer golpe de vista.

»La joven dió un apretón de manos á Courcelles, en un nuevo acceso de alegría.

»Decididamente, no es partidaria de la melancolía.

»Mi padre me condujo al hotel.

»Me abrazó estrechamente, como hace siempre.

»Un momento después oí el ruido de un coche al alejarse, y por curiosidad levanté la cortina.

»¿Dónde iba?

»Un mal pensamiento se apoderó de mí, pero le deseché en seguida.

»Cuando quedé sola, leí vuestra carta, que me remitió mi padrino.

»¡Cuánta bondad, mi querido Pablo! ¡Qué de cosas me decís, que no merezco!

»¿Las sentís vos? Sí, ¿no es cierto?

»Tengo confianza en vuestro amor, y comprendo que sólo concluirá con nosotros.

»Seremos el uno del otro, y bajo la mirada de Dios que nos protege; viviremos unidos hasta la eternidad.

»Os amo tanto, que me sería imposible dejar caer mi mano en otra que la vuestra y pronunciar el solemne sí, si no fuérais vos quien le recibiera.

»Os escribo bien largo, y no obstante me es imposible resolverme á abandonaros. Me parece que estais aquí, cerca de mí, que os veo y que os hablo.

»Hasta pronto, mi querido Pablo; amémos bien, amigo mío; yo tengo confianza. Hasta la vista, y creed en el puro amor que os profesa, vuestra

LUISA.»

Las dos daban cuando se metió en el lecho. Su padre no había vuelto todavía. Lanzó una mirada al retrato de su madre, que la sonreía con ternura; luego se durmió pronunciado el nombre de su novio.

## XXXVII

El periódico estaba bien informado. Sarah, con sus complacencias, había conducido á su amante á esa rabia de amor que decide á todas las locuras.

Se mostraba indiferente á todo, menos al temor de perderla.

Ella, invencible á aquel exceso de pasión, preocupada únicamente por el deseo de ver á Kerjean, frecuentaba los sitios donde creía encontrarle.

Pero el conde no salía.

Confinado en su pabellón, pasaba el tiempo leyendo y sin recibir á nadie.

Sin embargo, una mañana se presentó en el pabellón un visitante preguntando por Kerjean.

Aquel visitante llevaba los cabellos cortados á punta de tijera, el bigote gris y el aire hosco y marcial.

Un balazo marcaba su huella en la sien izquierda.

Iba correctamente vestido, con su redingote abotonado hasta el cuello, y ostentaba una condecoración multicolor; guantes grises y un sombrero de copa alta, inclinado ligeramente hacia la oreja, completaban su equipo.

Era el general.

Kerjean se levantó rápidamente y corrió á su encuentro.

—¿Vos aquí, mi general?—le dijo, estrechándole la mano.

—¿Acaso no me esperabas? ¿Pensabas, que iba á dejarte plantado... galopin?...

Tomó una silla, poniéndose á caballo sobre ella con los brazos cruzados encima del respaldo.

—Vamos—le dijo.—cuéntame tus penas; una buena confesión limpia el estómago.

El conde se apresuró á complacerle.

El general le escuchaba con atención, interrumpiendo las confesiones de Kerjean con enérgicos juramentos.

Cuando Santiago explicó el atractivo que le había perdido:

—¡Cómo!—exclamó el general.—¿Pero qué es lo que tienen esas lindas muñecas, que atraen de esa manera?

Y cuando supo el resto:

—¿De modo que por esa bribona has lanzado al viento tus hermosas tierras, tus arrendatarios que te adoraban, tus campos de alfalfa, de trigo y de avena? ¿Y por esa pícara has sacrificado tus bosques, tu magnífica selva de Kerjean y la caza de que está llena? ¿Y es por esa gorriona por la que has hipotecado el castillo donde naciste, donde ha muerto tu madre, donde tu padre te mecía sobre sus rodillas, la capilla donde todos reposan y donde tú debías reunirte á ellos? Vamos, eres una mala cabeza.

—Bien lo sé.

—Convienes en ello, que es el principio de la prudencia.

—Os dirigis al soldado, y encontráis al subalterno.

Montigny sonrió retorciéndose el bigote, y más bajo le dijo:

—¿Por lo menos la chica valdría dinero?

—Sí.

—¿Y te has aprovechado bien?

—No.

—Entonces eres un imbécil, y esto me sorprende en ti. Yo no sé de qué materia estais formados; palabra. En mis tiempos teníamos las mejores muchachas del mundo por cien escudos.

—Nosotros también—dijo Kerjean.

—Entonces comprendo menos.

—No trateis de comprender. ¿De qué nos serviría ya? El mal está causado.

—¿Estais curado de esa pasión? Necesito saberlo.

—Eso jamás fué una pasión, sino un capricho muy violento. Tal vez se hubiera convertido en verdadero amor, aunque no lo creo, porque no ama seriamente á las mujeres que han pertenecido á todo el mundo.

Se las desea, se las posee y nada más.

—Pero tú has perdido el dinero, y no has obtenido nada, que es lo más raro. En fin, hijo mio, hablemos seriamente. ¿Persistes en tu idea de alistarte?

—Sí.

—Tú, un desocupado, un elegante prendido de veinticinco alfileres, ¿consentirás en desempeñar las funciones más humillantes?

—Quizá me cueste trabajo, pero qué remedio.

—Reflexiónalo: limpiar cuadras, dormir

con la tropa, comer rancho; es oficio bastante duro para los que han vivido de otra manera.

—Esa será mi espaciación. Cuando se escancia el vino...

—Y si estuviésemos en tiempos de guerra, te concedo que el oficio no carece de grandeza, pero durante la paz á que estamos condenados, es muy diferente. Veamos: ¿no podrias hallar otra solución, por ejemplo, la de casarte? Tienes muchos amigos; sobre todo entre las viejas pelucas que te rodean ya te encontrarían una mujer.

—¿Consentiriais, mi general, (me refiero á vos) en deber todo á la que eligieseis, con el único fin de *reponeros*, como se dice en el club?

—¡Hum!—contestó el general.—Es difícil de decidir. Eso depende de las circunstancias...

—Hablad sinceramente.

—Pues bien, no, en ciertos casos: Vverde su nombre á una burguesa enriquecida con el azúcar, el añil ó la mostaza de Dijón; vivir bajo la dependencia de una mujer, no pudienser más que su administrador. Rebajarse al nivel del marido de la reina, ó del hombre de negocios, es demasiado humillante. Quiero tener el derecho de hablar alto en mi casa y no deber nada á nadie, pero...

—Bien lo veis. No me queda otro recurso que vos.

—Sí y no. Por desgracia, lo que deseas es imposible.

Kerjean se puso lívido.

—Entonces, rehusa...?—preguntó con voz ahogada.

—Hijo mío—dijo el general,—escúchame. Adivino tu pensamiento. Quieres huir de una sociedad que te ha concedido rico y te verá pobre. Bien pronto tendrás treinta años; demasiado tarde para empezar la vida; demasiado pronto para abandonarla. Si la guerra estallara, tendrías la suerte de hacerte matar, que quizá es lo que deseas.

Kerjean se estremeció é inclinó la cabeza.

El general, que le observaba atentamente, continuó:

—Hoy todo está en calma; nada se ve en el horizonte, ni una onda en la superficie del mar; hay tampoco viento, que ni siquiera se sabe de donde proviene. Tal vez sea esto un peligro más, pero es oscuro é incierto.

Y he aquí el punto principal; la ley quiere rabaños de corderos para conducirlos al matadero, y no soldados aguerridos y valientes. Esta es mi opinión. Otros piensan lo contrario, y yo no les censuro por eso. Todo el mundo está bajo las armas; pero cada uno guarda su puesto y no trata de permutar con el vecino. Tú estás en situación de guardia nacional, y es necesario que sigas lo mismo. Eso no es una posición social; pero ninguna influencia puede permitirte que te consagres á tu país en otras condiciones.

Contempla tu situación sin pestañear.

No es tan desesperada.

Eres joven. Tu tío te conserva en su cora-

zón un resto de su antiguo cariño. El no lo confiesa, pero se comprende.

Tú eres el hijo pródigo: se matará el ternero más gordo cuando vuelvas á casa, arrepentido y sumiso. El mal es grande, pero no irreparable.

Guersaint y Kerjean no vacilan por un golpe de viento, y siempre habrá un pedazo de pan bajo el techo bretón de vuestros comunes abuelos.

¡Vamos, ten valor! Los verdaderos amigos volverán.

¡Cobarde quien desespera cuando aun le queda un soplo de vida!

Kerjean le escuchaba, pero estaba abatido. Su desaliento resistía á las palabras benévolas del viejo general, que comprendía su impotencia para levantar aquel herido de la fortuna.

—¿Cuándo se vende Kerjean?—preguntó con tono breve.

—Mañana, mi general.

—¿Cuánto debes?

—No me atrevo á decirlo.

—Pero, en fin...

—Sobre dos millones y medio.

—¿Cuánto vale el dominio?

—No lo sé.

—Tal vez más. Eso sería una salvación.

Santiago movió la cabeza.

—Las subastas nos lo indicarán—dijo.

—De modo que bien pronto conocerás tu suerte. Mientras tanto esta noche comes en casa del marqués.



—¿Me invitais?

—En su nombre.

—¿No me habeis dicho que no hay que deber nada á los demás?

—Los Guersaint no son los demás. Es tu padre. ¡Ah, si hubieses tenido el talento de escucharle!

Una berlina se detuvo á la puerta del pabellón.

Un caballo nervioso, seco y firme sobre sus patas finas, marcó su silueta, sacudiendo el bocado de acero lleno de espuma.

El general salió á la ventana.

—¡Hermoso animal!—dijo.

Santiago cambió de color.

Acababa de reconocer el carruaje de Sarah.

La judía, vestida de negro y con el rostro velado, atravesó el patio con ese paso airoso de las mujeres bien formadas.

—Buena persona!—dijo el general.—No estás tan abandonado como creía.

—Esa no es una mujer, mi general; es una acreedora.

—¿También tiene una hipoteca?

—No.

—Entonces ¿se ha fiado de tí?

—Desgraciadamente para ella.

—¿Cuánto la debes?

—Cuatrocientos mil francos.

—¡Diablo! Ahí es nada. ¿Luego és muy rica?

—Inmensamente.

El general adivinó el misterio.

—¿Es ella?—preguntó.

—Sí,—contestó el conde.

—¿Vas á recibirla?

—Podeis quedaros: no tengo secretos para vos.

—Pero ella los tendrá para tí. Tente firme, y hasta la noche.

El general salía.

Cruzóse con la visitante, que iba precedida de un criado.

—¡Cáspita!—gruñó entre dientes,— cualquiera se condenaría por semejante demonio.

En el momento de entrar, preguntó el criado:

—¿A quién anuncio?

—A nadie. ¿Está ahí M. de Kerjean?

—Sí, señora.

—¿Solo?

—Sí, señora.

—Dejadnos, entónces.

Pronunció estas palabras con un acento tan imperioso, que el fiel Juan, desorientado, desapareció.

Sarah abrió la puerta y entró.

Santiago permanecía en la misma postura, sentado en su *bureau* y continuando la carta interrumpida con la llegada del general.

La judía levantó el velo.

Estaba deslumbradora. Sus labios rojos, los ojos brillantes, sus magníficos cabellos negros, rizados sobre la frente, su talle flexible y su admirable busto, completaban una de esas bellezas tentadoras, ante las cuales los hombres no tienen fuerza ni energía.

—Vengo á vos—dijo—puesto que vos no volveis más á mí.

Y aproximándose á Santiago, añadió con voz sorda y vibrante:

—¿Tanto me odias?

El sonrió melancólicamente.

—No—dijo.

—Deseo hablaros por última vez—repuso ella.—¿Consentís en escucharme?

Santiago se levantó, y aproximando un sillón al suyo, designólo á la judía.

—Hablad—contestó;—ya os escucho.

## XXXVIII

El ayuda de cámara salía del vestíbulo cuando la señorita de Guersaint penetraba en él.

—Juan—dijo vivamente,—os necesito.

¿Hay una mujer en la habitación de vuestro amo?

El criado hizo un signo afirmativo.

—La he visto. He aquí de lo que se trata. Van á vender á Kerjean.

—¡Ay!—suspiró el criado.

—Esa mujer es una judía inmensamente rica que quiere comprarle. M. Blondeau me ha informado. Yo, Juan, no quiero que Kerjean se venda á otros, oídlo bien. No quiero que el pobre Santiago se vea arruinado. Es preciso que yo sepa lo que esa dama viene á proponer á vuestro amo. Abridme la habitación próxima adonde se encuentran, pero sin

ruido é inmediatamente. Os quedareis conmigo.

Y como el criado vacilase:

—Se trata de Santiago, ¿lo oyes?—dijo.—

Apresurémonos.

Un minuto después, con el oído pegado á la cerradura de la puerta del salón y el corazón palpitante, escuchaba la conversación de Sarah y el conde.

Santiago estaba muy conmovido.

¿Qué venía á reclamarle la mujer á quien había tratado con una altanería ofensiva que ninguna hija de Eva perdona? El noble deploraba el ultraje inferido á aquella desgraciada que compadecía sin odiar.

Esperaba con ansiedad lo que iba á decirle.

Sarah comenzó en voz muy baja.

Su acento penetrante conmovía.

Para inspirar el deseo, más fácil de reanimar que el fuego bajo la ceniza que le cubre, un timbre como el de Sarah, vale más que el arte de las más célebres actrices.

—Mucho he sufrido—dijo—desde que dejé de veros. ¿Y vos?

El vaciló en contestar; pero la palidez de Sarah, despertó el amor que dormía.

—Yo—contestó—deploro la ofensa que os he inferido, pero existen leyes que un hombre leal y honrado no tiene el derecho de hollar, por profunda que sea la pena que siente.

—De modo que hoy vuestra decisión es la misma.

—¿Por qué volver á un asunto tan penoso?  
—Esperaba que quince días de ansiedad, inspirarian otros sentimientos. Habladme sinceramente. Necesito conocer vuestra voluntad, por desfavorable que sea.

—No ha cambiado.

—Sois inflexible.

—No soy yo: es mi honor quien habla.

—Todo os lo he confesado. Os amaba ardentemente, con violencia. Todavía os amo lo mismo. Meditad vuestras palabras. ¿Estais seguro de vuestra resolución?

—Sí.

—¿No os pesa?

—Me aflige; pero la seguiré.

—Está bien—dijo Sarah sentándose.

Un sudor frio perlaba su frente blanca como la nieve. Enjugóse con un pañuelo de batista, fina como una tela de araña.

—Entonces hablemos de negocios—dijo con tono breve.—¿En cuanto estimais Ker-jean?

—No estoy seguro.

—¿Quereis vendérmelo? Deseaba comprarlo para ofrecéroslo; ahora lo conservaré en recuerdo de vuestra crueldad.

—¿Cuánto me ofrecéis por él?

—Dos millones y los gastos.

—Pero entonces—objetó el conde—ni siquiera os habré satisfecho mi deuda.

—Sin duda; ¿pero qué os importa? Bien sabeis que no os reclamaré ni un solo céntimo, á menos de una herencia imprevista; por ejemplo, la de vuestro tío.

—¿Y su hija?

—Puede morir.

—Eso no es probable. La pobre niña se encuentra bien, gracias á Dios.

—Todo es posible. Es una circunstancia como otra cualquiera. Además, en las familias como la vuestra siempre hay un colateral á quien ni siquiera se conoce y al cual se hereda cuando menos se piensa.

—No tengo ninguno. ¿Qué haré de mis otras deudas?

—Vivir con ellas. Más tarde encontrareis una joven deseosa de ser condesa y que os librará de vuestros acreedores con un dote ganado de otra manera que el mío.

—Jamás me casaré. No quiero deber nada á la mujer que ame.

—Eso se dice. Más tarde os cansareis de la pobreza y cedereis por desaliento ó cansancio. Así, que yo no desespero por mi parte hasta el día en que esteis casado ó muerto.

—Teneis una fe ciega.

—¿Aceptais?

—Dejadme al menos la esperanza de la última hora. Puede presentarse un comprador que estime ese dominio en más que vos y permitirme, si no ser rico, lo que es imposible, al menos devolveros cuanto os debe.

—¿Es vuestra última palabra?

—Sí.

—Adios, pues.

Levantóse: su talle estaba próximo al brazo del conde. Su mirada, medio velada por largas pestañas, le envolvía en una caricia.

A un gesto, á una de esas indicaciones imperceptibles que solo comprenden los amantes, sus labios se hubieran confundido en un beso, largo tiempo deseado; pero Santiago no hizo ni el más leve movimiento.

Apoyóse en la mesa é inclinó la cabeza, cubriéndose el rostro con sus dedos crispados.

Aquella visión le deslumbraba. No se atrevía á mirarla frente á frente. Evidentemente Sarah no había venido con el propósito de tratar una cuestión de interés.

Aquello entraba en las atribuciones de Blownt ó de M. Jacob.

Adivinó su cálculo.

Cruelmente herido por su resistencia, quería ó gozar de su venganza ó tentar un último esfuerzo.

Le ofrecía sus millones, tan tentadores en la miseria, y su belleza, más tentadora aun que sus millones.

Sarah notó que vacilaba y apoyó suavemente su mano en el hombro del conde.

—Santiago—le dijo,—todavía es tiempo: es la felicidad lo que te ofrezco. Si no puedes darme tu nombre, que te juro respetaría, prescindiré de él por penosa que me sea esa humillación. Comprendo que no he nacido para tanto honor.

Te pertenezco. Haz de mí lo que quieras.

Seré tu esclava, tu querida. En cambio de ese sacrificio tan grande, sólo te impongo una condición: tú eres hombre de honor por excelencia, y conceptuándote como tal, te su-

plico me prometas no pertenecer nunca á nadie más que á mí.

Santiago levantó sus ojos enrojecidos sobre los de Sarah, víctima de una agitación extraordinaria que centuplicaba su belleza.

—No puedo—contestó con dulzura extrema.—¡Compréndelo, mi pobre y buena Sarah!

—¡Ah! ¿ luego tanto me detestas?

—No; te lo juro.

—Pues entonces...

—No puedo—contestó con más fuerza.

—Santiago—dijo ella arrodillándose,—te lo suplico. Por compasión: por tí y por mí. Te amo.

—Me sometes á un suplicio peor que los que he sufrido de un año á esta parte—murmuró:

E inclinando sobre su frente, rozóla con sus labios y en voz tan baja que solamente ella pudo oírle, dijo:

—Yo también te hubiera amado locamente

Y más alto añadió:

—Hoy lo que tú quieres es un sacrificio que no haría ni por mi madre: ¡el de el honor!

La levantó bruscamente, y rechazándola:

—En verdad, que no puedo—dijo por tercera vez;—el nombre de Kerjean no se vende.

Sarah se pasó la mano por la frente, cubriéndose el rostro con el velo.

—Todo terminó—dijo.—Adios para siempre.

Apresuróse á salir. El conde la siguió.

En el vestíbulo volvióse y Santiago vió que gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Sarah—la dijo—no me guardéis rencor. Soy más desgraciado que vos; perdonadme.

Atravesaron el patio silenciosamente el uno cerca del otro.

Cuando Sarah estuvo dentro de su berlina cambió una última mirada con Kerjean, y tendiéndole la mano le atrajo vivamente hacia ella:

—No te guardo rencor—dijo—te admiró y te amo. ¡Acuerdate!

El conde subió vacilante á su habitación y terminó la carta que había interrumpido dos veces.

«Mi vida desde ahora no tiene objeto—escribió.—Hasta mi país rechaza mis servicios. Todo lo he gastado; todo lo he comprometido, siendo tanto más culpable, por cuanto Dios nada me había rehusado. Existen tentaciones á las que he resistido y que podrían triunfar de mi voluntad. Prefiero no exponerme.

Pido perdón á mi querida Magdalena y á mi excelente tío de la pena que voy á causarles, suplicándoles satisfagan las deudas que queden despues de la venta de mis bienes.

Metió la carta en un sobre y puso la dirección.

«Al señor marqués de Guersaint.»  
Luego se dirigió á la ventana.

El cielo estaba encapotado: oscuras nubes impulsadas por un viento Oeste, se aglomeraban corriendo como un ejército en desorden, dejando caer gotas de lluvia sobre los árboles descarnados.

Era un día melancólico.

Durante aquella mañana debían haberse suicidado media docena de ingleses.

—Verdaderamente que es una tontería matarse á los treinta años—pensó Kerjean—pero ¿qué hacer? Si solicitase un empleo del gobierno, me rechazaría como á un despreciable reaccionario. Yo no soy capaz de defender ni un mal pleito. De medicina no entiendo una palabra; además es un arte ridículo que tendría que desempeñar con un levitón y anteojos azules, y un gorro punteagudo. Vender telas ó artículos coloniales, no es propósito para mí. Todo se aprende, y yo nada he estudiado. Sé sobre poco más ó menos de lo que se compone el equipo de un noble, bien científica ó literariamente; es decir, un poco de todo, y nada útil. He recibido la educación de un ocioso, y he perdido el derecho de serlo.

Abrió un cajón de su secreter.

La pistola que Courcelles le había devuelto, se encontraba en él.

Tómola é hizo jugar los muelles.

Era una pistola artísticamente trabajada: una alhaja.

Colocola sobre la mesa, á su lado, quedando sumido en profundas reflexiones.

—Yo había nacido para ser dichoso—se

dijo—y he pasado como otros muchos, al lado de la felicidad. La lección no me será provechosa.

Toda una procesión de pesamientos lúgubres desfiló ante él.

—Decididamente soy un cobarde—dijo en voz alta.—¡Que espectáculo preparo á esa pobre Magdalena, y qué espantosa visión para el resto de su vida! ¿Acaso tengo derecho?

El portier de la habitación, se levantó sin el menor ruido.

Santiago alzó la cabeza.

En un espejo colocado frente á él, notó inclinada sobre su hombro una sombra fúnebra, triste y grave.

Una mano fina y delicada se posó sobre el gatillo de la pistola.

Santiago lanzó un grito.

—¡Silencio!—dijo una voz dulce.—Soy yo. El la miró sorprendido y con las facciones trastornadas.

—¡Lo sé todo, desdichado! ¿Qué ibas á hacer?

Y con una mirada angelical, repuso:

—Santiago, ¿cómo has podido dudar de nosotros?

El conde dejó caer su cabeza en la mano de la joven, cubriéndola de lágrimas.

—No sabes cuánto sufro—murmuró.

—¿Por el dinero?—preguntó ella con desden.

—No; por el honor.

—Por una locura—repuso Magdalena:—no está perdido; ya le encontraremos.

É inclinándose sobre él, prosiguió:

—Júrame solemnemente renunciar á esas ideas insensatas. Has tenido una pesadilla y ya terminó; si eres pobre, también hay otros. Si es de noche, Santiago mío, ya renacerá el día; estamos en invierno, ya verás la primavera.

Su sonrisa era tan inefable como la de esos ángeles sublimes: las hermanas de la caridad á la cabecera de los enfermos.

El la miró tiernamente.

—¿No es cierto—prosiguió la joven—que no hay nada mejor en el mundo que la familia?

Un torrente de lágrimas se escapó de los ojos de Kerjean.

La crisis había pasado.

—Vamos, vestíos señor conde, que la comida os espera—dijo Magdalena alegremente.

### XXXIX

De Lignerés había aprovechado los beneficios de su elevación. Experimentó la alegría inmensa del leñador pobre condenado á las privaciones, que con un golpe de hacha, dade en el tronco de una encina centenaria, hace rodar á sus pies innumerables escudos de oro, un tesoro abandonado durante muchos siglos.

Había sentido aquella sensación del hombre arrancado de la tierra por el vuelo de un globo gigante que sube á 500 metros del suelo, sobre el cual rastrea momentos ántes. Había visto á sus piés una multitud de hu-

dijo—y he pasado como otros muchos, al lado de la felicidad. La lección no me será provechosa.

Toda una procesión de pesamientos lúgubres desfiló ante él.

—Decididamente soy un cobarde—dijo en voz alta.—¡Que espectáculo preparo á esa pobre Magdalena, y qué espantosa visión para el resto de su vida! ¿Acaso tengo derecho?

El portier de la habitación, se levantó sin el menor ruido.

Santiago alzó la cabeza.

En un espejo colocado frente á él, notó inclinada sobre su hombro una sombra fúnebra, triste y grave.

Una mano fina y delicada se posó sobre el gatillo de la pistola.

Santiago lanzó un grito.

—¡Silencio!—dijo una voz dulce.—Soy yo. El la miró sorprendido y con las facciones trastornadas.

—¡Lo sé todo, desdichado! ¿Qué ibas á hacer?

Y con una mirada angelical, repuso:

—Santiago, ¿cómo has podido dudar de nosotros?

El conde dejó caer su cabeza en la mano de la joven, cubriéndola de lágrimas.

—No sabes cuánto sufro—murmuró.

—¿Por el dinero?—preguntó ella con desden.

—No; por el honor.

—Por una locura—repuso Magdalena:—no está perdido; ya le encontraremos.

E inclinándose sobre él, prosiguió:

—Júrame solemnemente renunciar á esas ideas insensatas. Has tenido una pesadilla y ya terminó; si eres pobre, también hay otros. Si es de noche, Santiago mío, ya renacerá el día; estamos en invierno, ya verás la primavera.

Su sonrisa era tan inefable como la de esos ángeles sublimes: las hermanas de la caridad á la cabecera de los enfermos.

El la miró tiernamente.

—¿No es cierto—prosiguió la joven—que no hay nada mejor en el mundo que la familia?

Un torrente de lágrimas se escapó de los ojos de Kerjean.

La crisis había pasado.

—Vamos, vestíos señor conde, que la comida os espera—dijo Magdalena alegremente.

## XXXIX

De Lignerres había aprovechado los beneficios de su elevación. Experimentó la alegría inmensa del leñador pobre condenado á las privaciones, que con un golpe de hacha, dade en el tronco de una encina centenaria, hace rodar á sus pies innumerables escudos de oro, un tesoro abandonado durante muchos siglos.

Había sentido aquella sensación del hombre arrancado de la tierra por el vuelo de un globo gigante que sube á 500 metros del suelo, sobre el cual rastrea momentos ántes. Había visto á sus piés una multitud de hu-

mildes pretendientes, inclinados como musulmanes en el umbral de la mezquita de la Meca: había conocido las embriagueces del poder. De nada se había convertido en alguien; habían quemado bajo sus narices, voluptuosamente dilatadas, ese incienso de la adulación servil, más adormecedor que la mirra de Oriente.

Había tenido el supremo orgullo de hallar á sus pies á gentes que valían mucho más que él, y de disponer del porvenir y de la fortuna de sus semejantes, convertidos en súbditos suyos.

Marchaba erguido, con aspecto rígido, en medio de una multitud de aduladores, cuya espalda se plegaba como la de los devotos al paso del Santo Viático.

En fin, como detalle de un interés superior, aunque variasen los destinos políticos, no caería con las manos vacías del puesto donde le había colocado la casualidad, propicia á las medianías, y aquella fortuna, que no había costado nada á su conciencia, sino algunas palabras imprudentes ó ligeras, de las cuales hasta en su fuero interno podía sostener la perfecta inocencia.

Tenía el derecho de publicar que un hada bienhechora, de una ideal perfección de formas, y llena de amorosas complacencias, le había aportado riquezas, las que ni siquiera se había tomado la pena de reclamar.

Si aquella hada descendía de Jacob ó de algún otro patriarca; si no era ni vaporosa, ni, á Dios gracias, impalpable; si habita-

ba, en vez de una gruta, un delicioso hotel de la calle de Milán; si había agotado los tesoros, de los que conservaba la mejor parte, no en las corrientes misteriosas donde las hadas van ordinariamente á adquirirlos, sino en un depósito de forma griega, donde nuestros contemporáneos aportan sus economías, él no se preocupaba de ninguna manera y juzgaba que todo cuanto le concernía era lo mejor del mundo.

Poco á poco el horizonte se oscureció.

Ruidos alarmantes llegaban á sus oídos.

La prensa, que gasta tanto incienso con los recién llegados al poder y les consagra biografías extraordinarias, verdaderas apoteosis de esos héroes de cartera; la prensa, que comienza por atribuirles una infinidad de cualidades fabulosas, no conserva mucho tiempo los mismos miramientos. La nota sería demasiado monótona, y los lectores necesitan nuevas emociones.

Los periódicos satíricos y los folletos reaccionarios hubieran descubierto prontamente el defecto de aquella estatua con los pies de arcilla.

Se investigó su pasado.

Los descontentos aseguraron que el puritano se había arrodillado ante una multitud de altares en ruína; exhumaron profesiones de fé vehementes al régimen decaído. Tras infinidad de multiplicados chismes, comprendió un día el funcionario que todo crujía en la casa donde había pedido asilo. Se oían en las tinieblas ruidos siniestros revelando el



trabajo subterráneo que minaba los cimientos. Entonces se hubiera retirado prudentemente.

Observó que:

El edificio no resistiría mucho tiempo.

Los más previsores amontonaban materiales en la vecindad para reemplazar el edificio que iba á hundirse sobre sus habitantes. Se colocó con los albañiles que trabajaban á su lado.

Y hasta aventuró un golpe de pica, al abrigo, vacilante, de sus protectores.

Entonces fué cuando imprimió su famoso libro, pesado como una losa lanzada por una catapulta:

*Dé la corrupción de los grandes por el poder.*

Después le hizo rescatar por todas partes, en los malecones, en casa de los libreros de viejo, donde había ido á parar miserablemente tras una boga de ocho días; pero esas obras subsisten, á pesar de todo, y se encuentran compradores laboriosos, para poner la mano sobre lo que queda, hasta el mismo momento en que el descubrimiento constituye una diabólica vejación para el autor.

Aquel *in-octavo* pretencioso y vacío hizo fiasco; no es difícil el lanzar las flechas, pero más tarde debían volverse de rechazo, de un modo que calificaríamos de providencial, contra el incorruptible que lo había escrito.

Cada día se abrumaba más al ministro bajo los pasajes del magistrado.

Rodolfo hubiera deplorado amargamente su estilo enfático si su epidermis reblande-

cida hubiese sido capaz de sentir otras impresiones que las del amor.

Un gran periódico, cuya publicidad era enorme había emprendido una campaña encarnizada contra de Lignerés, que tuvo la desgracia de desagradarle.

Todas las mañanas el ministro recibía de su amigo Balussan un autógrafo concebido en estos términos:

«Mi buen amigo:

»Te invito á leer el artículo adjunto. Aprovechate de él: le he rodeado de una viñeta para evitarte el buscarle. Os saludo á tí y á Luisa.»

O bien:

«Mi pobre viejo:

»Te demuelen; minan tu monumento como tu has minado el de otros. Eso no es una desgracia. Cuando te veas libre de tu cartera y en el camino del deber (ya me comprendes) será una felicidad grande para todos, incluso para tí.»

O bien este otro:

«Hé ahí un golpe que va derecho á perforarte de parte á parte; se anuncia tu próxima caída. ¡Cuánto me alegraré de verte en tierra, coloso! Luisa, yo y un tercero que no hace falta designar, iremos á levantarte.

»Tu viejo amigo.»

El ministro echaba una mirada indolente sobre los párrafos, ilustrados con caricaturas por el lápiz del espiritual Balussan, y encontraba artículos del género presente, impresos en dos columnas.

### EL PASADO

Extracto del muy notable libro *De la corrupción de los grandes por el poder*.

«En todo tiempo el mal ejemplo ha venido de lo más alto. No hay, pues, que sorprenderse de que la inmoralidad se haya esparcido como un granizo devastador sobre las masas populares, destruyendo hasta la raíz los principios de justicia, de religión y el patriotismo que engendran la seguridad y el honor de nuestro país.

«El escándalo desciende de las cimas y se infiltra como un virus contagioso en las venas de la clase baja. Los grandes deben al pueblo la salud y la moralización. Se entregan á la corrupción y se envilecen.

«Todos los apetitos de los goces materiales se ven sobreescitados por tristes ejemplos. No se vive más que para la satisfacción de los sentidos, etc., etc.»

### EL PRESENTE

«Ayer, durante la representación de la ópera, en el palco ministerial los abonados pudieron fijarse en una mujer de maravillosa belleza. Llevaba un traje de terciopelo azul celeste

que dejaba ver un pecho cubierto de brillantes, capaces de causar envidia á las estrellas.

«En la penumbra del palco, un personaje anguloso y de edad madura, se mantenía inclinado devorando con la vista á su adorable compañera.

«No tendremos la indiscreción de designarlos. Si quereis saber sus nombres, dirigíos á los gemelos de la orquesta y del anfiteatro.

«Los severos principios del autor del hermoso libro cuyo párrafo reproducimos, nos prohíben dar fé á la afirmación de los indiscretos.

«No obstante; existen tentaciones tan violentas que deben excusar á las personas que las sienten.

«¿No es cierto, señor ministro?»

Aquel era un ataque de los menos violentos.

Cada día alguna batería lanzaba nuevos proyectiles sobre las barricadas, que se quebrantaban cada vez más.

El no se inquietaba por ello.

Estaba absorto con su pasión por Sarah, que cada vez era mayor.

No vivía más que para ella.

Sarah, por su parte, apenas si se ocupaba de él, dejándole ir y venir á su capricho.

Entraba y salía sin que ella le dijese más que buenos días ó algún adiós distraído.

No pedía más: contento por ser tolerado como uno de la familia, de dar á los criados órdenes, que ejecutaban, no temía más que

verse privado por un capricho de su querida de los últimos favores que le concedía como una especie de debilidad femenina ó un resto de costumbre.

Situación extraña.

Muchas mujeres le hubiesen acogido con placer, considerándose honradas con sus relaciones.

Rodolfo era rico: tenía un nombre; podía elegir, pero para él una sola mujer estaba dotada de talento, de encantos y de belleza. Una sola estrella le parecía luminosa en el firmamento de París, en el que tantas otras se destacan. Pero Sarah era su sola, su primera y su última pasión: no quería nada, no deseaba nada, consagrándose cada vez más á una vida contemplativa que aniquilaba sus facultades, proporcionándole aquella embriaguez llena de sueños voluptuosos que el *has-chíchs* procura á sus adeptos.

## XL

Desde su visita al pabellón de Kerjean, Sarah sufrió una transformación completa.

De regreso á su hotel, encerróse en su habitación, no queriendo recibir á nadie.

Tendida en su *chaise-longue* permaneció dos horas; con la cabeza apoyada en un almohadón, los brazos caídos, los ojos vueltos hacia el techo mirando sin ver los amores que revoloteaban en el cielo azul y daban caza á unas palomas asustadas.

A eso de las ocho un golpe discreto sonó en la puerta.

Levantóse y abrió.

Había reconocido el paso de su padre. En efecto, era Blownt.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

Sarah no contestó nada.

Blownt continuó:

—¿Te quejas de tu destino? Yo soy muy feliz; y en cuanto á tí, también debes serlo, á menos de no mostrarte injusta con la suerte.

Sarah movió los labios desdeñosamente; pero no contestó.

—Sin duda eres demasiado exigente—repuso Blownt.—Hay que saber limitar nuestros deseos. Yo vendía contraseñas y abría las portezuelas de los carruajes; ahora tengo rentas, y me doy por satisfecho.

Ella paseaba sus vagas miradas por las tapicerías.

Blownt, impaciente, tomó una silla y se sentó á su lado.

—Veamos—la dijo.—Posees una rara inteligencia; eres bella; pasas por una de las mujeres más notables de París, y, por consecuencia, del mundo; tienes una hermosa fortuna (ó por mejor decir, una fortuna enorme); la adversidad no puede alcanzarte; ¿tienes algún deseo que no esté en tu mano realizar?

—Sí,—contestó ella secamente.

—Quisiera saber cuál es—dijo Blownt, haciendo un gesto de incredulidad.

Sarah se encogió de hombros y recuperó su posición soñadora.

—¿Acaso habrás pensado en casarte?— preguntó Blownt á la casualidad, sin dar ninguna importancia á su pregunta.

La joven se estremeció y miró fijamente á su padre.

—¿Quién es lo ha dicho?— preguntó duramente.

—Debe ser cierto, cuando esa idea tiene el privilegio de hacerte salir de tu indiferencia.

—Y aun cuando así fuese.

—Nada más fácil, pero tampoco nada más inútil ni más tonto. Si tienes empeño, te presentaré más de cincuenta pretendientes. ¿De seas ser princesa? Campo-Santo me lo preguntaba hace días.

—¿Un griego que hace trampas en el club!

—Una fullería olvidada. ¿Quieres al marqués de Cormeilles?

—Un Alfonso mantenido por veinte mujeres.

—¿Quién está exento de defecos? ¿Y el barón Rastels?

—Un necesitado que se casaría con una jorobada de sesenta años, con tal de reponerse.

—¿Boispreau?

—Un pródigo que arruinaría á una Rothschild.

—Te casas bajo el régimen de la separación de bienes. ¿Y el duque de Montglars?

—¡Vaya un tipo distinguido! Se le vería ir al mercado con un paraguas de seda cruda,

guardando me lia docena de puercos, y nadie se sorprendería.

—¡Ah, querida mía, qué difícil te has vuelto!

—Os lo ruego—dijo Sarah con impaciencia;—no me habléis más de esos desechados que, pródigos al principio, se sostienen por la intriga y concluyen, no quiero decir cómo; á menos que no se casen con alguna inocente cuya dote paga á sus acreedores, y á la cual arruinan en prueba de reconocimiento después de haberla engañado por costumbre.

—Busca entre los banqueros.

—Algún advenedizo escapado de presidio, enriquecido de pronto, y cuyos millones, apenas salidos del huevo van á ocultarse al extranjero por miedo de ser cogidos á causa de algún antiguo pecadillo; un hombre industrioso que haya puesto en acción las minas de la luna ó los caminos de hierro submarinos y apropiádose diestramente las acciones de los cándidos.

—¿Qué ironía! Cualquiera diría que eres una desgraciada que no tiene un franco para comer y envidia á todo el mundo.

—¿Por qué me hablais de esas gentes? ¿Dónde está la honrada madre de familia que me quisiese para su hijo? ¿Creeis que me forjo ilusiones?

Oyóse el ruido de un carruaje; luego el timbre de la puerta.

Sarah tuvo un rayo de esperanza.

Corrió á la ventana.

—¿Esperas á alguien?—preguntó Blownt.

—No.

—¿Quién viene?

—Courcelles.

—¿Vas á recibirle?

—Sin duda.

—Creí que habías prohibido la entrada á todo el mundo.

—Pero no á él; es un amigo.

—Courcelles atravesaba el vestíbulo.

—¿Quieres que os deje?—preguntó Blownt con sonrisa equívoca.

—Es inútil. M. de Courcelles solo es mi amigo: por lo menos no exige nada más.

—¿Para qué?—dijo el joven entrando.—

—Para incomodarnos á los quince días? Así tenemos menos preocupaciones el uno y el otro; porque si fuese vuestro amante, mi querida Sarah, no os abandonaría un segundo.

—Esa confianza le honra—dijo Blownt.

—Lo haría por cariño y no por temor—repuse Courcelles.—Estoy seguro que si vuestra hija se hubiese unido á alguien con sinceridad, le hubiera amado mucho y fielmente.

—Hasta la muerte—dijo Sarah.

—Courcelles la lanzó una mirada inquisitorial.

El tono con que pronunció aquellas palabras le conmovió profundamente.

Blownt notó su asombro.

—No la hagais caso—dijo.—A veces tiene ideas negras esta chica. No sé en qué consiste.

—Sin embargo, es bien fácil. A menudo,

por favorecidos que seamos de la fortuna, deseamos alguna cosa que no llegamos á alcanzar. ¿No es cierto, Sarah?

La judía inclinó tristemente la cabeza.

—Ya vuelve otra vez á sus ideas sombrías

—dijo Blownt levantándose sin disimular su mal humor.—Os dejo. Cuando se quiere ser dichoso, es necesario mirar hacia abajo y compararse con la vil multitud á que se ha pertenecido.

—Es un axioma del ilustre monseñor de la Palisse—insinuó Courcelles.

—Yo tengo horror—replicó Blownt—á las aspiraciones vagas y á las felicidades quiméricas. Hay que conformarse con su lote. Los esportilleros, los barrenderos, los trapeiros que no tienen rentas...

—Ni para criar á su familia—interrumpió Courcelles.

—Que no tienen más que su oficio y se ven obligados á mantenerse de él.

—Lo mismo que los comerciantes en pieles de conejo.

—Yo los he visto de cerca y no se quejan tanto como la señorita.

—Es que se parecen á vos; es decir, que tienen un carácter acomodaticio—afirmó Courcelles.

—¿Os burlais?—dijo sonriendo el judío.—Lo mismo me dá. Todos tenemos cuenta abierta en el gran libro de la vida, con el debe y haber.

—Pero hay algunos cuyo pasivo es enorme y el activo nulo—dijo Sarah amarga-

mente. — Dios no ayuda á ciertas gentes.

— Supongo que no hablarás por tí—dijo Blownt á su hija.

— ¿Quién sabe? Vos no veis más que el oro; que os ciega.

— ¡Y los billetes de banco! ¡Y el Suez, y las obligaciones de la Villa, y el financiero, y el Banco de París!—añadió Courcelles.

— Seriais bien digno de compasión—replicó el judío—si el gran Courcelles, vuestro padre, no hubiera pensado como yo.

— No le guardo rencor por ello—dijo el joven.

Blownt estaba ya en el dintel de la puerta.

— Olvidaba el objeto de mi visita—dijo.— Mañana se vende Kerjean.

— ¿Y hay compradores?—preguntó Courcelles.

— Ninguno, según se asegura.

— Mucho me sorprendería—observó el joven—si el marqués de Guersaint, el tío de Santiago, dejase escapar ese dominio tan magnífico.

— ¡Bah!—contestó el judío;—los marqueses tienen tierras, pero no tienen ni un céntimo.

Y añadió enderezando su elevada estatura.

— Gracias á nuestra maña, todo el oro del mundo vendrá á parar á nosotros.

— Quiero ese dominio—dijo Sarah con tono breve.

— ¿Para qué?—observó Blownt.

— Lo quiero—repitió ella.

— ¿Le han puesto precio?—preguntó Courcelles.

— Un millón quinientos mil francos.

— Una bagatela; un pedazo de pan—dijo Pedro irónicamente.— ¿Cuánto debe Kerjean?

— Dos millones y medio.

— Más diversos gastos é intereses—añadió Blownt, que no olvidaba nada.

— Una bagatela—recalcó Courcelles.— Ese pobre Santiago está empeñado hasta los ojos y, francamente, es una lástima.

— Quiero esa posesión á cualquier precio—repitió por tercera vez la judía.

— Á cualquier precio—refunfuñó Blownt—es fácil de decir; pero no deja de ser una tontería, porque no es buen negocio.

— Kerjean es muy caro, ya lo sé—dijo Sarah;—pero tiene ochenta mil libras de renta en sotos, ganados y molinos, sin contar el bosque. He dicho que lo necesito.

Y dió un golpe sobre la mesa con aire decidido.

— Entonces vendrás tú misma á la subasta.

— Si es preciso, iré—contestó.

Sarah escribió rápidamente algunas líneas.

«Querido amigo:

»He aquí mis instrucciones para mañana.

»Ofrecereis hasta tres millones y medio.

»La primera subasta hasta tres millones.

»No quiero ni un número menos.»

Blownt se aproximó.

— Eso es una locura—dijo.— No tienes esa suma disponible.

— Pediré prestado lo que me falte. Es mi voluntad, ¿lo oís?

Y brillaron sus ojos.

El judío se dirigió hacia la puerta con las cejas gachas como el sabueso que ha perdido la pista.

Intentó un último esfuerzo.

— Puedes adquirir ese dominio por nada— dijo— sin hacer esa locura.

— Soy bastante rica para satisfacer una— exclamó con cólera.— Dejadme en paz con vuestro dinero.

Blownt salió consternado.

Tan obcecado iba que volvió á sus antiguas costumbres, y abrió la puerta de su caruaje, tendiendo la mano al burgués imaginario que iba á subir á ella.

— Mi querida Sarah— dijo Courcelles cuando estuvieron solos,— os felicito: es un hermoso rasgo.

— ¡Para una judía!

— Para todo el mundo.

— Adivináis misintenciones. Kerjean se ha arruinado por mí: de modo que es una restitución.

— Si vuestros rabinos ordenasen muchas así, las doce tribus quedarían bien pronto por puertas.

— ¿No teneis otras cosas más amenas que decirme?

— Sí; felicitaros sinceramente.

— ¿Por qué?

— Por vuestro próximo matrimonio.

— ¡Ah! es verdad; según parece me caso;

al menos así se dice, lo olvidaba: no os agradezco que hayais despertado semejante recuerdo.

— Eso es poco lisonjero para el pretendiente; no le creo destinado á una felicidad sin nubes.

— ¡Oh, no!

— ¿Le coronareis de flores por las mañanas?

— Rara vez.

— En fin, tendrá la dicha de ser vuestro señor y dueño.

— Lo dudo.

— Siento que no os escuche.

— Ya está advertido.

— ¿Y su excelencia persiste?

— Obstinadamente.

— Es extraño.

— ¿Tan cándido sois para ignorar que los hombres se parecen á los peces? Cuando tienen hambre y se retira el anzuelo, con más voracidad lo tragan.

— Entonces, ¿es cosa decidida?

— ¡Oh!— dijo Sarah,— el matrimonio aún no se ha efectuado.

— Me alegro, porque tenía miedo.

— ¿Por él?

— No, por vos.

Courcelles sacó su reloj.

— ¿Me permitís, bella dama?

— No os molesteis. ¿Quereis dejarme?

— Aun cuando lo sienta. Estoy invitado á comer, y la hora se aproxima.

— ¿Seré indiscreta preguntándoos dónde?

—En casa de un caballero, á quien no conocéis.

—¿Y se llama?

—El marqués de Guersaint.

—¿El tío de Santiago?

—Sí: el tío de ese desgraciado Santiago.

—¿Con él?

—Me preguntáis demasiado. Lo ignoro. Además, creo que actualmente tiene poco apetito. Adiós.

Y besó la mano de la joven.

—Sois una buena muchacha,—la dijo en voz baja.—Por ménos de un céntimo os abrazaría; pero tengo miedo á las tentaciones. Adiós.

Ella le condujo hasta el vestíbulo.

—¡Silencio!—dijo colocando un dedo sobre sus labios.—Ni una palabra al conde.

Courecelles la contempló un momento.

—Estais triste,—la dijo.

—Hasta el fondo del alma.

Aquella simple frase encerraba un poema de amor.

## XLI

El salón del hotel de Guersaint estaba brillantemente iluminado.

Una media docena de viudas nobles; otros tantos antiguos amigos de la casa, entre los cuales se contaban M. Blondeau y el general de Montigny, esperaban á que sonase la hora de la comida.

En un ángulo, Magdalena hablaba con su primo.

A juzgar por la animación del rostro de la joven, la conversación la interesaba vivamente.

El marqués, por su parte, se hallaba en conferencia secreta con dos notarios; M. Leguidez, avisado por medio de un telegrama, se presentado en París con gran presteza.

—Conque, mi querido colega,—le decía el respetable M. Blondeau—¿tan magnífico es el dominio de Kerjean?

—Una tierra de bendición, mi querido maestro.

—¿De modo que el comprador no tendrá que arrepentirse?

—De ningún modo.

—No obstante, no se encuentran arrendatarios para las fincas de nuestros alrededores. La Beauce, la Brie, l'Orleanais, están en decadencia.

—En Bretaña no nos ocurre esc. Vuestro cliente puede comprar á ojos cerrados. ¡Qué hermosos bosques, qué jardines, la proximidad del mar, la distracción de la caza! Lo que me traspasa el corazón, es el pensar que un patrimonio tan magnífico pase á manos extrañas.

El marqués cambió con M. Blondeau una mirada de inteligencia.

En un ángulo, la septuagenaria duquesa de Lignerolles, charlaba con una solterona, la señorita Pulquería de Cerán, prima lejana de los Guersaint.



—En casa de un caballero, á quien no conocéis.

—¿Y se llama?

—El marqués de Guersaint.

—¿El tío de Santiago?

—Sí: el tío de ese desgraciado Santiago.

—¿Con él?

—Me preguntáis demasiado. Lo ignoro. Además, creo que actualmente tiene poco apetito. Adiós.

Y besó la mano de la joven.

—Sois una buena muchacha,—la dijo en voz baja.—Por ménos de un céntimo os abrazaría; pero tengo miedo á las tentaciones. Adiós.

Ella le condujo hasta el vestíbulo.

—¡Silencio!—dijo colocando un dedo sobre sus labios.—Ni una palabra al conde.

Courecelles la contempló un momento.

—Estais triste,—la dijo.

—Hasta el fondo del alma.

Aquella simple frase encerraba un poema de amor.

## XLI

El salón del hotel de Guersaint estaba brillantemente iluminado.

Una media docena de viudas nobles; otros tantos antiguos amigos de la casa, entre los cuales se contaban M. Blondeau y el general de Montigny, esperaban á que sonase la hora de la comida.

En un ángulo, Magdalena hablaba con su primo.

A juzgar por la animación del rostro de la joven, la conversación la interesaba vivamente.

El marqués, por su parte, se hallaba en conferencia secreta con dos notarios; M. Leguidez, avisado por medio de un telegrama, se presentado en París con gran presteza.

—Conque, mi querido colega,—le decía el respetable M. Blondeau—¿tan magnífico es el dominio de Kerjean?

—Una tierra de bendición, mi querido maestro.

—¿De modo que el comprador no tendrá que arrepentirse?

—De ningún modo.

—No obstante, no se encuentran arrendatarios para las fincas de nuestros alrededores. La Beauce, la Brie, l'Orleanais, están en decadencia.

—En Bretaña no nos ocurre esc. Vuestro cliente puede comprar á ojos cerrados. ¡Qué hermosos bosques, qué jardines, la proximidad del mar, la distracción de la caza! Lo que me traspasa el corazón, es el pensar que un patrimonio tan magnífico pase á manos extrañas.

El marqués cambió con M. Blondeau una mirada de inteligencia.

En un ángulo, la septuagenaria duquesa de Lignerolles, charlaba con una solterona, la señorita Pulquería de Cerán, prima lejana de los Guersaint.

—Mañana se venden las tierras del conde—decía la duquesa.—Su difunto padre se hubiera encolerizado bien si levantara la cabeza y lo presenciase.

La prima levantó los ojos al cielo con unción.

—Es una prueba á que somete el Altísimo á nuestra familia—suspiró.—El marqués la soporta con admirable grandeza de alma. ¡La religión, querida mía, le infunde tanto valor!

—¿Y no le queda nada al conde?

—Ni un maravedí.

—Hubiera debido alistarse.

—El general me dice que es imposible. Las leyes ya no lo permiten.

—¿No es verdad, general, que Francia no necesita más soldados?

—Tiene demasiados.

—¿Por lo ménos serán buenos?

—Os contestaré dentro de diez años, si leo los periódicos de la época.

—¿Y qué será del conde, vuestro protegido, general?

Montigny designó á la duquesa, á Magdalena y Santiago.

—Eso sería una solución—dijo la buena señora.

—¿Y el marqués?

—¡Oh!—dijo el general.—Con tal de que su hija no le abandone, accederá á todos sus caprichos.

Courcelles se reunió con la señorita de Guersaint y el conde.

—¿Qué es lo que contábais á vuestro primo?—preguntó á la joven.

—¡Ah, cuidado que sois indiscreto con vuestras preguntas!

—¡Bah!—dijo Courcelles.—Sólo los curiosos saben las noticias.

—Vamos, no quiero maltrataros. He aquí el asunto: le decía á Santiago que no pienso casarme por lo menos en unos cuantos años.

—¿Cuál es la causa?

—Deseo no abandonar á mi padre, ¿comprendéis?

—Es justo.

—Está solo y acostumbrado á verme; si le faltase, no sabría qué hacer, y se vería precisado á meterse en un convento.

—Van á cerrarlos—dijo Courcelles.

—Harán mal; yo no pienso casarme.

—Convenido.

—Si me interrumpis, os llamo al orden.

—Y con censura, si quereis.

—Pero tengo una amiga que no es guapa ni fea, es más bien lo primero; no tiene mucho talento, pero tampoco es tonta. Es muy rica, según me han asegurado, lo cual siempre es una ventaja.

Pavoneóse dándose cierto airecillo de suficiencia.

—¿Y esa señorita quiere casarse?—preguntó Courcelles.

—Sí; tiene esa intención.

—¿Qué edad?

—¡Oh! ¿qué edad?—dijo Magdalena reflexionando.—Pues la mía, poco más ó menos.

—¿Y sus padres?

—Es de muy buena familia, y está muy bien educada.

—¿En el *Sagrado Corazón*.

—Sí, en el *Sagrado Corazón*.

—¿Con vos?

—Ciertamente, pues es mi mejor amiga. Kerjean escuchaba atentamente.

La gracia inocente y maliciosa de su prima, le interesaba. Aquella figura radiante cuya serenidad no había empañado ninguna nube, le apartaba de sus preocupaciones. Le parecía que despues de haber atravesado un árido desierto, entraba en un oasis vivificante. Esperimentaba la calma del marino que tras una horrorosa tempestad, navega á la mañana siguiente bajo un cielo sereno y entre dos tranquilas aguas.

—Acabemos—dijo Courcelles;— ¿á quién ama esa amiga? Si fuese á mí, me daría por contento.

—No. Tal vez hace mal, pero no os ama á vos, caballero. Es posible que contribuya á ello una pasión que se os supone; no lo neguéis. No os quiere mal por eso, pero un cariño es suficiente, y mi amiga, que es muy egoísta, quiere que se la ame á ella sola.

—Como en la antigua Medea.

Magdalena acentuó su última expresión con un gesto decidido que la sentaba á las mil maravillas.

—Entonces—repuso Courcelles—hace la rueda á Santiago, puesto que le contais esa historieta.

—Justamente. Se ha enamorado, compadecida de sus desgracias.

—¿Es un alma compasiva!

—Y si él se comprometiese á renunciar...

—A Satanás, á sus pompas y sus vanidades.

—No; sino al juego, que absorbe las fortunas con tanta facilidad...

—Con la glotonería de la ballena tragándose á Jonás.

—Y al trato frecuente de ciertas compañías...

—De las que está ya bien alejado...

—¿No es cierto?

—Pues bien; mi amiga consentiría en aceptarle por esposo.

—¿Qué te parece?—dijo volviéndose hácia su primo.

—Eso es mejor que barrer las cuerdas de un cuartel—dijo Courcelles.

Kerjean, que guardaba un silencio absoluto, tomó la palabra.

—Darás las gracias en mi nombre á tu amiga, Magdalenita—dijo;— es demasiado buena.

—¿De modo que no aceptas el programa que te he propuesto hace un momento?

—Tal vez.

—¿Quieres volver al infierno de que has salido?

—Jamás.

—Entonces lo comprendo menos. ¿Acaso amas á alguna?—preguntó vivamente.

—A nadie; pero...

—Hay un pero—dijo Courcelles.

—Mientras que yo no posea una fortuna independiente, de qué vivir, no puedo aceptar los beneficios (esa es la palabra), ni aun de la mujer á quien ame.

—Esa es pura metafísica—dijo Courcelles.

—Eso es dignidad—replicó Kerjean.

—Sí,—dijo Magdalena pensativa.

Luego, dándose un golpe en la frente, añadió:

—Si no hay más obstáculo que ese, creo que le venceremos.

—Yo también lo creo,—dijo Courcelles, pensando en las instrucciones de Sarah á su notario.

—¿Me juras,—repuso Magdalena,—que es ese el único obstáculo?

—Sí: á no ser que tu amiga me gustase, que lo dudo.

—¿Por qué?

Santiago la lanzó una mirada que la hizo estremecer.

Magdalena no le interrogó más y se alejó con Courcelles.

Los criados acababan de abrir las puertas anunciando que la comida estaba servida.

El comedor apareció iluminado por multitud de luces, que se reflejaban en la plata maciza de que estaba cubierta la mesa.

Courcelles ofreció el brazo á la duquesa de Lignerolles con la cual le unía una estrecha amistad.

—¿Quién ha afirmado señora—decía—que las mujeres no valen nada?

Hoy he visto dos de sociedades bien dis-

tintas y os aseguro que ambas son dos ángeles.

—Os felicito caballero: es una suerte que nunca he tenido... en un mismo día,—añadió con amable sonrisa.

En la mesa, Courcelles se encontró al lado de la señorita de Guersaint.

—Santiago me inspira lástima—dijo—por su abatimiento. Verdad que se ha arruinado tontamente, pero al fin es hombre y hay que tener energía.

—¿Qué ha de hacer?

—Sí, ya comprendo que es enojoso; pero tiene amigos.

—Los tenía.

—Aun le quedan.

—¿Dónde?

—Vos, por ejemplo.

—Sin duda; pero ¿en qué puedo serle útil? Unicamente ofreciéndole una plaza de escribiente en los *bureaux* paternales. Mi influencia no llega á más; se la ofrezco.

—¿Un Kerjean! ¿Y pensais en eso?

—En fin; es necesario vivir, y para vivir trabajar. Es indispensable, á menos de convertirse en bandido calabrés, ó en capitán de una banda de Vincennes ó de Chaton.

—Sí.

—Podría ser sub-prefecto ó procurador, pero se necesita más influencia que para ser escribiente...

—Nosotros no conocemos á nadie que pudiera colocarle—afirmó la joven.

—Entónces, no sé...—dijo Courcelles.—Bien veis que cuando el porvenir es incierto,

las personas tienen que estar disgustadas.

—¿Qué haríais en su caso?— preguntó Magdalena.

—Yo me clavaría el tenedor en el corazón ó bien...

—O bien...

—Me casaría con la amiga que se interesaba tanto por mi suerte. Creo que tomaría esta última decisión.

—¿No os parece así? Pero Santiago tiene unas ideas tan raras... Tentada estoy de incomodarme con él.

—Guardaos bien de hacerlo. Después de todo, son escrúpulos que le honran; no quiere que se casen con él por compasión. Está mal hecho; pero es tan altivo... Yo que soy de la banca, no comprendo esas delicadezas, pero las admiro.

—Decidme, ¿qué pensais de Santiago? Pero hablando formalmente.

—Mucho malo. Es débil y fácil de engañar.

—Con una mujer enérgica el inconveniente sería menor.

—Tal vez.

—Yo creo que en un buen matrimonio tiene que haber dos corazones y una cabeza. ¿No opinais lo mismo? De ese modo las cosas marcharían perfectamente.

—Bien dichoso, *miss Magdalena* además, que Santiago es bueno y generoso.

—Condiciones necesarias para manejar una gran fortuna.

—Sí; pero cuando no se tiene ni un céntimo...

—Suprimamos eso.

—En fin, es el tipo cumplido de las virtudes caballerescas... que en la actualidad constituyen un defecto. No se parece á nadie; se asemeja á un fenómeno: en todo es absurdo.

—Amigo mío, ¡cuánto me alegro conocer vuestra opinión! ¡Oh! ¡me encuentro muy perpleja!

Courcelles tomó cierto aire misterioso.

—¿Tanto le ama?

Magdalena colocó un dedo sobre sus labios.

—¡Mucho!

—¡Ah!—dijo Courcelles.—Sois tan encantadora, que quisiera estar en su lugar, arruinado y todo.

E emitiendo el gesto de la joven:

—Chits—dijo.

## XLII

El 26 de noviembre fué un hermoso día para M. Jacob, el notario de los judíos, y no osaríamos decir el judío de los notarios. Sería faltar á la verdad.

M. Jacob es un notario correcto; en París todos lo son en su aspecto y en sus cuentas de gastos, incapaces de aumentar un céntimo en las magnánimas tarifas con que contribuyen los clientes tributarios á la respetable corporación de los notarios debidamente acreditados.

M. Jacob sabe lo que debe al honor, y la más ligera suposición de iniquidad notarial

jamás empañó el candor de su blanca corbata. Se levantó á las ocho en punto, frotándose las manos.

Blownt le había entregado las líneas escritas por su bella cliente, y se lisonjaba de poder depositar en corto plazo á sus piés el dominio de Kerjean.

Con tales instrucciones, no era posible que un adversario se atreviese á luchar con él en el campo abierto de la adjudicación.

Nunca es desagradable para un curial llevar contoneándose una subasta tan considerable.

Por otra parte los honorarios son excesivos, y sin embargo esos ricos compradores de semejantes inmuebles, jamás los discuten. Perdidos entre la masa de los capitales, fijan el precio principal, y apenas si se aperciben de los gastos, intereses, derechos del fisco y otros accesorios.

Además es muy agradable eso de conservar las minutas de los borradores puestas en limpio por un expedicionario; cada uno tiene amor á su oficio.

A M. Jacob le agradaba mucho su bella correigionaria, pero moderadamente. Sentía una admiración perseverante, incapaz, sin embargo, de hacerle dar un mal paso, perdiéndose en las aventuras de una declaración audaz.

Un notario precavido no se compromete ni asusta á nadie.

Estaba encantado por todas las circunstancias que le aproximaban á ella.

A las nueve y media, M. Jacob inspeccionó su estudio.

Los escribientes estaban en su puesto; las plumas corrían sobre el papel sellado. Los clientes en pequeña escala aflúan sobre los bancos de cuero amarillo destinados á ejercitar su paciencia.

Todo estaba con su orden acostumbrado. M. Jacob entró en su despacho tapizado de *reps* verde.

Allí reflexionó que sería muy oportuno manifestar un gran celo por los intereses de la bella Sarah, y tomar sus instrucciones.

Miróse en el espejo, arregló sus rubios cabellos, divididos en dos partes iguales por una línea central, se anudó corbata y se dirigió á la calle de Milán.

Sarah había salido.

La señorita Celestina le dió las señas de Balussan.

M. Jacob, no se detuvo ni un momento, y corrió al taller del pintor muy contento de visitarle.

Media hora antes había llegado la judía. —Mi querido pintor—le dijo—vengo á saber si me necesitais para dar un último toque á vuestra obra maestra. Pienso partir para un largo viaje, y sentiría que no pudieseis terminarlo. Esperó figurar en la próxima exposición con todo el esplendor posible, á fin de llamar la atención.

Balussan descorrió la cortina que cubría el retrato y volvió el caballete al lado de su modelo.

Sarah se puso radiante.

—Es maravilloso, mi querido maestro— exclamó.—Positivamente no soy tan bella como el retrato.

—Sois la primer mujer que no se queja de que la hayan desfigurado.

—Cierto: me habeis favorecido, pero os lo perdono. No os ocultaré que prefiero esa exageración á la de los pintores que afean á los clientes á su placer, y no las perdonan ni una berruga, ni un lunar de pelos mal colocados, ni un defecto cualquiera. Esos pintores se enamoran de lo deforme, y yo no les daría diez céntimos por sus lienzos.

—¿De modo, que estais satisfecha?

—Entusiasmada. ¿Ya no me necesitais?

—No.

—Está bien: porque dentro de algunos días no hubiérais podido contar conmigo.

Sarah miraba su retrato con complacencia.

En efecto; era admirable.

La carne se destacaba palpitante del fondo de terciopelo oscuro.

Los hombros de nieve, la frente levantada, los cabellos negros cayendo sobre el cuello, los ojos húmedos, los brazos de esquisitos contornos, los labios sanguíneos, mostrando con una sonrisa unos dientes soberbios, formaban un conjunto y un atractivo irresistible.

Estaba bien reproducido el espléndido modelo, encarnación de la voluptuosidad, en una actitud lasciva y abandonada.

Balussan aventuró una pregunta que hacía largo rato le molestaba.

—¿No me habeis insinuado que ibais á abandonar París?

—¿Abandonar París?—repitió la joven distraída.—¡Ah! sí; dentro de algunos días.

—¿Será á causa (perdonad mi indiscreción) de vuestro matrimonio?

—¿Qué matrimonio?

—El vuestro. Es la gran novedad del día.

—¿Y con quién? ¡Gran Dios!

—Con un amigo mio.

—¿M. de Lignerés?

—El mismo.

—¿Y lo habeis creido? Segura estoy de que me teneis ódio.

—Nada de eso.

—Entónces, ¿se lo teneis á él?

—Puesto que me preguntais, seré sincero.

Sí.

—¿Y por qué? Si os place, ¿por qué ese matrimonio ha de provocar vuestra cólera?—preguntó la judía con indiferencia más aparente que real.

—No os incomodeis, señora—dijo el pintor obligándola á sentarse á su lado.

—No; podeis decirlo todo. ¿No somos buenos amigos desde há tiempo, un poco bohemios el uno y el otro?

—En primer lugar, puedo aseguraros que os estimo de veras.

—¡Oh! estimación—dijo Sarah con tono de incredulidad.

—Palabra de honor. Juzgo á las personas,

no por lo que son, sino por lo que hubieran podido ser, y el camino que han recorrido, según el punto de partida.

—Seguid.

—Y me atreveré á ir más lejos, porque puedo hacer un bien dirigiéndome á vuestro corazón y á vuestra inteligencia.

—Me asustais, caballero. Sin duda vais á decirme verdades bien crueles, puesto que tomáis tantas precauciones oratorias.

—Rodolfo tiene una hija.

—Lo sé.

—Ama y es correspondida.

—También lo sé, y se casará porque yo lo quiero.

—¿Lo quereis? Entonces no os casareis vos.

—Explicaos.

—El futuro Faverralles pertenece á un mundo escrupuloso.

—¿Lo mismo que Kerjean!—pensó la judía, cuyo corazón se oprimió.

—El matrimonio de su suegro impedirá inmediatamente el suyo.

Sarah se levantó como movida por un resorte.

—¿Tan culpable soy—esclamó—que mis faltas recaen sobre una familia entera? ¿Mi deshonra es tan contagiosa que salpica el traje virginal de una joven sin tacha?

—Escuchadme con calma—dijo—Balussan.

—¿Qué soy yo? Un artista sin preocupaciones. Solo admiro lo bello: ser adorable como vos me parece una virtud superior y celestial.

No creo que un alma deforme se oculte bajo una envoltura tan perfecta como la vuestra. Espermento por vos respeto y admiración absolutos: ese respeto se ha acrecentado con mil circunstancias de las que ni siquiera os habeis apercibido: una palabra simple, un ay del alma, generosidades conmovedoras, tristezas impresas en vuestras facciones, cuando no tratábais de disimularlas.

Las dificultades de vuestra vida, comparables á la nuestra, con sus penosos *debut*s, han contribuido á aumentar la simpatía casi violenta que me habeis inspirado, porque no se os puede amar á medias. ¿Os sorprendereis si os afirmo que mil veces he estado á punto de caer á vuestros piés y arrojar mis pinceles cuando estabais ahí, sola, frente á frente, vos la más encantadora criatura que ha salido de las manos del artista supremo? No: ¿no es cierto? Me habeis visto á menudo interrumpir sin causa aparente nuestras sesiones, demasiado cortas sin embargo. Vuestros encantos me embriagaban, y he estado próximo á amaros; pero el mundo tiene sus exigencias. Se compone de una multitud de filisteos odiosos que no habiendo sufrido nunca, son desapiadados con los demás, apoyándose en una respetabilidad sin mérito.

El matrimonio de Rodolfo será juzgado severamente. Reavivará los ruidos extinguidos.

Sarah se repuso.

—En una palabra—dijo,—causará un ruidoso escándalo.



—Entonces, ¿por qué casaros?

—Pero... ¿si yo tuviese esa ocurrencia; si quisiera entrar en la regularidad de esa casta de filisteos, cuya altanería nos agobia; si me agradase tener un protector natural, de refugiarme en un nombre honrado, según el mundo, un porvenir que puede serlo; si para obedecer á esa necesidad vaga de cambio que nos invade, para escapar, en fin, de ese insoportable fastidio de la soledad, tan mala consejera como la miseria de nuestros *débuts*?

—¿Habeis concluido de enumerar?

—Me parece...

—Entonces, el amor no entra para nada en vuestra decisión.

Sarah movió melancólicamente la cabeza.

—Estamos solos; de modo que puedo deciros que lo había supuesto—repuso Balussan.

—Y ya que nada os importa ni puede importaros, devolvednosle. Devolvedle á sus libros, á sus queridos estudios, á sus austeras teorías cuya vanidad debe reconocer.

—¿Quereis saber mis intenciones?

—Si son favorables, sí.

—Nada he prometido á vuestro amigo, y... ¿me guardareis el secreto?

—Os doy mi palabra.

—Os le devolveré suave como un guante y blando como la cera.

—¿De veras?

—¿Por qué había de engañaros? Me ha suplicado que consintiese en este matrimonio. Parecía dichoso en su realización; le he dejado sus ilusiones, y os ruego que no se las qui-

teis, que demasiado pronto sabrá la verdad.

En el colmo de su alegría, Balussan, apoderóse de la mano de su modelo besándola con vehemencia.

—Sois encantadora—le dijo,—y cuánto os lo agradecerá esa pobre Luisa!

Un dolor intenso alteró las facciones de Sarah, mientras que una lágrima ardiente brillaba en sus ojos.

—Hubiera sido una vergüenza para Rodolfo el casarse conmigo—murmuró.

Balussan dejó caer la mano que estrechaba entre las suyas. Se sintió lleno de compasión por aquella mujer que tantas personas envidiaban. Sarah era víctima de un enemigo del cual trataba de sustraerse y que la devoraba las entrañas, como el milano de Promoteo. Procuraba levantarse de su caída y su impotencia le desesperaba. Quiso borrar la marca sangrienta cuya infamia había marcado su espalda, y la huella roja aparecía siempre bajo la esponja, á pesar de sus esfuerzos.

Aquella nueva prueba la desolaba, haciéndola comprender la profundidad del abismo en que se hundía.

Kerjean había podido retroceder ante los juicios de sus iguales; pero Rodolfo, Balussan y la gran bohemia de los artistas, tan indulgente de ordinario, la condenaban tan severamente como la gente del gran mundo.

Su derrota era, pues, irremediable y pública.

Inclinó la cabeza, vencida por aquel último golpe, el más cruel de todos.

M. Jacob entró.

Escusóse en términos galantes de ir á tratar de asuntos en el santuario del arte; pero las circunstancias eran graves y el tiempo apremiaba.

—¿Habeis recibido mi carta?—preguntó la judía.

—Sí, señora.

—Haced cuanto os digo en ella.

—Pero la elevación del tipo de la subasta es grande, y hay la posibilidad de tener el dominio á un precio menor—objetó.

—Es inútil vuestra insistencia: mi resolución está tomada.

El notario tuvo una inspiración. Esperaba convencer á su cliente, cuyo dinero deseaba manejar lo mejor posible: su intención era loable.

—Sea—dijo,—os obedeceré; pero ¿por qué no vais vos misma al chatelet, y seguid la subasta punto por punto? Sería lo más conveniente, y al mismo tiempo os serviría de distracción.

—Es una buena idea—contestó Sarah;—iré.

M. Jacob se alejó radiante.

—No me parece mal—se decía bajando por la calle de Courcelles, al trote pacífico de su fiacre—el demostrar á mis colegas cómo son mis clientes. Van á rabiarse de envidia.

Sarah le siguió á poca distancia.

En el recibimiento se cruzó con Rodolfo, que corría asustado.

A su vista se detuvo.

—¿Partís?—la dijo.

—Sí; un asunto importante... tengo prisa.

—Tanto peor. Os hubiera consultado. ¿Acaso no sois mi Egeria?

—¿Acerca de qué?

—Acerca de lo que pasa.

—¿Qué hay de nuevo?

—¿No habeis leído los periódicos de esta mañana?

—¡Ah! sí. ¿La interpelación que se os dirige á propósito de trampas en el juego... la conocía.

—Esas son calumnias—dijo vivamente de Ligneres.

—¿Estais bien seguro, querido amigo?

—Sí, pero me defenderé.

—Es fácil. Yo en vuestro lugar enviaría el Ministerio y la interpelación al diablo.

—¡Perderlo todo! ¡Ah, si siquiera tuviese la seguridad de conservaros!

—Habla de ello. ¿Estais decidido?

—Más que nunca.

—En primer lugar id á ver á Balussan é interrogadle. Según parece, es grave una resolución como la vuestra.

—¿Por qué?

—Vuestro amigo os lo dirá. Hasta la noche.

En aquella época los ministros eran como los muertos de la balada: pasaban pronto. Hoy están más tranquilos: la república se sienta. Entonces estaba de pié y guardaba penosamente el equilibrio. A los ministros les sucedía lo mismo: Rodolfo era reprobado.

por un grupo de descontentos que iba en aumento.

Aquel católico que entraba en la iglesia como Canurge los días de fiesta, enemistaba á los que atacaban á los sacerdotes; aquel conservador renegado que había adulado todos los regimenes, solo inspiraba á sus adictos una mediana confianza. En desquite era escupido por los de la oposición. Hay costumbres que no se abandonan. La educación clerical de Lignerres se había marcado con un sello indeleble. Su continua presencia en los sitios públicos le caracterizaron de un modo dogmático y glacial que contrastaba con los nuevos candidatos llegados al poder.

Tienen éstos el aspecto descarado y familiar de la gente de taberna; dan ciertos apretones de manos distribuidos con prodigalidad muy diferentes de la actitud de aquel antiguo sustituto grave y estirado.

Era detestado por todos á excepción de un corto número de partidarios con cuyo apoyo no podía contar apenas, porque cada uno esperaba recoger las ventajas de su sucesor. Sus mejores amigos, herederos de ideas rígidas en materia de banca, que habían llegado hasta mil ochocientos cuarenta, estaban irritados por las murmuraciones, verdaderas ó falsas, que circulaban en los periódicos hostiles y que acusaban al ministro de una fortuna demasiado rápida.

Todos los partidos aceptaron sin trabajo la interpelación dirigida contra él y acordaron abandonar su causa.

Un silencio de muerte acogió las cortas y altivas explicaciones que se dignó dar á aquellos que se mostraban hostiles.

Se vió arrojado al mar y quiso perecer dignamente.

El ataque fué rudo.

La contestación breve y altanera.

Por la primera vez, de Lignerres se mostró enérgico y resuelto.

Se le reclamaba su cartera; la arrojó á la cara de los envidiosos y descendió de la tribuna sonriente y libre de un peso que le importunaba.

No pensaba nada en aquellos honores que tanto había deseado.

Su pensamiento estaba léjos del banco de sus colegas.

Hubiera dado todos los ministerios del mundo por anticipar una hora la conversacion con su querida, que acababa de hacer una corta aparición en un palco, y aplaudió animándole con un gesto fácil de comprender.

La visión misteriosa que había apercibido, relegaba en las tinieblas profundas las cabezas calvas y desgrefiadas, los ojos fuera de sus órbitas, las narices puntiagudas, las caras iluminadas y grotescas de los jueces que iban á acribilarle de votos en contra, inspirándole tanto cuidado como las balas de un fusil de niño.

Solo pensaba en Sarah.

Solo veía á Sarah.

Por besar su dedo pequeño, hubiera dado

el Palacio Borbón, el Senado y el Eliseo, con todos sus habitantes.

Gracias á ella, en su derrota fueron suyos los honores del día. Se confundió su calma con el orgullo. Se le hubiera debido atribuir á amor tiránico, que parecido al águila, arrebató su presa al vuelo, llegando á las alturas, donde el resto del mundo desaparece á sus ojos.

Balussan, no obstante, le había advertido con anticipación el oprobio de la unión que había solicitado: su nombre, pasto de la maledicencia; la infamia de que se cubriría, disfrutando una fortuna cuyo origen era notoriamente escandaloso; las desgracias que podrían recaer sobre su hija, si justamente herido el hombre á quien ella amaba, renunciase á un matrimonio deshonesto. Había puesto en juego toda su energía, defendiendo á una niña á quien amaba, y cuyo padre se ocupaba poco de ella, absorto por la pasión de que era esclavo.

Rodolfo apenas le escuchó.

En éxtasis ante el retrato de Sarah, no se preocupaba del sermón que le dirigía el pintor.

Lo que le disculpaba era el amor sincero, profundo y violento que le arrojaba á los pies de aquella mujer, cegándole hasta el extremo de ocultarle todo lo demás, falseando su criterio, no dejándole ninguna libertad de acción ó de espíritu.

Sarah había suscitado en él un mundo de pensamientos nuevos que se habían desper-

tado como un nido de gorriones al despuntar la aurora.

Aquel desheredado, educado como un asceta por una madre entregada á las prácticas de una austera devoción; aquel humilde provinciano, cuya juventud había sido una larga serie de trabajos ingratos y mal retribuidos, que había tenido por compañera una mezuquina burguesa de cortos alcances y formas angulosas, con la cual había vivido enclaustrado en un interior frío y severo; aquel desgraciado advenedizo, elevado de pronto, por un capricho de la suerte, á un puesto inesperado, se sentía feliz con el amor de una mujer de inteligencia superior, cuyos consejos le habían dirigido, enriqueciéndole, y cuya complaciente dirección le proporcionaba, gracias á un arte sin igual en fingimiento, goces superiores á las realidades soñadas durante veinticinco años de privaciones y alucinaciones extrañas.

#### XLIII

Rodolfo entró en su despacho de la calle de la Ferme, ligero como una golondrina. Conforme caminaba iba tarareando un aire de opereta. Estaba radiante y desconocido. Dirigióse á la habitación de Luisa.

Todavía no había vuelto; pero sobre una mesa, bien á la vista, percibió una carta abierta dirigida á ella.

Echóla una mirada distraída y retrocedió furioso.

el Palacio Borbón, el Senado y el Eliseo, con todos sus habitantes.

Gracias á ella, en su derrota fueron suyos los honores del día. Se confundió su calma con el orgullo. Se le hubiera debido atribuir á amor tiránico, que parecido al águila, arrebató su presa al vuelo, llegando á las alturas, donde el resto del mundo desaparece á sus ojos.

Balussan, no obstante, le había advertido con anticipación el oprobio de la unión que había solicitado: su nombre, pasto de la maledicencia; la infamia de que se cubriría, disfrutando una fortuna cuyo origen era notoriamente escandaloso; las desgracias que podrían recaer sobre su hija, si justamente herido el hombre á quien ella amaba, renunciase á un matrimonio deshonesto. Había puesto en juego toda su energía, defendiendo á una niña á quien amaba, y cuyo padre se ocupaba poco de ella, absorto por la pasión de que era esclavo.

Rodolfo apenas le escuchó.

En éxtasis ante el retrato de Sarah, no se preocupaba del sermón que le dirigía el pintor.

Lo que le disculpaba era el amor sincero, profundo y violento que le arrojaba á los pies de aquella mujer, cegándole hasta el extremo de ocultarle todo lo demás, falseando su criterio, no dejándole ninguna libertad de acción ó de espíritu.

Sarah había suscitado en él un mundo de pensamientos nuevos que se habían desper-

tado como un nido de gorriones al despuntar la aurora.

Aquel desheredado, educado como un asceta por una madre entregada á las prácticas de una austera devoción; aquel humilde provinciano, cuya juventud había sido una larga serie de trabajos ingratos y mal retribuidos, que había tenido por compañera una mezquina burguesa de cortos alcances y formas angulosas, con la cual había vivido enclaustrado en un interior frío y severo; aquel desgraciado advenedizo, elevado de pronto, por un capricho de la suerte, á un puesto inesperado, se sentía feliz con el amor de una mujer de inteligencia superior, cuyos consejos le habían dirigido, enriqueciéndole, y cuya complaciente dirección le proporcionaba, gracias á un arte sin igual en fingimiento, goces superiores á las realidades soñadas durante veinticinco años de privaciones y alucinaciones extrañas.

#### XLIII

Rodolfo entró en su despacho de la calle de la Ferme, ligero como una golondrina. Conforme caminaba iba tarareando un aire de opereta. Estaba radiante y desconocido. Dirigióse á la habitación de Luisa.

Todavía no había vuelto; pero sobre una mesa, bien á la vista, percibió una carta abierta dirigida á ella.

Echóla una mirada distraída y retrocedió furioso.

«Mi Luisa bien amada:»

—¿Quién había tenido la audacia de escribir en aquellos términos á su hija?

Después miró la firma.

«Pablo.»

Era el subprefecto destituido, á quien había negado su hija.

Sonrió en vez de incomodarse.

Es el protegido de Balussan y mi víctima —pensó;— se aman.

Aquella carta le atraía. Recorrió primero algunos renglones y concluyó por leerla toda.

El enamorado expresaba su pensamiento en términos sencillos y encantadores.

Era el éxtasis del amor casto y puro.

«Se acerca — escribía Faverolles — el momento de ser felices. Vuestro padre va á volver á la vida privada, que trataremos de embellecer. Creo que, gracias á nosotros, no echará de menos las áridas cimas de que va á ser precipitado. En cuanto á mí, sólo alimento una ambición: vivir á vuestro lado en un retiro lejos de los hombres, donde sólo pensaremos en amarnos. ¡Ah, mi querida Luisa! ¡Alegraos, que la hora va á llegar! Decid á vuestro padre que le devolveremos su tierra afición con otra mayor, á fin de pagarle la dicha que nos proporcione. ¿Cómo no ha de escucharos á vos, tan encantadora, tan buena, tan amable, cuando le forméis con vuestros dos brazos un collar, que quisiera tener para mi cuello, sin que por eso me muestre celoso?»

Cuando el ministro acababa de leer aquella última línea, Luisa entró radiante.

—Has estado admirable, padre — le dijo. — Déjame que te abrace.

Y arrojóse en sus brazos.

—Ahora — prosiguió — supongo que vivirás para nosotros.

—Para tí — observó Rodolfo, sonriendo.

—¡No, para nosotros! Ya me comprendes, puesto que mi carta no está ahí. La había colocado á propósito.

—Pérfida, ¿conque me engañabas?

—¡Ah! padre, no nos riñas: te amamos tanto...

—¿Balussan también?

—Balussan también.

—¿Luego os alegráis de cuanto me ocurre?

—Pues bien, hablando sinceramente, sí.

—¿Qué se ha hecho durante mi ausencia?

—Han votado.

—¿Bien?

—Muy bien. No has tenido ni siquiera diez votos. Y ahora que lo sabes todo ¿qué decides?

—Me resigno; puedes decir á tu subprefecto que presente su demanda oficial y haga publicar las amonestaciones.

Y añadió pensando en sus proyectos:

—Lo más pronto posible, puesto que segun veo, los preliminares estaban anticipados. Era una conspiración.

—Que tu policía no había adivinado, — terminó la joven maliciosamente.

## XLIV

En la cámara de los notarios, hacía la misma hora, ocurría una escena bien distinta.

Por poco que uno se haya fijado en el último de los barrios en Clamart ó en Vanves, se conoce el templo de la plaza del Chatelet.

No haremos su descripción.

Cada cual sabe cómo los pontífices ejercen su sacerdocio en aquella pequeña iglesia cuyos gastos del culto son tan elevados.

La sala de las adjudicaciones se hallaba llena de curiosos.

Los millones ejercen en la actualidad tal atracción magnética, que los necios afluyen de lejos nada más que para oír hablar de ellos.

M. Jacob, en sus glorias, estaba sentado en el sillón del notario encargado de la venta.

Volvióse con afectación hacía un banco de la derecha en el cual una mujer vestida de negro y con el rostro medio velado, tomó asiento cambiando con él, á través de la gasa, complacientes signos de inteligencia.

En el banco de la izquierda M. Blandeau, grave, con su traje negro un poco usado, inclinaba la blanca cabeza sobre la de una joven rubia igualmente vestida de negro, con suma sencillez, y á la cual sonreía con paternal cariño.

M. Jacob, con voz campanuda, anunció que procedía la venta del dominio de Kerjean

sobre el tipo del precio indicado, y el pregonero repetía con tono gangoso la cifra de un millón quinientos mil francos, cuando el elegante notario, fijando en su cliente una mirada, lanzó sobre el auditorio estas mágicas palabras:

— Tres millones.

Se habla mucho de millones en París, pero se habla ligeramente: se les atribuye á gentes que jamás los han poseído; se habla de personajes que tienen diez, y ni siquiera tienen diez céntimos; en una palabra: los millones que se escapan de los labios de los charlatanes vulgares, son quiméricos y discutibles; los de M. Jacob y su bella cliente (porque se comprendía que era bella, bajo su abrigo de pieles, y joven á través de su velo, que atravesaba su mirada como un rayo de luz) eran millones efectivos y reales. Parecía verse los alineados en largas filas de oro, como batallones, ó amontonarse en gruesos fajos de billetes de Banco, y rodar por el pavimento de la sala con argentino ruido.

Un silencio de estupor siguió al acontecimiento singular de una subasta cuyo precio se doblaba tan formidablemente.

M. Jacob, que había olfateado al enemigo en su colega, que sabía era el notario de la familia de Guersaint, triunfaba.

M. Blondeau consultó con la joven sentada á su lado: ésta le contestó con repetidos signos afirmativos, demostrando una gran decisión y gran voluntad.

Luego, impasible, modesto y con voz que

resonó como una flauta bajo la bóveda sonora:

—Cinco mil francos—dijo.

Era el mínimum de la puja en la subasta.

Aquel pequeño incidente desconcertó al impetuoso M. Jacob.

La tranquilidad de su colega le inquietaba.

A menudo anuncia la tranquilidad más fuerza de resistencia que los ruidosos alardes del fanfarrón.

Consultó á la dama de la derecha con una mirada: aquella inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Tres millones cien mil francos.—dijo.

Cuando se disipó el humo, examinó el efecto de su artillería.

—Cinco mil francos—repitió plácidamente M. Blondeau.

—Doscientos mil.

—Cinco mil.

—Trescientos mil.

—Cinco mil.

—Cuatrocientos mil.

—Cinco mil.

—Tres millones quinientos mil francos—exclamó M. Jacob, cuyo rostro enrojeció.

La multitud asistía maravillada á aquel titánico combate donde chocaban los batallones.

M. Blondeau respiró un momento.

El silencio se hizo tan solemne que se hubiese oído el vuelo de un mosquito.

El general Jacob creyó en la rendición de

la plaza. Le parecía que una comisión de sitiados le llevaban en una bandeja de plata las llaves del castillo de Kerjean con los treinta y cinco mil francos de honorarios que centelleaban ante sus ojos.

Al mismo tiempo la cliente de M. Blondeau levantó su velo.

El angelical semblante de la señorita de Guersaint apareció á las miradas de Sarah, que se inclinó instintivamente para examinarla, imitándola.

Magdalena estaba radiante.

—Santiago será aun rico—dijo al viejo notario.

—Pero nos costará caro—replicó el escelente anciano. ¿Continuamos?

—Siempre.

Entonces M. Blondeau lanzó á su colega una tranquila, pero firme mirada, cuya significado era:

—No os le cederemos á ningún precio.

—Tres millones, seiscientos mil,—dijo recalcando las palabras.

A aquella lluvia de proyectiles extinguióse el ardor del fogoso M. Jacob, que pensó en la retirada.

Interrogó á su cliente, que le contestó negativamente.

Levantó los brazos con aire desanimado, anunciando amablemente á su colega que le cedía el puesto, renunciando á la lucha.

Un gesto de Magdalena, la alegría que desbordaba, reflejándose en su rostro, fueron una revelación para la judía.



Las dos mujeres se habían confundido en un mismo pensamiento.

Devolver al hombre que amaban una parte de su pérdida opulencia.

## XLV

Por la noche había gran recepción en el hotel de la calle de Milán.

Blownt triunfaba en su avaricia.

—Querida mía, era una idea ridícula—decía á su hija;—tu buena estrella te ha librado de esa tontería. Tu protegido se encuentra al abrigo de la necesidad, y no eres tú quien sufraga los gastos. ¡Qué gentes, qué calor demuestran!

—Vamos, teneis razón—exclamó M. Jacob.—Ha sido una batalla ruda: los adversarios eran dignos el uno del otro. Jóvenes y ardientes las dos; hemos sido vencidos, pero no se nos puede criticar, porque todos nos hemos portado como valientes.

Sarah no contestó.

En vano el elegante notario empleó los más variados recursos de su talento.

—Cualquiera creería, señores—repuso con tono oratorio,—que esas dos encantadoras damas se habían propuesto enriquecer de nuevo al joven y brillante jugador á quien habeis despojado en vuestra selva de Bondy.

Displicente y taciturna la bella judía se había acurrucado en su sillón oyendo distraidamente los juicios de sus contertulios.

Los aficionados se entregaban á sus ejerci-

cios ordinarios formando grupos, jugando á hablando de las eventualidades de la especulación, cuyo horizonte se mostraba sereno.

Un Shilek muy conocido acababa de casar á su nieta, gracias á un dote soberbio, con el joven duque de Marillac, que tenía gran necesidad de él.

M. Jacob soltó una frase imprudente.

—¿Cómo?—dijo á Sarah—parece mentira que llevando semejante nombre se venda de esa manera.

La joven se levantó sin decir una palabra, pálida y helada, como si un cuchillo la hubiese atravesado el pecho, y pasó á su habitación donde permaneció un momento sola.

Hacia media noche, Courcelles, de vuelta del hotel de Guersaint, entró en el de la calle de Milán.

Después de haber distribuido en redonde una serie de epigramas, sentóse al lado de la dueña de la casa.

—Estáis sombría esta noche como una tragedia—la dijo.

—Es cierto. ¿Le habeis visto?

—¿A quién? ¿A vuestro ex-ministro?

—¿Acaso me ocupo de él?

—¡Ah, comprendo! Soy un aturdido.

E inclinóse á su oído murmurando con tono burlón.

—¿A Santiago?

Ella hizo un signo afirmativo.

—Le acabo de abandonar ahora mismo.

—¿De dónde venís, pues?

—De un barrio cristiano donde apenas se ocupan de las miserias de éste.

—Dispensadme; tengo la imaginación no sé cómo: ¿venís del hotel de Guersaint?

—De allí mismo.

—¡Ah!—dijo ella con despecho.—Allí están mis enemigos. ¡Santiago es un ingrato! Se ahogaba y le he sacado á flote: he hecho mal.

—No: ¿os arrepentís de ello?

—Esperaba un recuerdo, ó por lo ménos una señal de vida.

—Su reconocimiento fluctúa entre dos objetos. Se vé atraído hacia la calle de Milán, y se detiene...

—En la de Saint-Guillaume. ¿Era su prima, la pequeña de otro tiempo?

—¿Dónde la habeis visto?

—En la cámara de los notarios.

—En efecto; era Magdalena de Guersaint.

—¡Hermoso nombre! ¡Fortuna brillante! Lo tiene todo. Se encuentra muy bien esa jóven y debe ser muy rica, cuando demostró tal obstinación.

—Tan generosa, querreis decir.

—Sea.

—E inmensamente rica; perdió á su madre cuando era pequeña, y tuvo la suerte de encontrar un hombre honrado, un mito, un notario que durante su infancia la ha aglomerado economías inmensas.

—He ahí á Kerjean repuesto: me alegro por él.

—Y más dichoso de lo que os figurais.

Sarah se estremeció involuntariamente, de un modo que no pasó inadvertido para Courcelles.

—Sed franca,—la dijo—y confesad que estais loca por ese muchacho.

—Os aseguro que no.

—No decís lo que pensais.

—Hablando sinceramente, puedo deciros que no amo á nadie.

—Tanto mejor. Figuraos que comprendo muy bien que un hombre se enamore de las mujeres, como criaturas adorables que són; que su piel delicada, sus ojos y sus pequeñas orejas, turben nuestro cerebro; pero que una hermosa muchacha que tiene una legión de enamorados á sus pies, que es reina de la creación, blanca, fina y esbelta, se apasione por nosotros, feos, peludos y bruscos, no lo admito más que como una extraña aberración. ¿De modo que no amais á Santiago?

—No.

—Entonces puedo confiaros un acontecimiento que ya no es ningún secreto: va á casarse.

Sarah abrió los ojos desmesuradamente. Mordióse los labios hasta producirse sangre, y sus dedos se crisparon sobre los brazos del sillón, cuya seda arañaron.

Courcelles la tomó una mano.

—En vano tratáis de engañaros—la dijo.

—Sí; pero es necesario que sepa lo que pasa: sea lo que sea, decidmelo claramente, tendré fuerzas para oirlo.

—En primer lugar, debeis convenceros de

que Santiago os amaba. Al presente siente por vos una sincera amistad.

Le habeis salvado. Lo sabe y lo comprende. Pero érais dos en esa salvación, y tras las angustias punzantes (hablo como un dramaturgo del Ambigu) de estos últimos días, después de haber experimentado las crueles incertidumbres del jugador que ha arriesgado su dinero, y ve su honor comprometido, cuando por la noche se ha visto acogido por su familia, á manera del hijo pródigo, de vuelta de sus excursiones aventureras, ha sufrido una fascinación difícil de resistir.

—Comprendo. En ese centro saludable, honrado y tranquilo; en ese paraíso, donde nosotros somos indignas de entrar, se ha sentido mejor, más digno y libre de la pesadilla que le agobiaba desde que se apartó de su hogar; compara lo que encuentra con lo que deja, y ¡no le volveremos á ver! ¡Tiene razón! ¡Aquello el cielo, esto lo contrario!

—Exagerais. Estais muy nerviosa. ¡Cuántos suspiran á la puerta de este infierno!

Sarah fingió no oírle.

—En ese interior modelo donde se respira el perfume de todas las virtudes domésticas, hay una hermosa joven, pura, sin tacha y dueña de una fortuna cuyo origen no tiene por qué avergonzarla, y él ha salido á su encuentro.

—Estais en un error; ni siquiera ha tenido que tomarse ese trabajo. Un viejo general, hombre bravo y digno, de la antigua escuela de los Bayard, se encontraba allí y hablaba

con el marqués de Guersaint acaloradamente, desde hacía algunos minutos; voy á explicaros la escena. Al principio creí buenamente que contaba alguna escaramuza donde hubiera repartido buenos mandobles. Pues nada de eso: defendía una causa bastante interesante, á juzgar por las exclamaciones que lanzaba á cada instante y la movilidad de su rostro surcado de balazos. Un viejo notario, pájaro raro del cual aun no os he dicho una palabra, fué á reunirse con ellos, mezclándose en la discusión; finalmente, comprendí que se discutía algún asunto: se hubiera dicho que eran tres jueces preparando una sentencia capital.

—¡Me sorprendéis!

—También yo lo estaba. En un ángulo hablaba Santiago con su prima. El general abandonó al marqués y se aproximó á Kerjean. Creí que trataba de que le otorgasen el perdón general de sus culpas; pues también me equivoqué. Tomó la mano del conde y le condujo ante su tío.

—Repite conmigo lo que te diga—ordenó.

—Escucho.

—Tío mío—comenzó el general,—tengo el honor de pedir os la mano de mi prima la señorita Magdalena de Guersaint.®

—Jamás me atreveré—contestó el conde ruborizándose hasta las orejas.

—Vamos, valor, tunante—repuso el general.—Esto es más fácil que el empezar la vida de ranchero á los treinta años.

—No soy digno de tanto honor.

La señorita de Guersaint intervino.

—Si tú eres tímido, Santiago,—dijo con dulzura—hablaré yo por los dos.

Y arrodillóse ante el marqués.

Padre mio—dijo—Santiago es un hombre honrado. Ha pasado por pruebas que le han hecho comprender que la familia es el refugio más seguro. No nos abandonará nunca, me lo ha jurado. ¿Quereis concederle la mano de vuestra hija?

El marqués lloraba. Aquello no era un hombre sino un torrente. Levantó á Magdalena estrechándola contra su corazón, y cuando pudo hablar:

—Santiago—dijo—siempre os he amado como un padre: mucho nos habeis hecho sufrir, y mucho habeis sufrido indudablemente; olvidemos el pasado y pensemos en el porvenir. Os confío lo que más amo en el mundo y tengo fé en vuestra lealtad; no podeis desmentir vuestra sangre.

Inclinóse el conde y besó la mano de su tío.

No se como ocurrió aquello, pero lo cierto es que todos lloraban: el general, las viudas, las juvenes y hasta el grave notario.

Diez minutos más y el salón se hubiera convertido en un arroyo, cuando una alegre carcajada disipó la tempestad.

Era Magdalena que decía á su primo:

—Es una tontería llorar así. Abrazame como en otro tiempo y no pensemos más en cosas desagradables.

Santiago la levantó como una pluma, besó sus rubios cabellos, y dijo en alta voz:

—Eres un ángel.

Despues Magdalena asió de la mano á su prometido y dió una vuelta por el salón abrazándolo á todo el mundo, incluso á mí.

Courcelles se calló. Había terminado.

Sarah, con la cabeza caída sobre el respaldo del sillón, tenía cerrados los ojos; estaba pálida como una muerta; sus labios blancuecinos cerrados violentamente; la mano fría pendía á lo largo del vestido: estaba desvanecida.

Courcelles, inquieto, lanzó un grito.

Blownt, acudió.

—Esto no es nada—dijo.—Un síncope que pasará.

Tomó un frasco de sales que había sobre la chimenea y se lo hizo respirar.

Pasado un instante, abrió los ojos.

Blownt volvió de nuevo al salón.

—De modo—dijo Sarah volviendo en sí—que ya no le volveré á ver más?

Courcelles hizo un gesto de duda.

Sarah le estrechó la mano.

—Está bien—contestó.—¡Adiós!

—Estais disgustada—dijo Courcelles.—Ya pasará. ¿Habré cometido una torpeza refiriéndoos esa escena?

—No; prefiero saberla. Gracias.

Levantóse, sonrió á Courcelles tristemente y desapareció.

En su habitación, las carcajadas de sus huéspedes llegaban á sus oídos.

—¡Si hubiese muerto!—pensaba amargamente.—¿Lo hubiese sentido alguien?

## XLVI

Al día siguiente, cuando Courcelles se despertó, su ayuda de cámara le entregó una carta.

Estaba concebida en estos términos:

«Hace algunos días que reflexiono mucho. No puedo acostumbrarme á vivir en un centro donde no hallo ni estimación ni verdadera amistad. Sin duda no las merezco, y segura de no obtenerlas nunca, voy á buscar un mundo donde, desconocida, me oculte en la soledad que tanto necesito. Pensad en mí alguna vez, ya que la felicidad no os ha impedido ser indulgente, y creed en mi constante y sincera amistad.

»SARAH.»

—En verdad que las mujeres son criaturas raras—dijo el joven agitando sus brazos.—Hé ahí una que posee lo todo: dinero, belleza, encanto, talento, y que todavía quiere estimación... ¿Qué le faltaría entonces? Siempre ha de faltarnos algo. ¿Quién puede llamarse dichoso en esta vida?

Almorzó tranquilamente, y se hizo conducir á casa de Kerjean.

El pabellón de la calle de Saint-Guillaume tenía aspecto de fiesta.

Los criados habían vuelto á su alegría habitual: acogieron á Courcelles con agrado.

—¿Está Santiago ahí?—preguntó á un co-

chero que enganchaba el caballo á una berlina.

—El señor vá á salir en seguida.

—Entonces llego á tiempo.

Y subió á la habitación de su amigo.

El conde leía con atención una carta.

—Iba á tu casa,—dijo.—Dame un consejo.

—¿Acerca de qué?

—Lee—dijo Kerjean.

Era letra de la judía.

«Mi querido conde: no soy ni romántica ni extravagante, sinó una mujer que tiene una gran pena. Abandono á París.

»No sé dónde plantaré mis reales, pero seguramente, no será en Francia. Estaría demasiado cerca de vos y no debemos volvernos á ver.

«Sería una desgracia para mí; y para vos tal vez, sinó al presente, más tarde.

»Os devuelvo vuestro recibo, que os ruego encarecidamente acepteis. Hareis de esa suma lo que os plazca; buenas obras si lo preferis en recuerdo mio. No lo refuseis. Sería una prueba de gran desprecio, que no podría soportar: ¡me mataría al instante!

«Es la última caridad que os pide una pobre mujer.

SARAH.»

—Esa mujer es una maravilla—exclamó Courcelles.

—¿Y su dinero? No puedo quedarme con él.

—¿Por qué? Te colma de beneficios, pero te ha arruinado. Sus donativos son un des-

cargo para su conciencia. No estaba yo seguro de que esas gentes que se llaman Abraham, Salomón ó Jacob, la tuviese. Me alegro convencerme de lo contrario.

—¿De modo, que te parece que acepte?

—¿Quieres que muera ahogada por los remordimientos? Sarah me inspira mucha simpatía, y como tiene bastantes disgustos es inútil proporcionarla más.

—¿Lo crees así?—dijo Santiago palideciendo.

Courcelles eludió la respuesta.

—Ya se consolará—afirmó.—Todas las mujeres se consuelan.

Pensaba lo contrario.

—Miento como un candidato en la diputación—se le ocurrió;—pero es una mentira oficiosa.

—¿Y qué haré de esa suma?—preguntó.

—Algo que no es difícil de pensar: vas á Bretaña, y para grangearte las simpatías, haces construir en un espacio de ocho kilómetros, sobre la costa de Lesneven, las chozas de los pescadores: eso será coquetón y comfortable. Todo el mundo ganará con ello: tú, como golpe de vista; ellos como solidez; añades jardines y prados alrededor de las moradas; entonces las viejas te saludarán como al Mesías.

Puedes hacer esto ó algo parecido.

Si en cuestión de invenciones caritativas tu imaginación se muestra rebelde, recurre á Magdalenita, que tiene en ese punto la costumbre que á ti te falta.

Hasta el presente sólo has sido generoso, como yo, con señoritas que no lo necesitaban; tu mujer te enseñará á serlo más útilmente.

—¿Y si fuese á dar las gracias á Sarah?

—Es inútil—interrumpió vivamente Courcelles—y más que inútil, perjudicial. Además, Sarah es terca, y á la hora presente debe estar lejos. La conozco.

Kerjean lanzó un suspiro capaz de conmovér á un roca.

—¿Es el último?—interrogó Courcelles.

—Lo espero.

—Suspiro de desahogo entonces. Esa mujer ha sido tu ángel malo. ¿Cuándo te casas?

—Magdalena vino esta mañana á pasear bajo el pórtico.

—¿Y tú habrás bajado las escaleras de cuatro en cuatro?

—En efecto.

—Os habreis paseado bajo esos árboles sin hojas, que no obstante os habrán parecido verdes y llenos de flores y de pájaros.

—Entonces he llevado la cuestión al terreno, con algunas precauciones.

—Y ¿qué te ha contestado?

—Que en la estación de las rosas.

—De modo que para el mes de mayo?...<sup>®</sup>

—O de junio.

—Y el marqués, ¿qué dice á todo eso?

—Cuando nos ha encontrado, volvía de misa con su libro de oración bajo el brazo; le hemos abrazado los dos. Con su gracia habitual nos ha dicho: «He rogado, hijos míos, para que seais dichosos, y espero que así suceda.»

Magdalena le ha reñido.

—Ya lo creo que seremos dichosos, padre — contestó.

—No nos enterezcamos — interrumpió Courcelles. — Desde ayer nadamos en un mar de emociones donde cualquiera se ahogaría. Para distraerte, piensa en el empleo que vas á dar á tus cuatrocientos mil francos... ¡bonita cifra! y no lances más tu sombrero por encima de los molinos: tal vez no lo encuentras.

#### XLVII

De Lignerés abandonó su hotel con dignidad, sin volver la cabeza y llevando con su sencillez antigua una modesta maleta, provista, no obstante, de buenos papeles.

Instalóse de nuevo en su habitación de la calle de la Ferme, cerrando su puerta á los oficiosos que acudian con bastante tibieza.

Las caídas de las medianías que chocan en las alturas, son irremediables; y cuando un hombre cae del capitolio después de una elevación de tres meses, se encuentra vacío, como un globo que ha recibido un golpe y deja escapar por la abertura el viento de que estaba hinchado.

La víspera se había presentado dos veces en casa de su querida.

La doncella estaba ausente.

El criado, medio dormido en el vestíbulo, anunció que la señora había salido desde por la mañana. Que no sabía á dónde había ido;

probablemente á almorzar al campo á *Ville a'Avray* con una amiga, á no ser que fuese á *Villeneuve Saint-Georges*, á casa de la señorita de *Chantilly*, con la cual se había reconciliado. Aquello solo era una suposición. De todas maneras no volvería hasta muy tarde.

Por la noche volvió.

La señora no había parecido. Sin duda pensaba pasar la noche en casa de su amiga. No había dejado ninguna instrucción.

M. Blowut había expedido á una dirección conocida solamente de él, diversas maletas poco voluminosas.

Tercer visita de Rodolfo.

El criado que habló con él, había partido con una cantidad de equipaje de toda especie. Sin duda iba á reunirse con su señora y la doncella. El portero no sabía nada más. Presumía que se trataba de un viaje. Había oído hablar vagamente de Niza, pero también de Pau y de Venecia. El nombre del señor no había sido pronunciado siquiera una sola vez.

Si se hubieran hundido el ministerio, la bóveda del palacio Borbón y el Trocadero, no le hubieran aterrorizado más que aquella novedad.

Con la libertad de dueño, recorrió é inspeccionó el hotel de arriba á abajo buscando un indicio, un rastro para buscar á Sarah.

En su habitación se advertía ese desorden que delata una partida precipitada, trajes por el suelo, sombreros mezclados sobre el lecho, con puntillas, pieles y otros objetos,

Magdalena le ha reñido.

—Ya lo creo que seremos dichosos, padre — contestó.

—No nos enterezcamos — interrumpió Courcelles. — Desde ayer nadamos en un mar de emociones donde cualquiera se ahogaría. Para distraerte, piensa en el empleo que vas á dar á tus cuatrocientos mil francos... ¡bonita cifra! y no lances más tu sombrero por encima de los molinos: tal vez no lo encuentras.

#### XLVII

De Lignerés abandonó su hotel con dignidad, sin volver la cabeza y llevando con su sencillez antigua una modesta maleta, provista, no obstante, de buenos papeles.

Instalóse de nuevo en su habitación de la calle de la Ferme, cerrando su puerta á los oficiosos que acudian con bastante tibieza.

Las caídas de las medianías que chocan en las alturas, son irremediables; y cuando un hombre cae del capitolio después de una elevación de tres meses, se encuentra vacío, como un globo que ha recibido un golpe y deja escapar por la abertura el viento de que estaba hinchado.

La víspera se había presentado dos veces en casa de su querida.

La doncella estaba ausente.

El criado, medio dormido en el vestíbulo, anunció que la señora había salido desde por la mañana. Que no sabía á dónde había ido;

probablemente á almorzar al campo á *Ville a'Avray* con una amiga, á no ser que fuese á *Villeneuve Saint-Georges*, á casa de la señorita de *Chantilly*, con la cual se había reconciliado. Aquello solo era una suposición. De todas maneras no volvería hasta muy tarde.

Por la noche volvió.

La señora no había parecido. Sin duda pensaba pasar la noche en casa de su amiga. No había dejado ninguna instrucción.

M. Blowut había expedido á una dirección conocida solamente de él, diversas maletas poco voluminosas.

Tercer visita de Rodolfo.

El criado que habló con él, había partido con una cantidad de equipaje de toda especie. Sin duda iba á reunirse con su señora y la doncella. El portero no sabía nada más. Presumía que se trataba de un viaje. Había oído hablar vagamente de Niza, pero también de Pau y de Venecia. El nombre del señor no había sido pronunciado siquiera una sola vez.

Si se hubieran hundido el ministerio, la bóveda del palacio Borbón y el Trocadero, no le hubieran aterrorizado más que aquella novedad.

Con la libertad de dueño, recorrió é inspeccionó el hotel de arriba á abajo buscando un indicio, un rastro para buscar á Sarah.

En su habitación se advertía ese desorden que delata una partida precipitada, trajes por el suelo, sombreros mezclados sobre el lecho, con puntillas, pieles y otros objetos,



¡Ni una sola letra para él.

Entró en su casa abatido, desesperado.

¿Dónde estaba?

Su vida no era nada sin aquella mujer. Ejercía sobre él un imperio tan extraño, que París le parecía vacío. Se había acostumbrado á su posesión, hasta el punto que no concebía que pudiese perderla un día.

Quando le arrojó, tomó sus palabras por una vana amenaza ó una burla cruel sin consecuencias. Se hubiera resignado á todas las bajezas para conservarla, y hasta á una participación vergonzosa, aunque su corazón hubiese estallado: verla y poseerla era su única ambición. Ninguna mujer podía reemplazarla por joven, bella y seductora que fuese.

Consternado y lleno de estupor se preguntó qué significaba aquella intempestiva y misteriosa huida, y rechazaba una tras otra todas las suposiciones que se ofrecían á su imaginación.

En el salón próximo, Luisa y Faverolles hablaban. Su matrimonio debía verificarse en el término de algunos días.

Rodolfo, después de dar su consentimiento, apresuraba aquella unión que le dejaba en libertad para ejecutar un proyecto que no se atrevía á revelar, pero ante el cual ninguna consideración le hubiera hecho retroceder.

¡Tan grande era la influencia ejercida por Sarah sobre aquella alma débil!

De pronto abrióse la puerta, y un rostro rubicundo y alegre apareció en el dintel.

—¿Estás solo?— preguntó Balussan.

Y sin esperar contestación:

—Mejor: tengo que hablarte.

—¿Vienes de su parte?—dijo Rodolfo, que tuvo una repentina inspiración. —¿Dónde está?

—No lo sé, ni quiero saberlo. Que no vuelva es lo mejor que puede sucedernos.

—Entonces ¿qué tienes que decirme?

—Hé aquí, querido mío, una carta que te dará detalles. Está escrita y firmada por sus rosados dedos. Ignoro el contenido.

—¿La has visto?

—Hace dos días.

—¿La has hablado?

—Sí—dijo resueltamente el pintor.

—Entonces, eres tú la causa de su partida,

—De ninguna manera; pero si así fuese, estaría orgulloso porque te hubiera dispensado un gran favor.

De Lígneres se levantó.

—Desgraciado: ¡me hubieras asesinado! ¿No sabes que esa mujer es lo que mas amo en el mundo?

—¿Y tu hija? ¿y yo?—dijo tranquilamente el pintor. —Desvarías. ¡Y pensar que en semejantes manos reposaba el gobierno del Estado! ¡Oh, miserables y abyectas debilidades humanas! Lástima que no sea elocuente. ¡Como te abrumaría! ¡Que tirada de silogismos aplicaría sobre tus costillas! ¡Las mujeres! ¿Acaso no hay más que una en el mundo? ¿No las ves en todas partes, en el bosque, en las Tullerías y en el asfalto de los boulevares? ¿Acaso no tienes donde elegir? Estien-

de las manos y cierra los ojos. Deja caer tu sello en esa fuente de juventud tan abundante en París, y lo sacarás lleno hasta los bordes de una malvasia adulterada tal vez, pero agradable y suficiente para extinguir tu sed y embriagarte como á un Don Juan lascivo y decrepito.

—Me fastidias—dijo Rodolfo.—Dame esa carta.

En el momento de asirla, retiró la mano.

—Es portadora de una desgracia—pensó.

—Pero esa mujer no te amaba; ciego, mas que ciego—prosiguió Balussan.—Las mujeres nonos aman á nuestra edad, y con nuestros defectos nativos. Necesitan hombres jóvenes y hermosos, bien vestidos, bien arreglados por el peluquero en boga, y que hayan tomado en sus tiernos años lecciones de baile y de sociedad en casa de un profesor de Ki. Tu eres un campesino; un rústico: ¿sabes valsar siquiera? ¿Cómo quieres que te adoren?

Balussan conservaba la carta delicadamente entre el índice y el pulgar.

—¿Me autorizas—le dijo—para abrir esa epístola y leerla?

—Sí.

Balussan rompió el sobre con precaución.

—Este papel huele muy bien—observó.

Comenzó la lectura.

«Mi querido Rodolfo:

»Parto. No sé donde voy, pero no volveré. No trateis de seguirme ni de verme. Sería

inútil. Os evito una falta. Al ofrecirme vuestro nombre me habeis dado una prueba de cariño que nunca olvidaré; no obstante, también era una prueba de debilidad.»

—Esa chica piensa bien—dijo Balussan.—Continuó.

«Si hubiera aceptado ese sacrificio, la sociedad no nos lo hubiera perdonado; jamás abrigué ese pensamiento. Mi corazón está lleno de un amor que me mataría si no procurase distraerme. Trato de ello é ignoro si lo conseguiré. Imitadme; teneis familia y amigos que os ayudarán; yo, menos dichosa, no tengo á nadie.

»Os dejo el retrato que acaba de terminar vuestro amigo, á fin de que os acordeis de mí cuando me hayais olvidado. Los hombres tienen mil distracciones; la mujeres se absorben en su amor ó en sus duelos.

»Llevo agradables recuerdos vuestros.

»Únicamente vos me habeis amado; os lo agradezco.

»Creedme, vuestra carrera ha concluido.

»Sois demasiado débil y bueno para las luchas de la política. Vivid para vuestros hijos. Retiraos á una vida tranquila.

»Pensad en mí alguna vez.

»He sido un rayo de sol para vos, que se ha extinguido para siempre. ¡Adios!»

La última palabra estaba subrayada.

—Ya ves, amigo mio—dijo Balussan—es una despedida en toda regla. Si Sarah estuviese aquí, la abrazaría con toda mi alma.

—Volverá—dijo Rodolfo anonadado.

—Vana esperanza.

—La encontraré.

—Si estuvieses en el poder, quizá; tendrías tu policía, aunque bastante mal organizada; pero ni siquiera te queda ese recurso.

—Buscaré.

—Rodolfo; hablemos seriamente. Has bebido ópio; tu sueño se ha disipado. Es preciso volver á ser lo que eras; un hombre y un filósofo. El poder te había enervado; mete la cabeza en agua fría y bebe una botella llena. Sigue el consejo de esa mujer y piensa en ella; pero para preservarte contra las tentaciones de la carne, según la brutal expresión de los predicadores. Nadie te obliga á que vivas como un monje; vive como un sabio, y olvida. Aquí estamos todos para ayudarte.

El rostro encantador de Luisa apareció bajo un cortinaje.

—Hace mucho tiempo que habláis—dijo.

—El tiempo por excepción está hermoso; si gustáis podéis dar una vuelta por el bosque; el landeau os espera.

—Tienes un landeau; criados; un amigo como yo; una hija como la tuya; la flor y nata de los yernos ¡y te quejas! Vamos, ámate.

De Lignerés pasó su pañuelo por los ojos, como para apartar una visión dolorosa; le retiró húmedo de sudor y lágrimas ardientes. Volvióse con rapidez para ocultarlas.

Luego colocó su mano en la de Balussan y la estrechó durante un segundo.

—Tienes razón—dijo—vamos á pasear.

## XLVIII

Algunas semanas después, hacia los primeros días de mayo, las gacetas del *sport* anunciaban el matrimonio de la señorita de Guersaint con el conde Santiago de Kerjean.

La iglesia de Saint Thomas d'Aquin fué demasiado pequeña para contener á los amigos de la aristocrática familia, y la gracia modesta de la desposada hizo olvidar su inmensa fortuna.

Los dos esposos partieron inmediatamente después de la ceremonia hacia el castillo que Magdalena había rescatado y devuelto á su marido.

Cinco días después, sobre la mesa de noche, en el momento de meterse en el lecho, Kerjean y Rodolfo percibieron á la misma hora un *Figaro* señalado en una columna.

El uno había sido colocado por Balussan y el otro por la condesa.

Hé aquí lo que leyeron en el sitio indicado:

«Un horroroso accidente acaba de ocurrir en Monte-Cervino. ®

«Una mujer que ha proyectado vivo resplandor en torno de ella y fué uno de los astros más brillantes del firmamento parisien, del cual había desaparecido hace algunos meses, á causa, según se dice, de una decapitación violenta, ha perdido la vida en las circunstancias más extrañas.

»Viajaba desde principios de año acompa-

ñada solamente por dos criados. Había recorrido sucesivamente el Egipto, Constantinopla y los Balkans y entraba en Francia por el Austria y el Tirol, demostrando un valor extraordinario en las excursiones más peligrosas.

»En Monte-Cervino quiso visitar los hielos de ese gigante á pesar de todas las recomendaciones.

»En vano se le objetaron los peligros que corría, sobre todo en aquella estación.

»Obstinóse y partió, acompañada de dos guías.

»Con intrepidez, y desafiando el peligro, llegó á las cimas más inaccesibles del hielo, que se había hecho describir antes de su excursión.

»Imperiosa y tranquila, escalaba sola las pendientes más abruptas con una audacia sorprendente, cuando al llegar á la célebre quebradura del diablo, donde el hielo se corta bruscamente y se abre á pico sobre una profundidad de más de trescientos piés, su bastón de hierro se deslizó.

»Arrastrada por la vertiente, cayó sin proferir un solo grito en aquel abismo del que ningún ser humano ha podido medir el fondo.

»Renunciamos á describir el estupor y la angustia de sus criados, que la adoraban.

»Deja una fortuna de ocho á diez millones.

»Sarah Feller fué una de las más espléndidas encarnaciones de la belleza. Sus numerosos retratos han producido siempre una

viva sensación en los salones dónde fueron expuestos.

»Se nos promete uno para este año del célebre pintor Balussan. Es, según se dice, la obra maestra del artista favorito de las duquesas.

»Podremos, pues, admirar aquellas célebres y encantadoras facciones, que fueron el punto de mira de los gemelos inteligentes en el Français y en la Opera.

»Cualquiera que haya sido la vida de esa mujer, no se puede por ménos de compadecer un fin tan trágico.

»¡Ha vivido en el ruido, la seda y la luz!

»¡Duerme en el silencio, el frio y la noche!

Kerjean estaba solo.

Sacó de su cartera una fotografía y la besó.

—Mucho me amaba, puesto que por mí ha muerto—dijo.—¡Adios, Sarah!

Y arrojó el retrato sobre los carbones inflamados, donde se consumió lentamente.

Luego pasó á la habitación de su mujer.

Magdalena dormía, ó fingía dormir.

Una de sus manos caía sobre el borde del lecho.

Santiago se arrodilló y apoyó sus labios en ella.

Aquel contacto hizo estremecer á la joven, que abrió los ojos: echó los brazos al cuello de su marido, diciéndole:

—Ven, tu pesadilla terminó. Practicaremos el bien y rogaremos por ella.

## XLIX

El 30 de mayo, hacia el medio día, un extranjero, con los ojos enrojecidos, las facciones fatigadas, pálido y vestido de negro, acompañado por dos guías, se detenía á alguna distancia de la Quebradura del Diablo, sobre el hielo donde Sarah había perecido tan trágicamente.

Bajo un cielo de un azul plumizo, un mar de hielo se extendía ante los turistas.

—Es inútil ir más lejos, excelencia —dijo el más anciano de los guías.— No podriais avanzar sin peligro.

—Entonces no puedo verla.

—Ningun poder humano puede conducirlos, excelencia.

En aquel momento una águila blanca, inmensa con las alas desplegadas, elevóse del fondo del abismo, revoloteando lentamente.

—Ahi es, —dijo el guía,

El extranjero se arrodilló sobre el hielo, cubrió su rostro con las manos y lloró.

Era de Lignerás.

Tal vez recobre su cartera: jamás á Sarah Feller.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FIN DE LA NOVELA.



UAQ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

100